G. RIESCO O.S.A.

LA RELIGIÓN CATÓLICA Y LOS CATÓLICOS



EDITORIAL POBLET

"Pluma Sacerdotal"

Teníamos una deuda pendiente con el R. P. Riesco. Nunca le hicimos un juicio de sus libros. Pero ¿cómo habíamos de hacérselo? La categoría de su pluma exige críticos expertos, y no cualquiera está capacitado para referirse con acierto a sus escritos. Por más que el montón de extraviados no quiera entenderlo, la pluma del P. Riesco es pluma sabia y sacerdotal. Sobre todo sacerdotal. Tiene elegido por modelo a un gran maestro, su Padre San Agustín; y a él se une en la doctrina, y a él imita muchas veces en la forma, y con él se escuda en la defensa quedando bien amparado. Sigue por el camino duro de la lucha las huellas profundas que han hecho los predicadores y escritores netamente evangélicos. Por eso la palabra, los libros y los artículos del P. Riesco son seguros, hallándose en ellos la serenidad y el celo del Maestro de todos —el Divino Maestro—, la gracia del estilo y las excelencias de la devoción. Así, cuando fustiga las modernas doctrinas, falsas o peligrosas, es firme en el rigor que emplea con las palabras; pero no le falta espíritu de verdadera caridad hacia los enemigos, hablándoles de responsabilidades y señalándoles las fuentes inmortales del catolicismo. Demás de esto, el P. Riesco goza de otro don muy español. En estas horas aciagas, él no manchará su alma **"con el crimen del silencio"**. Porque como San Hilario sólo teme tres cosas: "Los peligros de la Iglesia, el crimen del silencio y el juicio de Dios". Y no calla. No puede callar habiendo tanto que decir. Escribe artículo tras artículo y hace libro tras libro. Permítaseme deciros que merecen ser leídos, muy leídos...

Este es el P. Riesco. Escribe como habla. Habla como siente. Siente igual que piensa, como católico macizo. Por eso ha salido y le consideramos escritor delicioso de cuerpo entero. Entresacando de su religiosa pluma muchos pensamientos podríase formar un nuevo Kempis, el Kempis del momento.

(De "EL HERALDO DE LA SANTISIMA TRINIDAD", septiembre 1945.)

OF PRINCETON
7 1988
CAL SEMINARY

LA RELIGION CATOLICA Y LOS CATOLICOS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Liberalismo y Catolicismo.
A propósito de algunas ideas de Don Gregorio Marañón. Ed. Difusión, 2ª edición, Bs. Aires, 1938.

El problema de la guerra actual.
Ed. Difusión. Buenos Aires, 1940.

Nuestra misión histórica.
Ed. Guadalupe. Buenos Aires, 1941.

Prólogo a la Ciudad de Dios de San Agustín.
Ed. Poblet. Buenos Aires.

Prólogo a los Confesiones de San Agustín.
Ed. Poblet. Buenos Aires.

Directivas del pensamiento católico.
Ed. C. E. P. A. Buenos Aires, 1942.

El Catolicismo y los errores modernos.
Ed. Grupo de Editoriales Católicas, 1942.

San Agustín, maestro de nuestro tiempo.
Ed. Poblet. Buenos Aires, 1943. Traducido al portugués.

El destino de la Argentina.
Ed. Grupo de Editoriales Católicas. Bs. Aires, 1944.

La libertad y la religión. Ensayo filosófico moral.
Ed. Poblet. Buenos Aires, 1945.

La religión católica y los católicos.
Editorial Poblet. Buenos Aires, 1946.

GABRIEL RIESCO, O.S.A.

LA RELIGION CATOLICA Y LOS CATOLICOS





EDITORIAL POBLET
BUENOS AIRES
1946

LICENCIA ECLESIASTICA

Nihil obstat
P. Agustín García, O. S. A.

Imprimatur
P. Luis Camblor
Com. Prov., O. S. A.

Buenos Aires, 28 de septiembre de 1945

Puede imprimirse
Antonio Roca
Ob. de Augusta y Vic. General

Es propiedad. — Hecho el depósito que marca la ley

Impreso en la Argentina — Printed in Argentine

No te preocupes de las intenciones del predicador; atiende únicamente a lo que predica; recoge la palabra que sale de su boca; sus disposiciones no te interesan. ¿Escuchas de él palabras de salud? Pues recoge de su boca la salud, y no te constituyas juez de su corazón. Ves que se ha propuesto un fin torcido, ¿qué te importa? Tú escucha lo bueno que dice, sin tomar nota de lo malo que practica.

San Agustín.



No es ésta ocasión de averiguar si han sido parte y hasta qué punto, para llegar al nuevo estado de cosas, la cobardía y discordias de los católicos entre sí; pero de seguro no sería tan grande la osadía de los malos, ni hubiesen sembrado tantas ruinas, si hubiera estado más firme y arraigada en el pecho de muchos "la fe que obra por medio de la caridad", ni hubiera decaído tan generalmente la observancia de las leyes dadas al hombre por Dios. ¡Ojalá que de la memoria de lo pasado saquemos el provecho de ser más avisados en adelante!

León XIII.

PROLOGO

Anuncié este libro en su antecesor y hermano LA LIBERTAD Y LA RELIGION. Como lo prometido es deuda, cumplo religiosamente al entregarlo hoy al juicio de mis lectores.

El título refleja con suficiente claridad todo mi pensamiento. Su contenido, diseñado ya en la obra mencionada, se resume en esta breve alocución que pronuncié el 8 de abril de 1945, con motivo y en circunstancias del suceso a que ella misma se refiere y detalla.

Por eso, sin ulteriores comentarios, he creído oportuno ponerla de prólogo, como síntesis de la idea central de estas páginas.

"Viriliter agite, et confortetur cor vestrum, omnes qui speratis in Domino. *Portaos varonilmente, y confórtese el corazón de todos vosotros que esperáis en el Señor". Ps. 30,25.*

En horas tan turbias como las que estamos viviendo, no parece prudente hablar de concepto o fiarse de la memoria, porque en el actual estado de confusión las ideas más claras se obscurecen con equívocos y las palabras más sencillas se tergiversan con falsas interpretaciones.

Lo más cómodo en tales circunstancias es el silencio, pero yo no sé callar cuando el hablar es un deber.

Por eso no he podido, y si he podido, no he debido, rehuir el compromiso de dirigiros mi humilde palabra en este acto en el que la gran familia de "El Pueblo" se reúne bajo las bóvedas augustas de este templo para dar testimonio de su fe y de su piedad y rendir un homenaje de gratitud y de acción de gracias al Señor por los beneficios recibidos durante los 45 años de existencia fecunda y fecundada por el ideal católico que le anima y por la causa nobilísima que defiende. Acto de honda significación espiritual, de afirmación religiosa, como es el cumplimiento pascual, *y homenaje merecidamente tributado a los que durante nueve lustros han representado en el mundo periodístico argentino la decencia sin claudicaciones, la moral sin desfallecimientos, la justicia sin cobardías y el patriotismo sin extravagancias.*

Miembro de esta familia que es "El Pueblo", el diario católico y argentino cien por cien, y admiración de la América hispana y creyente, quizás no fuera yo el más llamado a cumplir este honroso cometido, pero quizás también mi voz no desentone en esta cátedra de la Verdad, habituados como estáis a ella desde esa otra otra cátedra de verdad que es nuestro diario, en cuyas páginas luminosas no cabe el engaño, ni tiene lugar la mentira, ni es posible el pasionismo, ni es tolerable la confusión, porque en el momento que admitiese estas bajezas morales se traicionaría a sí mismo, perdería su razón específica de ser, adulteraría su noble esencia y cambiaría su alta finalidad, que no es otra, en síntesis, que la de extender el Reinado de Cristo en las conciencias y en las sociedades por medio de una acción viril y ardiente, cual es el lenguaje de la verdad y el ánimo confiado en el triunfo del bien y la defensa denodada de la justicia, con la esperanza puesta

en el Señor, principio y sostén de todos los valores sustanciales.

Y si carezco de ingenio para hondas especulaciones y complicados problemas; si carezco de autoridad para marcar rumbos, señalar orientaciones o ensayar convencimientos, por ser el último de los hermanos aquí reunidos, el último de los católicos presentes, que aun sienten la quijotada de consagrar su vida a un ideal, de sufrir disgustos y quebrantos por desfacer entuertos, los entuertos de tantas injusticias que espantan por el número y la calidad; los entuertos de esa comodidad egoísta que aun es dado observar en nuestro campo; los entuertos de una molicie rayana en el embrutecimiento y en la vegetación salvaje; los entuertos de una venalidad periodística que es negociado escandaloso del honor, de la dignidad, de la hombría, de la conciencia; los entuertos del miedo de algunos católicos, tan despreciable como suicida, que sirve únicamente para favorecer las conquistas del enemigo...; si carezco, digo, de autoridad y de competencia, no me falta empero amor a la verdad y decisión para proclamarla en todos los momentos y desde todos los pináculos. Sé que la verdad engrandece la vida, y por eso la mía está consagrada entera a su servicio. Sé que el hombre que se precia de tal es un ser de convicciones, y las convicciones se plasman en el yunque de la fe, y la fe da fuerza y vigor al pensamiento, y el pensamiento, por sencillo y humilde que sea, merece siempre consideración y respeto, cuando no pierde su dignidad, porque es la primera jerarquía del espíritu y la ley soberana que actúa sobre los pueblos y las sociedades en la fidelidad a sus imperativos y en el esfuerzo por la consecución de sus fines.

Nadie pues podrá poner en tela de juicio mi con-

dición de servidor de una causa buena, en cuya adhesión y defensa uso la noble armadura del convencimiento y de la imparcialidad, que son el único título que justifica mi presencia en este acto y el único ropaje con que adorno mis palabras en esta ocasión cristianamente solemne y significativa. Esta propia imparcialidad e íntimo convencimiento dictan hoy a mi conciencia un ardoroso llamamiento a la unión irresistible de todos los católicos argentinos en torno al lábaro glorioso de nuestra religión sacrosanta, que es "El Pueblo", bendecido sin cesar por las autoridades máximas de la Iglesia, como indicando a sus fieles la urgente necesidad de estrechar filas en un momento de la historia en que las disgregaciones partidistas infecundas acarrean un peligro cierto para la causa que defendemos.

Sería ingenuo, por no decir criminal, el cerrar nuestros ojos ante las desdichas inmensas que se ciernen sobre nuestras cervices. De todos los horizontes avanzan tormentas siniestras que anuncian la proximidad de males y desgracias, cuyo alcance, profundidad y extensión desconocemos. No es necesario ser profeta para vislumbrar en un futuro inmediato la enorme tragedia y catástrofe espiritual que se avecina. ¿Qué hacemos los católicos para evitar o al menos aminorar sus funestos resultados? Seguimos durmiendo sobre los laureles, verificándose en esto la palabra de Cristo: "Los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz"; continuamos dispersos, disgregados, divididos en polémicas envenenadas, en discordias intestinas, en aislamientos insostenibles y estériles, en prejuicios seniles y dolorosos; vivimos rechazando con cualquier pretexto la idea de sacrificio y entorpeciendo el celo ardiente de nuestra causa y fomentando la ruina

y el descrédito y ofreciendo el triste espectáculo de la incomprensión y del recelo mutuos.

Mientras tanto los enemigos crecen y se agitan, aunando fuerzas y propósitos en el intento perverso de desintegrar y destruir la religión y la patria; mientras tanto la prensa mala e impía, apoyada su difusión y eficacia por nuestra desidia e indiferencia, suma esfuerzos, allega recursos, obedece consignas, impone directivas, pide acatamiento, exige disciplina y organiza la lucha para la hora decisiva.

Pues bien, ante esta impresionante y amarga realidad, yo levanto mi voz en favor de la prensa católica por considerarla como una de las mejores obras de apostolado moderno con que los católicos podemos y debemos contrarrestar el empuje formidable de la prensa descreída y superar los atractivos deleznables de la irreligión y del sectarismo, ya que es prudencia y cordura de combatientes salir a la pelea con las mismas armas y en las mismas condiciones del enemigo, y pienso que ésta es la voz de esa masa honrada y silenciosa de católicos argentinos que al verse abandonada por esa otra prensa mezquina que vende su pluma y su conciencia a tanto la línea, que al verse ofendida con prédicas y disposiciones hostiles a sus intereses religiosos, pide protección y amparo contra el torbellino de la nueva barbarie arrolladora que amenaza invadirnos y sepultarnos en la noche tenebrosa donde no brilla la razón, ni se respeta el derecho, ni se conoce la justicia. Es también la voz de la Iglesia que sabe que la prensa es la palanca terrible que mueve las opiniones, forma las ideas y decide en las luchas, y que por boca del inmortal Pío XI pronunciara este fallo definitivo: "Otra actividad a la cual la Acción Católica en todo país debe atender con cuidado especial, es la dirigida a pro-

curar y a defender la buena prensa, y particularmente la prensa diaria, la cual es tanto más eficaz cuanto mayor difusión alcanza. Por lo tanto es necesario a todo trance oponer a la prensa mala la prensa buena, y formulamos el voto de que se refuerce y multiplique, como la necesidad exige, y, sobre todo, que entre en las familias cristianas el diario que se hace eco de las enseñanzas de la Iglesia convirtiéndose en un precioso auxiliar de ésta. A tal fin, en vista de los grandes medios que exige hoy un diario bien redactado, y tal que pueda sustituir a la poderosa prensa contraria, Nos juzgamos oportuno que aun en el campo de la prensa se proceda viribus unitis, *es decir, que se concentren los esfuerzos generosos de todos los fieles en torno a las iniciativas de utilidad general, sacrificando, cuando sea necesario, los intereses particulares y regionales a los generales, y haciendo todos aquellos sacrificios que una materia tan grave pide". Ex.* Offic. Litt.

Lo habéis oído de labios de la autoridad más alta de la tierra. Nada tengo que añadir a sus palabras categóricas y rotundas, de las cuales fluye con nitidez meridiana la idea de la unión de los católicos en este punto como postulado de las necesidades presentes y de los peligros que nos rodean, resumen y objeto de todo mi pensamiento. Porque no son los grandes males, sino los grandes peligros, los que sugieren las decisiones heroicas: cuando el mal se viene encima de modo tan repentino que la resistencia es inútil o contraproducente, tan sólo queda en el ánimo el estupor y el anonadamiento que ocasiona; pero al despertar del horror en que nos sume la desgracia y la hecatombe, sucede al mal pasado la conciencia del peligro de otras catástrofes mayores que pueden sobrevenir para nuestro pueblo.

Quiero decir que al pasado estéril de resentimien-

tos personales y de lamentables contiendas y de extrañas alianzas y de foráneos acomodos y de enfermizos egoísmos, en que muchos católicos han caído o intervenido, como actores o como víctimas, debe suceder la enérgica y serena dignidad de caballeros y de hombres conscientes de su deber frente a los actuales acontecimientos de importancia excepcional y de trascendencia histórica. Debe primar la conciencia del peligro únicamente, y en consecuencia la unión de todos los católicos como de necesidad absoluta y de urgencia universalmente reconocida en el actual desencadenamiento de las pasiones sectarias.

Tenemos ya el medio —lo proclamo sin titubeos ni hesitaciones— el medio que, cual fórmula determinadora, nos puede unir y ligar a todos con esta noble finalidad. "El Pueblo" ofrece sus páginas y su experiencia al común esfuerzo en defensa de la verdad. El diario de los católicos argentinos debe ser el patriótico vademécum de todos los argentinos católicos.

Estos son mis votos fervientes, y al formularlos desde esta sagrada cátedra y en vuestra cristiana presencia, pido a Dios que los bendiga y los haga fructificar en hermosas realidades. Pedídselo vosotros también, porque la gracia es impulso y fuerza de las energías humanas, y al recibir a Jesús en vuestro pecho, prometedle obrar varonilmente en la lucha continua de apostolado a que os habéis decidido, y Él os dará la fortaleza de los paladines invencibles y confortará vuestro corazón con el manjar de los esforzados.

Sí, viriliter agite, et confortetur cor vestrum omnes qui speratis in Domino. *Portaos varonilmente todos vosotros los que tenéis puesta en el Señor vuestra esperanza y tened buen ánimo. Contra todos los decaimientos, contra todas las contrariedades y todos los contra-*

tiempos, "adelante, Dios lo quiere", según el lema excelso de vuestro pensamiento y de vuestra vida. Si vivís cristianamente, que es lo mismo que abnegadamente, dando ejemplo, como en este magnífico acto, de fervor y de religiosidad, entonces llegarán a vuestro corazón las palabras de Cristo, que hoy se leen en el Evangelio de la misa: "Paz a vosotros", paz verdadera, que el mundo no puede dar, pero tampoco puede arrebatar; paz cristiana en Dios que existirá en vuestro espíritu aunque falte la paz política o la paz social; paz legítima que es fundamento de la paz en los pueblos, de la tranquilidad en el orden, que dijo San Agustín, del orden en la justicia, de la justicia en la sociedad, de la sociedad fundada y sostenida por el amor de Dios. "Paz a vosotros", porque sois hijos obedientes del Príncipe de la paz, porque sois fieles a vuestra misión, porque sois infatigables en vuestras actividades, porque sois exactos en el cumplimiento de vuestras obligaciones católicas, porque sois con la pluma apóstoles de la buena causa, de la causa del bien y de la verdad, que se es la gloria de la religión y la grandeza de la patria.

GABRIEL RIESCO.

Buenos Aires, abril de 1945.

BUENOS AIRES, CIUDAD SIMBOLO

I

RAZON DE ESTOS COMENTARIOS

Esta nuestra inmensa y babilónica ciudad de Buenos Aires me llena de asombro y de temor. De asombro, por su creciente progreso material y su esplendor magnífico; y de temor, porque a través de su mirífica brillantez externa no se vislumbra una fuerza espiritual capaz de ponerla a salvo de un peligro dado a que pudieran arrastrarnos en cualquier momento las vicisitudes críticas de la época en que vivimos.

La supremacía de lo material es evidente. *No alienta el espíritu en su seno.* Entonces el desequilibrio de sus elementos no es más que una consecuencia. Que el orden y el sosiego son patrimonio del espíritu, y no de la materia.

Su fisonomía exterior ofrece a quienes la visitan —según confesiones oídas muchas veces— ese carácter peculiar de frenesí y de agitación febril y contagiosa que es signo de los tiempos actuales: desdichada modalidad de paroxismo o de locura que invita a la meditación y al estudio, si queremos evitar que nuestra ciudad se convierta en un gigantesco manicomio...

Añadamos a esto la contemporánea concepción

malsana de la vida, sin fe en el mundo invisible, o sólo con anhelos perennes de dicha en el mundo tangible e inmediato de los sentidos, que está ejerciendo gran influjo en la conciencia del pueblo. Movimiento seudo-místico que se traduce en un conjunto de inquietudes y aspiraciones vagamente metafísicas, manifestadas por muchas almas que no creen más que en lo positivo, o reflejado en un floreo sentimental aéreo e impalpable de que gozan y hacen sentir otras, ahitas de placeres sensuales.

Por eso me he decidido a dedicar a este tema breves comentarios, en los cuales se encierren quizás algunas enseñanzas útiles, si los lectores tienen la paciencia de seguir leyendo...

II

EL AFAN DE IMITACION

Entiendo que si la vida de nuestros días, compleja y contradictoria, pudiera sintetizarse en un solo nombre, Buenos Aires sería tal vez su expresión más adecuada y exacta. Manuel Gálvez dijo alguna vez que Buenos Aires era un mundo en síntesis. Yo la he llamado ciudad símbolo. O también pudiera decirse que es la ciudad de los contrastes. O un símbolo de todos los contrastes mundiales. En cierto sentido es el mejor balcón del mundo. Trasciende lo nacional y adquiere relieves universales.

No hay ciudad en el orbe que siga tan al detalle el ritmo nervioso de nuestra época, ni donde se escuchen con mayor nitidez las palpitaciones y angustias de la

generación presente. Ello se debe en parte a su gran *espíritu de imitación,* rayano con frecuencia en la ridiculez, ya que prescinde de ese sedimento espiritual y atavismo religioso que heredamos por la corriente de nuestras gloriosas tradiciones, formando su personalidad propia y característica, para anularse entre la avalancha de importadas costumbres exóticas y extrañas por completo a su psicología e idiosincrasia.

En todas nuestras manifestaciones damos la sensación de que somos un pueblo que está mirando constantemente hacia afuera, en vez de mirar nuestro ser, el fondo de nuestro interior. De hecho nos "inquietan" más los problemas extranjeros que los propios. Y esto es absurdo en su simple enunciado. Por eso me indigna esa nefanda teoría de que somos un *pueblo de dependientes*... de las directivas extranjeras. La fuerza interior propia es lo que da a las naciones jerarquía en la historia.

Toda imitación implica algún detrimento de la propia personalidad. Es ley que abarca tanto el orden individual como el colectivo. Más éste que aquél, porque una nación necesita con mayor urgencia que el individuo la afirmación de su "ser" específico, a fin de que no sufra menoscabo su dignidad y soberanía.

De ahí que el "servilismo" nacional es siempre la primera perturbación del sentido de la dignidad nacional. Porque hemos anulado el concepto de la propia dignidad, está tan *desarrollado en nosotros el instinto de la imitación;* de suerte que en todas las expresiones de la vida social preferimos la copia servil a lo auténticamente argentino. Nos subyugan las modas y los modales extranjeros. Hay gente que cuando no tiene qué copiar no sabe cómo vivir. Juzgamos índice de cultura vestir a la inglesa o a la alemana, e introducir en nues-

tro lenguaje y conversaciones palabras anglosajonas y vocablos franceses, atentando constantemente contra la riqueza insuperable de nuestro idioma y cayendo en el más pobre y ridículo de los barbarismos, olvidando que "la lengua española es de las lenguas vivas —dice un famoso escritor francés— la más armoniosa y la que más se parece a la rica y abundante lengua griega, así en la diversidad de sus modos y frases, como en la varia multitud de sus terminaciones, que siempre son llenas, y en el giro ajustado de sus cláusulas, siempre sonoras." (Abate Pluche)

III

LA PASQUINERIA INDECENTE

Nada digamos del entusiasmo con que miles de ingenuos se adhieren a extrañas ideologías políticas, desconociendo y renegando la verdadera política nacional. Sí, Buenos Aires también es símbolo de esa lucha de ideólogos que anunciara Leopoldo Lugones y que hoy desangra al mundo entero. ¡Ay de aquellos pueblos en los que prevalezca la "ideología" sobre el espíritu de nacionalidad! Ese día habráse roto el dique que impide el envilecimiento social y la barbarie colectiva...

La tónica de nuestro espíritu extranjerizante nos la dan los diarios mercantilistas de Buenos Aires. Es sorprendente la facilidad con que aquí arraiga la pasquinería indecente. Para mí esto revela la carencia de una cultura sólida, aun entre gente que presume de instruída. No se concibe una sociedad culta que consienta en su seno la venalidad de cierta prensa. Si no sólo la con-

siente, sino que además la favorece, ya no es una sociedad culta, sino una sociedad podrida. Confunde tolerancia con degradación, honor con negocio, dignidad con felonía, libertad con traición...

Leed nuestros voluminosos diarios, y sacaréis de su lectura atenta la impresión, la tremenda impresión de que ya no tenemos derecho a existir como unidad política independiente, es decir, que debemos renunciar a nuestro destino histórico, para colgarnos definitivamente de las solapas mugrientas del judaísmo y la masonería internacionales.

Actitud canallesca, apenas disimulada con la hipocresía y el cinismo de que hacen gala sus remunerados defensores.

Mas si a esta villanía nos condena la "libertad" que pide a gritos nuestro pasquinismo, es preferible que Buenos Aires viva sin un diario, antes de llegar a la ignominia de aparecer renegando de nosotros mismos...

IV

GOBERNAR ES ARGENTINIZAR

Ya lo he dicho: nuestra mayor desgracia consiste y arranca del desprecio suicida de lo propio y la superstición estúpida de lo extranjero. Ya no nos manda ese gran imperativo de la diferenciación: queremos seguir siendo un simple eco, una mera repetición, de lo bueno o lo malo existente en otras latitudes, matando los gérmenes auténticos de nuestra vida propia. Porque no sólo los problemas extraños preocupan en demasía a nuestra prensa mercantil, sino que hasta el ideal mis-

mo de la vida quiere hacernos cambiar, a fin de moldear a nuestro pueblo en otras costumbres, en otro espíritu, en otro estilo. Y esto es grave, para no tenerlo en cuenta, máxime hoy que gobernar es argentinizar.

Se ha dicho que Buenos Aires es "un crisol de razas". Yo creo más bien que es una mezcla confusa de elementos heterogéneos, sin cohesión ni estabilidad social. Falta ese carácter peculiar e inconfundible que distingue a otros pueblos.

De ahí esa confusión de ideas y de ideales encontrados; esa burda amalgama de supersticiones y de creencias; ese maridaje horrible de liberalismo y de catolicismo; esa contradicción permanente de mentalidades, de gustos y de tendencias; esa desidia por lo genuinamente nacional...

Buenos Aires, no es un crisol, es un caos. Un símbolo viviente de anarquía social y de la mediocridad intelectual. Carece de homogeneidad nacional y de espíritu argentinista. Le falta conciencia histórica de sí misma y amor a sus tradiciones.

Y así vive en una permanente negación, en la negación de los valores hispanocriollos, fuente inagotable de la verdadera argentinidad. Nunca la negación dió jerarquía espiritual. El espíritu humano necesita de las afirmaciones de la verdad. Por eso *el argentinismo auténtico no entiende otro lenguaje que el de la hispanidad y el del catolicismo.*

EL VERTIGO DE LA VIDA DESORBITADA

I

SE VIVE DEMASIADO A PRISA

Decía en el capítulo anterior que Buenos Aires nos ofrece el mejor conjunto panorámico de la época actual. Bajo las más variados aspectos encuentra el pensador motivos de reflexión y problemas en que ejercitar su pensamiento.

Se ha dicho con razón que hoy vivimos demasiado a prisa, y para convencernos de ello o llegar a comprender el alcance de esta verdad, no es menester otra cosa que darse un paseo por las calles de esta gran ciudad moderna a cualquier hora del día y de la noche. Creyérase que es la ciudad, más que del movimiento, de la carrera.

Aquí todo el mundo corre. ¡Correr! he ahí el afán del hombre moderno, la tremenda tragedia de nuestros días. Perderse en el vértigo del acontecer diario, ¿no es el móvil de esta época desorbitada?

En verdad que el hombre vive demasiado a prisa. Esclavo de una máquina, sujeto al ronco trepidar de un motor, atraviesa las calles y las plazas con vertiginosa rapidez, extraviada la mirada, desencajado el rostro, llevado como en alas de un impulso incontenible y de

una fuerza misteriosa. Así es imposible en absoluto el equilibrio de la vida y el sosiego y la hermosa placidez del espíritu.

¿Qué vientos mueven al hombre, a esa muchedumbre humana, ávida de correr, hambrienta del paroxismo y de la velocidad asombrosa, como si viviera con el miedo torturador de no llegar nunca a tiempo? ¿Son los vientos de la embriaguez o del delirio, o el soplo siniestro de la codicia y de la ambición?

No dudo que el apremio de esa multitud inconsciente responde a un estado psicológico de sobresalto y de locura que ha llegado a constituir, como insinuaba antes, una modalidad de nuestra época para la mayoría de las naciones. Es modo he dicho, antes que tendencia popular o doctrina: "el modo de manifestarse, en ciertos sectores de la vida, los parásitos semiinconscientes y semifinos que poseen gustos de Petronio sin talento y alma superficial de florista. No creen ni en sí propios ni aman más que el placer del momento gozado sin brutalidad, que es ya algo de grandeza. Su orden del día es: corre en auto por la senda del mundo y cambia de auto y de velocidad, así que las perspectivas de que disfrutas te cansen. Lo esencial es moverse, divertirse. Son mariposas cuyo destino es volar siempre en el aire y detenerse un momento en cada flor para libar un poco de néctar. Los Quintero los han descrito (*La Prisa,* comedia en tres actos) en una de sus fases, al hacer decir a uno de sus tipos de escena: "vivo desparramado, consumiendo mi tiempo en cosas que no le aprovechan a nadie", y poner en boca de otro estas palabras: "¡Lástima, hija mía, que esta humanidad que tanto corre, no sepa de cierto a dónde va!".

Creo sinceramente que es el reflejo del vacío religioso, el trasunto fidelísimo de nuestra honda inquietud espiritual.

II

LA PRISA VIENE DEL DIABLO

Por eso Buenos Aires es síntesis de un problema que incita a la meditación a los espíritus reflexivos. ¿Podrán esos miles de seres humanos seguir viviendo por mucho tiempo en ese estado anormal, en ese tren de nerviosidad permanente y de excitación constante? ¿No será ese movimiento externo sin medida un desgaste continuo, un aniquilamiento lento, pero seguro, de las facultades psíquicas del hombre? ¿No producirá esta agitación un agotamiento físico y una postración moral de incalculables consecuencias perniciosas para la vida y el porvenir de los pueblos?

"Observemos a un hombre que vive en una capital espléndida, con todos los adelantos de la cultura técnica. Tiene el reloj en la mano, y con nerviosidad cuenta los minutos para ver si alcanzará todavía el tren, el último tranvía, si no llegará tarde al teatro, a la apertura de la Bolsa, a la conferencia, etc. Es nervioso, distraído, y todas estas circunstancias no ayudan a lograr un trabajo serio, el ahondamiento de la vida espiritual. La cultura de las máquinas tiene acostumbrado al hombre a la prisa, a la vida precipitada, y, sin embargo, según el dicho oriental: "la prisa viene del diablo". ¡Todo a prisa, y siempre nuevo! De ahí la producción adocenada y precipitada en todos los campos, sin exceptuar el del arte. ¿Dónde pinta hoy un Rafael? ¿Dónde esculpe un Miguel Angel? Falta tiempo para realizar una concepción amplia.

¡Ay de la humanidad si permite que los valores terrenos se traguen las exigencias más elevadas del

alma! ¡Ay de ella si frente a la cultura material, a la técnica, a la máquina, no hace suya la fórmula de la escuela socrática: poseo las cosas, domino las cosas, y no son ellas las que me dominan a mí! Porque ¿de qué sirve ganar toda la tierra, si está con hambre nuestro espíritu y se agobia bajo el peso de las grandes riquezas?" ¿De qué sirve si también en nosotros se realizan las palabras del profeta Isaías: *El país está rebosando de plata y de oro, y son inagotables sus tesoros... Y el hombre dobló la cerviz, y humillóse el varón?"*

III

EL REINADO DE LAS MAQUINAS

Berdiaeff ha dicho que la secularización de la vida ha conducido a la mecanización de vida. Pero la mecanización de la vida implica la ruptura definitiva de la organización cósmica. Porque todo organismo supone y es una jerarquía. Y la vida es una estructura orgánica, vale decir, jerárquica. Cuando la mecanización substituye esta estructura, se rompe su equilibrio, o sea, su jerarquía, y "las potencias humanas salen del estado orgánico y quedan inevitablemente sujetas al estado mecánico".

De ahí que *la máquina ha destruído la estructura secular de la vida humana.* El reinado de las máquinas en la existencia del hombre es la perturbación de todo ritmo jerárquico de la vida y el sometimiento del espíritu a una naturaleza inferior. Al perder el hombre su jerarquía, pierden las potencias humanas su fuerza creadora, y por lo mismo pierde la vida también su be-

lleza. La imagen del hombre desaparece, y sólo queda... la máquina, como expresión de una época desdichada, brutalmente afanosa por destruir y matar al hombre, aniquilando sus fuerzas espirituales y creadoras.

Luego es muy cierto que el maquinismo es el enemigo número uno del hombre moderno. Es el signo de una esclavitud "civilizada". El medio funesto de la deshumanización de la sociedad. El tributo que estamos pagando, con sangre, por el menosprecio de las cosas del espíritu...

Dirigid una mirada a los fenómenos que se suceden en derredor nuestro, examinadlos con detenimiento, y encontraréis en lo dicho anteriormente algunas de las causas profundas de los males innumerables que nos aquejan.

Salta a la vista un desequilibrio sustantivo en la vida. Mas el desequilibrio engendra siempre desorden. Y el desorden es fatal para la sociedad, porque sin armonía nada hay bueno ni perfecto. El orden es la primera fase del bien y de la perfección. Y la perfección y el bien suponen la jerarquía de valores dentro del organismo cósmico en que deben desarrollar sus actividades.

La tremenda realidad presente, por lo tanto, ante la cual no podemos cerrar los ojos sin cobardía, nos abruma el alma con el peso de tantas incertidumbres. Son muy poco halagüeñas las perspectivas que se vislumbran en los horizontes de un futuro inmediato. *Las maravillas de la máquina se acercan a su ocaso.* Los fuegos fatuos se apagan. Los falsos resplandores sólo dejan de su rastro la huella de la desilusión y el desencanto.

IV

SU INFLUENCIA EN LA VIDA RELIGIOSA

Es ya hora de que empecemos a ver claro los resultados inherentes a la mecanización de la vida. Nos fascina la prosperidad material de otros países, su ingente industria, su bárbaro confort, e intentamos copiarlos servilmente. ¡Oh, la manía extranjerizante! Y cuando hemos imitado sus sistematizaciones del esfuerzo humano, notamos que un mundo de perplejidades nos circunda y un malestar creciente nos corroe las entrañas. Vemos, con la amarga realidad del desengaño, que no hay relación entre la *comodidad alcanzada* y la felicidad del corazón y la paz de los pueblos.

¿Por qué? Porque esa agitación febril en que se desarrollan las actividades todas de la sociedad moderna, esa honda inquietud espiritual con la que imprimimos a la existencia humana un movimiento continuo de celeridad incontenible y de preocupación nerviosa, no puede menos de secar el corazón y esterilizar sus energías, haciendo sentir su influencia y su peculiaridad hasta en la misma vida religiosa, fuente y apoyo de la vida verdaderamente racional.

Pues también aquí, en la vida religiosa, el hombre de nuestros días pretende *economizar* tiempo, ganar distancias, poner una nota de brevedad en sus actos, "correr" en una palabra, como una imposición de las "necesidades" de la época, como una exigencia de la rapidez o veleidad de su pensamiento, signo característico de la insubstancialidad de un vivir sin finalidades superiores.

Si para ello hay que sacrificar el cumplimiento del

deber y prescindir de lo más importante y substancial de la vida, cual es el imperativo religioso, poco importa, con tal de seguir esa marcha descentrada de aceleramiento en el logro de sus afanes y desvelos, siempre materiales y egoístas... Lo espiritual y trascendente no cuenta para mentalidades tan abyectas.

Estamos, pues, en presencia de un fenómeno psicológico de la colectividad humana que sugiere en sus vastas proporciones problemas tan profundos y complejos como nunca se vieron en el transcurso de la historia. Podrá explicarse este fenómeno y las íntimas cuestiones que encierra según el criterio de cada uno, pero jamás podrá nadie negar su existencia. Su realidad se impone con la nitidez de lo evidente.

Para mí la causa principal radica en que el hombre de hoy se ha desprendido de los tiernos brazos de la religión, nuestra pura y casta madre, para reclinarse en el seno impúdico de la concupiscencia y caer en el oprobio de la sensualidad, nodriza despiadada del espíritu. Porque la religión es paz y armonía, así como el sensualismo es frenesí y excitación nerviosa. La religión es ordenamiento interior del alma; la irreligión es el vértigo de la vida desorbitada.

Cuando los pueblos hayan recobrado el sentimiento religioso y lo vivan intensamente, habrá menos *máquinas humanas*, pero tendremos más hombres, con afanes de ideales más altos.

"¡SIEMPRE FUE ASI!"

I

HUIMOS DE LA PROPIA INTIMIDAD

Arranca el malestar, en que hoy se agitan los pueblos, del desequilibrio en la vida, producto de la desorganización cósmica, por la inversión repugnante de los valores sustantivos del hombre, ya que todo lo absorbe lo material y terreno, las fuerzas ciegas del instinto, con menoscabo de lo espiritual y eterno, llegando a la bajeza de que la carne y los sentimientos inferiores del ser ejerzan la soberanía e imperio que por derecho propio corresponden a la razón y al espíritu.

Entonces el hombre abdica de su alta jerarquía, renunciando a los títulos gloriosos de ángel, para someterse al despotismo de la bestia. *Las fieras que rugen en sus bodegas* y que son las inclinaciones torcidas y las pasiones, lo devoran, y siente la necesidad de huir de sí mismo, razón por la cual en esta época desorbitada vivimos huyendo de nosotros, como ha dicho Martínez Zuviría. "Nos resulta pesada nuestra propia intimidad. Nos espanta el quedarnos solos con nosotros mismos, y por eso buscamos distracciones exteriores, so pretexto de obligaciones o salud".

Esta desgracia de los hombres viene de una sola cosa, en frase de Pascal: la de no saberse estar quietos en su cuarto. "El alma no encuentra nada en sí misma que la contente, no ve nada que no la aflija cuando piensa en ello. Lo que la obliga a esparcirse en lo exterior, buscando, por su aplicación a las cosas exteriores, la manera de perder el recuerdo de su estado verdadero. Su gozo consiste en el olvido, y basta, para hacerla desdichada, obligarle a estar a solas consigo misma".

De ahí proviene el que a los hombres les guste tanto el ruido y la agitación. El bullicio del mundo alocado es su felicidad, así como el silencio y la soledad se convierten para ellos en un suplicio insoportable. Mas la gente no se espanta, antes se encoge de hombros diciendo que siempre fué así.

II

PERDIDA DE LA FISONOMIA RACIONAL

Hay en este proceder un círculo vicioso, de consecuencias prácticas y que conviene poner en descubierto. Los hombres que ponen el bienestar sensualista como fin supremo de la vida, ignoran que *la felicidad está en el reposo, y no en el tumulto:* "no saben que es la caza y no la presa lo que buscan". Procuran toda suerte de placeres, y cuando han alcanzado el fondo de sus miserias, ven con desencanto que el instinto no se sacia, exigiéndoles nuevas diversiones y nuevos placeres, hasta emponzoñar el corazón con el hastío y la amargura. Es el resultado inevitable del absurdo de

buscar la dicha por la senda de la agitación y no por el camino seguro del reposo interior del alma.

Esta desdichada situación espiritual implica un desmedro inquietante de la propia personalidad. Cuando se identifica la voluntad y el pensamiento con el impulso instintivo, con la sed de gozar y de perderse en el torbellino de la agitación, se ofrece la primera cadena con que aherrojar la dignidad de la persona humana. Porque el individualismo sibarita, que es un egoísmo feroz, engendra el materialismo brutal, que es la degradación de la personalidad.

El hombre en ese estado de corrupción yo no piensa, se divierte. El hombre en esa situación humillante ya no reflexiona, vegeta. Pierde su fisonomía racional, su espiritualidad, y se sitúa en el plano y al nivel de los brutos. No siente el estímulo de ideales superiores, y cae en la afrenta de arrastrar su vida por el fango de todas las pasiones. Locura, postración y envilecimiento. Los tres recios anillos de la cadena de la abyección.

III

ORGIA DE CABARET

Siempre fué así. Cuando el *ímpetu sagrado,* de que nos habla el poeta, no nutre a los hombres, éstos se alimentan de las piltrafas que se ofrecen en los mostradores de la carne... El ímpetu sagrado del hombre es la religión. Al perder ésta su eficacia, su fuerza nutritiva, porque los hombres la abandonan, entonces experimentan las almas la sed rabiosa de la sensualidad.

Y nada las detiene en los senderos tortuosos de la perdición. Hasta llegan a la locura de abandonar con "rapidez" el templo de Dios, lugar de recogimiento interior y eficiente incentivo de meditación, para marchar precipitadamente a postrarse ante el becerro de oro e hincar la rodilla ante los altares del vicio y del placer. El hombre huye de la iglesia para entrar en la agitación de los bancos. Le aburre la quietud del hogar y busca la orgía del cabaret.

Siempre fué así, es cierto, pero ahora la frase encierra un sentido diferente. Dirijo una mirada a los campos de la historia, y veo con dolor que, desde que la humanidad existe, el delirio del placer y el frenesí de la riqueza han producido siempre el vértigo de la degradación y la tragedia de la ruina.

Lección tremenda que el hombre moderno no recoge. Porque nuestra época es brutalmente utilitarista, o "práctica", como por lo general se dice. Y el hombre moderno sigue la corriente... y sólo se interesa por lo materialmente útil y por lo que le reporta dinero y bienestar egoísta. No le preguntéis por el espíritu ni por las cosas del espíritu, porque os contestará que ni *siquiera tiene noticia de la existencia de espíritu.*

Esta mentalidad hace que hoy la mecánica y la teneduría de libros sea la dedicación preferida. No le preocupan las lecciones de la historia, o mejor, cree que la filosofía de la historia no sirve absolutamente para nada.

Pero el hecho de ignorarla no impide los golpes que reciamente descarga sobre nuestras duras cervices. El mundo sigue andando, evidentemente, mas al no aprender los mortales las enseñanzas de la experiencia, también los castigos se siguen sucediendo...

Y siempre fué así, pues es lógico que las mismas

causas produzcan los mismos efectos. La culpa llama a la expiación. A una era de sensualismo y de impiedad sucede un período de llanto y de sangre. El desenfreno y la agitación llevan en sí mismos el *cansancio y el agotamiento*. Y cansancio espiritual, agotamiento religioso es lo que se observa en nuestros días. Signo fatal, que descorazona y llena de pesar el alma.

SIN RELIGION NO HAY MORAL

I

UN PORVENIR INCIERTO

Cuando todos van hacia el desorden, dijo Pascal, no parece que nadie vaya a él. Sólo el que se detiene, puede hacer notar la marcha de los otros, como un punto fijo.

La humanidad se mueve y se agita en el desorden y marcha hacia el caos. Tan sólo el que se detenga y se aparte del torbellino y observe y *medite,* podrá notar los peligros que la acechan y la creciente celeridad que la empuja hacia el abismo.

Es posible que a muchos parezca este lenguaje un poco raro y juzguen mis apreciaciones en un todo extrañas a la realidad o recargadas de ese negro pesimismo que se respira hoy en todas partes. A los tales bastaría invitarles a un detenido examen de conciencia y a un serio análisis de los hechos, que son la gran fuerza probatoria de los juicios. Y los hechos nos dicen que hay escasos motivos para entregarse *a ese fácil optimismo* de la mayoría de las gentes, que de ordinario no es otra cosa que inconsciencia o ignorancia de lo que en torno nuestro ocurre.

Yo veo el porvenir muy incierto, pleno de arcanos

indescifrables y cargado de sombras precursoras de tormentas siniestras. Pero esto no me asusta ni me espanta, porque nubes amenazantes hubo siempre en los horizontes de la historia, y porque, además, un cambio radical, fundamental, es necesario en todos los órdenes de la vida humana, hasta ahora asentada sobre convencionalismos y ficciones, sobre injusticias y mentiras hipócritas y perniciosas.

Y este cambio integral ha de venir en alguna forma, más tarde o más temprano, porque entra en los ámbitos de la dialéctica del proceso histórico que estamos viviendo. Mas ¿qué reservas morales poseemos nosotros para poner un dique a ese alud que se nos echa encima? ¿Con qué *materiales* y sobre qué cimientos construiremos el nuevo edificio de un mundo mejor?

Este es el asunto, la grave e inquietante cuestión de la hora actual.

II

OBRA DE LA "CULTURA" LAICA

Los hombres han renunciado a todas las leyes de Dios y de la naturaleza, y se han fabricado ellos mismos *sus propias leyes*, que no son otra cosa que caprichos mezquinos, injusticias insoportables y arbitrariedades ominosas. ¿Sobre esta base deleznable y movediza se pretende estructurar la sociedad?

Sabemos que no hay sólido cimiento jurídico sin Religión, y sin embargo, los hombres intentan desentenderse de los problemas religiosos. Lo que implica de-

jar la vida sin contenido y los pueblos sin ideales superiores.

Esta carencia de problemas trascendentes es el único problema que me inquieta, por ser el mayor estrago y más grande calamidad que azota al espíritu moderno. Porque al alejarse de Dios, se ha alejado del estudio del hombre. "Donde no hay Dios no hay hombre". Donde falta el conocimiento de Dios, se pierde fatalmente el verdadero concepto del hombre.

Dios es el único bien infinito, capaz de llenar el abismo infinito del corazón humano. Al privarse de este bien soberano, queda el hombre sin objeto apropiado a su naturaleza espiritual. Hasta la propia destrucción le parece "su" propio bien.

Desea la verdad y le sale al paso la incertidumbre. Busca la felicidad y se encuentra con la miseria y la muerte. "Los unos buscan la felicidad en la autoridad, los otros en las curiosidades y en las ciencias, los otros en las voluptuosidades". Y pocos la encuentran, porque desgraciadamente son pocos los que se deciden a consagrarse a Dios por medio de Jesucristo, *que es el camino, la verdad y la vida,* es decir, la plenitud de la felicidad del hombre.

Así es cómo la fiebre de la agitación y de la pasión atormenta a los mortales, sin dejarlos nunca satisfechos. "El hombre no sabe en qué lugar colocarse. Está visiblemente extraviado, y caído de su verdadero lugar, sin poder hallarse de nuevo. Busca por todas partes y sin éxito, entre tinieblas impenetrables".

Es la obra de la "cultura" sin Dios, la consecuencia inevitable del laicismo embrutecedor.

III

TRAGEDIA ESPIRITUAL DEL HOMBRE MODERNO

Toda concepción puramente laica crea un mundo inmoral, o sea, antimetafísico; pues sin Religión no hay moral, o como dijo Menéndez y Pelayo, sin metafísica no hay ética posible.

Cuando se prescinde de Dios, hasta los hechos de la historia carecen de sentido, ya que su interpretación científica dice relación necesaria a las creencias e ideales religiosos de los pueblos. La verdadera filosofía de la historia considera a la Religión como la mayor fuerza dinámica de la vida social.

De donde se sigue que la secularización de la vida, el laicismo, implica la privación de la verdad histórica y el quebrantamiento de la moral, puesto que ambas necesitan para su firmeza y esplendor del contenido sobrenatural. Principio que han proclamado todos los genios, desde San Agustín hasta nuestros días, y según creo haberlo demostrado en mi libro *San Agustín, maestro de nuestro tiempo,* publicado recientemente por Editorial Poblet.

Debido a esta deformación de la verdad —obra del racionalismo doctrinario y del liberalismo económico—, el espíritu humano semeja a un ciego que anda a tientas: no tiene una base sólida, un principio inconmovible donde poder apoyarse para mantener su esfuerzo y expandir su vuelo.

Es la gran tragedia espiritual del hombre moderno. Y "lo que hace más trágicas las horas que vivimos es, justamente, que la mayoría carece de los medios de saber dónde debe colocarse, y carece de ellos porque

esa mayoría ha sido educada en la mentira, en el error; mentira y error del que no se libran muchos católicos fervientes que no han sido capaces de comprender que la Religión, además de atender las relaciones del hombre con su Creador, determina las del hombre consigo mismo y sus semejantes, en todos los órdenes de la actividad humana".

¿No es esta angustiosa situación motivo suficiente para llenar de tristeza el alma? Y cuenta que estas no son conjeturas o disquisiciones filosóficas: es la misma realidad que se alza imponente para subyugarnos con la fuerza y el poder de la evidencia, a fin de enseñar, una vez más, al hombre que sin Religión no hay moral, ni orden, ni bienestar en los pueblos.

LA LOCURA DE LA AGITACION

I

LA ASCETICA DE LA VIDA ACTUAL

Mientras el mundo se agita entre convulsiones y estertores de agonía, a que lo ha conducido la corriente del materialismo moderno, con prescindencia absoluta de los graves y trascendentes problemas del espíritu, los católicos continuamos en una especie de modorra religiosa, producida por la hiperpirexia característica del liberalismo individualista que se nos ha metido en el alma, sin que nos decidamos a echar mano del único antídoto que puede contrarrestar su perniciosa influencia.

También nosotros los católicos nos hemos contagiado de la enfermedad de la época, que he llamado la locura de la agitación, la demencia de la velocidad y la pasión de la rapidez. Agitación que es antítesis de acción. Excitación intensa y nerviosa que es atrofia de las facultades del alma y letargo de la razón y del espíritu.

Flota en el ambiente, como signo y prueba de lo dicho, el deseo de la muchedumbre, aun de la creyente, de imprimir a la vida cristiana, que es la vida verdadera, esa aceleración indefinida que regula hoy todas

las actividades humanas, con menoscabo de la vida espiritual, que es la propia del hombre *racional,* y con detrimento de las sagradas obligaciones que para con Dios nos imponen la ley y la naturaleza.

La brevedad, la precipitación es la ley tiránica que rige los destinos del hombre actual. Y de mil modos se manifiesta dicha ley en los católicos: a través de la espontaneidad de sentimientos distanciados del CENTRO de la vida, de las frases y expresiones que revelan la preocupación dominante de su espíritu despreocupado de los fundamentales problemas religiosos, sin contar la pasmosa frivolidad reinante, la carencia total de sincera piedad y el abandono irreverente del esfuerzo por el crecimiento de la virtud en su corazón.

Por eso es fácil oír preguntar con frecuencia por la misa más corta... (!!), cuánto durará tal o cual ceremonia, este o aquel acto religioso..., porque sus *muchas ocupaciones* no les permiten estar mucho tiempo en la iglesia... ¡El deporte, el embellecimiento del cuerpo, las salas de baile, los cines, los teatros, las reuniones sociales...!

¿Y el alma? ¡Vaya antigualla! *La diversión y el placer son la ascética del hombre moderno...*

II

DEFICIENTE FORMACION CRISTIANA

Así se forman esos católicos de comunión diaria y de mentalidad y costumbres paganas. La plaga de nuestro tiempo. Pascal diría que son los falsos justos que cumplen buenas obras, y malas obras, para gustar al

mundo, y muestran que no se han dado completamente a Jesucristo, porque esto les da vergüenza.

Pero sucede que los tales carecen de fuerza moral para resistir los peligros, y cuando llegan las *grandes tentaciones y ocasiones,* los matan o se pierden en el naufragio de la apostasía universal, que es la peor y más dolorosa de todas las muertes.

Fácilmente se echa de ver aquí la deficiencia de nuestra formación espiritual y religiosa. Nuestra escuela oficial, por su acristianismo, por su arreligiosidad, ha fracasado en una forma tal que pasará mucho tiempo y correrán muchas lágrimas antes de subsanar completamente su fracaso y sus desastrosos efectos. Pero confesemos sinceramente, ya que la ocasión es propicia, "que muchas escuelas católicas han inculcado una piedad de sentimiento, superficial, con más devociones que formación positiva, con catecismos aprendidos de memoria mas muy parcamente explicados, con disciplina que nacía de la coacción exterior, pero muy poco del alma, un cristianismo ritual o emotivo, no tan basado como fuera de desear en el dogma".

El señalar algunas fallas no significa que yo afirme el fracaso total de la formación religiosa, como alguien ha hecho en estos días con suprema ligereza. Al lado de todas sus deficiencias están sus magníficos resultados, que en buena lógica debe tener en cuenta todo escritor que trate de esta materia. De lo contrario cometerá una grave injusticia que no merecen los individuos y los institutos consagrados con abnegación y heroísmo a la enseñanza religiosa. A parte de que ahí está la sinceridad de los hechos, juez insobornable de la crítica serena, desmintiendo a voces toda pueril ofuscación o demagógico atrevimiento.

III

URGE RENOVAR EL AMBIENTE SOCIAL

No condeno la febril conducta individual, que con frecuencia está de sobra justificada. Condeno esa ascética semipagana del hombre moderno, esa mística brutal de las contradictorias, con que se pretende amalgamar en horrible maridaje acciones y conceptos diametralmente opuestos, siendo por la mañana católicos en la iglesia y por la tarde paganos en el cinematógrafo y en la calle, y olvidando que el católico verdadero debe conducirse como integralmente tal en todas las manifestaciones de su vida.

Y no lo hace porque un ambiente espeluznante de paganía le rodea por todas partes, y un estado de conciencia colectiva absurdo, y un afán desmedido, creado por esta sociedad-máquina, de someterlo todo al cálculo y al número, ha disminuído la labor religiosa y agotado la potencialidad espiritual, con olvido culpable de los principios fundamentales del cristianismo y de los valores substanciales de la personalidad humana.

¡Como si el cálculo y los números tuvieron la virtud de suplir la obra de Dios en el alma y de llenar el inmenso vacío que hoy experimenta el corazón! ¡Como si la Gracia no fuera la gran fuerza dinámica del espíritu en sus expansiones creadoras! ¡Como si la vida moral de los pueblos, fomentada por la piedad, no fuera de mayor prestancia para su dignidad y engrandecimiento, que ese mercantilismo grosero, verdadera carcoma de las sociedades modernas, y repugnante peste fatídica de nuestro tiempo!

Urge, pues, renovar el ambiente social con reacti-

vos enérgicos de ascetismo cristiano, a fin de que la vida espiritual del hombre adquiera su equilibrio cósmico y pueda desarrollarse en toda su plenitud; cambiar la fisonomía de la sociedad moderna, la cual, diríase, compónese hoy *de hombres sin conciencia, hembras sin vergüenza y gente sin alma: la más espeluznante paganía a que le es dado descender a un pueblo.*

De esta forma la sociedad será una ayuda eficacísima, un medio, y no un estorbo, para el acrecentamiento de la vida sobrenatural, a la que debe consagrar el hombre sus mejores actividades.

VACIO DE LA METAFISICA DE LA NADA

I

LA VICTIMA DE SUGESTION O DE SUEÑO

En esta edad, como ninguna otra cambiante y precipitada, no veo alrededor más que mudanzas, transfiguraciones, derrumbamientos y muertes. Diríase que se ha apoderado de nosotros la psicosis de la destrucción y sólo nos encontramos a gusto entre montones de ruinas y de escombros...

Triste destino el de una sociedad como la nuestra que marcha con pasos agigantados hacia su aniquilamiento total por las sendas fatales de la total mecanización de la vida...

El predominio del maquinismo trajo consigo el afán de la celeridad, y con él sobrevino la atrofia de la inteligencia y el desfallecimiento del corazón. Si un cambio radical no detiene esa marcha decadente, llegaremos muy pronto, no tan sólo a una disminución espantosa de las fuerzas morales del hombre, sino a una paralización espeluznante de toda la vida espiritual, que es sinónimo del estado de barbarie. Y de este cambio, confieso ingenuamente, no veo siquiera indicios por el momento.

El hombre actual, en frase de Leopoldo Lugones,

vive yéndose con la máxima rapidez, o sea, huyendo instintivamente de sí mismo en el horror al hueco sobre la nada que han hecho en su alma el racionalismo agnóstico, la libertad incondicional, la moral sin dogmas. El espíritu y la razón, desmoralizados hasta en la fe de sus propios fundamentos, ven vacilar, desmoronarse y caer las verdades más robustas y las más arraigadas convicciones. Recusados los testimonios más fehacientes, todo vacila y se prosterna ante lo que se ve y palpa, y lo que se palpa y ve resulta tan maravilloso, que si la más severa e inflexible lógica no nos sostiene, caemos en el remolino fatal que nos arrastra, hasta sumergirnos en la adoración de la *materia*. Pero ésta, como toda realidad sensible, es inexplicable sin la clave ideológica de la metafísica. Entonces el hombre, privado de esta clave para descifrarla y del conjuro moral para someterla, se deja ofuscar por los vapores que se levantan de sus crisoles en tornasoladas nubes, y se deja enervar por la sorda voluptuosidad de las *sabias preparaciones halagadoras de los sentidos,* y se deja envolver por el torbellino ciego de sus fuerzas, que lo arrastran con vertiginosa velocidad fuera de sí mismo, víctima de la sugestión o del sueño, como un hinoptizado presa del frenesí y de la fuga.

II

LA INVASION MATERIALISTA

Esta pasión de la prisa resulta una verdadera manía ambulatoria o el transcurso epiléptico a la imbecilidad, que es precipitación en el propio vacío. *El vacío abierto por la metafísica de la nada.* La sima profunda

de la filosofía sin religión y sin Cristo, es decir, sin contenido espiritual y religioso.

Ya he dicho en mi libro *"El catolicismo y los errores modernos"* que la mayor tragedia de nuestro tiempo consiste en el absentismo religioso. Con el afán de borrar de la historia "el fenómeno cristiano", lo que se consiguió fué que el hombre perdiera su fisonomía espiritual y los pueblos se hundieran en los pantanos de la abyección.

De tanto postrarse ante la *materia,* considerándola como única realidad de la vida y único objeto de la *ciencia experimental moderna,* el hombre cayó, desfallecido y fascinado, en los sensuales brazos de esa absorbente *divinidad,* y, olvidándose de su origen, de su naturaleza y de sus destinos, la adoró como Dios.

No está el mal en el cultivo de la ciencias naturales, sino en la *metafísica negativa* que se intenta levantar sobre los fenómenos sensibles que observan las ciencias experimentales, para llenar el vacío que dejó la metafísica positiva al desaparecer, como desapareció, en la ruina del organismo científico y del organismo antropológico, iniciadas por el racionalismo separatista en la reforma cartesiana.

La teología, la metafísica, la jurisprudencia, la medicina, la historia, las ciencias morales y políticas, han sufrido el golpe de esta invasión del materialismo en la ciencia y en la vida, con lo que se ha ido destruyendo su objeto nobilísimo, rebajando su excelsa dignidad o poniendo en duda el carácter evidente de sus axiomas o principios. Todo ello ha traído como consecuencia que a la *rehabilitación de la materia* en el orden ideal, sucedió la *rehabilitación de la carne* en el orden moral, contra las mortificaciones y penitencias del espiritualismo ascético y cristiano. El hombre, que es ante todo

un ser moral, perdió su jerarquía y fué derribado de su trono, como una víctima, por los monstruos de la naturaleza, que él convirtió en divinidad.

Ha sido preciso que, perdida de vista toda realidad sobrenatural y metafísica, despreciada toda religión, desconocido todo orden moral, desierto el camino de toda especulación espiritualista y de toda mística contemplación, esclavo de las necesidades de los sentidos y atento sólo a las voces del placer y del dolor, el hombre hiciese cómplice a su entendimiento extraviado de su corazón pervertido, para "convertir *en derecho* al *delito,* elevando a *credo* de principios indiscutibles la causa y la explicación de los crímenes más horrendos".

III

EL DESPOJO DE LA DIGNIDAD HUMANA

Lo puramente terreno y material absorbe nuestras facultades hasta la locura, hasta una fuga de nosotros mismos propiamente mortal. Hemos perdido el instinto de lo sobrenatural y transcendente. Carecemos del sentido de nuestra grandeza y de nuestra miseria, o sea, de nuestra personalidad real. Nos arredra el estudio del hombre, y estudiamos mil frivolidades que para nada sirven en el perfeccionamiento de la vida. Casi diría que nos asusta el propio pensamiento, cuando en el pensamiento está toda la dignidad del hombre, según afirmó Pascal. Por eso ni un momento fijamos la atención en los fenómenos psicológicos de nuestro espíritu, de suerte que podría asegurarse que desconocemos por completo nuestro interior, nuestra realidad espiritual,

nuestra grandeza verdadera. Y el hombre sin pensamiento, sin vida religiosa, ¿en qué se diferencia de los brutos?

Cierto es que el ambiente posee una gran eficacia normativa. Y hoy unas costumbres frívolas y semipaganas, unas doctrinas profundamente sensuales, una época esencialmente materialista y sibarita, no son, en verdad, los auxiliares mejores y más propicios para reconcentrarse en sí mismo, y escudriñar los movimientos psíquicos del alma y estudiar los eternos problemas religiosos, a fin de valorar las grandes y nobles consecuencias morales que encierran. Pero pienso que sería alto mérito reaccionar enérgicamente contra esa corriente de embrutecimiento y de despojo de la dignidad humana.

Sin embargo, repito, no se observan aún síntomas de esta reacción salvadora. Tan sólo damos importancia y significación a lo que impresiona nuestros sentidos. Lo que no palpamos, lo que trasciende los límites de la materia, aquello que excede nuestra visión carnal, lo conceptuamos de cosa baladí, carente de valor e importancia para el desarrollo de la vida de los pueblos, y por lo tanto como un objeto impropio de las preocupaciones "modernas" y de estos lindos tiempos que vivimos.

Y así es cómo los males denunciados continúan ejerciendo su nefasta influencia, y multiplicándose sin cesar, engendrándose unos a otros en cadena interminable, por la sencilla razón de que "no hay quien reflexione en su corazón", según la bella frase de la S. Escritura, ya que el hombre moderno se ha olvidado de que *el bien pensar es un principio de la moral.*

De ahí resulta que ni un instante dediquemos nuestra mente a la meditación y examen de esos problemas

fundamentales que se plantean en la vida superior del espíritu. Ignoramos nuestra propia naturaleza, la psicología de nuestro ser, porque, como queda dicho anteriormente, lo superficial, lo exterior, que es lo más caduco y engañoso, nos atrae y subyuga con fuerza irresistible, hasta impedirnos la observación de lo íntimo del alma, de lo divino y eterno que Dios puso en el fondo de nuestra naturaleza.

IV

ULTIMA CONSECUENCIA DE LA NEGACION

De este modo, naturalmente, nunca podrá nuestro espíritu tener la base de arraigadas convicciones y de sólidos conocimientos, capaces de orientar nuestra existencia hacia sus fines providenciales. Porque siendo la vida interior lo que contiene propiamente el concepto exacto de vida humana y racional, síguese que al obstruir su pleno desenvolvimiento y desarrollo, vivimos, por así decirlo, extraños a nosotros mismos, fuera de nuestra propia vida, en una paradoja permanente y torturadora.

¿Qué otra realidad puede interesarnos y convencernos más que nuestra realidad misma? ¿Cómo podremos conocer esa realidad substancial, nuestro interior, si cerramos voluntariamente los ojos para no verlo y nos "perdemos" en mil apariencias ficticias y engañosas? Y no conociéndolo ¿cómo habremos de valorarlo ni darle la importancia que en sí tiene en la amplitud y vitalidad de nuestras actividades espirituales?

Preguntas son éstas que en su sola enunciación

encierran la respuesta, bien poco optimista por cierto, pues mientras no devolvamos su jerarquía a la vida, ésta no será nunca lo racional y consciente que exige nuestra dignidad de hombres y de cristianos. Viviremos en una negación continua, en la vaciedad religiosa del error, que es la última consecuencia de la funesta metafísica de la nada, cuyos resultados prácticos pueden enumerarse por los quebrantos y los desastres que ha sufrido y está sufriendo la desventurada humanidad.

Esta, en verdad, ofrece un cuadro aterrador: quisiera uno tacharlo de exagerado, pero la realidad está ahí patente, acusadora, brutal; no hay forma de dejarla de ver. "A la fórmula científica negando toda realidad metafísica, así en la ciencia como en la religión, desde la cátedra de honor sostenida por el Estado, contesta como un eco el rugido feroz de las muchedumbres proletarias que pueblan nuestros talleres, y donde recluta la revolución sus turbas, gritándonos desde el seno de sus huelgas y congresos: "No queremos oir hablar de vida futura ni de cielo. La *ciencia* ha demostrado que son un sueño, una mentira. No los queremos. Lo que pedimos es el infierno; es la *Nada,* con todos los goces que la preceden".

LA CRISIS DE LAS CERTEZAS

I

NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE

Es cierto que nuestra naturaleza consiste en el movimiento y que el pleno reposo es la muerte. Pero una cosa es el movimiento activo y otra muy distinta la agitación febril. El hombre agitado, arrastrado por la pasión de la prisa, por la celeridad agotadora, sólo puede llegar al término de su propia destrucción y de su ruina moral.

Es por consiguiente de necesidad perentoria convertir la agitación en actividad creadora, es decir, dar a la vida un sentido más humano y menos mecánico. Solamente así recobrará la existencia su armonía perdida, su equilibrio necesario, dentro del cual el hombre pueda desarrollar plenamente sus facultades y actividades en su propio mejoramiento espiritual y cristiano, de conformidad con la jerarquía de los valores substanciales de su naturaleza, condición a la vez indispensable para que el vivir humano no sea un desequilibrio permanente, un frenesí desorbitado, tan nocivo como estéril.

Para ello ya dijimos que debemos reconcentrarnos un momento y dirigir una mirada a nuestro interior. Pensar bien, meditar más. La conciencia no es un estor-

bo, sino una fuerza vital. Escudriñarla diariamente es el fundamento de la espiritualidad, el medio seguro para no hundirse en el báratro de la relajación.

Mas la meditación implica algo más de reposo, a fin de que el ruido exterior, el ajetreo mundanal no estorbe ni perturbe la paz y sosiego del espíritu. Porque si bien es cierto que dentro del bullicio del mundo podemos entregarnos a profundas reflexiones, sin embargo un rato de *soledad y silencio* es la mejor ayuda para el buen planteo y la acertada solución de los arduos problemas de la vida.

Sin duda que las *razones* económicas, *"la necesidad del puchero"*, son hoy como siempre una cuestión imperiosa y de no fácil resolución, pero no es lo *principal* en la vida, ya que *no sólo de pan vive el hombre.* Es palabra eterna que busquemos primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás nos vendrá por añadidura. Hay cuestiones fundamentales en la existencia humana que no se resuelven en las sucursales de los Bancos, ni en las casas de Bolsa, ni en los mercados, ni en los comercios usurarios, sino en ese gran santuario que se llama *corazón,* y cuyos movimientos y tendencias e inclinaciones urge orientar en los momentos actuales hacia el bien por la posesión de la verdad.

II

EL MISTERIO DE LA RAZON

¡Qué misterio profundo es el hombre! Ora depositario de la verdad, ora víctima de la incertidumbre y del error, siempre la contradicción aparece como signo y elemento sustantivo de su naturaleza, haciendo de él,

al mismo tiempo, *la gloria y el oprobio del universo.*

La razón de este hecho sorprendente y extraño la encontramos en la razón misma, en la disposición de nuestro entendimiento, el que siendo hecho para la luz, ama con todo afecto las tinieblas. La luz nos atrae irresistiblemente, nos cautivan los raudales de su claridad, a sus rayos se abren con ansia nuestros ojos, y no obstante acumulamos sombras en derredor nuestro y las tinieblas circundan nuestra inteligencia. Queremos conocer la verdad, como que hemos nacido para ella, e inquirimos su esplendor aun en las tinieblas; la deseamos ardientemente; la buscamos sin descanso y sin desmayos, y cuando parece llegado el momento de gozarnos en su posesión, nos confunde y deslumbra de tal suerte que renace de nuevo la contradicción, y otra vez quedamos sumidos en los sinsabores de la duda, en la inquietud de la incertidumbre.

¿Exceso de luz? No. ¿Incapacidad de la inteligencia? Tampoco. La causa profunda de esta anomalía del entendimiento humano nos la revela el mismo Evangelio con estas palabras memorables: "La luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque eran malas sus obras".

Entonces cabe repetir el hermoso consejo de Pascal, síntesis de sabiduría cristiana: "Conoce, soberbia, qué paradoja eres contigo misma; humíllate, razón impotente; cállate, naturaleza imbécil. Aprended que el hombre sobrepasa infinitamente al hombre, y oíd de vuestro maestro lo que ignoráis. Escuchad a Dios".

III

LA VERDADERA QUIETUD DEL ESPIRITU

Solamente Dios puede disipar las nubes de la inteligencia, porque Dios es la verdad total, la luz infinita, la certeza absoluta. Huir de Dios es caer en la apostasía intelectual y lanzarse vergonzosamente al abismo de las tinieblas.

Por eso estamos viviendo hoy días de hondas inquietudes espirituales y de torturantes desazones. Porque únicamente la convicción plena, la certeza, la verdad, pueden producir la plácida quietud del espíritu humano. La incertidumbre, el escepticismo, el error, no hacen más que enervar el alma y agitar convulsivamente el corazón.

Y así estamos, en el apogeo de una crisis tremenda de valores reales. O, como ha dicho un escritor recientemente, la crisis que atravesamos es, el fin de cuentas y simplemente, *la pavorosa crisis de las certezas.* La sociedad "está sufriendo de una ausencia insustituible", la ausencia de Dios. El espíritu humano, al perder a Dios, perdió su centro, y quedó abandonado a sus propias fuerzas, bien débiles por cierto, girando sin brújula y sin orientación fija hacia todos los horizontes, incapaz de resistir la fuerza de los encontrados vientos, que, hoy como ayer, soplan en todas las direcciones desde el mundo de las ideas. En realidad es el enfermo inválido que sigue fatalmente en su camilla la voluntad o los caprichos de quienes tienen a su cuidado el encargo de guiarlo.

Repitamos que, sin Dios, todo se desmorona, tanto en el orden ideológico como en el orden real. El cono-

cimiento se reduce a una quimera absurda, a un juego fútil de palabras, impropio de la dignidad de nuestra inteligencia. Luego el prodigio del hombre se resuelve en los misterios de Dios. Apliquemos a ellos el pensamiento y su luz nos alumbrará *en los obscuros abismos de la vida.*

Es ésta una verdad hecha carne en la conciencia de todos los espíritus selectos. Pero es al mismo tiempo una necesidad de impostergable urgencia que *golpea reciamente* al corazón, para que el hombre abandone sus desvaríos y mezquinas preocupaciones, y se entregue de lleno a la "contemplación" de lo que en verdad le interesa.

SENTIMENTALISMO RELIGIOSO O RELIGIOSISMO SENTIMENTAL

I

EL ECO VIVIENTE DEL FARISEO

Todos nos encontramos diariamente con personas *muy religiosas*. Así aseguran ellas. Y este alarde de *religiosidad* va constituyendo ya una manía lingüística... Señoras y señores que no pisan jamás el templo por temor a los curas o porque conciben la religión a su modo, os darán la soberana lata hablándoos un día entero de sus sentimientos religiosos y de su genealogía de santos, si tenéis la paciencia de aguantarlos y el heroísmo de sufrirlos. Que paciencia y heroísmo se necesita hoy en sumo grado para tolerar muchas cosas, pero sobre todo para escuchar resignadamente las impertinencias de los muchos seudorreligiosos que no tienen de la religión la menor noticia...

El "yo no soy como los demás hombres" del fariseo es, en nuestros días, un eco que se repite y oye en todas partes, como expresión de una mentalidad generalizada de desvarío espiritual.

Un religiosismo huero, sin obras, una sentimentalidad católica, amalgamada con infinidad de conceptos

paganos, forma el acervo común de muchísima gente, más de la que es dado imaginarse, que pasea su silueta de vacuidad espiritual con un descaro que asombra y una petulancia que pasma.

Es el índice revelador de la mucha credulidad y de la poca creencia. Es la ignorancia tremenda de las nociones más elementales que una prédica liberal doctrinaria ha ido acumulando durante siglos, hasta traducirse en un estado de conciencia formado de confusiones y de equívocos, que se reduce, en último término, a una incredulidad simulada o a una *religiosa* hipocresía. La menos noble de todas las profanaciones humanas, o la menos humana de todas las actitudes sacrílegas. Un intento pueril de agradar —o engañar— a los hombres, sin la preocupación vital de agradar a Dios. Es el eco viviente o la conducta actualizada del fariseo.

II

LA NECESIDAD DE ADORACION

Porque el desconocimiento y la ausencia de Dios no implica carencia del sentimiento religioso. El sentimiento religioso es ínsito al hombre. No puede vivir sin él. Por algo se ha dicho que somos naturalmente religiosos. A Dios hay que *buscarlo,* llamarlo con gemidos inenarrables para poder gozar de su adorable presencia.

Cuando sobreviene el cansancio en esta búsqueda eterna, el espíritu se obscurece, el hombre no cree, delira, pero siempre adora. La necesidad de adoración es la mayor fuerza del alma humana. O se inclina reve-

rentemente ante el Dios verdadero, o se postra sacrílegamente ante los dioses falsos. O la fe o la superstición, es un dilema que llena la historia.

Y la llena de tal forma que es una verdad inconcusa esta enseñanza de Pascal: los incrédulos son los más crédulos. Y esta otra que también corrobora la experiencia: el descenso de la fe trae consigo el aumento de las supersticiones. La ausencia de Dios del mundo es causa de que el mundo se pueble de ídolos.

Y hoy el mundo está repleto de ídolos —tan repleto que se ven en la necesidad de devorarse unos a otros para poder sobrevivir—, porque está lleno de incrédulos y vacío de Dios. No porque Dios se haya ido, sino porque los hombres han querido vivir sin Dios.

Así vemos el panorama que hoy presenta la humanidad dividida en dos grandes bandos: el de la Cristolatría y el de la demo-latría. Los que adoran a Jesucristo, y los que adoran a dioses falsos, hijos del demonio.

Ya sé que a muchos no se les puede llamar idólatras, porque lo consideran con justeza como un insulto y una grave ofensa. Es tal la influencia de la religión cristiana en la sociedad que, aun en aquellos que la niegan, suscita en su alma cierto rubor intrínseco que les hace vislumbrar, inconscientemente, la dignidad y prestancia que encierra su adhesión y acatamiento. *Y quieren vivir de ella aunque sólo sea en apariencia.* Engañándose y engañando.

III

COMO CONCIBE A DIOS EL HUMANISMO LIBERAL

Sin embargo, si no viviéramos de convencionalismos absurdos, sería el término más adecuado a una gran multitud de hombres y mujeres, aun entre los que guardan su certificado de bautismo.

No voy a reseñar todas las clases de idólatras. Desde las almas que no profesan religión alguna hasta las que consideran la religión como un artículo de moda y van a misa para evitar el aburrimiento..., hay una lista interminable que puede fácilmente ir llenando, sin que la agote, cualquiera de mis lectores habituado a la reflexión.

Para ello le bastará estas breves sugerencias. Es constante oír hablar de la hermandad de todos los hombres. Pero olvidan que los hombres no pueden ser hermanos si carecen de un Padre común. Y este Padre común no es otro que Dios.

Mas ¿cómo concibe a Dios el hombre moderno? No al Dios personal y providente de los cristianos, sino *a un Ser supremo, a un Todopoderoso perdido allá en el empíreo,* sin relación alguna de amor y de justicia con los hombres. Un Dios sin derechos sobre la humanidad, y, por consiguiente, sin que la humanidad se sienta ligada con obligaciones para con Dios.

Un Dios así no tiene títulos de Padre, y los hombres no pueden sentirse hermanos. Un Dios que carece del atributo de la paternidad no es Dios, y una humanidad sin la conciencia de su filiación divina es una humanidad *deshumanizada,* una jauría, con sentimientos sal-

vajes y con bárbaros instintos de crueldad. Es el drama de nuestro tiempo, con ese fatal desenlace de lágrimas y de sangre. La tragedia preparada por el *humanismo liberal.* ¡Tanto "humanizar" para concluir en este enredo de brutalidad y de barbarie!

El humanismo liberal ha desfigurado también a Jesucristo. Lo ha "humanizado" por temor a los resplandores de su Divinidad. Y Cristo sin divinidad será *un gran hombre,* pero es un Cristo falso, un Cristo que no es Dios, y por lo tanto, no es el Redentor de los hombres y el Salvador del mundo.

¿Para qué entonces creer en El? ¿Para qué sirve el homenaje de nuestra fe? ¿Qué necesidad tenemos de la religión? ¿Qué valor tiene el sacrificio, la obediencia, el deber, el vencimiento de las pasiones? Y así hasta el infinito por la pendiente del envilecimiento..., por la incredulidad proclamada en virtud de la lógica de la misma absurdidad.

IV

EL INVENTO DE LA FILOSOFIA MODERNA

Pero la absurdidad lógica termina siempre en una actitud práctica. Una inclinación innata nos arrastra del mundo de las ideas al orden concreto del vivir. Y la incredulidad lleva en su entraña el germen, o mejor, el veneno activo del odio intenso contra toda religión. Lo que comienza por una desfiguración ideológica termina por una persecución inhumana y sangrienta. ¿No tenemos ejemplos a granel en nuestros mismos días?...

Por diferentes caminos se llega al mismo término.

El hombre puede despreciar la religión, pero no puede ahogar el sentimiento religioso. Y este sentimiento religioso le habla siempre de la necesidad de una creencia.

Esto lo sabe la impiedad. Sabe, además, que una situación violenta no es siempre el método más adecuado a sus aviesos fines. Una permanente incitación persecutoria despierta con frecuencia reacciones salvadoras. Y el martirio no es un medio desconocido por los cristianos para el triunfo de su verdad y la derrota de sus enemigos y la muerte del error...

Entonces ¿qué ha inventado la *filosofía moderna?* La exaltación del sentimiento religioso y el menosprecio de la religión. Es decir, una quimera, un absurdo, un extravío sentimentalista y ñoño, que hagan las veces de las verdades eternas contenidas en nuestra religión sacrosanta.

Por eso proclama una religión sin dogmas, un Dios impersonal sin derechos, una moral arreligiosa, un Cristo sin Cruz, un catolicismo sin justicia, un cristianismo sin sacrificio, un orden social sin caridad, un Reino de Dios sin Redención..., un sentimiento religioso espontáneo, superfluo y vacuo, sin ordenamiento a la fe, a la gracia y a la vida sobrenatural.

Porque el hombre, dice, es naturalmente bueno —oh bondad natural del hombre, cuántos crímenes cometiste—, y el progreso es consecuencia inevitable de la razón humana y de la ciencia laica, las cuales, por sí mismas, pueden dar la perfección al hombre y restaurar la paz en el mundo y en las conciencias...

Así piensa todavía mucha gente. Pero este modo de pensar lo contradicen la razón sana y la historia legítima. No basta el sentimentalismo religioso. Hay que admitir a Dios en el gobierno del mundo y dejarse guiar por la fuerza divina de sus leyes eternas. Teocen-

trismo en la existencia del hombre y de la sociedad. Hay que aceptar a Jesucristo como Rey y Señor soberano de las almas. Hay que anclar la vida en las enseñanzas sublimes de la religión, precisamente para sublimar la vida. Catolicismo integral, en el pensamiento y en la vida, ésta es la mejor prueba de la verdadera religiosidad.

DE LA VACUIDAD PENSANTE A LA APOSTASIA MORAL

I

CAUSA DE LA DEBILIDAD MENTAL

El conocimiento superficial de Dios, de Jesucristo y de la religión, ha engendrado la tremenda crisis de convicciones y de arraigadas creencias que hoy sufrimos. El espíritu moderno se entretiene y desvanece con futilidades perniciosas y a cualquiera novedad le concede la categoría de verdad, creando él mismo ese estado de aflictiva incertidumbre y de amargas desilusiones.

No hay seguridad doctrinaria, y entonces el entendimiento se disipa en el vacío de la nada. ¿Y cómo puede haber convicciones firmes y sólidas, aun acerca de las verdades más evidentes y necesarias de la vida, si jamás pensamos en ellas? El asentimiento pleno a una idea únicamente podemos adquirirlo por medio de la autoridad, del estudio y la meditación. Y en nuestros días —lo digo con pesar— existe una especie de aversión a la autoridad, a la meditación y al estudio.

Una de tantas paradojas de la vida moderna. El hombre que desea saberlo todo, desprecia los principios

del saber auténtico y se aferra a las vaciedades de la nada. Y en nulidades y en negaciones agota su existencia psíquica, ya que el desprecio de la Verdad conduce fatalmente a la debilidad mental y al delirio religioso.

¿A qué obedece sino el confusionismo reinante en nuestro tiempo sobre las materias doctrinales? A que el pensamiento se ha envenenado con su propia miseria, es decir, con el sarcasmo del desprecio a la base misma de su propia lucidez e invencible seguridad. Porque, repitámoslo, la autoridad, la meditación y el estudio de los problemas transcendentes del espíritu constituyen las fuentes inagotables —no hay otras—, de donde brotan las aguas puras de la verdad y de la certeza: son los principios básicos del conocimiento y de toda fecundidad luminosa de nuestra inteligencia; son los focos inextinguibles de esa luz radiante que ilumina al hombre para que no se extravíe entre las sombras del error y que señala y alumbra el camino sin tropiezos que han de seguir los corazones en su bregar constante por los senderos azarosos del humano vivir.

II

ILACION ENTRE LAS IDEAS Y LOS SENTIMIENTOS

Síguese, pues, que la razón humana, al apartarse de los medios y de la senda que la conducen a la posesión y conocimiento de la verdad, vive divorciada de su objeto, que es la verdad misma, y se esteriliza en la ansiedad y tortura de su propio extravío. O en la infecundidad del error.

Por eso se explican esas fluctuaciones ridículas en

nuestra vida, y esas posturas ambiguas en nuestra moral, y esos entusiasmos pueriles por ciertas doctrinas, esas defensas sofísticas de algunos sistemas ya condenados, y, en suma, esas claudicaciones vergonzosas en nuestros deberes, que arguyen siempre un declinamiento inequívoco de la dignidad humana y de la jerarquía espiritual. Porque "existe, en efecto, entre la verdad y el deber, entre el orden metafísico y el orden moral, un nexo que hace que las cuestiones del entendimiento sean también cuestiones del corazón. Cada descubrimiento en Dios nos amenaza con una virtud, con un sacrificio de la soberbia o de los sentidos; la debilidad y las pasiones vienen en auxilio del error y hacen peso terrible en la lucha de las inteligencias, lucha que ha venido a ser la del bien y del mal."

Todos sabemos, hasta por experiencia propia, que hay una ilación lógica entre el desarrollo de nuestras ideas y nuestra vida de los sentimientos. Una crisis intelectual en el hombre lleva consigo una crisis moral como la que estamos viviendo.

El hombre moderno se encerró en su egoísmo intelectual, que *nos impele a transformar la verdad en nosotros, en lugar de transformarnos nosotros en la verdad,* y de este egoísmo surgió el ansia bárbara del placer y el desborde de las pasiones. Primero la duda o la crisis de las convicciones, luego la negación que es la ruina de la inteligencia, y más tarde el desenfreno de la animalidad que es la servidumbre de las almas.

III

EL ORGULLO CONDUCE AL ENVILECIMIENTO

Dicha servidumbre implica, claro está, un desdichado achatamiento de la personalidad humana y un sombrío cuadro de mediocridad colectiva. Con razón, dijo Ganivet, que las inteligencias más humildes comprenden las ideas más grandes. Las almas nobles son modestas y sienten una innata tendencia a desconfiar de sí mismas, convirtiendo la consecución de la verdad en un largo aprendizaje de virtud. En cambio, el orgullo arrastra al envilecimiento y a la apostasía moral. Como es ciego por naturaleza, le falta la luz de la humildad, y se pierde entre las sombras de la incertidumbre, que devastan la inteligencia y secan el corazón.

Paréceme que finca aquí la causa profunda de los males que aquejan a nuestro tiempo. Por eso, si remedio ha de tener nuestra enfermedad, impónese con urgencia una renovación total del hombre en su pensamiento y en sus actividades. "Todo lo que concentra al hombre, ha dicho Balmes, llamándole a elevada contemplación en el santuario de su alma, contribuye a engrandecerle; porque le despega de los objetos materiales, le recuerda su alto origen, y le anuncia su inmenso destino".

Y luego añade, a guisa de consejo, estas notables palabras que en nada han perdido su insuperable exactitud y notoria actualidad: "En un siglo de metálico y de goces, en que todo parece encaminarse a no desarrollar las fuerzas del espíritu sino en cuanto pueden servir a regalar el cuerpo, conviene que se renueven

esas grandes cuestiones, en que el entendimiento divaga con amplísima libertad por espacios sin fin".

El olvido culpable de esta enseñanza, el menosprecio y la despreocupación por los trascendentales problemas de la existencia humana es el origen de nuestra superficialidad *pensante,* poniendo a su vez un sello de vacuidad e inconsistencia a nuestra vida que no condice con la preclara dignidad ni con los altos destinos del hombre.

Lo efímero y lo caduco ocupan en el orden de las concepciones el lugar que le corresponde por derecho propio a lo imperecedero y eterno, y en el orden práctico lo carnal ahoga en sus aguas inmundas a lo espiritual, hasta sumergirnos en la barbarie de los instintos. Porque es axioma incuestionable, que la mentalidad determina las conductas. De las doctrinas se desciende por lógica consecuencia a las realidades, ya que el hombre obra como piensa, o, en frase de Santo Tomás, la voluntad sigue al entendimiento. El bien pensar es garantía del bien vivir. Principio de incalculable valor en los momentos actuales, si queremos dar consistencia y duración a una nueva estructura social.

NO BASTA EL NOMBRE DE CRISTIANOS

I

GRAVE ADMONICION DE SAN PABLO

El "ser o no ser" del poeta tiene resonancias categóricas y aplicaciones concretas en la vida cristiana. Ser o no ser cristiano, ésta es la cuestión en los momentos actuales. Nada de mojigangas y sensiblerías estúpidas. Porque ser cristiano de solo nombre, y no en la realidad, ser católicos en las apariencias y no en las obras, es la más grande de las aberraciones en el orden religioso, vale decir, en lo más importante y transcendental de la existencia humana.

Vuelvo mi consideración a San Pablo y encuentro en su "Epístola a los Romanos" estas enérgicas y definitivas expresiones, que seriamente deben hacer pensar a todo espíritu reflexivo: "Y no obstante tú, que instruyes al otro, no te instruyes a ti mismo: tú, que predicas que no es lícito hurtar, hurtas. Tú, que dices que no se ha de cometer adulterio, lo cometes: tú, que abominas a los ídolos, eres sacrílego adorador suyo. Vosotros los judíos sois la causa, como dice la Escritura, de que sea blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles. Por lo demás, la circuncisión vale, si observas la ley; pero si eres prevaricador de la ley, por más que estés circuncidado, vienes a ser delante de Dios como un hombre incircunciso". (cap. II, 21-26).

Grave admonición que no debiéramos apartar de la memoria. Porque poned cristianos en lugar de judíos, y aplicad al bautismo lo que el Apóstol afirma respecto de la circuncisión, y la enseñanza será la misma, y las consecuencias serán idénticas, sin violentar en lo más mínimo el sentido y el alcance de su doctrina.

Bien pudiéramos darle esta glosa y significación a su luminoso pensamiento: Si quebrantáis la ley evangélica, si no cumplís con exactitud y firmeza la ley católica y las obligaciones que impone, por más bautizados que estéis, será como si no lo estuviéseis, si no es para vuestra mayor responsabilidad ante Dios y para vuestra propia perdición. Porque el verdadero cristiano, el católico íntegro, no es el que se llama así por haberlo bautizado o haber hecho la primera comunión *con flores, fiestas y regalos;* no es el que lo manifiesta sólo exteriormente, llevando un distintivo en la solapa y simulando una piedad de que carece, sino el que lo es en su interior y *obra como tal,* no buscando la alabanza de los hombres, sino procurando la gloria de Dios. Es católico quien lo demuestra en su pensamiento y en sus acciones, quien trata de identificarse en todo con Cristo, pues el que no imita a Jesucristo ni practica sus divinas enseñanzas, ¿qué derecho tiene a llevar el nombre de cristiano?

II

LA RELIGION OBLIGA A TODOS

Dios ha de juzgar a los mortales, no por el nombre que llevan, sino por las obras que realizan. En el correr de la vida se encuentra uno con muchísimos cristianos que obran como si no lo fueran: cristianos que *no tie-*

nen tiempo para sus deberes religiosos y para rendir culto a Dios; cristianos que no dan lugar ni oportunidad a su servidumbre a fin de que pueda oír misa los domingos y fiestas de precepto. Nada digamos de la confesión y comunión, por ser un tema que parece ha caído ya en desuso en la mente de no pocos sedicentes católicos. Permitidme, a este propósito, señalar una anomalía frecuente: conozco casos en los que señoras y señores "obligan" a sus criados a confesar y comulgar, y ellos no lo hacen nunca... *La religión es buena para los pobres, pero no para los ricos,* piensan y dicen... ¿Es esto ser católicos de verdad? ¡Cuánta inversión de cosas y conceptos!

No: no deben llamarse cristianos los que contemplan tranquilos e indiferentes a millares de pobres, de cuerpo y alma, sumidos en la más espantosa miseria material y espiritual, engañados y explotados por hombres sin conciencia y por avaros sin entrañas. No pueden sentirse católicos quienes contribuyen de una manera tan eficaz a mantener a sus hermanos alejados de la religión, o ellos mismos los empujan por la pendiente del error y del vicio y de la desesperación, hasta sepultarlos en el negro abismo de la degradación moral, sin imponerse el más leve sacrificio para sacarlos de ese lamentable estado y redimirlos de ignominia tanta...

Obcecados o corrompidos olvidan con demasiada frecuencia que los derechos absolutos no existen en el hombre porque es un ser contingente. En el concepto cristiano no hay propietarios, sino más bien administradores. Los ricos administran solamente sus riquezas con derechos relativos y con la obligación precisa de rendir cuenta de ellas. Si se creyesen dueños absolutos de sus bienes, están en un craso error, y tienen un concepto estrecho y falso de la propiedad y del fin de la misma.

Luego si simples administradores (los cristianos), es evidente el deber, primero, de administrar *bien* sus riquezas, y segundo, de no abusar de ellas en cosas contrarias a la razón, a la caridad y a la justicia. Pero por desgracia hay gente que no entiende este lenguaje. Familias hay cuyo presupuesto de espectáculos y recreos no necesarios es muy superior al de obras benéficas. Las hay también que en un banquete, en un baile o en una fiesta gastan miles de pesos y proceden con ostentosa esplendidez y escandaloso despilfarro, ejerciendo en cambio la caridad y misericordia con manifiesta y vergonzosa tacañería... Y no digamos nada de los que tratan con más cariño y con más miramientos a sus "perritos" que a sus criados..., de los poseedores de soberbios palacios y grandiosos establecimientos para sus magníficas *caballadas,* y hacen que sus sirvientes habiten en un antro de hediondez y de miseria...

III

UN EJEMPLO QUE PUDIERA IMITARSE

Hay sin duda, hoy como siempre, honrosas excepciones, y me complazco en consignar aquí una de ellas. Aunque el relato resulte un paréntesis, tendrá el interés que da al pensamiento la ley de los contrastes. Conozco una "estancia" donde los empleados están en inmejorables condiciones. Me sería particularmente grato poder usar nombres propios, para probar toda la veracidad de mis palabras, si no temiera ofender la modestia de los interesados.

Pero lo cierto es que las viviendas de dicha estancia reúnen todas las comodidades que puede haber y a que puede aspirarse en el campo: amplitud, ventilación, higiene, física y moral, nada parece faltar a los "puesteros" del lugar de mi referencia. Por lo menos todas las casitas tienen: cocina amplia, comedor capaz, cuarto de baño con agua corriente, habitación para el matrimonio, dos habitaciones más, una para los hijos y otra para las hijas.

Creo que una familia en estas condiciones puede vivir decentemente. Y es porque el patrón, alma grande y noble, de recia estampa hispana y de profundos sentimientos cristianos, tiene una visión clara de la realidad *humana y social*, interesándole más el bienestar de sus hermanos que el número de sus vacas. Ve en ellos a su prójimo, y no *un instrumento de trabajo*.

De ahí que no escatime medios a fin de que su servidumbre lleve una vida conforme con la dignidad humana. Por eso hay misiones todos los años en sus estancias para la peonada. Por eso pone y sostiene una escuela para los hijos de los empleados y para los niños de aquellos alrededores. Y aun le queda *humor* y *posibilidades* para llevarse los veranos unos 80 niños en tandas, de familias pobrísimas de Buenos Aires, los que son tratados regiamente, sin faltarles nada, lo mismo en comida que en diversiones inocentes, hasta volver desconocidos a la ciudad, porque allí además del aire, del sol y del sustento para el cuerpo, vieron y palparon "algo más que un hogar" para su alma.

Yo he visto esta obra bienhechora y altamente cristiana, la he convivido, y doy testimonio de ella y de su maravillosa influencia espiritual. He visto también la emoción incontenible de las madres ante el cambio experimentado en ese tiempo por sus hijos, y

las he visto agradecer este bien impagable con lágrimas de infinita gratitud.

Si este ejemplo, he pensado algunas veces, tuviera muchos imitadores, no tardaría en resolverse el problema social, ¿qué digo?, no existiría tal cuestión social en los términos agudos y apasionantes en que hoy está planteada, porque la armonía entre pobres y ricos, basada en la caridad y en la justicia, sería perfecta, viviendo unos sin rencores y los otros sin egoísmos, única forma de que haya paz y orden en la sociedad.

IV

LA GENTE HOY QUIERE REALIDADES

Pero éstas, repito, son excepciones, y no quitan validez a las ideas expuestas. Me dicen que hay gente en nuestra ciudad que gasta varios pesos diarios en el arreglo y peinado de su perro. Me aseguran que hay señoras que hacen que un dentista revise periódicamente la dentadura a su animal, quizás por imitar costumbres exóticas de otros pueblos... ¡Mientras tantos hermanos nuestros no tienen que comer ni que vestir...! Esto es indigno e indignante. Esto es injusto, horroroso y cruel, habiendo a nuestro lado tanta miseria y penuria, que invade despiadadamente a una multitud de familias, a veces honradas y trabajadoras. ¿Qué extraño es que en los bajos fondos sociales germinen ansias y deseos de justas reivindicaciones y de sangrientos desquites? Una civilización humana que ha llegado a ser tan *inhumana* no tiene derecho alguno para seguir existiendo. ¿Con qué razón nos quejamos del comunis-

mo? ¿Qué títulos tenemos para acallar el descontento de los hambrientos? ¿Responderemos al grito de sus necesidades con frases altisonantes y palabras sin contenido?

Hoy la gente ya no se fía de bellos nombres, sino de hermosas realidades. Por eso yo creo que no hay derecho a censurar los desmanes, la incultura, el rebajamiento de las costumbres, la abyección moral de nuestros días, cuando los cristianos han pasado despreocupadamente al lado de todas esas lacras y miserias, las han visto con sus propios ojos, pero han rehusado tender una mano compasiva a esos seres miserables a fin de sacarlos de su degradación y tristísimo abandono.

No hay derecho a criticar las ambiciones bastardas del socialismo, las locuras de la irreligión, las ansias brutales de una igualdad inhumana, cuando los cristianos han vivido y viven cómodamente en su casa, gozando de su fortuna, envileciéndose quizás con su riqueza, despilfarrando su bienestar en placeres, sin acordarse del pobre, del obrero, del padre que no encuentra en su trabajo el sostén necesario para su familia, o de la madre, explotada misérrimamente, que se ve en el duro trance... de no tener pan para sus hijos.

No hay derecho a exigir paciencia y fraternidad cristiana a los necesitados, cuando los pudientes se han distanciado de ellos por un abismo de incomprensión e indiferencia. Los ricos sin entrañas de caridad se están suicidando poco a poco...

Los cristianos de sólo nombre no tienen derecho más que a salir de su ceguedad, de su situación afrentosa, si quieren evitar el castigo que merecen (y que providencialmente siempre llega) los conculcadores del más sagrado de los deberes.

V

EL MEDICO ES PARA LOS ENFERMOS

Oigo hablar con frecuencia de la ingratitud, del desagradecimiento de la clase menesterosa; pero este defecto, si existe, no exime a los ricos de la obligación de ayudarla con su dinero y con obras de beneficencia. Haz el bien, y no mires a quien, es un dicho popular de profundo sentido evangélico, pues no hemos de ser nosotros jueces de los demás, sino agentes de caridad. "Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha". La *prudencia humana* está muchas veces reñida con la realización de obras buenas, pues busca fácilmente excusas para eximirse del deber. Y es claro que sólo será virtud cardinal cuando por el deber esté regulada. Cuando sale de este marco, es imprudencia, por muchos subterfugios de que se valga el ingenio.

Pero dado que así sea, pienso que cuanto más desagradecimiento hay en el pobre, mayores son las obligaciones de los ricos. Señal entonces es de que la necesidad que sufre no es sólo material, sino también moral, tan real como grave, y por consiguiente grave y real es la obligación de buscarle un remedio para curarla y hacerla desaparecer. Que quienes precisan del médico son los enfermos y no los sanos.

Por otra parte no deja de ser muy cierto que "hay menos ingratos de los que se cree, porque hay menos generosos de los que se piensa". Porque, aun continuando en el falso supuesto de que los pobres fuesen desagradecidos y de corazón duro, ¿qué generosidades derrochamos para moldearlos de otra manera? ¿Acaso se logrará despertar en ellos sentimientos de gratitud

con desvíos altaneros, con atropellos injustos, con reproches soeces, con desprecios intolerables y con necias altiveces? No: el pobre es tan hombre como el rico, y a veces más, si moralmente es mejor, y el obrero tiene derechos humanos tan sagrados e inalienables como el patrono, y violarlos, más que un error lamentable, es una injusticia tremenda y manifiesta [1].

Curemos, pues, a ese "enfermo" de la pobreza y de la miseria con la medicina del amor y el desinterés, y veremos qué pronto brota en su alma la cándida flor del agradecimiento. "No seas negligente y acepta mi consejo, decía S. Agustín: Da tus riquezas a Cristo famélico, y atesorarás para el cielo. *Constitúyele depositario de tus tesoros*". Esto es amar al prójimo como a nosotros mismos, y ser verdaderos cristianos. Lo contrario es mutilar nuestra vida, y profanar una religión que tiene su base inconmovible en la caridad, en la abnegación y en el sacrificio.

---

[1] "Si estas dos clases, decía León XIII, obedecieran a los preceptos de Cristo, los uniría no sólo la amistad, sino un amor verdaderamente fraternal. Porque sentirían y entenderían que todos los hombres, sin distinción alguna, han sido creados por Dios, Padre común de todos; que todos tienden al mismo bien, como fin, que es Dios mismo, único que puede dar bienaventuranza perfecta a los hombres y a los ángeles; que todos y cada uno han sido por favor de Jesucristo igualmente redimidos y levantados a la dignidad de hijos de Dios, de tal manera que no sólo entre sí sino aun con Cristo Señor nuestro, *primogénito entre muchos hermanos*, los enlaza un parentesco verdaderamente de hermanos. Y asimismo, que los bienes de naturaleza y los dones de la gracia divina pertenecen en común y sin diferencia alguna a todo el linaje humano, y que nadie, como no se haga indigno, será desheredado de los bienes celestiales. Si *hijos, también herederos, herederos verdaderamente de Dios y coherederos con Cristo.*

Tal es la naturaleza de los deberes y derechos que la filosofía cristiana enseña. ¿No es verdad que en brevísimo tiempo se acabaría toda contienda si en la sociedad civil prevaleciese esta doctrina?". — RERUM NOVARUM.

VI

LOS CATOLICOS Y LA CUESTION SOCIAL

No hemos de pretender que los cristianos sean ángeles: somos hombres como los demás, y por lo mismo llenos de faltas y de imperfecciones. Pero tenemos que superar estas debilidades con una vida ejemplar. "No te digo que lo des todo. Quédate con lo que necesites, y aun más de lo que necesites, pero da alguna parte. ¿Cuánto has de dar? ¿La décima parte, como daban los escribas y fariseos? ¡Avergüénzate de tal ruindad! La décima parte la daban aquellos por quienes Cristo no había derramado su sangre. Si los fariseos y escribas daban la décima parte, ¿crees que haces tú cosa notable porque das al pobre un pedazo de pan, que apenas si representa la milésima parte de lo que tienes? Sin embargo, no te reprendo por esto; haz eso siquiera; pero no dejaré de recordarte lo que dijo el Señor: *Si no abundare vuestra justicia más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*. El Señor dice las cosas claras: como médico, va directamente a la herida". (SAN AGUSTÍN.)

Cada día se arraiga más reciamente en mi espíritu esta gran verdad del socialista Guesde: "Si los católicos aplicasen sus creencias a la vida práctica, no habría cuestión social".

La razón es evidente, sin necesidad de acudir a la historia en busca de pruebas demostrativas de la fuerza social del catolicismo. La caridad unge toda la existencia humana de sentido sobrenatural, de belleza y armonía, porque es el fundamento o la médula de la columna vertebral del cristianismo. De ella fluye todo

vigor substancial, toda vida de unión en el orden social. De la caridad nace la unidad espiritual, y de ésta la paz. *La caridad todo lo vence en frase del Apóstol. Pero* sin ella no somos nada, aunque *hablemos lenguas de ángeles, y poseamos el don de profecía, y sepamos todos los misterios, y nuestra fe traslade los montes y distribuyamos todos los bienes entre los pobres, y entreguemos nuestro cuerpo para ser quemado... Nada de esto me aprovecha, sino tuviere caridad: soy como metal que suena o campana que retiñe.*

No se puede ser buen católico sin ser profundamente caritativo. Y la caridad nos obliga o preocuparnos del bienestar del prójimo, a prestar ayuda moral y material a los desheredados y miserables en su aciaga suerte, a amar en Dios y por Dios a nuestros semejantes *in opere et veritate,* a perdonar generosamente al que nos ha agraviado o hecho mal, en frase del catecismo.

Pero la caridad, hermanada con la justicia, va más a lo hondo todavía: hace que el hombre piense que es mejor que no haya pobres que tener que socorrerlos, debiendo encaminar principalmente los remedios a las causas más bien que a los efectos. Este es el sabio y recto proceder de la caridad cristiana, *de esa virtud que no fenece...*

Por eso no es cristiano, aunque lleve el nombre, quien comete una injusticia con *el pretexto de hacer obras de misericordia,* o por la *vanidad de dar una limosna.* La religión verdadera hay que vivirla intensamente y en toda su extensión. ¿Y a qué se reduce para muchos la religión en nuestros días? A lo que contestó un chino al que hicieran la misma pregunta: "Mi religión es: comer bien, beber bien, dormir bien, y hacer bien la digestión".

Mentalidades así no conciben las grandezas subli-

mes de la caridad. Ignoran que sólo la caridad levanta al hombre hacia la altura, porque sólo ella es capaz de mantener nuestras manos limpias, nuestro corazón puro, nuestra moral intachable, nuestro ánimo de sacrificio enardecido, y nuestra vida acrisolada en el deber.

VII

OBLIGACION DEL AMOR MUTUO

No quiero cerrar este capítulo sin una advertencia sumamente oportuna en los momentos actuales. He hablado de la caridad de los ricos con los pobres, y debo añadir y recalcar que es también obligatoria en los pobres para con los ricos. Hoy más que nunca es necesaria entre todos los cristianos, sin distinción de posiciones, de jerarquías y de clases. Porque una ola de odios se va extendiendo por todas partes. Y "el que odia a su hermano es homicida, y ningún homicida tiene vida eterna en sí mismo", afirma el apóstol S. Juan.

Cada uno en su esfera debe servir a Dios amando a sus hermanos. "En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amais los unos a los otros". Es el carácter distintivo de los verdaderos católicos. Hijos todos del Evangelio debemos estar animados del espíritu de caridad, suma y compendio de todos los preceptos divinos. El gran Pontífice reinante ha dicho, con paternal solicitud, que la vuelta a la caridad es la única vía de salvación del mundo. (SUMMI PONTIFICATUS).

Sin embargo, su voz augusta y angustiada no ha

sido oída. Y, demagogos e insensatos, muchos hombres no cesan en su locura de sembrar rencores y violencias. Y no es con prédicas incendiarias e inhumanas con lo que se ha de curar las heridas de esta sociedad maltrecha, sino con el bálsamo evangélico del amor mutuo, que endulza los ánimos, apaga las pasiones y fortalece el espíritu para el logro del restablecimiento de la tranquilidad pública. No es con amenazas ni con venganzas con lo que se ha de fomentar el progreso de la vida civil en todos sus órdenes, sino con la debida comprensión cristiana y con el esfuerzo común de los de arriba y de los de abajo. No es con discordias ni con resentimientos con lo que la sociedad ha de vivir en la cordialísima paz y la unanimidad de mentes y corazones, sino con la práctica del olvido de las injurias y el perdón generoso, hasta de los propios enemigos. "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, y hace salir su sol sobre los buenos y los malos".

Las injusticias de los demás no justifican las demasías y atropellos nuestros. Hay que gritar esta verdad desde todos los pináculos, si no queremos anegarnos en un mar de desventuras. Porque se está infiltrando un veneno corrosivo en las masas trabajadoras que llena el corazón de horror y de espanto. Se va forjando un sentimiento de rebelión y descontento en los pobres y humildes, y una mentalidad perniciosa traducida en un afán de igualitarismo anárquico o de nivelación animalista. Se va acumulando en los espíritus una especie de sedimento egoísta consistente en creer que la ley de la caridad sólo está escrita para los ricos...

No oyen hablar más que de justicia social (y bien

sabemos los católicos cuán necesaria es), y la justicia sin caridad degenera en despotismo, o es un mito. No escuchan más que el lenguaje de los derechos, y el derecho sin el deber termina en arbitrariedad y anarquía. No se ensalza más que el trabajo del músculo, y el trabajo sin el capital acarrea la ruina o la miseria colectiva de los pueblos. Y esto es gravemente funesto en sí mismo y en sus consecuencias.

Por eso, como dicta la razón y enseña la fe, hay que armonizar el capital y el trabajo para que haya orden y prosperidad en las naciones. Hay que conjugar los deberes con los derechos para que haya dignidad y sosiego entre los hombres. Hay que hermanar la caridad y la justicia para que la vida no sea una tragedia de enconos y rencores. "Que todos sean uno... como nosotros somos uno... para que sean consumados en la unidad", pedía Jesucristo a su Padre, próximo a la muerte. Que la mansedumbre, la dulzura y el perdón regulen las relaciones entre pobres y ricos para que el pan de *este destierro* sea menos desabrido y amargo. Que reine en el mundo el amor fraterno, cifra de los sentimientos más delicados y nobles del corazón humano.

Las necesidades del hombre no se reducen a las exigencias del estómago ni a las pretensiones del cuerpo o de la carne. El hombre tiene un alma, y el alma vive de la virtud, y la virtud no existe sin la caridad. Sin caridad no hay nada en la vida espiritual, aunque poseamos todas las *cosas*, o nos llamemos cristianos. Ejercitémonos en el amor mutuo, que es el *mandamiento nuevo* legado por Jesucristo a los católicos, o busquemos ante todo la caridad, "que es el vínculo de la perfección".

SUGERENCIAS IMPERIOSAS DEL PERDON

I

LA ENSEÑA DE LA OBRA REDENTORA

Una atmósfera densa de odios y rencores circuye actualmente a la pobre humanidad. A la psicosis de la guerra está sucediendo la psicosis del exterminio. Uno de los saldos trágicos y de los males innúmeros que como secuela dolorosa trae consigo el brutal desencadenamiento de las pasiones humanas. "Dios confunda a los que quieren la guerra", había anunciado con voz de trueno el inmortal Pontífice Pío XI.

La gente, en este maremágnum de desconcierto pasional, ya no entiende las lecciones sublimes del perdón cristiano. Tampoco las entendía el paganismo... Pero el hombre moderno se juzga "civilizado", y se ofende si sus costumbres se equiparan a las de la barbarie o se le reprochan por sus instintos salvajes...

Y sin embargo el perdón es uno de los rasgos esenciales de la doctrina de Cristo, es una virtud heroica de nuestra religión sacrosanta, sin la cual no hay civilización, ni tiene valor la cultura. Perdonar es manifestación espontánea y gloriosa de la dignidad humana, así como la venganza es índice revelador de la degradación moral.

Ya sé que nuestra naturaleza enferma se resiste a practicarla, pero también sé que está escrito: *"Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian"*. Ya sé que nuestras inclinaciones naturales tienden a "escribir en la arena los beneficios recibidos y grabar en piedra las ofensas", mas también sé que el cristiano que de tal se precie no puede llevar metido en sus entrañas el encono, ni fomentar sentimientos ni deseos de venganza, ya que su vida es una adaptación al ejemplo de Cristo, y nunca nos acercamos tanto al divino Redentor como al pagar el mal con bien, el odio con amor, la ingratiud con una obra buena, y abrazar con caridad a los mismos enemigos. Caridad, caridad, caridad, es la enseña de la obra redentora. No basta perdonar es necesario, además, amar, dijo S. Agustín.

"Yo no puedo hacer esto, me decía poco ha una señora, porque sería deshonrar la memoria de las víctimas de tantos atropellos". ¡Como si el honor estuviese vinculado a la ruín venganza! ¡Como si fuese un medio lícito *borrar la ofensa* con una nueva infamia! Entonces, le contesto, usted, señora, no es cristiana, no sabe dominarse ni practicar el perdón. "Pagar el bien con mal, es propio del diablo; pagar el mal con el mal... es de irracionales; pagar el bien con el bien... es de hombres, y pagar el mal con el bien... es virtud propia y excelsa del cristiano. Amar al prójimo hasta el heroísmo es una prueba hermosa y contundente del origen divino y sobrenatural del Catolicismo [1].

---

(1) "Nos, que debemos ser los primeros en imitar la misericordia y benignidad de Jesucristo, cuyas veces hacemos sin mérito alguno, a ejemplo suyo, a todos los enemigos nuestros que a sabiendas o imprudentemente laceraron o laceran nuestra persona o nuestra obra con los aguijones de la contumelia, a todos y a cada uno perdonamos de todo corazón y

II

EL VALOR DE LA VIDA ESTA EN EL SACRIFICIO

Sin duda que pedir u otorgar el perdón no es cosa fácil para la triste condición humana, dominada por los instintos depravados con mayor fuerza que por los estímulos de la virtud. Nuestra flaca naturaleza rehuye siempre el sufrimiento y se arredra ante el sacrificio. ¡Y cuánto hay que sufrir y sacrificarse para vencer y dominar las rebeldías del corazón! Pero todo lo puede y vence el hombre en quien vive con fuerza la fe de Dios.

Será dura esta doctrina para quienes no la practican, pero es la forja insustituíble de nuestra vida y el troquel engrandecedor de nuestras obras. Esa "doctrina tan misteriosa, tan repugnante, tan absurda en apariencia y tan horrible para la naturaleza, es a la que es preciso conducir y amoldar el género humano; con la que es necesario persuadir a un mundo que ha divinizado todas las pasiones que ella crucifica; la que es menester trasladar del lugar de los suplicios al palacio de los Césares; hacerla penetrar igualmente en la cabeza del filósofo y en la del niño, en el corazón del dueño y en el del esclavo, en Corinto la disoluta y en las soledades de los bárbaros, en el pueblo judío y en el gentil; y, en una palabra, hacerla abrazar por todos los seres humanos sin distinción".

---

a todos abrazamos con suma benevolencia y amor, y no rehusaremos ocasión alguna de colmarlos de beneficios en la medida de nuestras fuerzas. Menester es que hagan esto mismo todos los cristianos dignos de este nombre con aquellos que durante la guerra los injuriaron".

Paréceme que estas palabras de Benedicto XV en *Pacem Dei Munus* no necesitan comentarios, ni carecen de actualidad.

La conciencia nos dice que en la actual economía cristiana *no hay redención sin sangre ni salvación sin dolor*. En la vida no hay nada durable sin el sacrificio. Diré más: todo el valor de nuestra vida se fundamenta en el sacrificio. Con mayor motivo y razón se basará en esta ley fundamental la vida cristiana, que es vida perfecta, resultando evidente que a mayor perfección mayores sacrificios corresponden.

Sobre este punto no caben las discusiones, a no ser que hayamos perdido enteramente el juicio, o se hayan borrado de nuestra mente las nociones más elementales del pensamiento católico. Es la misma doctrina de la Cruz en sus aplicaciones concretas al vivir humano. Es la misma experiencia de todos los tiempos proclamando estas enseñanzas como únicas verdaderas y, por consiguiente, como únicas salvadoras del hombre y de los pueblos, puesto que sólo la verdad salva, y la Verdad total es Jesucristo, aleccionando al mundo desde el madero santo de la Cruz. "El justo vive por la fe". La fe es la vida del alma, como el alma es la vida del cuerpo.

III

MODULO DEL VIVIR HUMANO

El que quiera salvarse debe llevar su cruz y seguir a Cristo. En justificación de la necesidad de este remedio salvador, Jesucristo es el primero en sujetarse a ella y aplicarse ese remedio, cumpliendo la ley de los designios eternos sobre la humanidad, muriendo libremente —quia ipse voluit— para ejemplo y persuasión

de todos los hombres, amando y absolviendo al pecador y al miserable, perdonando a los mismos verdugos y enemigos que le crucificaban, maldecían y ultrajaban.

Con toda razón y derecho pudo decir a la humanidad entera: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie llega hasta el Padre si no por Mí"; nadie alcanza su perfección si no es por la perfección del amor, que es la Cruz, cifra y compendio de todas las grandezas espirituales; y nadie ama tanto como el que da la vida por su prójimo en servicio amoroso de Dios.

Sí, la práctica de la doctrina del perdón es posible, porque si no lo fuera, jamás Jesucristo la hubiese puesto como módulo del vivir humano. Jamás sus palabras de sabiduría eterna hubieran brotado de los labios divinos del Maestro de la humanidad, si ellas no encerrasen la necesidad absoluta y universal de abrazar y cumplir su sentido y su enseñanza para la salvación de sus discípulos en el decurso de los siglos.

La existencia de cualquier otro medio de salvación las haría falsas y engañosas, con menoscabo de la augusta Verdad, que es el mismo Jesucristo. El simple supuesto envuelve abiertamente un absurdo y una quimera. Dios no puede desmentirse a sí mismo, porque dejaría de ser Dios. Y "aprended de Mí", ha dicho en forma categórica y absoluta, pues como se lee en el libro incomparable de la *Imitación,* "sin camino no se anda, sin verdad no se conoce, sin vida no se vive". Sin Cristo no hay más que el extravío, el error y la muerte.

Luego debemos aceptar sus enseñanzas como norma imprescindible de nuestra vida, si no queremos caer, fatalmente, en la contradicción o en la impiedad, en el nihilismo moral, gran afrenta de muchos pueblos modernos.

IV

LA CIENCIA QUE DA SENTIDO A LA VIDA

La luz de estas verdades se impone a nuestro entendimiento con claridad meridiana, y no hay modo de esquivar su lógica consecuencia, la de amar como Jesucristo y perdonar con generosidad y sin distinciones. Odio al pecado y amo al pecador, es lema glorioso de la Iglesia y debe serlo igualmente de todos sus hijos.

Pero dichas verdades son rechazadas por nuestra voluntad enferma: filosofamos más bien que creemos en ellas. Y aun creemos en ellas con una fe "teórica" sin eficiencia en la práctica. Admiramos su belleza, pero no las convertimos en hermosa realidad. El mal por lo tanto no previene de la inteligencia, sino del corazón. "No es luz lo que hace falta: es el ojo que está enfermo". Abnegación, renunciamiento, virtud, he aquí el antídoto poderoso que ha de devolver la salud al mundo. Sentimientos de perdón es lo que necesitan las almas heridas por el dolor...

La humanidad, dijo Augusto Nicolás, es un grande enfermo, y lo que es peor, un enfermo que se cree estar bueno. Por consiguiente, no necesita manjares sólidos y frutas sabrosas, aunque las desee; necesita sí un remedio, pero un remedio violento, aunque no lo quiera. Por más que grite, que se resista, que trate de insensato al médico, éste debe obrar así, y cometería una injusticia procurando justificarse a los ojos del enfermo: debe sufrir la injuria, ser el primero que se llame loco para entrar en las miras pervertidas que quiere enderezar; pero al mismo tiempo debe hacer aceptar el remedio, cuyo primer efecto será dar al hombre el conocimiento

de su mal, y obligarle a bendecir y adorar la sabiduría *sobrehumana* y el amor infinito que han sabido tan perfectamente contrariarlo para curarlo".

Este remedio benéfico y saludable sólo se obtiene por el vencimiento de los propios gustos y de los malos sentimientos que brotan de nuestro ser, o si queréis, sólo se logra por medio de la Cruz, misterio augusto que corresponde al misterio de nuestra caída, ya que "nunca se debe estudiar el uno sin el otro", porque de la correspondencia y relación de ambos fluye aquel conocimiento por que suspiraba con ardiente anhelo San Agustín: "¡que yo te conozca, y que yo me conozca!"

La Cruz es compendio de todo conocimiento verdadero, de todo saber legítimo, puesto que en Ella se sintetizan las grandezas de Dios y se revelan las miserias del hombre. Y a esto se reduce toda filosofía y toda ciencia humana. Es la sabiduría de un San Pablo, quien no se preciaba "de saber otra cosa que a Jesucristo, y Este crucificado". Es la ciencia del perdón que proyecta luz y consuelo sobre el sentido de la vida. Ahí está el triunfo del cristiano, y su más noble recompensa en esta vida.

LAS DEFINICIONES DE LOS CATOLICOS

I

LA CARENCIA DE DECISIONES

Se ven y se oyen cosas en nuestros días que espantan al más majo. Comprendo, decíame poco ha un señor, que es necesario definirse, pero en los momentos actuales el que se define está perdido.

¿Necesidad de definirse un católico? ¿Pero no está definido desde el instante de su bautismo? ¿No tiene las sublimes definiciones de la Cruz? ¿No le bastan las divinas enseñanzas de Jesucristo y de la Iglesia?

Sí, pero, hoy se quiere un catolicismo *distinto,* un cristianismo libre, una religión *diluída* en sectas, una moral *de merengue,* una piedad *blanda* y contemporizadora, una religiosidad *sentimental* y *ñoña,* una fe que no imponga *demasiados* deberes ni exija penosos sacrificios... ya me entiende, una "cristiandad" *acomodada* a las circunstancias... [1]

---

(1) Ruego a mis lectores que lean y mediten con serenidad y calma la siguiente nota: "Algunos dicen que no conviene hacer frente al descubierto a la impiedad fuerte y pujante, por temor de que la lucha exaspere los ánimos de los enemigos. Estos que así juzgan no se sabrá decir si están en favor de la Iglesia o en contra de ella; pues si bien dicen que son católicos, querrían que la Iglesia dejara que se propagasen impunemente ciertas maneras de opinar, de que ella

Entonces lo que hay, no es necesidad de definiciones, sino carencia de decisiones. Lo que nos *pierde* actualmente no es falta de doctrina, sino crisis de conciencia. Principios tenemos; lo que no hay es fidelidad a esos principios. La posición de los católicos está claramente determinada por el ejemplo de Jesucristo, por las normas indeficientes de los Romanos Pontífices y de los Obispos, por la Jerarquía en una palabra, cuya adhesión y cuyo acatamiento son línea de conducta obligatoria para todos sus hijos. Los que no la siguen, es claro que son *indefinidos*. Obrese con obediencia, y se tendrá serenidad de espíritu. Despojémonos del orgullo y del *personalismo*, y se verá que la humildad es luz del entendimiento. Límpiese el corazón del hombre, y la verdad guiará su vida. La verdad ama

---

disiente. Llevan los tales a mal la ruina de la fe y la corrupción de las costumbres; pero nada trabajan para poner remedio, antes con su excesiva indulgencia y disimulo perjudicial acrecientan no pocas veces el mal. Esos mismos no quieren que nadie ponga en duda su afecto a la Santa Sede; pero nunca les faltan pretextos para indignarse contra el Sumo Pontífice.

La prudencia de esos tales la califica el apóstol San Pablo de *sabiduría de la carne y muerte del alma*, porque no está ni puede estar sujeta a la ley de Dios. Y en verdad que no hay cosa menos conducente para disminuir los males. Porque los enemigos, según que muchos de ellos confiesan públicamente y aun se glorían de ello, se han propuesto a todo trance destruir hasta los cimientos, si fuese posible, de la religión católica, que es la única verdadera. Con tal intento no hay nada a que no se atrevan, porque conocen bien que cuanto más se amedrente el valor de los buenos, tanto más desembarazado hallarán el camino para sus perversos designios.

Por lo cual, los que tan bien hallados están con la *prudencia de la carne*; los que fingen no saber que todo cristiano está obligado a ser buen soldado de Cristo; los que pretenden llegar por caminos muy llanos y sin exponerse a los azares del combate, a conseguir el premio debido a los vencedores, tan lejos están de atajar los pasos a los malos que antes les dejan expedito el camino". (LEÓN XIII, Enc. *Sapientiae Christianae*).

la pureza y huye de los corazones manchados. Abracémonos a la Cruz, y sigamos a Cristo. No tenemos otra *definición* mejor. Sin ella, andaremos siempre *perdidos* en divagaciones estúpidas de la inteligencia y en desfallecimientos morales de la voluntad. ¿Cuál otra posición pueden exigir los hombres al cristiano? Toda nuestra sabiduría se resume en la Cruz, y en la Cruz se inspira y perfecciona toda nuestra actividad.

II

¡AY DE LOS QUE SE MANCHAN CON EL CRIMEN DEL SILENCIO!

¿Es así como entienden muchos sedicentes católicos de nuestros días la doctrina inmutable de Cristo? ¿Es a la luz de las verdades cristianas como se enfoca la solución de los tremendos problemas de la hora presente? Creo sinceramente que no, y por eso se entristece el ánimo viendo tanto afán inútil, carente de base y de orientación. Diríase que buscamos una panacea a los problemas hodiernos, pero no una solución verdadera, la única solución posible, que consiste en adaptar totalmente nuestra vida a las enseñanzas eternas de la Cruz.

La verdad es amarga, siempre lo fué, pero... es la verdad. Me dirán que hay que ser comedido en el lenguaje, *que* mi *estilo es muy duro*, y mis expresiones excesivamente recias. Nunca he practicado el oficio de malabarista de conceptos ni de palabras. Me repugnan la confusión y el equívoco. El que tenga oídos para oír que oiga, y el que quiera entender que entienda.

Como San Hilario, sólo temo tres cosas: "Los peligros de la Iglesia, el crimen del silencio, y el juicio de Dios". De los ataques personales no hago aprecio; de las mentiras periodísticas me río, y las críticas tendenciosas no me asustan. Solamente quienes pueden y deben, podrán obligarme a *envainar la espada y repetir las confesiones y retractaciones a imitación de mi gran padre San Agustín*... Nunca he rehuido el mérito de la obediencia.

Mientras tanto no se manchará mi alma con el crimen del silencio, ya que es noble cosa dar testimonio de la verdad, según las posibilidades de cada uno y los dones que del cielo ha recibido. Dios exigirá estrecha cuenta de los talentos concedidos a cada hombre, ¡y ay de aquél que los haya escondido, como el siervo necio, por temor! Yo no puedo callar ante los desmanes y la locura de esta sociedad desorbitada, que se pierde en el torbellino agotador de la vida moderna y que a la vista de los peligros que la amenazan, sigue aún, para su ignominia, lanzando los gritos salvajes de la perversión y del vicio, y clamando desde el abismo de su degradación, como en otro tiempo la Roma pagana, por el placer de la orgía o la orgía del placer [1].

---

[1] No se me oculta que, como enseña mi padre y maestro San Agustín, predicar, corregir, reprender, enseñar y procurar el bien de cada uno, es carga pesada, grave responsabilidad, dura fatiga; pero, según él mismo dice, es mandato del Señor "corregir a los inquietos, consolar a los pusilánimes, recibir a los enfermos, argüir a los que contradicen, guardarme de los insidiosos, enseñar a los ignorantes, excitar a los perezosos,, cohibir a los pendencieros, humillar a los soberbios, aplacar a los disputadores, ayudar a los necesitados, librar a los oprimidos, aplaudir o los buenos, tolerar a los malos, amarlos a todos". En otro lugar también nos da este sabio consejo: "Cuidad, no sólo de vivir, sino de aparecer buenos ante los hombres; cuidad, no solamente de tener buena conciencia, sino también, en cuanto sea posible a vuestra fragilidad, de no hacer ninguna cosa que pueda dar lugar a falsas sospechas a vuestros hermanos; *no suceda que, comien-*

III

EL CLAMOR DE NUESTRA SOCIEDAD

Viene aquí como anillo al dedo la recordación de una página admirable que San Agustín dejó en su obra inmortal *"La Ciudad de Dios"*. Los corifeos de aquella antigua inmoralidad delirante gritaban con loco frenesí en presencia ya de los bárbaros, instrumentos de Dios en el castigo de su depravación y de sus crímenes: "Aplaudid, pueblos, no a *los que trabajan por vuestro bien,* sino a los que *os deparan placeres y os proporcionan gustos y deleites.* No se *mande cosa dura, ni se prohiba cosa torpe.* No se ocupen los gobernantes de la virtud de sus súbditos, sino de la obediencia a sus órdenes; sírvanlos las provincias, no como a moderadores de las costumbres, sino como a dueños absolutos de la fortuna pública y dispensadores de sus deleites y regalos. *Haga cada uno lo que quiera* de los suyos, o con los suyos, o con todos los que se le adhieran. Multiplíquense los lugares públicos de disolución para los que gusten...; haya abundancia de grandes y suntuosas casas donde se frecuenten los convites y saraos, y donde cada cual, de día y de noche, juegue, beba, se divierta, gaste y triunfe. Continúen sin interrupción los bailes y la orgía, y conmuevan los aplausos al teatro por la representación obscena de actos abominables, de goces y placeres abyectos. Mírese como público enemigo a *quien repruebe* o *procure alterar esta felicidad,* y si alguien intentara reformar o quitar algo, *pueda*

---

do hierba buena y bebiendo agua cristalina, piséis los pastos de Dios, y las ovejas tengan que comer lo pisado y beber agua turbia".

la multitud libre desterrarle donde no sea visto y sacarle de entre los vivientes. Sean tenidos por verdaderos dioses los que *procuraron que el pueblo consiguiese estos goces,* y reverencien y *tributen culto a los que conservan esta religión y esta manera de ser".*

A este estado de degradación había llegado el hombre en su pensamiento y en sus costumbres... Así clamaba aquella sociedad contemporánea del gran Obispo de Hipona en vísperas de la purificación trágica y providencial de tanto crimen... La satisfacción de sus instintos, el halago de la carne constituía su ideal más alto...

Y ése es el ideal y el clamor de la sociedad moderna, después de veinte siglos de Calvario, de Cruz, de Catolicismo, con todas sus magníficas y divinas lecciones de abnegación y de renunciamiento... Libertad en todo y para todo, menos para la virtud y la fiscalización de las pasiones...

IV

TIENEN OJOS, Y NO VEN

No habrá repetición de la historia, pero es indudable que hay analogía de los hechos históricos. En mi concepto es tal la similitud de nuestra época con la de San Agustín, que, si él viviera en nuestros días, con el mismo acento doloroso repetiría su preclaro ingenio tan enérgica como irónica diatriba.

Pero la posteridad es de suyo olvidadiza. Los pueblos descuidan fácilmente la enseñanza de la historia, lo mismo la de las prevaricaciones que la de los cas-

tigos. Y es porque la experiencia ajena no nos instruye nada; la experiencia propia es la única que tiene eficacia en nuestra conducta. Rusia, Méjico, España, el mundo actual convulsionado, nada nos dice al respecto... Seguimos pidiendo libertad desenfrenada, juegos, diversiones y deleites... *"¡Tienen ojos, y no ven!"*

El paroxismo de la locura. Y pienso que no estamos exentos los cristianos de tan grave culpa y tamaño desatino. Los hay que se indignan contra el desenfreno de las bajezas e iniquidades de nuestro tiempo, pero a veces, sin advertirlo quizá —así quiero creerlo—, se hacen cómplices de las mismas. Esta complicidad tiene muchas maneras de manifestarse.

No es la menos frecuente ni la menos culpable el desaprobar las denuncias y el desenmascaramiento de las pasiones y de los vicios. ¡Hay que vivir la vida "según le pareciere a cada uno"! Y la verdad debe revestirse de un ropaje que la desfigure y no hiera nuestra *exquisita* sensibilidad, ni despierte el remordimiento o la idea torturante del castigo...

"Habladnos cosas agradables y lisonjeras", decían los judíos a sus profetas: "dejad de proponernos una santidad imposible", gritaban aquellas almas degeneradas, y repiten hoy muchos cristianos, a quienes habría que decirles con San Pablo que buscan novedades profanas y cuestiones frívolas, más bien que la sana doctrina del Evangelio y de la Cruz, prefiriendo entre los "maestros" a los que halagan los oídos, y no a los que condenan los deseos corrompidos y corruptores de la carne...

Los tales cristianos no tendrán mañana disculpa en la hora de la expiación, como no tienen ahora derecho a protestar ni a indignarse en presencia de los *crímenes de los demás* ni de las injusticias de los enemigos

de Dios, porque ellos fueron los primeros, con más luces, en abandonar los caminos del deber y la vía dolorosa del Calvario por temor al sufrimiento, cerrando así su alma a los resplandores de la verdad y de la gracia, y poniendo obstáculos a la corriente de vida divina que Jesucristo inoculó en la humanidad regenerada con su sacrificio y por medio de su Cruz.

Es lógico entonces que esta pobre gente ande preocupada y temerosa de *definiciones.* Olvidó la suya propia, la católica y eterna, y no encuadra en las extrañas, porque lleva en su frente la señal indeleble de su origen y el sello inmortal de su destino...

NUESTRA MISION DE PAZ

I

LA CLAVE DE LA HISTORIA

Parece que los hombres de hoy en su mayoría sufren una ceguedad mental incorregible. Ya hice referencia en capítulos anteriores a la triste comprobación de la ineficacia de la experiencia ajena. De las reflexiones hechas deducía que la experiencia ya no nos enseña nada, a pesar de lo que en otros pueblos hemos visto en fecha no lejana y de lo que estamos viendo actualmente.

"Ni los hombres ni los pueblos aprenden con las ajenas historias por evidentes y terribles que resulten", escribía en alguna ocasión Fernández-Flórez, y añadía el brillante escritor español: "Es preciso concluir que o hay una Fatalidad inesquivable que impide a las naciones evitar sus desgracias, o todos los pueblos son idiotas". Sería el dilema más exacto y más cristiano diciendo que, o se admite y reconoce que hay una Providencia divina que rige los destinos del mundo, o el desconocimiento de esa Providencia y de sus leyes sapientísimas hace que los pueblos se sumerjan en el abismo de la decadencia y del envilecimiento como castigo de su ceguera mental y de su rebelión sacrílega.

Ese concepto es clave de la historia y explicación de todas las desdichas humanas. Ni el hombre ni la sociedad pueden prescindir de Dios en su vida, y cuando lo hacen actúan fuera de su quicio y alejados de su centro, como esos astros errantes que recorren los espacios fuera de su órbita. De esa situación sólo puede surgir el desequilibrio, la confusión y la ruina.

Pero el hombre moderno hace caso omiso de esta lección de la filosofía de la historia. Y vive a ciegas, sin saber el punto fijo adónde dirigir sus pasos ni cómo orientar las actividades de su espíritu.

Ante esta ceguedad nuestra, ante nuestros desatinos y desaciertos, no puede uno menos de exclamar con San Agustín: "¡Oh, juicios sin juicio! ¡Qué error! O por mejor decir, ¡qué furor es éste tan grande que... vosotros busquéis aún los teatros, entréis en ellos, os ocupéis en recrear vuestra idea con la imagen más viva del vicio, y ejecutéis aún mayores desvaríos que antes", a la vista y en presencia de los estragos y quebrantos de otras naciones!

Será cierto que ya pasó la época en que la historia era maestra de la vida, madre de la verdad, "émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo del pasado, ejemplo y aviso del presente, advertencia del porvenir", pero no por eso la historia detendrá su curso ni *dejará de repetir sus enseñanzas aleccionadoras en carne ajena y en carne propia...*

II

EL DOLOR ES PROPORCIONADO AL DELITO

La infección de los espíritus con el virus corrosivo de los vicios ahuyenta la virtud y la bondad de las almas y aumenta el estrago de los corazones y la ruina moral de los pueblos. "Costumbres afeminadas llevan a costumbres disolutas; la sangre más generosa se envilece en los deleites después de enflaquecida en la molicie, y cundiendo la depravación, no queda aliento alguno a ese pueblo envejecido sino por la cantidad de sudor que estrictamente se ve obligado a derramar para no morirse de hambre".

Es doloroso comprobar que estas enseñanzas no tengan la fuerza suficiente para disipar las nubes que empañan el cielo de nuestro corazón y de nuestro entendimiento, impidiéndonos la visión de la realidad de nuestras infidelidades. ¿O es que nuestra ceguedad ha llegado ya a tal punto que también en nosotros puede más, en frase agustiniana, "la ingeniosa astucia y la seducción de los impíos demonios que las providencias justas de los hombres cordatos"?

Mas no se olvide nunca que, como decía S. Agustín, *no puede ser feliz una república que tiene los muros en pie y las costumbres por el suelo.* Bajo los designios providenciales en que se desarrolla la vida de la sociedad, los mismos males producen siempre los mismos castigos. Nuestra sociedad se ha convertido en una Babilonia, y la misma mano que escribió en sus muros la sentencia de su caída, puede sentenciar como a Baltasar: "Fuiste pesado en la balanza, y no dabas tu peso".

Entonces el dolor y la pena serán proporcionados al delito de haber borrado en vosotros la imagen de Dios con manchas cuya ignominia en vano intentáis ocultar, o de haber obscurecido en vuestra alma su magnífico esplendor con inquietudes y desórdenes que ni siquiera se pueden nombrar, porque el ánimo se estremece de angustia y de espanto con el solo recuerdo del hedor de tantas afrentas humanas...

III

SIMILITUD DE CONSECUENCIAS HISTORICAS

He indicado la semejanza existente entre algunas épocas históricas. También debe existir lógicamente similitud de consecuencias. La impresión que el relato de las costumbres brutales del tiempo de S. Agustín produce en nuestro espíritu, no puede ser más penosa para quienes conservan todavía delicadeza de sentimientos cristianos. El eco de aquel clamor vergonzoso, pidiendo placeres hasta la saciedad, revela un fondo tan repugnante de vileza colectiva, de infamia social, de putrefacción moral y física, que asquea a quien no haya perdido el concepto de la dignidad humana.

Ahora bien; ¿en qué se diferencia nuestra sociedad de aquellas generaciones miserables y viciosas del siglo cuarto? ¿No vemos también hoy el triunfo de la carne y el imperio de la sensualidad extendidos por doquier, y por doquier ejerciendo su tiránica influencia sobre las costumbres públicas y privadas de nuestro tiempo? ¿No veis a la diosa inmoralidad paseada por las calles y entronizada en los hogares? ¿No oís los bramidos

obscenos de la voluptuosidad arrancando del fondo, y de todas las esferas, de nuestra sociedad, sin que esta sociedad se levante en actitud enérgica de protesta para conservar su decoro y evitar su decadencia y su ruina? Y como resultado último y natural, ¿no están ya los bárbaros modernos galopando, *libremente,* por el campo de nuestra "civilización" empujada por las corrientes de la incredulidad hacia el abismo y caída final en el envilecimiento?

La hora es tremenda y decisiva, y guay de quien por comodidad o por torpeza cierre los ojos a la trágica realidad que vivimos. No es tiempo de bizantinismos, sino de heroicas decisiones. Sólo al amparo de la Cruz habrá refugio seguro mientras pase la tormenta. Sólo la fe nos hará salvos. Pero la Cruz hay que *vivirla.* Y con la fe no se puede jugar al escondite. Hay que ser católicos de una sola pieza, católicos integrales, es decir, fieles hasta la muerte a la integridad de nuestra doctrina en su moral y en su credo, en su dogma y en sus mandamientos.

IV

LA PAZ TIENE SUS MARTIRES

Encarándose San Agustín con los paganos de su tiempo, les lanzaba este apóstrofe tan valiente como magnífico: *"Nosotros somos vuestros libros".* Mucho me temo que hoy este reto sublime careciera de fundamento, pues los enemigos de la religión muy poco tendrían que aprender en sus páginas..., si no es la sed devoradora de riquezas y regalos, el hambre cruel

de dinero, de bienestar y de placeres, enemigos más encarnizados de la fe que los mismos perseguidores.

Este lenguaje parecerá duro a esos cristianos que necesitan una pensión para sostenimiento de su piedad. (¡Cuántos hemos visto desfallecer en sus creencias ante el temor de perder un empleo!). Pero es fiel trasunto de la gravedad del momento. Nos aterran en demasía la lucha y las persecuciones, precisamente por la inseguridad de nuestras convicciones religiosas, y por el bajo nivel espiritual de nuestra vida. El que tiene una fe ardiente no le arredran los peligros ni las contrariedades. El que es imagen viviente de Cristo sabe que en la Cruz está su triunfo.

Los católicos hemos recibido del cielo una misión de paz. Cada uno puede tomar nota de las palabras que el Obispo de Hipona dirigía al conde Darío: "Son grandes, y brillan con una gloria que les pertenece, los soldados que se distinguen por su valor, y son más gloriosos aun los que, fieles a su deber, con la ayuda de Dios, trunfan *a fuerza de sacrificios y coraje de los enemigos de la Patria* y devuelven la calma y la paz a las provincias de la República. Pero es más glorioso todavía matar la guerra con la palabra que matar a los hombres con el hierro, y *ganar u obtener la paz por la paz misma* y no por las armas de la guerra. Quienes libran los combates quieren sin duda la paz y pueden ser personas de bien, pero no logran sus fines sino derramando sangre. Tú, al contrario, has venido para procurar que no corra la sangre de ninguno. Para otros esa cruel necesidad; para ti ese júbilo y ventura. Así, pues, muy ilustre y magnánimo señor y muy amado hijo en Jesucristo, regocíjate de ese bien tan grande y verdadero y gózate en el Señor que te ha

hecho como eres y te ha confiado una misión tan importante y hermosa".

¿Queremos corresponder a esta misión de paz? No la confundamos con bienestar egoísta ni con la *facilidad* para el desbordamiento pasional. La paz, como ha dicho el mismo S. Agustín, tiene sus mártires, y la victoria sobre las pasiones no es el menor de los sufrimientos y de los martirios.

La paz es la *tranquilidad en el orden,* y el orden en la sociedad, base de su engrandecimiento, no se obtiene sin la abnegación de los individuos. Es un gran bien la paz, pero no existe en el fangal de los vicios. No olvidemos que en este sentido la historia se repite, y que las mismas causas producen los mismos efectos.

EL AGUIJON DE LA MUERTE

I

"NO QUIERO LA MUERTE DEL PECADOR"

¿Por qué insisto tanto sobre este tema? Sencillamente porque creo que esta "civilización", a pesar de sus errores y deficiencias, está impregnada de herencia cristiana y de esencias puras de catolicismo. Es posible, por lo tanto, su *renovación.*

Dios hizo curables a los pueblos. La fe sobrenatural y fecunda es el mayor y único contrapeso de los males que se ciernen sobre el mundo. "Bastó David para derribar a Goliat, y bástale a Dios un alma para fortificarse contra el ejército de vuestras infidelidades". Me resisto a pensar que *Dios haya condenado a muerte al género humano* permitiendo que el mal prevalezca contra el bien. Si nuestras iniquidades se oponen a su gobierno, El sabrá acrecentar las virtudes en la tierra corrompida por los vicios. Tiene en su mano la balanza formidable por su misma equidad constituída por su justicia y su clemencia, que todo lo aquilàta *con peso, número y medida.*

La humanidad, pues, con todas sus culpas puede regenerarse con la expiación de su crímenes y por medio de la gracia capaz de lavar mil veces la sangre de

que está cubierta. Si ofrece un espectáculo horrible, que parece abrumar el ánimo y la fe, Dios es siempre remiso en pronunciar la sentencia con que ha hecho desaparecer a cien naciones en el curso de los siglos.

Y espera. Espera, porque es Eterno, y no *quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva.* "Tomo por testigos al cielo y a la tierra de que os he propuesto hoy la vida y la muerte, la bendición y la maldición... Considera ¡oh Israel! que hoy mismo te he propuesto la vida y el bien, y por otra parte la muerte y el mal".

Ahí está revelado, por boca de Moisés, todo el secreto de la filosofía de la historia, y todo el porvenir del linaje humano. El ordenamiento de la vida del hombre en los arcanos de la providencia de Dios. *El bien es la vida, el mal es la muerte,* tanto en el individuo como en las sociedades. El bien no es otra cosa que la conformidad con la ley del ser, así como el mal es la oposición a esta ley. Mas la ley del ser es necesariamente la ley de la vida, "puesto que la vida no es más que el ser en actividad". De donde resulta que el bien se confunde con la misma vida, de igual modo que el mal se identifica con la muerte.

Por consiguiente, todo el que hace el bien se conforma con la ley eterna de la vida, según Dios la lleva en sí mismo, y todo el que hace el mal se aparta de esa ley, se aleja de Dios por el pecado.

II

LAS DOS FUERZAS PARALELAS

Todas las vicisitudes de la historia se explican y resumen en estas dos fuerzas que revelan el estado moral de la humanidad: *la vida es el signo y la recompensa del bien, la muerte es el signo y la recompensa del mal,* dijo Lacordaire. Correlativos a esos dos síntomas paralelos son la virtud y el vicio, el sufrir y el gozar. Si el hombre está contenido en los términos extremos de vivir y morir, lo está igualmente en los términos interiores de sufrir y gozar, que resumen las pulsaciones de nuestro ser. En el orden moral el sufrimiento corresponde al bien, y el deleite corresponde al mal. La virtud es gemela del dolor, el pecado es hermano del placer. ¿Pero qué nos dice y prueba la experiencia del hombre y de las naciones? Que la virtud y el sufrimiento purifican el cuerpo, elevan el alma y engrandecen a los pueblos, mientras que el placer y el pecado preparan de continuo tremendas corrupciones individuales y sociales, por cuanto contienen un veneno que enerva el corazón y desarraiga lentamente la virilidad. Dios bendice a un pueblo virtuoso, pero nada es capaz de salvar a un pueblo corrompido. La *vida* y la grandeza moral son aureola y premio de la austeridad y del sacrificio, así como la *muerte* y la decadencia es el tributo espantable de la depravación y del envilecimiento.

Stimulus autem mortis peccatum, afirmó S. Pablo. El pecado es aguijón de la muerte. "Como el buey aguijado aprieta el paso, así acelera el suyo la muerte aguijada por el pecado: infíltrase en las venas para agotar

su sangre, relaja el vigor de los nervios, penetra en la médula de los huesos y devora su substancia, hasta que en fin, estrechándose ella y el pecado en postrimero abrazo, cae el cadáver, y el cielo y tierra pasan con desprecio ante un hombre que vilmente ha matado la vida en sus entrañas",o ante pueblos que se degradan en los desórdenes y sucumben sin honor y sin gloria. "Sólo el que se siente pequeño ante Dios, puede ser poderoso ante los hombres".

III

ADAPTACION DE LA VIDA HUMANA A LA VIDA DIVINA

Las consecuencias de estos razonamientos son lógicas y claras. Ni el *hombre ni la sociedad pueden vivir sin Dios,* Verdad suma, Bien absoluto y Vida verdadera. Es la primera necesidad que fluye de nuestra naturaleza y el primer dictado que formula nuestra razón y la primera enseñanza que recoge la historia de la humanidad entera. La frase de Plutarco será siempre bella y elocuente: creo que es más fácil fundar una ciudad sin cimientos, que imaginar la conservación de una ciudad o su origen si falta la fe en Dios.

¿Qué espectáculo más sombrío que el de la vida desarrollada en la tumba de la incredulidad y en el vacío del escepticismo? La falta de Dios pesa como la losa de un sepulcro sobre el corazón de la humanidad doliente, anegada en llanto y en sangre, y sobrecogida ante el espectro de sus propios crímenes.

Y es porque "la infancia sin Dios es cultura precoz

de crueldad y de violencia, de instintos de anarquía y de destrucción. La adolescencia sin Dios es el calvario de los padres y maestros. Degenera fácilmente en monstruosa alianza de la arrogancia y de la disipación, en una precocidad desastrosa para la raza y para la inteligencia. La juventud sin Dios es casi siempre negación de juventud, ya sea por el escepticismo, ya sea por el goce desenfrenado de las pasiones del amor, del poder y de la libertad, que degeneran en libertinaje, opresión o licencia. La madurez sin Dios es la vida vacía de sentido, la nostalgia desesperada de la juventud perdida, cuando no indiferencia glacial causada en el alma por la muerte de nuestros ideales. Y la vejez sin Dios es verdaderamente muerte en vida, cuando no algo mucho peor: el ridículo. La perfección de nuestra vida corresponde a la intensidad de nuestra vida en Dios".

Donde falta Dios, falta todo: falta la honradez, el honor, la dignidad, la hidalguía, la virtud, la moral, el amor, el consuelo, la resignación... todo lo que embellece la vida en este valle de lágrimas, de lucha y de dolor.

Dios es la fuente única de nuestra salud espiritual. Toda la perfección humana está en relación directa y necesaria con el acercamiento del hombre a la perfección de Dios. Cuanto más nos acercamos a El, de un modo más intenso y sustantivo nos vamos perfeccionando. Nuestro ser no tiene ni puede tener otra ley perfectiva de su naturaleza. Nuestro vivir no acepta ni puede aceptar otro Ideal en su racional progresión específica hacia su destino.

Ahora bien, no hay mayor acercamiento a Dios que vivir su *misma vida* por el amor y el pensamiento. El vivir racional y cristiano no es más que la adaptación

de la vida humana a la vida divina. Una especie de asimilación de lo imperfecto por lo Perfecto, ya que Dios es la perfección soberana y absoluta, y vivir así en Dios, totalmente, como abismándose y perdiéndose en el océano infinito de la Existencia divina, es el grado más alto de la perfección del hombre.

IV

NO HAY VIRTUD SIN VERDAD

En último término nuestra felicidad, nuestra beatitud, la plenitud de nuestro ser no ha de consistir en otra cosa que en la posesión de Dios por toda la eternidad. Nuestra vida en el tiempo, por consiguiente, no puede ser tampoco otra cosa que un aprendizaje de ese hallazgo dichoso. Por algo nos acucia diariamente y sin cesar la necesidad irrehuíble de ser felices. Es un estímulo, superior a nosotros mismos, que Dios puso en nuestra naturaleza, y que en vano intentaríamos anular. "Todos los hombres tienen hambre de Dios", en frase de Homero.

Buscamos la felicidad a cualquier costo. No hay sentimiento más hondo en nuestro corazón. La buscaremos donde ella no está; nos extraviará el error, o nos cegarán las pasiones o nos seducirán las criaturas; pero siempre, y en todos los estados y circunstancias de nuestra existencia, nos atraerá con fuerza irresistible. Esta es nuestra realidad de cotidiana experiencia. *El alma del hombre es naturalmente cristiana,* según Tertuliano.

¿Qué nos enseña esta íntima modalidad de nuestro ser? Que venimos de Dios, y a Dios volvemos. "Nos hi-

ciste, Señor, para Ti, e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en Ti", dijo profundamente San Agustín, resumiendo todas las exigencias de nuestro espíritu; porque sólo Dios puede ser nuestra felicidad completa.

Pero a Dios sólo podemos acercarnos por el camino de la virtud. Pensar lo contrario sería caer en el absurdo. Luego nuestra vida en este mundo debe ser un ejercicio de virtud verdadera hacia la Felicidad plena. Y comenzamos a participar de esta felicidad aquí en la tierra, a medida y en la proporción que nos ejercitamos en las elevaciones sublimes de la santidad. Cuanto más virtuosos, más felices somos y seremos.

Si no hay felicidad sin virtud, tampoco hay virtud sin verdad, ya que aquélla, si no ha de ser una quimera, se resuelve en el culto y el amor de ésta. La verdad es la fuente de la virtud y de la dicha, la primera necesidad del espíritu humano. Mas la verdad no puede ser atea, como ha dicho Balmes: sin Dios no hay verdad. De donde se deduce que sin Dios no hay virtud, ni hay felicidad, ni hay vida, ni hay bienestar, ni hay perfección: no hay más que la inquietud y el caos, la duda y la corrupción, la licencia y la anarquía, el libertinaje y la esclavitud.

El alejamiento de Dios es, pues, la no-perfección, el desorden, la infelicidad, el vicio, la injusticia..., es decir, todas esas desgracias morales que extravían y empobrecen al hombre y corrompen a la sociedad.

Volvamos entonces a Dios, y pondremos fin a nuestros males y miserias. Vivamos cristianamente, y saldremos airosos de esta encrucijada pavorosa de la historia. Retomemos la senda de la virtud, de la verdad, de la abnegación y del sacrificio, y veremos apuntar la aurora de la esperanza de un mundo mejor y de una época de grandeza espiritual, que es la verdadera grandeza.

LA CEGUEDAD DEL ORGULLO

I

EL PECADO POR ANTONOMASIA

La negación de Dios o el ateísmo sólo es señal de los pueblos que decaen o producto de las civilizaciones que declinan, así como la Religión, intensamente vivida, es el mejor ornamento y la gloria más alta de las sociedades. Verdad de conocimiento común, consignada hasta en los manuales de historia. ¿Por qué en la práctica se olvida este principio con tanta facilidad? Porque como ha dicho Lacordaire Dios es pesado de sostener.

De la negación de Dios se cae fatalmente en la egolatría. Y la egolatría es pobreza de espíritu, ceguera mental, no tan sólo como enfermedad o estado de impotencia psíquica, sino también como castigo o acto expiatorio, ya que la egolatría es el desorden moral o el pecado que en esta vida se paga con torturas más amargas. A la vista están todos los trastornos sociales y todas les demencias morales...

Bien sabemos que el primer efecto del orgullo es la ceguedad mental, el obscurecimiento de la *razón* para las verdades transcendentales con todas sus terribles consecuencias.

Porque la bárbara exaltación del yo, el endiosamiento sacrílego, la egolatría demente y deprimente, es manifestación típica del orgullo, rebelión contra los planes divinos de la Providencia, hija natural de Lucifer, o aborto monstruoso del infierno. Es el fruto de la apostasía total, del entendimiento y del corazón, del pecado por antonomasia.

A esta aberración hemos llegado actualmente, a una situación de locura colectiva y universal, ya que la *apostasía es en el orden religioso lo que la locura en el orden natural.* Y es porque hoy como siempre "la primera indigencia es la indigencia de la verdad, como la primera riqueza es la riqueza del alma por la verdad". Y sin Dios no hay verdad que pueda calmar las ansias de nuestro espíritu.

Nadie podrá negar los adelantos modernos de la técnica y del saber. Nos entran por los ojos. La naturaleza y la ciencia han abierto de par en par sus puertas al esfuerzo humano. Diríase que se ha roto el velo de todos los secretos del mundo. La luz del conocimiento se proyecta sobre todos los horizontes, y alcanza todas las alturas y penetra en todas las profundidades..., menos en el *hombre,* en este microcosmos mismo, cuyo misterio sólo es posible descifrar a través de la luz de Dios.

Es decir, el hombre que todo lo descubre y averigua, hasta la bomba atómica, no se averigua ni descubre a sí mismo, no tiene idea de su grandeza ni conoce su miseria. Lo repito: la incredulidad es ceguera intrínseca, es la suma ignorancia de la ciencia verdadera. ¿Qué importa saberlo todo, si se ignora lo único necesario?. "He vivido en medio de dudas, muero en la incertidumbre, no sé adónde voy". ¡Qué inscripción más triste y lúgubre para un hombre que piensa y un espíritu que medita!

8

II

EL FANTASMA QUE SE AGITA EN LAS TINIEBLAS

No sé si a esto podrá llamársele adelanto, pero que no es progreso ni perfección, paréceme que no cabe la menor duda. A parte de las razones antedichas, es muy exacto este hermoso pensamiento de Balmes: "*Un no sé* es a veces más sublime para la razón humana, que los esfuerzos impotentes de un orgullo destemplado; el entendimiento también puede ser alto comprendiendo su ignorancia; porque es alto el entendimiento que comprende altas verdades, y a veces la ignorancia es también una verdad muy alta".

Lo que sucede es que precisamente el orgullo, la ceguedad mental en que termina el hombre apartado de Dios, es lo que le impide ver la realidad de su ignorancia y lo que le estorba salir de ella. Entonces *el veneno del mal se desliza en el alma con el veneno de la incredulidad.*

Dicen que los pobres mortales que viven mucho tiempo en la densa obscuridad de un sótano, por ejemplo, cuando salen del mismo, les molesta la luz, y su retina no resiste el golpe de los rayos solares. Y buscan ciegamente la sombra para su protección y refugio. Al hombre que ha vivido a merced de las horrorosas tempestades del orgullo y entre las negras tinieblas del egoísmo, le ocurre algo parecido: no pueden menos de herirle con violencia los resplandores de la luz y de la verdad, y huyendo de la LUZ increada y de la VERDAD eterna, se hunde en los sótanos abismales del error y del vicio, o sea, en las sombras tenebrosas de la indiferencia y del ateísmo —que es la más tremenda

ceguedad que se conoce—, y anda a tientas en medio de las profundidades y simas de su vida, aciaga, estéril y marchita.

¿Círculo vicioso, o callejón sin salida? Lo que querráis; pero siempre falta de humildad, carencia de virtud, exceso de soberbia y frenesí del orgullo. Para mí es la consecuencia lógica de esta dolorosa realidad: "hemos nacido en una época escéptica y no tenemos a nuestro alrededor más que libros y palabras que tratan a Dios como a un muchacho".

A la ceguera del entendimiento sucede siempre la apostasía del corazón como inevitable resultado, ya que el vicio y la pasión buscan las sombras para su desarrollo y malsana fecundidad. La luz de la conciencia, faro del espíritu, ya no brilla en las almas; el freno del remordimiento, contrapeso de las pasiones, ya no reprime los estímulos y excesos de los instintos: esta vida, así envilecida y degradada, se transforma en un fantasma que se mueve y agita en las tinieblas de su propia obscuridad.

¿Cabe mayor castigo ni más espantosa expiación? Júpiter enloquece a los que quiere perder. La locura de la egolatría no comprende su ceguera. Y esta ceguera desconoce su mal, el mal del propio envilecimiento, que es antítesis de la verdadera grandeza humana.

Es el pecado revolviéndose en su misma abyección, ¿No véis en esto la causa profunda de las mil desdichas que aquejan a la humanidad? El hombre en la insensatez de su orgullo se rebeló contra Dios, y Dios espera, porque es Eterno, a que el hombre, desengañado de su apostasía, vuelva por el camino de la humildad al Centro de su vida y a la Vida de su espíritu. Entonces habrá paz en las almas y concordia en los pueblos.

III

EL MEDICO Y EL ENFERMO

A poco que ahondemos en el problema que venimos analizando, veremos con suficiente claridad que sus causas (las de la ceguedad del orgullo) son morales. Es un mal moral lo que padece el hombre moderno.

Para ver hay que creer. La fe es condición intrínseca de conocimiento verdadero, y luz del espíritu en su búsqueda de la verdad.

Esta fórmula, además de ser eminentemente cristiana, es racional y de sentido común. Encierra todo un tratado de psicología, y en ella se basan, no sólo los principios de ascética, sino también los de ética. *Mal se vive,* dijo hermosamente San Agustín, *si no se cree bien en Dios.* Y es porque Dios —creo citar un pensamiento de Pascal— derrama en los espíritus los torrentes de su luz cuando ha domeñado las rebeliones de la voluntad con las dulzuras de su amor.

Amar es ver, en sentido católico. Para la sencillez de la virtud y el florecimiento de la religión es necesario que el alma se despoje de sus propios quereres y locas vanidades. Mas el hombre, en vez de deponer su orgullo insensato, como único remedio de regeneración —*contraria contrariis curantur*—, se queja, y se indigna, y protesta, y se subleva contra el yugo que Dios le impone para sacarlo de su ceguedad y miseria.

O en otros términos: la inteligencia ciega no ve la llaga del corazón enfermo, o no quiere verla para *no humillarse* en intentar su cura. Y condesciende con sus caprichos, y blasfema contra Dios, contra el hombre, contra la ley, contra la autoridad... contra todo

lo que impida al corazón cometer sus desarreglos y a ella sus desvaríos. El espectáculo triste de un médico inconsciente y de un enfermo antojadizo. El primero consiente irracionalmente, y el segundo con sus delirios agrava la enfermedad. Y entre ambos no hacen otra cosa que ahondar el abismo de su miseria y precipitar la ruina del doliente.

En el orden espiritual sucede el mismo caso con bastante similitud. Se sabe que no hay vida religiosa sin la Gracia; que no hay surgencias morales sin la mano de Dios; que no hay salud espiritual sin los sacramentos; pero el hombre moderno enceguecido, con insolencia inaudita, no recibe los sacramentos, y la gracia divina no la acepta, y la mano de Dios la rechaza o se rebela contra ellla... ¿Qué se puede esperar de un estado semejante?

IV

CARENCIA DE SENTIMIENTOS HUMANOS

Bien pudiéramos repetir con San Agustín ante tamañas altanerías de la soberbia humana: "Cuando os véis afligidos con las adversidades, ¿acaso os quejais por otro motivo sino porque apetecéis tener seguros y libres de temores vuestros deleites, vuestros apetitos, y entregaros a una vida laxa y viciosa, sin que en ella se experimente molestia ni pena alguna? Y la razón es obvia y convincente, porque vosotros no deseais la paz y abundancia de bienes para usar de ellos honestamente, es decir, con sobriedad, frugalidad y templanza, sino para buscar, con inmensa prodiga-

lidad, infinita variedad de deleites; y lo que sucede entonces es que, con las prosperidades, renacen en la vida y en las costumbres unos males e infortunios tan intolerables, que hacen más estragos en los corazones humanos que la furia irritada de los enemigos más crueles".

Cuán profunda verdad se encierra en las palabras que anteceden, no puede escapar al alcance de ningún entendimiento. Parecieran un anticipo vívido e impresionante de lo que estamos viviendo hoy mismo. *No se quiere la paz por la paz misma,* que esto es harto difícil cuando no es Dios quien regula nuestra vida, sino que se quiere la paz, *o su apariencia,* por la mayor facilidad para gozar y divertirse, para "vivir la vida", sin estrecheces, ni racionamientos, ni privaciones, ni sacrificios...

Pero esto es otro asunto, ya expuesto ampliamente en mi libro último *La Libertad y La Religión.* Por eso, sin más comentarios, prefiero terminar este capítulo con una consideración más sobre el problema que nos ocupa.

La S. Escritura nos da este sabio consejo: "Guarda ante todo tu corazón, porque de él procede la vida". Todo proviene del corazón. Hasta la muerte espiritual tiene ahí su origen. Una prueba palmaria nos la ofrece la sociedad presente: *carece de sentimientos humanos.*

Se ha dicho hasta la saciedad que nuestras desdichas actuales no provienen tanto de la inteligencia como del corazón. Creyérase, y no sin fundamento, que una infección moral sube del corazón a la inteligencia, si vale la expresión.

Quiero decir —para aclarar mi pensamiento y a fin de que nadie vea en el aserto una contradicción con lo afirmado sobre la ceguedad mental y el orgullo—, que siendo una enfermedad moral la que hoy

atormenta a los pueblos, solamente un remedio moral puede curarles. Verdad tan evidente en sí misma que la más leve duda al respecto pondría en entredicho a la razón y al buen sentido. Deducción, al mismo tiempo, tan lógica como sensata y prudente.

¿Queréis arreglar el mundo con la violencia o las revoluciones? No haréis más que echar leña al fuego, fomentando rencores y despertando odios y envidias. Empero haced al hombre más moral y religioso, sanad su corazón con la virtud, y todo lo demás *vendrá por añadidura.*

EL EJERCITO DE LOS PACIFICOS

I

EL FRACASO HISTORICO DE LAS REVOLUCIONES

Por lo dicho en un capítulo anterior se infiere que se engañan lastimosamente los que creen —y por desgracia son muchos los que de este modo piensan todavía— en la solución del problema social por medio de la *espada* o de la *fuerza,* esperando, cual maná del cielo, que una "revolución salvadora" ponga fin a nuestros males. Y no es con panaceas con lo que se ha de curar la sociedad, sino con remedios profundos y permanentes.

No niego la necesidad de la violencia en determinados momentos de la historia —y si digo necesidad, afirmo su justificación—, pero ninguna revolución hasta el presente ha sido fecunda en resultados benéficos.

Nicolás Berdiaeff señaló con certera visión el fracaso perfecto de toda la historia humanista moderna considerada en su conjunto. Primero con el convenmiento de que el ideal renacentista es irrealizable en el seno del mundo cristiano. Luego el desdoblamiento que este mundo sufrió con la reforma protestante, "cuyo ideal era la afirmación de la libertad religiosa, que condujo al derrumbamiento de la Religión". Más tarde la

revolución francesa que, "en lugar de instituir realmente la libertad, la fraternidad y la igualdad, sólo llegó a formar la sociedad burguesa del siglo XIX", acabando por descubrir toda la falsedad de su ideología con *las nuevas formas que han surgido de desigualdad y de odios.*

De igual modo puede asegurarse que fracasarán todos los ideales que dominan hoy día. El socialismo será un rotundo fracaso llevado a la práctica, pues "pondrá en evidencia otros nuevos defectos, otras contradicciones íntimas de la vida social del hombre y que harán imposible la resolución de los problemas creados por las tendencias socialistas y socializantes".

El anarquismo será indudablemente otro fracaso, porque "la libertad-límite que predica jamás será alcanzada", sino que, "al contrario, el anarquismo engendra una esclavitud aun más completa que la actual".

"En resumidas cuentas podemos observar que nunca ninguna revolución ha sido coronada por el éxito; aunque las revoluciones hayan sido momentos de suma transcendencia histórica, por más que hayan sido momentos realmente ineludibles, impuestos por el Destino, nunca lograrán resolver los problemas impuestos. Es ésta una verdad que se confirmará siempre. (VID. *El Sentido de la Historia*).

De ahí que, siendo toda la época moderna una revolución sangrienta o una continuidad de revoluciones, de ellas ya estamos ahitos y escarmentados, y lo estaremos a mayor abundamiento de sus fracasos...

Sólo hay una *revolución* verdadera: la que salva al hombre. Y al hombre no se le salva colocándolo frente a lo efímero y caduco, que es el tiempo, sino que para salvar al hombre, y por consiguiente a los pueblos, hay que colocarlo frente a la eternidad. Problema emi-

nentemente religioso. Y a esta concepción luminosa no llega la influencia de las revoluciones, que dice relación, exclusivamente, a lo transitorio, temporal y perecedero.

Luego repito que yo no creo en la eficiencia de ninguna revolución, porque las revoluciones en su ordinaria acepción no son capaces de transformar espiritualmente al hombre, obra exclusiva del propio esfuerzo personal con el auxilio y el influjo de la Gracia. Y sin la reforma del hombre, es bien efímera la reforma o el cambio de las instituciones. Ejemplos, según hemos visto, los tenemos a granel en la historia, y hasta algo puede testimoniar la experiencia nuestra en carne propia...

II

"LOS MUERTOS MANDAN"

Podréis argüirme que yo *he defendido la actual situación española,* viendo una especie de contradicción o retractación de pensamiento en lo que ahora afirmo con lo dicho en otras oportunidades. Podría contestaros que las excepciones no cuentan en el valor de las ideas. Pero esta respuesta se atribuiría a un recurso ingenioso para salir del paso y rehuir la dificultad, y no como una explicación justa y convincente. Por eso quiero dar a mis palabras la claridad y firmeza de mis convicciones.

El caso de España trasciende el significado de una simple revolución, según el léxico general y corriente. Lo ocurrido en España fué una lucha entre el Bien y el Mal, una guerra despiadada y cruenta entre la Patria

y la Antipatria, una Cruzada del espíritu de nacionalidad contra una ideología, negadora de ese espíritu. El gesto viril de un pueblo heroico que no quiso morir en la abyección. El alma vital de una cultura contra el envilecimiento de la barbarie.

Y prefirió el calvario, la cruz y la muerte, que es gloria y vida, al deshonor, a la afrenta y al no-ser. Y obedeció al mandato imperativo de su historia, escrita con sangre de conquistadores, de héroes, de santos y de mártires, que clamaban desde la inmortalidad de sus tumbas contra las profanaciones y los vilipendios de los mercaderes, de los traidores, de los impíos y de los sibaritas modernos.

Eso es todo, pero nada menos. Hazaña gloriosa grabada ya con relieves propios en las páginas de la Historia universal. Epopeya sublime y legendaria de un pueblo mártir y defensor de las esencias eternas del espíritu y de los valores sustantivos de la vida y de la cultura cristiana. "Los muertos mandan". La tradición y la herencia tienen leyes sagradas que hay que respetar y defender.

Y no vale el argumento o la simpleza de que la gesta española tuvo también sus defectos, pues como realizada por hombres es natural que los tuviera... ¿Qué otra cosa podía hacer la Madre Patria? ¿Morir en la deshonra? Los pueblos conscientes de su dignidad y de su destino *sólo tienen derecho a morir sacrificados en el altar augusto del honor*. Sólo los pueblos que así mueren, viven en el recuerdo de la conciencia universal. O mejor: no mueren, aunque los profane la traición o los venza la fuerza bruta, sino que viven en la gloria y gratitud del género humano y en el culto imperecedero de las naciones con dignidad.

Sólo mueren los pueblos que se envilecen, los pue-

blos que niegan el esfuerzo generoso de sus antepasados, y no saben defender su honor ni conservar su patrimonio espiritual.

Sólo mueren y desaparecen los pueblos *revolucionarios,* que profanan su nombre y su herencia, y reniegan de sus tradiciones y virtudes nobiliarias, y se hacen indignos de su gloria y de su grandeza, desviándose del curso de su historia.

Ahí están los hechos en confirmación de mis palabras. Ignoro lo que está reservado a España en el futuro. Mas pase lo que pase no dejará de ser verdad el resurgimiento espiritual de esta hora, la floración magnífica en todos los órdenes de la vida nacional de las energías católicas de su tradición y de su historia.

S. S. Pío XII acaba de augurarle un porvenir de bienestar con las bendiciones de Cristo por su indeclinable lealtad hacia la Iglesia Católica. Y es porque, piadosamente hablando, Dios no puede desoír el clamor de la fe y de la oración. Y sabemos que el pueblo español ora, ora con más fervor que nunca. Y nos consta (sépanlo también todos los malandrines obcecados) que su jefe, el Caudillo católico FRANCISCO FRANCO, acude *a la oración en los momentos más difíciles para su patria, y pide oraciones, muchas oraciones a las almas piadosas para recabar del Altísimo la imprescindible y necesaria ayuda, en que confía todo corazón creyente, a fin de asegurar el mejor y más feliz acierto en la orientación católica de su gobierno.*

Sólo así España, guiada por la Providencia y confiando en Ella, ha podido superar hasta ahora tantos y tan tremendos peligros y enemigos como la acechan por todas partes. Y esto reconforta el ánimo y aviva la fe y enciende la esperanza en todo pecho honrado

y libre de pasiones enfermizas, porque Dios escucha siempre a los que acuden a El con sus plegarias.

Esperemos que España, con la protección divina, pueda continuar su ruta en esta hora aciaga, *ruta que es también la nuestra,* y que no es otra que la de evangelizadora de pueblos y defensora de la cristiandad. Ese es el resorte de sus triunfos y el secreto de su grandeza insuperable. Misión de hispanidad, o hispanidad misionera por antonomasia. Catolicismo de un destino nacional, o destino nacional de un catolicismo íntegro y eterno.

III

LOS CRUZADOS DE UN IDEAL

Un pueblo puede haber traicionado su origen, perdido su ruta y olvidado su destino. Ese pueblo así, fuera de su realidad histórica, se halla en un estado revolucionario negativo, aunque invoque el recurso hipócrita de una legalidad ficticia. Está fuera de su centro, y las meras formas extrínsecas no son parte a impedir el lento pero eficaz agotamiento interno de sus energías vitales, sino que dicho desgaste vital se va acentuando a medida que se aleja de sus corrientes históricas, que son las que únicamente pueden darle substancia nacional y jerarquía en el concierto universal de los pueblos.

Entonces en el seno de ese pueblo, que *legalmente* se resigna a morir en la esterilidad y en el extravío, se produce una corriente contraria que, consciente de su misión, brega por volverlo a su quicio, a su punto de partida, no en el concepto de regresión, lo que his-

tóricamente es imposible, sino en el afán patriótico de ligar el presente al pasado en sus auténticos valores con miras al futuro.

Es la continuidad histórica, la voz de mando de la herencia espiritual, de la cultura propia, de la tradición legítima y del destino irrehuíble. Son las rocas graníticas de la grandeza nacional que se alzan en el océano infinito del tiempo como vigías eternos para el porvenir seguro a las generaciones presentes. Son los elementos valiosos de las fuerzas nuevas y jóvenes que, ante un pueblo que se desploma en la indecisión e inestabilidad, quiere edificar sobre *ruinas y sepulcros* el porvenir glorioso de un engrandecimiento material en armonía o bajo el tono dominante de una cultura espiritual superior, que heredara de sus padres y a la que quiere servir con fidelidad y heroísmo, como único medio de escalar las cimas señeras del espíritu humano. *Son los cruzados de un ideal.*

Este esfuerzo es también revolucionario, pero es una revolución positiva, impuesta por las exigencias del ser nacional histórico, contra la falsa apariencia del no-ser en que se debaten estúpidamente los pueblos sin conciencia de su destino. Es la corriente que impide la desintegración de las naciones y su caída en el caos. Es el impulso vigoroso, de inmensos beneficios espirituales, morales y materiales, que une los valores antiguos y modernos en unidad pletórica de vida, de pensamiento, de religión, de filosofía y de arte, en todo lo que es aureola, esplendor, orgullo santo y magnificencia del hombre y de los pueblos.

Confieso que este proceso es lento y trabajoso, como todos los que se desarrollan en el fuero de la conciencia, pero es el de resultados más positivos y durables, porque se endereza derechamente al hombre,

a la entraña y raíz profunda de todas las reformas sociales o de todo mejoramiento institucional. La estructura social cambia: sólo el espíritu del hombre es eterno en el plano de las realidades concretas. Es al espíritu del hombre a lo que hay que *informar*, para que éste a su vez *informe* a las instituciones y les dé duración y consistencia.

Sin conciencia histórica, pues, sin espíritu animador o sin contenido espiritual, sin idea clara y actuante de la responsabilidad del presente, del pasado y del futuro, todo intento reformador está de antemano condenado al fracaso, o no hará más que acrecer el malestar y la intranquilidad de los pueblos.

IV

LAS ARMAS DEL EVANGELIO

Toda reforma durable debe comenzar por la pureza y reforma de las conciencias. No basta cambiar los regímenes y los estatutos, escribió en alguna ocasión Papini: "Han de ser cambiadas y sin retardo las almas de los hombres. Todos los males que sufrimos no provienen de lo externo sino de lo interno, no solamente de los demás sino de cada uno de nosotros, no de la materia hostil sino de nuestro espíritu, más inerte que la materia. A los valores *modernos,* a los valores homicidas que han envenenado el corazón y manchado la vida y nos han ensangrentado hasta hoy las manos, nosotros hemos de sustituirlos por los valores eternos, precisamente los opuestos a los valores presentes. Cambiar la faz de la tierra y todas las constituciones de

nada aprovechará, nada significará, mientras no se renueve y rejuvenezca el alma de cada uno de nosotros. Quien busque la salvación fuera del alma es un ciego guía de ciegos".

Ahora bien, en el interior de las almas, en el santuario de las conciencias, de donde han de brotar las normas seguras del vivir humano, no tienen jurisdicción ni eficacia los medios físicos y violentos, sino únicamente la persuasión y las ideas, y sobre todo, la moral y el ejemplo.

El ejemplo he dicho, y no el palo, en la más amplia y profunda significación de la frase. Todos conocen ese Ejemplo divino, ese Modelo insustituíble e insuperable de renovación espiritual de virtud y de santidad. "Existe aún un guía en quien podemos —todavía hoy— hallar los principios de este "segundo nacimiento", y a quien por fuerza hemos de volver si no queremos morir en las torturas de las últimas desesperaciones. Es un pequeño volumen, dividido en cuatro pequeños libros, escrito diecinueve siglos ha. Todos lo conocen, muchos lo leen, nadie lo sigue. Se llama *el Evangelio de Jesucristo*".

Sobre esa base hemos de levantar el edificio nuevo. No en la fuerza bruta, que podrá ejercer su imperio sobre la esclavitud, pero nunca sobre los espíritus, es donde debemos poner las esperanzas de una paz duradera, sino en el amor, en la caridad, en el perdón, en la Cruz, libro sagrado que contiene todas las cosas espirituales y todas las verdades eternas.

No cerremos voluntariamente el corazón, y después nos disculpemos con la llave, glosando a San Agustín: "es necesario que te despojes de lo que estás colmado, para que puedas ser lleno de lo que estás vacío". Entra en lo más íntimo de tu corazón y purifícalo; "purifica

tu conciencia, y entonces encontrarás allí a Cristo y El te hablará" el lenguaje de la paz, de la suavidad divina, de la mansedumbre cristiana y de la reconciliación fraterna en Dios, fundamento de la armonía entre los hombres y de la concordia entre los pueblos.

Por lo tanto, siendo el mal que padecemos una inversión total de la vida —supremacía de la carne en lo individual y supremacía de lo económico en lo social—, a ese mal tan sólo puede curarse con una jerarquización racional de la misma vida; con *la primacía del espíritu sobre la materia;* con el orden y la armonía que nacen del ejercicio de la virtud; con el equilibrio espiritual como postulado resultante y lógico de una existencia ejemplarizante.

Mas es claro que la virtud y la jerarquía de valores esenciales no se imponen a garrotazos. Es un procedimiento, el uso del palo, que no encuadra en el pensamiento católico. Nosotros, decía San Bernardo, somos los soldados de la paz, nosotros somos el ejército de los pacíficos. *Deo et paci militantibus.* La persuasión, el ejemplo, la abnegación, el convencimiento son las únicas armas dignas de los hijos del Evangelio. Usémoslas sin descanso y sin medida, y la paz y la justicia verdaderas florecerán en la tierra dándose ósculo de amistad, en frase de la Escritura.

AL MARGEN DE UN LIBRO

Ha llegado a mis manos el libro de Marcelo Sánchez Sorondo *La revolución que anunciamos*. Una recopilación de los artículos publicados por su autor en la revista *Nueva Política*. Un aporte valiosísimo a la explicación causal de esta hora trágica que vivimos, espiritualmente trágica, como posiblemente no hubo otra en el acontecer argentino. Y como todo efecto tiene necesariamente su causa proporcionada, este efecto trágico ha tenido también su causa trágica. Y esta causa trágica se pone de manifiesto en las páginas que comentamos.

Esto solo bastaría para elogio del libro. Porque "sin la clarividencia de sus causas la lección de los hechos es de una esterilidad total", dice con mucho acierto el autor. Si su contenido no es una novedad, por la circunstancia dicha, es una enseñanza árdida, que quema o golpea la conciencia de quienes todavía tienen conciencia de patria.

Ignoro si tendrá o no muchos lectores, cosa por cierto bien accidental en el mérito o valor de un libro, pero afirmo que vale la pena leerlo y meditarlo, si queremos conocer hondo algunos acontecimientos que nos tocan en carne propia, y que, por ser de reciente data, nos acucian con ese realismo contagioso en que hemos intervenido todos, como actores o como espectadores.

Para leerlo con provecho, hay que despojarse, por razones obvias, de todo fermento pasional, de todo partidismo ideológico, de toda posición unilateral, de todo prejuicio doctrinario, de todo este lastre burdo y cómodo, heredado de un liberalismo paradógico, con que hoy se prejuzga o desvaloriza de antemano todo lo que sea o se suponga contrario a nuestras opiniones...

Así leído, sin ese espíritu negativo de aversión a lo ajeno, el libro ha de merecer mil plácemes por la sinceridad de conceptos y la valentía de la exposición de pensamiento, precisamente en esta época de ocultaciones y mentiras sistemáticas, de miedos o cobardías culpables, y ha de contribuir a la fijación exacta de causas y efectos de un momento histórico en que se ha jugado y se está jugando el destino nacional.

¿Será preciso otro título, a más de éste, para la recomendación del libro? La revolución es un hecho presente y actuante, es una realidad nacional, que nos empuja, que aflora de nuestro mismo ser. "La revolución es nuestro entrañable proceso histórico. La historia argentina es toda entera una revolución malograda, inconclusa, cuyo fermento, cuyo germen, siempre virtual, resurge continuamente, sucesivamente, intermitentemente"... Porque "la estructura legal no se aviene con la estructura del país real. Está roto el contacto entre el país y el régimen político". Se le ha echado encima un armazón que no se ajusta al cuerpo. Un cuerpo católico e hispánico necesita una estructura social hispánica y católica. La hispanidad y el catolicismo son el cuerpo y el alma de nuestra nacionalidad, la esencia de nuestro ser. Mientras no recobre su forma, se *revolverá* y luchará por volver a su punto de partida —revolución auténtica—, a los valores e ideales hispánicos y católicos, siempre antiguos y siempre nuevos, que

le dieron origen, formaron su herencia y señalaron su destino. Ansia y esfuerzo por recobrar la libertad creadora y restaurar la verdadera y real democracia [1].

Esta es la "revolución necesaria, la revolución del retorno y del destino". Fracase o no fracase, no podemos desentendernos de ella. Simpaticemos o no con esa actualidad propia, con esa realidad nacional, tenemos que reconocerla, para enfrentarla o para encauzarla, puesto que tenemos que vivirla. Hacernos los distraídos, fingirnos los despreocupados de lo que ocurre en nosotros y en nuestro medio, es oficio de ciegos voluntarios o de dementes incurables. La vida propiamente dicha, tanto del hombre como de los pueblos, no se desenvuelve en negaciones estúpidas: menester ha de las afirmaciones de la verdad positiva. Y para llegar a la luz de la verdad positiva se necesita menos pasionismo y más cordura.

Digo esto con la finalidad de corregir toda prevención posible contra el autor y su libro. Por el solo hecho de ser compartida por muchas almas una doctrina es acreedora a la consideración especial y al estudio ponderado y cuidadoso que merece todo sentir colectivo de alguna amplitud, pues, no hay, ni puede haber, error difundido o profesado en forma más o menos generalizada, que no contenga una parcela de verdad, o no constituya, en último análisis, una verdad mal comprendida o expuesta. Que es lo que San Agustín, en otro orden, enunciaba en síntesis magnífica: *Non enim putetis, fratres, quia potuerunt fieri haereses per*

---

(1) Aunque parezca inmodestia, creo oportuno consignar aquí que estas ideas están expuestas con amplitud y detenimiento en mi libro *"El Destino de la Argentina"*, cuya lectura recomiendo a los aficionados a estos temas,, si quieren tener conocimiento y conciencia de este problema que nos toca tan de cerca, ya que no es posible darle mayor extensión en una simple nota o en un breve comentario.

aliquas parvas animas. Non fecerunt haereses nisi magni homines. De ahí que la voz que nos llega, aunque sea de un campo contrario a nuestras simpatías o a nuestras ideas, debe ser atendida y estudiada, siquiera sea para combatirla, máxime cuando esa voz, como la de Marcelo Sánchez Sorondo, trae acentos plenos y rotundos de noble inquietud y de fervoroso patriotismo.

Cierra este libro el P. Leonardo Castellani, con un magnífico epílogo, o mejor, con un ensayo de singulares méritos, tan singulares que equivalen a otro libro. Este preclaro jesuíta es enorme. Asombra su cultura y su fuerza persuasiva. Yo no le conozco personalmente, sino a través de sus escritos; pero siento una admiración íntima y sincera por ese intelecto formidable que sabe sugerir un torrente de ideas, a veces de las cosas más nimias. Quizá por esto mismo desconcierta también a veces su pensamiento y su estilo. Y este ensayo, que nos ocupa, es desconcertante asimismo. Dice verdades como templos, pero deja en el lector un sentimiento de amargura que deprime el ánimo y desgarra el alma. ¿Fuerza abrumadora de esas mismas verdades? ¿O contagio de un temperamental pesimismo? Digo la impresión que me ha causado, no indago ni analizo.

Es cierto que son muchos y grandes los males que padecemos, y que el P. Castellani puntualiza con maestría insuperable; ¿pero lo es igualmente que no dejan siquiera un resquicio a la esperanza? Es cierto que hemos claudicado, que hemos perdido la ruta; pero siempre es factible el levantarse y reencontrar el verdadero camino.

¿"Persuadirse que no hay nada que hacer mientras nuestra Nación esté presa de histerismo colectivo"? No lo alcanzo a comprender, y me resisto a aceptar una derrota sin lucha. O admitir que en este país estamos todos locos. *La pérdida de una oportunidad no implica,*

necesariamente, el fracaso de nuestra causa. Somos herencia de hispanidad y de catolicismo, roca enhiesta en el mar tempestuoso de este mundo. Las olas pasan, la roca queda en pie.

Ni optimismo sandio, ni pesimismo cobarde. Esfuerzo cristiano. Lucha en el tiempo contra todos los temporales con miras a la eternidad. Si vivimos bajo el imperio de la propaganda, es decir, de la mentira, es decir, de Satanás, padre de la mentira en frase de la Escritura, no está escrito que esta ficción haya de durar siempre, y sí lo está que la Verdad ha de permanecer indestructible. Servir a la verdad es lo que importa. Ya llegará su día. Que si la práctica de la Religión se ha convertido *en vacua religiosidad sensiblera,* ya pasará esta desgracia, y entrará el hombre en razón, cuando Dios haya terminado de cribar su trilla (como parece que lo está haciendo) para separar el trigo de la paja. Seamos granos maduros de buenas obras, para que el viento no nos arrastre como a la paja inútil.

¿En qué se funda mi confianza? *En la falta de razones.* Porque, como dijo Lacordaire, "lo que la razón no puede hacer ni condenar, lo que no es racional ni irracional, es evidentetemente divino". Y yo veo con más evidencia cada día la mano de Dios en este desconcierto universal, que, en resumidas cuentas, no es más que el desconcierto de la soberbia del hombre y la confusión del orgullo de las naciones. Y este pensamiento aviva mi fe y renueva en mi pecho la esperanza, porque la Providencia hizo curables a los pueblos, y si ahora nos castiga, es para que vuelvan al cumplimiento de su Ley por el camino de la verdad y de la justicia. Y como los pueblos tienen un admirable instinto de conservación —sienten más que razonan—, volverán sin duda a retomar la senda de su destino, después de este amargo experimento de locuras.

HACIA LA SOBERANIA DEL ESPIRITU

I

EL SISTEMA DEL EQUIVOCO Y DEL SOFISMA

En mi libreta de apuntes conservo una nota, ya un poco vieja pero de no escasa actualidad, que contiene algunas acotaciones que juzgo de interés para el desarrollo del pensamiento en la materia que estoy tratando. Con lo que he de añadir ahora, espero quitarle su sabor a cosa ya lejana y anticuada, y justificar el motivo de su publicación.

Refiérese la mencionada nota al notable discurso que D. Alvaro Melián Lafinur pronunciara en ocasión de su ingreso en la Academia Argentina de Letras. Y dice: su palabra valiente y afirmativa causó verdadera impresión en los espíritus reflexivos. Nuestra prensa —salvo honrosas excepciones— cuya responsabilidad más tremenda va siendo el crimen del silencio premeditado, no le dedicó los comentarios ni las loas a que esa voz, plena de sinceridad, se hizo acreedora, más que por la novedad de sus conceptos, por su alta significación ejemplarizante. ¿Hasta cuándo nuestros grandes diarios y revistas, en los que hallan cabida mil vulgaridades diarias, han de continuar en su terca y sistemática oposición silente a todo lo que contraríe

su mentalidad trasnochada y represente un generoso esfuerzo en defensa de la verdad positiva y de los valores esenciales del espíritu?

Cuando hay un sincero amor a la verdad, base y compendio de todos los amores legítimos, cifra y fundamento de la grandeza moral de la vida entera, no se regatea los elogios a quien decididamente proclama esa verdad y la defiende con entereza, aunque sea de campo distinto al nuestro, y su adhesión y confesión choquen con nuestras ideas y se opongan a nuestras convicciones. Entiendo que este proceder es manifestación de cultura o por lo menos de delicadeza espiritual.

Pero no lo entienden así las gentes que se agitan en un "mundo" de mentiras y viven el sistema del equívoco y del sofisma. Por eso el caso que nos ocupa no me sorprende ni mucho ni poco. Es una modalidad característica de nuestro tiempo. Se aplaude lo que conviene, y lo que no, se silencia.

Esto se observa particularmente en toda referencia religiosa, tanto en el orden de las conductas como en el del pensamiento. El hombre moderno no quiere saber nada con la religión, o mejor, con el Catolicismo, única religión verdadera. Mas sus procedimientos negativos, por muy generalizados que estén, no restan valor a la verdad ni quitan mérito al buen ejemplo.

II

EL IMPERATIVO CATEGORICO DE KANT

Este enjuiciamiento precario de valores nace en su gran parte de la confusión entre el espíritu y el no espíritu, que la filosofía de Kant ha creado en el mundo, con su enorme influencia en la moral. Se ha olvidado que la moral de Kant y su imperativo categórico: "Obra de tal manera que la máxima de tu acción pueda convertirse en ley universal de la naturaleza", no pueden ser norma del espíritu, en primer lugar, como observara Ramiro de Maeztu, porque es evidente que no todas las normas de la naturaleza, por ejemplo la de que el pez grande se come al chico, pueden convertirse en máximas de moralidad, y además, porque es corriente entre las gentes depravadas la tendencia a inficionar a las demás de sus depravaciones, con lo que dicho queda que la universalidad no es en sí misma criterio de bondad.

Si pensamos que para libertar el espíritu es muy conveniente disciplinar la vida práctica, nos daremos perfecta cuenta de la situación a que ha llegado la moral moderna de los hombres, y de sus consecuencias decisivas o de su crisis dolorosa.

Con razón, pues, el Dr. Lafinur, después de describir el angustioso drama de la civilización actual, esfumándose "en una lontananza trágica muchas cosas que causaban nuestro necio orgullo, nuestra confianza ilimitada, y que acariciaban la vanidad satisfecha del *homo sapiens*, erigido en dueño del Universo", recordó la frase del poeta francés cuando dijo que "habíamos edificado sobre la arena catedrales perecederas".

Pero la catedral única, afirmó el orador, mostrando luego su belleza, "la que se asienta sobre la roca viva de la verdad eterna, ésa no puede perecer". No puede perecer, porque la mano de Dios la ha fabricado y la sostiene en el mundo, a través del tiempo y a pesar de los embates de sus enemigos.

La supervivencia de la Iglesia no puede menos de llamar poderosamente la atención a todo espíritu reflexivo. Es un hecho del que da testimonio toda la historia y que el P. Arintero explicaba por el infalible magisterio del Espíritu Santo, que va inspirando a los distintos órganos de la Iglesia el conocimiento proporcionado a las exigencias de los tiempos y circunstancias.

¿Milagro? Ya no espanta la palabra. Porque es más razonable creer en el milagro que aceptar el fatal determinismo de las leyes naturales. Todo es milagro casi en el universo y en la vida, y los hombres que piensan por cuenta propia se van haciendo a esta idea de evidencia coditiana y cuya región se extiende a todas partes.

III

EL CENTINELA ETERNO DE TODO PROGRESO

Si admirable es el hecho anotado, no es menor el acierto de la Iglesia, dirigida por hombres sujetos a pasiones, en punto a la doctrina moral. "Testigo del mundo sobrenatural y guardián de las buenas costumbres en este mundo, permanente vigía del reino del espíritu, la Iglesia es al mismo tiempo el mejor centinela de la tranquilidad, la dicha y el progreso de los estados tem-

porales, porque es ella la que hace que en todas las clases y regiones domine la idea del derecho, la que consagra a los reyes y les recuerda su deber de proteger al desvalido, con lo que el poder público recibe al mismo tiempo una fuerza que modera sus excesos y una aureola carismática que contribuye a hacerlo respetado".

Los pueblos le son por consiguiente deudores de fervorosa gratitud y de filial reconocimiento. Identificarse con el Catolicismo es contribuir a la propia grandeza nacional. Servir a la Iglesia es un servicio de patria y un estímulo de cultura. Porque "no es sólo que vela por el orden al reprimir las tendencias depravadas del hombre, sino que estimula todos los progresos al fomentar sus tendencias superiores, y al trabar con los lazos del amor las relaciones de gobernantes y gobernados, crea en la sociedad y en el Estado una unidad armónica que es el secreto de su fuerza y de su estabilidad. Otras religiones servirán al Estado tanto como la Iglesia, pero la Iglesia es única en cuanto que no sirve a los Estados sin sujetarlos a un ideal superior a su propio egoísmo nacional".

De donde deducimos, como consecuencia práctica, que nuestra decadencia moral obedece al alejamiento de la verdad total, que es la Iglesia de Cristo. Nunca nos sacrificaremos demasiado por Ella, ya que "Dios paga el ciento por uno a quien le sirve". A la pérdida de la fe sucede siempre la idealización de los placeres más bajos. Inversión monstruosa del pensamiento y de la vida.

IV

EL UNICO REFUGIO PARA LA HUMANIDAD DESORBITADA

Toda nuestra grandeza antigua tiene sus raíces en la fe religiosa de nuestros mayores. La fe religiosa, ser católicos a macha martillo, ha de ser la obsesión constante de nuestras preocupaciones ante el problema de nuestros días. Sólo así seremos dignos de su gloria y continuadores de su obra. Sólo así salvaremos lo único salvable que queda a esta "civilización" que se derrumba.

"Sí, terminaba su conferencia Melián Lafinur, es ese edificio veinte veces secular, cuyos sillares gigantescos son los principios vitales de la cultura occidental y de la moral cristiana; es ese cúmulo de ideas y sentimientos derivados de la creencia en Dios, en la patria, en la fraternidad humana, en la piedad y la justicia, en el honor y en el deber, en la abnegación, en el desinterés y en el ideal; es todo eso que ha ennoblecido al hombre, elevándolo desde la bestialidad primitiva hasta la altura de la más pura idealidad, lo único que, restaurado en su original belleza y prístina virtud, puede servir de refugio y salvación a la humanidad desorbitada. Los hombres se han apartado cada vez más de esas fuentes de vida y salud verdaderas, pero ellas permanecen siempre, y tras largas jornadas de confusión y de extravío, la sociedad humana ha de reconocer que es allí donde reside el asiento de toda civilización posible. La visión del mundo actual es, por cierto, desoladora y cruel. Asistimos al predominio de la fuerza brutal, de los bajos apetitos, de los instintos desatados. Vemos cómo Calibán obliga a Ariel, sometido a su servidumbre,

a ejecutar, como dice el verso de Shakespeare, "sus voluntades execrables y fangosas"; sólo le enseña a injuriar y maldecir. Pero el genio del aire, encarnación de todo idealismo generoso, tendrá un día su liberación. Confiemos en que el hombre, perdido como el Dante en la selva oscura, a causa de haber errado la *diritta via,* volverá a ella para seguir su camino hacia supremos y sagrados destinos, y en que sobre un mundo en descomposición ha de soplar al fin desde lo alto el viento purificador que barra todos los errores, todas las herejías, todas las utopías absurdas y sangrientas, la rapacidad y la concupiscencia, el materialismo y la iniquidad, las envidias y rencores del presente, para que sobre la unión y la concordia de una humanidad regenerada por la experiencia y el dolor pueda afirmarse, venturosamente, la inmortal soberanía del espíritu".

Quienes miramos con ojo avizor las evoluciones del pensamiento moderno, no podemos menos de recibir con incontenible regocijo y honda simpatía estos nobles y férvidos anhelos de una inteligencia vigorizada con el elixir de la verdad. "Consuela y alienta, comentaba Mons. Franceschi, oír voces de esta calidad y palabras de tanta nobleza. Hacen falta muchas así dentro de nuestro ambiente atosigado por el pasquinismo, la glorificación de la carne desmandada, y la loa disimulada pero realmente entonada a la guaranguería del gesto y de las ideas". ¿Y cómo llegar a esa soberanía augusta del espíritu, o sea, a esa realización cristiana de la vida? Pues sencillamente, por una concepción profundamente cristiana de la misma vida en primer término, y luego, por una reforma substancial de nuestras costumbres, hoy bestialmente paganizadas. O si se quiere, por la sobrenaturalización del vivir humano, contrarrestando la maldad innata del hombre con la gracia de Dios, que es impulso hacia el Bien. No hay otro camino.

NECESIDAD DE HOMBRES SUPERIORES

I

LA MORAL ES DISCIPLINA PRACTICA

El racionalismo científico, aplicado a la moral, ha resultado fatalmente calamitoso tanto para el individuo como para la sociedad. Produjo en las costumbres el efecto de un corrosivo, en vez de una medicina saludable. Las juzgó desde el punto de visto *racional,* y lo que consiguió fué destruirlas, "desmoralizarlas" con tanto análisis lógico, ya que la moral, más que una "ciencia" teórica, es una disciplina práctica.

La moral no puede ser inculcada por una apología de la moralidad o por una demostración matemática. Vemos en nuestros días que, a pesar de los libros y folletos que circulan sobre este punto, la moralidad no va en aumento, o por lo menos no corresponde al esfuerzo empleado. No digo que en este sentido se haya fracasado irremediablemente, sino que no es ése el modo más adecuado para tan altos fines.

"No se hace a las gentes morales por medio de un razonamiento sobre los méritos y la utilidad de proceder de esta manera y no de la otra. La moral está constituída, ante todo, por costumbres que se inculcan, que se contagian, por el ejemplo. Es, más que todo, una

repugnancia hacia ciertos actos que se provoca sensiblemente, que se infunde instintivamente. Un gesto de asco puede más, en ciertos casos, que un largo razonamiento. La más eficaz maestra de moral, de costumbres, es la madre que, sin más explicaciones, pero con profunda convicción, poniendo en ello todo su ser, grita: "¡eso no se hace!".

Y el niño no lo hace, y guarda para siempre el recuerdo de esa actitud prohibitiva de su madre. De esta forma las buenas costumbres adquiridas así, durante la infancia, perduran imborrables en el curso de la vida entera. Lo cual nos revela por experiencia que las costumbres no se imponen por las leyes, ni se establece la moral por la fuerza.

¿Presión de las costumbres, atavismos, prejuicios, superticiones? Este ha sido el tema favorito de la literatura naturalista y atea. ¡Las costumbres inhiben la libertad del individuo! No cabe duda, decía Navarro Monzó: es ésa precisamente su misión. Si no fuera por el imperio de la costumbre, el hombre tendría que andarse planteando constantemente problemas que las costumbres resuelven. "Nunca, como en este terreno, es más palpable que la obediencia, en ciertos casos, significa libertad. Es también en los grandes problemas espirituales y puede ser, igualmente, en las graves cuestiones políticas, si, como quería el cardenal de Rezt, la política consiste en elegir entre difíciles dilemas. ¿Que las costumbres son obstáculos para las personalidades creadoras? Tampoco se discute. Los que las poseen —que son muy pocos— que luchen contra tales trabas que, como todo obstáculo, hará más fuerte tal personalidad. De esa lucha entre la personalidad y la sociedad es un símbolo el Cristo crucificado por el Sanhedrín. De este trágico duelo está hecho el dinamismo de la historia".

Y puesto que este dinamismo no puede desaparecer, ni puede suprimirse ninguno de los dos términos de dicha oposición, porque además de criminal sería ridículo el intento, ya que el hombre no puede existir sin sociedad ni ésta sin costumbres, no cabe otra solución que la de buscar actitudes afirmativas y fórmulas espirituales de un orden superior, según los planes de la Providencia y los postulados de la razón alumbrada por la fe.

II

LA REFORMA DEL HOMBRE

Heredamos del racionalismo un estado de desequilibrio, una situación de inestabilidad, y es lógico que en todas partes se note una tendencia a la "reforma", un esfuerzo por cambiar de postura, condición inherente a todas las cosas dislocadas o fuera de su quicio.

En las amargas desilusiones que hoy siente el corazón, en las inquietudes dolorosas y sangrientas que hoy torturan a las almas, en las agitaciones convulsivas y movimientos impresionantes de nuestra sociedad, hay sin duda un afán de mejoramiento, un ansia natural de bienestar, residuo latente del sentimiento de felicidad del que no puede prescindir el hombre; pero es indudable que la causa profunda de este desasosiego radica principalmente en el desorden de las conciencias, en el desequilibrio espiritual que acabo de mencionar.

El hombre y los pueblos, que sienten esa *angustia del vacío,* ese resabio de amargura y descontento, gritan con ardiente frenesí; ¡reforma! ¡reforma! ¡queremos

una reforma! Reforma en lo político, en lo social, en lo religioso... reforma en todo. Somos reformistas en lo humano y en lo divino, hasta el extravío total, hasta la locura...

¡Me parecen demasiadas reformas! Pero quiero admitir que cuando la voz unánime de un pueblo pide una reforma, ese grito arranca del sentido íntimo, que generalmente no se equivoca; y que ese clamor de la conciencia popular obedece a una necesidad, que el pueblo percibe aunque no la comprenda en su totalidad ni en su verdadero alcance; y que esa necesidad hay que satisfacerla de algún modo y darle esa reforma que pide, so pena de cometer una grave injusticia de fatales consecuencias...

Y hasta pienso que nos encontramos frente a una ley de la *naturaleza* que el buen sentido ha proclamado por boca de Cicerón: *Omni in re consensio omni gentium lex naturae putanda est,* en cualquier cosa debe considerarse como una ley de la naturaleza el consentimiento de todos los hombres.

Y bien, yo pregunto; ¿cuál ha de ser esta reforma? ¿Qué es lo que urge reformar en nuestros días? No nos quedemos en la superficie del problema: vayamos al fondo del mismo. Porque encarar la vida con una visión clara de sus valores esenciales es el primer paso en este problema de impostergable solución.

Entonces veremos, a la luz de este principio, que hoy, como en todas las épocas de la historia en que la humanidad ha sufrido una de esas tremendas crisis a que la han arrastrado su falta de sentido de la justicia y su desvío de Dios, que es tanto como decir su crisis moral, lo que urge es la solución del problema moral, es el saneamiento de las costumbres, es, en una palabra, la reforma del hombre.

No hay otra reforma posible y duradera sin esta reforma fundamental, pues la experiencia me va enseñando diariamente que los más *reformistas* son los moralmente más deformados, y por lo mismo los que más necesidad tienen *de formarse de nuevo.*

III

TRES PILARES DE LA DIGNIDAD HUMANA

No desconozco ni la importancia ni los beneficios de otras reformas que miran a la restauración del orden, a la armonía social, a las mejoras del pueblo que trabaja o del individuo que sufre, ni siquiera olvido que "la instauración del bien común no depende sólo de la aptitud y la bondad personal de los gobernantes y de los gobernados, sino también, y esencialmente, de la bondad y aptitud de las instituciones sociales y políticas desde las cuales y con las cuales el gobierno ha de ser ejercido". Pero afirmo que estas reformas serán ineficaces y nulas sin la reforma del corazón y del entendimiento, intoxicados hoy por el virus de la anarquía y la ponzoña del sectarismo y de la indiferencia.

Porque las instituciones cambian y las leyes se burlan, cuando el hombre no siente el deber de acatarlas y cumplirlas. Porque lo puramente material y mecánico crea a lo sumo bestias atadas al carro de un organismo ficticio o utópico, mientras la renovación moral constante forma hombres movidos por el imperativo de la conciencia.

¿De qué sirve que la sociedad viva bajo un régimen perfecto, con una estructura sabia y una organización

equitativa, si el corazón humano está corrompido, y la mente maleada, y la voluntad rebelde, y el hombre no reconoce otra ley que la de sus pasiones, ni quiere someterse a otra moral que la de sus caprichos, ni obedece a otra autoridad que la de su egoísmo?

Luego es claro como la luz del día que lo que necesitamos es perfeccionar al hombre, y el hombre se perfecciona cuando comienza a sentirse pecador, por un sentimiento profundo de humildad que solamente es capaz de inspirar nuestra fe. Necesitamos hombres que sepan superarse de virtud en virtud hasta llegar a la perfección, según el modelo eterno, Jesucristo, la perfección suma por excelencia. Necesitamos hombres superiores que encarnen el ideal supremo en su vida y en sus obras y sirvan de aureola a los pueblos en la consecución de sus destinos providenciales. Superioridad de espíritu en el reino de los espíritus. Sobrenaturaleza contra la naturaleza de los materialistas. Hay, pues, que superar al hombre, al pecador, en cada uno de nosotros. Las instituciones públicas y toda la vida social de los pueblos, se lee en la Enc. QUADRAGESIMO ANNO, han de ser informadas por la justicia; es necesario que ésta sea verdaderamente eficaz, o sea, que dé vida a todo el orden jurídico y social, y la economía quede como empapada en ella. La caridad social debe ser como el alma de ese orden"... La justicia es espíritu. Para toda persona espiritual y reflexiva es una verdad elemental y de certeza común que el espíritu no puede venir más que del espíritu. La justicia procede de Dios, y Dios la perfecciona.

La caridad también es espíritu. *Dios es caridad,* afirma S. Juan, *y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él.* El que vive en caridad,

conoce la verdad: "y el Espíritu es el que testifica que Cristo es la misma verdad".

Verdad, amor, justicia, he aquí los tres pilares de la dignidad humana. Las tres cualidades excelsas que resplandecen en los hombres superiores. Los tres valores más altos de la vida.

Luego toda legislación social, por buena y justa que se la suponga, si no va informada de estas virtudes del hombre, carece de alma, de consistencia, de duración y de vida. Y es evidente que dichas virtudes no se adquieren con discursos o leyes de parlamento, sino con el ejercicio de la justicia y de la caridad, con el apostolado viviente de la verdad, es decir, con la perfección del espíritu en su objeto propio, y el vencimiento de nuestras inclinaciones, miserias y debilidades que sin cesar nos arrastran al error y al pecado.

LA VIDA SUPONE DESIGUALDADES

I

EL HOMBRE NO ES UN BORREGO

Es evidente que el hombre no puede regirse por pura biología animal, sino por la filosofía en su mejor significado. Lo que implica afirmar el valor del espíritu. Y la afirmación del espíritu arguye a su vez que la desigualdad es esencial en la vida del hombre.

No hay otro rasero nivelador que el de la muerte, porque sólo existe la igualdad de las almas. Cuando otra igualdad se ha querido imponer por la fuerza, lo que se ha conseguido es instaurar el imperio de la esclavitud. Al mismo tiempo que se declaraba el trabajo obligatorio, era menester introducir la bayoneta en las fábricas para restablecer la disciplina o mandar verdaderos ejércitos a los campos para someter a sus habitantes que se contentaban con poseer y trabajar la tierra en común.

Ya se ve que me refiero a las fracasadas reformas del socialismo en sus ensueños de organización social sobre la base de una negación niveladora de las diferencias de valor. La razón de su fracaso está en que *el*

hombre no es un borrego, cuya alma pueda suprimirse para que pueda vivir contento en el rebaño [1].

Si naturalmente el hombre desea mejorar de condición, ganar más dinero y disfrutar de más comodidades, sin embargo de esta ambición no puede prescindir *de eso algo divino* que hay en la naturaleza humana, y que sólo con el infinito se contenta. Cuando lo infinito se le oculta o lo desconoce por completo, reduciendo su actividad a lo puramente animal o fisiológico, entonces quedará a merced de rencores ancestrales y de esfuerzos inauditos por lograr una posición mejor que la de su vecino. Síntoma de la envidia y campo propicio para todas las revoluciones niveladoras, donde la tortilla se vuelva a fin de que los que estaban abajo se pongan encima.

Es por esto que, según cuenta Ramiro de Maeztu, el fundador del comunismo, al cabo de las experiencias infructuosas, exclamó un día: "¡Basta de socialistas! ¡Vengan especialistas!", y entonces se produjo el espectáculo de que un gobierno comunista, que abolió el capitalismo como enemigo del género humano, ofreciese las riquezas de su patria a los capitales extranjeros, como únicos capaces de explotarlas, y que estos capitalistas, salvo excepciones vergonzosas, rechazaron la oferta, porque un gobierno que había abolido la propiedad privada no podía brindar a otros propietarios las garantías necesarias.

---

[1] Ya que he mencionado al socialismo paréceme oportuno recordar estas palabras de Pío XI: "Si acaso el socialismo, como todos los errores, tiene una parte de verdad (lo cual nunca han negado los Sumos Pontífices), el concepto de la sociedad que les es característico y sobre el cual descansa, es inconciliable con el verdadero cristiano. Socialismo religioso, socialismo cristiano, son términos contradictorios: nadie puede al mismo tiempo ser buen católico y socialista verda-*dero*". QUADRAGESIMO ANNO.

II

NO SE PUEDE SUPRIMIR LA PROPIEDAD

Sin duda que en la cuestión de la propiedad son necesarias grandes reformas, porque se ha llegado en nuestro tiempo a abusos inconcebibles. La riqueza inconmensurable ha endurecido al corazón humano. El poder tiránico del dinero ha suprimido muchas alegrías y arrancado muchas lágrimas.

El hombre que nada en la fortuna es por lo general egoísta y sin entrañas de compasión para su prójimo. La abundancia de dinero ahoga el amor fraternal y hace que cese esa corriente divina de caridad entre los hombres, que forma las delicias de la vida.

¡Cuántos lazos sagrados de familia, de parentesco, de amistad, han roto el afán desmedido de oro y el depravado frenesí de enriquecerse! Se han olvidado, en efecto, las palabras del Apóstol: "Podridos están vuestros bienes; y vuestras ropas han sido roídas de la polilla. El oro y la plata vuestra se han enmohecido... Os habéis atesorado ira para los últimos días. Vosotros habéis vivido en delicias y banquetes sobre la tierra, y os habéis cebado vosotros mismos como las víctimas que se preparan para el día del sacrificio". (Carta de Santiago, V, 23).

Pero con ser esto así, y reconocerlo ingenuamente, también afirmamos que nada se conseguiría con suprimir la propiedad individual. No es lícito. Del abuso de un derecho, no se sigue la necesidad de suprimir el derecho. También hemos abusado de la libertad. Abusamos igualmente de la inteligencia... ¿Hemos de arrancar todas las facultades del hombre porque éste no

haga noble uso de ellas? Sería el absurdo en lugar del remedio.

La propiedad privada es el derecho establecido por Dios para conservar la dignidad de la vida. Tiene sus raíces profundas en la misma naturaleza humana, para conservación del individuo, de la familia y de todo el orden social. Por eso nos demuestra la historia que no hay civilización posible sin el respeto a la propiedad individual.

Introduzcamos, pues, en ella el sentimiento del amor, "amarás a tu prójimo como a ti mismo", y habrá paz y armonía en la sociedad. Esta es la reforma que necesita el mundo: amor, mucho amor de caridad, ley fundamental del Evangelio y de la concordia en los pueblos.

¿Qué se lograría con la creación de un propietario único, el Estado, a estilo comunista, y que toda la producción, por medio del trabajo obligatorio, cayese en sus manos despóticas? No se conseguiría otra cosa que la existencia servil y la miseria universal. Ya lo dijo Hilaire Belloc: "Si no restauramos la institución de la propiedad, tendremos que restaurar la institución de la esclavitud: no hay un tercer camino".

III

SIEMPRE HABRA RICOS Y POBRES

Es cierto que la aceptación del derecho de la propiedad implica el reconocimiento de la existencia de ricos y pobres en la sociedad. Pero es tal vez la ley más palpable y constante de la vida, porque se basa en la razón de los valores espirituales inherentes a ella. Toda

organización social debe tener en cuenta este principio si quiere subsistir, pues hasta la economía es un valor espiritual, "y en un régimen donde todas las actividades del espíritu están menospreciadas, decae fatalmente, hasta extinguirse, el bienestar del pueblo".

Es imposible nivelar por decreto las almas en un régimen de animalidad igualitaria, sinónimo del estado de abyección y de barbarie, porque equivaldría en realidad a la supresión del alma humana. En una sociedad así constituída no será posible nunca la paz y el sosiego, ya que el alma se rebelará inevitablemente contra todo régimen que quiera suprimirla.

Mientras exista, pues, el alma, la vida ha de componerse de diferencias indiscutibles, surgidas del distinto valor de nuestros actos. A diferencia de valores corresponde diferencia de actividades, y diferencia de obras exige diferencia de recompensa. O en otros términos: si es distinto el trabajo ha de ser distinto el fruto, si queremos que en el mundo haya justicia, fundamento de las sociedades. Desigualdad que postula necesariamente la existencia de ricos y pobres.

Ricos y pobres también en los méritos y en las virtudes. Necesitamos, dije en otra oportunidad, de hombres superiores, mas ello no signiifca la creencia en la división del género humano entre buenos y malos, entre electos y réprobos, entre superiores e inferiores, establecida de antemano por la naturaleza o la realidad de las cosas.

No; la concepción cristiana de la vida del hombre equidista tanto del exclusivismo del orgullo racial como de la nivelación negadora comunista. Todos somos hombres, y por lo mismo pecadores desde la caída de Adán. Si todos somos pecadores, todos podemos redimirnos con la gracia y todos podemos superarnos en la perfección.

En algún sentido podemos decir que no son los hombres mejores o peores, sino que las obras son buenas o malas. De los hombres es Dios el único juez. Nosotros hemos de contentarnos con juzgar sus actos, los cuales hoy pueden ser excelentes, y los realizados mañana pueden ser vituperables. San Agustín advirtió que no hay un pecado cometido por un hombre que no pueda cometerlo otro. Gran advertencia para sostén de la humildad cristiana.

IV

LA IGUALDAD ESTA EN LAS ALMAS

Como se ve, hay en la vida diferencia de "posición", pero no diferencia de "ser". Igualdad esencial en distintas posiciones sociales. Luego si en lo que afecta a la esencia todos los hombres somos iguales, la única regla de igualdad está en las almas. Los pobres, por el hecho de serlo, no son distintos de los demás hombres, y hasta son superiores a los ricos si los aventajan en buenas obras.

Pienso con legítimo orgullo que este humanismo auténticamente católico es uno de los rasgos más firmes de nuestra raza, de nuestra hispanidad gloriosa, cuyo sentido profundo expresara ya Don Quijote en esta observación atinadísima: "Repara, hermano Sancho, que nadie es más que otro si no hace más que otro".

Esta superioridad en los actos es la que da jerarquía a los hombres y fisonomía a las civilizaciones. Nosotros jamás debemos renunciar a ella, porque es la herencia sagrada que mantiene la dignidad de nuestras

clases menesterosas y la campechanía de nuestra aristocracia. Menéndez y Pelayo llamó "democracia frailuna" a este nuestro modo de ser hispánico, porque "en los conventos se reúnen en pie de igualdad hombres de distintas procedencias; uno ha sido militar, otro paisano, uno rico, otro pobre, aquél ignorante, éste letrado. Todos han de seguir la misma regla".

Nosotros diremos que es la única democracia verdadera, en donde el señor y el criado se tratan generosamente como hermanos, en aceptación cristiana de desigualdades de posiciones sociales, pero en igualdad de remedios, de destinos y fines, que igualan a todos en capacidad de redención.

Por eso la hispanidad, basada en estos principios de espiritualismo humanista, ha realizado en el orden temporal la única democracia legítima de los pueblos. "!Arriba, hermanos, que sois como nosotros!". Todos tenéis aptitud intrínseca de ser hombres superiores en la virtud y santidad.

Que este sentimiento nos viene del catolicismo, es indudable, a mucha honra. Ser católico es nuestra mejor carta de nobleza y distinción honorífica. Es la gloria más alta de nuestra vida. Rechazamos el aristocratismo protestante y la selección inhumana de las razas, porque somos católicos y sabemos que por encima de las diferencias de las clases sociales están el amor y la piedad, que todo lo nivelan.

Lacordaire dijo que "no puede verse nada más seco, más duro, menos humano, que el trato del inglés con su criado". Es porque hay pueblos de mucha filantropía, y de poca caridad. ¿Quién bajo este aspecto podrá negar a la hispanidad el título de verdadera democracia, si es que la democracia ha de ser algo real y sustantivo en la

vida, y no un figurín de escaparate o un artículo de propaganda?

Somos todos hermanos en Dios, con las mismas posibilidades de salvación por la caridad y la justicia de nuestras acciones. De esta convicción ha de partir todo mejoramiento social, ya que ofrece infinitas perspectivas a la reforma moral del hombre, la más urgente en los momentos actuales.

LA CAUSA DE LOS FRACASOS REFORMISTAS

I

LA LIBERTAD ES SERVICIO

El hombre es libre. Este hecho lo admiten todos, creyentes e incrédulos. El problema está en determinar certeramente el origen de la libertad moral del hombre, de cuyo reconocimiento procede la libertad política o externa.

Dos filosofías distintas se enfrentan también en esta cuestión: el naturalismo y el sobrenaturalismo, o el materialismo y el espiritualismo, o la que se reduce a las leyes naturales y la que se funda en el espíritu cristiano.

Nosotros diremos solamente, por lo que respecta a nuestro propósito, que es absurdo afirmar que la libertad surge del determinismo de la naturaleza o de la fatalidad y del azar. Sería un efecto contradictorio con la causa. Luego ella debe proceder *de un poder consciente* superior al mundo.

Y concluímos que procede de Dios. Y que si Dios es el origen de nuestra libertad, nuestra libertad no puede tener otro término en su desarrollo y expansión que a Dios mismo.

Pero es incuestionable que esta tendencia humana

a Dios encuentra mil obstáculos desde el momento en que se corrompió nuestra naturaleza por el pecado. Somos hombres caídos y débiles, por cuyo motivo "tenemos que organizar las sociedades de tal modo que se precavan contra las pasiones y maldades de los hombres, y al mismo tiempo que los induzcan a obrar bien".

Empero como el hombre no puede hacer el bien si no actúa libremente, debemos respetar su libertad en todo lo posible. De donde se infiere que las tales sociedades, respetando su libertad, tienen, por instinto de conservación, que estimular a los individuos a que las sirvan y disuadirles de que las dañen y traicionen.

¿Cómo se compaginan estas dos actitudes, aparentemente contrarias? ¿O cómo se logra ese efecto de armonía entre los derechos de la libertad y las exigencias vitales de la sociedad? Solamente dando a la libertad una significación de *servicio* universal, en el que acaban los hombres de limpiarse del pecado de origen.

Sí, el concepto más profundo y noble de libertad es el de servicio: servicio amoroso a Dios en el orden religioso; servicio constante a la verdad en el orden espiritual; servicio voluntario al bien en el orden moral; servicio heroico a la patria en el orden nacional; servicio indeclinable a la justicia en el orden social; servicio generoso al bien común en el orden político; servicio caritativo a la humanidad en el orden providencial que abarca a todos y a todo el género humano, sin distinciones enojosas de clases y de razas.

II

HACER BUENO AL HOMBRE

Este es el sentido de la libertad cristiana, derivada del hecho de que todos los hombres, *por grandes que sean sus pecados, son capaces de convertirse, enmendarse, mejorar y salvarse.* Es cierto que pueden seguir pecando hasta perderse; pero esto no cambia la esencia de la libertad: "lo que se dice con ello es que la libertad es intrínseca a su ser y a su bondad. No será bueno sino cuando libremente obre o desee el bien". Sería monstruoso suponer al hombre creado para el mal.

Por consiguiente los principios católicos, según los cuales todos los hombres se hermanan en la capacidad de hacer el bien y en el ideal de una sociedad en que la práctica del bien a todos los enlace y los hermane, son los únicos realizables y legítimos en cuanto a la libertad. En ellos se inspiran los procedimientos más justos y humanos respecto al hombre. "Al extraviado podremos indicarle el buen camino, pero sólo con sus propios ojos podrá cerciorarse de que es el bueno; al hijo pródigo le abriremos las puertas de la casa paterna, pero él será quien por su propio pie regrese a ella; al equivocado le señalaremos el error, pero el anhelo de la verdad tendrá que surgir de su propia alma".

Así es de respetuosa la doctrina católica con la libertad metafísica que es inherente al hombre. Así es de noble y excelente el espíritu que nuestra religión infunde en los individuos y en las colectividades.

Todo el problema por lo tanto se resume en hacer bueno al hombre, ya que con hombres malos no podemos constituir sociedades tan bien organizadas que

premien siempre la virtud y castiguen el vicio. Consecuencias morales que fluyen espontáneas de nuestra más íntima realidad. La honra más alta de la libertad moral es la responsabilidad, y ésta es conciencia del deber y aceptación de su cumplimiento. Reconocimiento del hombre de que es hombre y que debe portarse como tal.

No podemos contentarnos, como los socialistas, con el intento de hacer felices a los hombres en un mundo mejor, sin cuidarnos de mejorarlos previamente, porque es claro como la luz del día "que toda mejora permanente de los servicios públicos dependerá de las virtudes cívicas de los funcionarios que los administran, y porque también enseña la experiencia histórica que los hombres tienden a empeorar cuando se mejoran sus condiciones de vida, si no cuida una educación severa de mantener y reforzar sus virtudes o si no les obliga a ello la disciplina social misma. Al hambriento hay que darle pan. Esto es indiscutible; pero lo importante no es mejorar el mundo, sino mejorar a los hombres, hacerlos más fuertes, más inteligentes y más buenos".

III

EL PERFECCIONAMIENTO MORAL DARA PERFECCION A LAS LEYES

Al grito pues —inconsciente en el pueblo pero que responde a una urgente necesidad según lo expuesto en otro capítulo—, al grito, digo, de que hay que reformar las instituciones, las leyes, la sociedad y el mundo, yo contestó: muy bien, es legítimo dicho clamor; son ne-

cesarias muchas de esas reformas que pedís: que vengan en buena hora; pero simultáneas, o mejor, como coronamiento de otra reforma más profunda, más íntima, cual es la reforma de las conciencias. Hay que reformar primeramente al hombre, hacerlo bueno, sin lo cual toda otra reforma no es más que el germen destructor de tremendas injusticias, el principio virulento de trastornos sociales y sangrientas revoluciones.

Porque socialmente —ni en ningún otro orden— no se pueden invertir los términos ni alterar los principios de la buena ética y del sentido común: y ellos nos demuestran que el perfeccionamiento de las leyes no ha de traernos como consecuencia necesaria la perfección de los hombres, sino, por el contrario, el perfeccionamiento de los hombres y su regeneración moral es lo que ha de dar su perfección a las leyes y a las instituciones.

La ley de la perfectibilidad humana, a la que deben ajustarse el hombre y las sociedades en su actividad y desarrollo, no sigue ni imprime un impulso de fuera para dentro, sino que al revés actúa y se expande de lo intrínseco a lo externo.

Oigo con frecuencia, y no sin doloroso pesar, decir a muchos que esta ley o esa medida o aquel gobernante, ha de ser la salvación de la sociedad o la salvaguardia de un determinado pueblo. Y siempre replico en mi interior o afirmo en alta voz que esas apreciaciones suponen un olvido completo de la historia y hasta una prescindencia inexcusable del orden providencial ordinario que rige los destinos del mundo.

En todos los siglos ha habido *reformadores* de condiciones excelentes y extraordinarias, verdaderos ingenios noblemente inspirados, de los que es fácil suponer las mejores intenciones en el servicio de la verdad y

del bien. ¿Y qué han hecho? ¿Han cambiado el curso de la historia y la naturaleza de las cosas?

Miro en los anales de los tiempos y veo esfumarse su obra con su nombre. Todo su esfuerzo ha quedado sepultado en el olvido o sólo cuenta en las páginas numerosas del fracaso. Y es porque no comprendieron que los verdaderos reformadores de los pueblos "son aquellos que, perseguidos por la injusticia de la opinión y de las leyes, proscriptos por el rencor de los sectarios, sufren amorosamente como Jesucristo, con Jesucristo, por Jesucristo, en Jesucristo, y revelan al mundo con inesperadas bendiciones toda la profundidad de la Redención". Son los buenos y los ejemplares en su pensamiento y en su vida, que hacen del Evangelio el ideal de su perfeccionamiento y el troquel de su corazón.

IV

HAGAMOS SUBIR EL TERMOMETRO RELIGIOSO

Ni el genio con toda su grandeza sublime ha de cambiar el espíritu, ni las leyes de los hombres, por muy justas y sabias que sean, pueden perfeccionar el corazón. En el santuario y en las reconditeces del alma humana obran exclusivamente el esfuerzo personal y el influjo divino de la gracia.

Por eso todos los *reformadores,* que no pusieron la reforma moral como base de su obra, palparon la triste realidad de su fiasco o aceleraron la marcha de los pueblos por la pendiente de su propia ruina. Edificaron sobre arena movediza, y vino el viento y arrumbó su edificio. Quisieron apuntalarlo con medidas puramente

humanas o con decisiones arbitrarias, y entonces el resultado no pudo ser otro que el previsto: todo su esfuerzo y todo su trabajo quedaron reducidos al necio empeño de emancipar a esos pueblos de la doctrina cristiana, que eleva el alma sobre los bienes caducos de este mundo, y de las leyes saludables que refrenan las pasiones y dan vigor al espíritu y fortaleza a la voluntad para el cumplimiento del deber.

Cuando experimentaron la torpeza de sus ensueños, ensayaron un remedio peor que la misma enfermedad: prometieron con promesas vanas inaugurar el reinado de la libertad, sin límite y sin freno, y la consecuencia fué el reinado del desenfreno moral y de la anarquía colectiva. Que el *libertinaje* conduce siempre al desorden.

Aunque pienso que ambos conceptos son sinónimos en su esencia, pues la libertad, que no está regulada por el deber, tiende fatalmente a excederse en sus derechos, conculcando el derecho de todos, estableciendo la arbitrariedad de unos contra otros y minando la vida jurídica y el orden social con el virus ponzoñoso del espíritu anárquico hasta sumir a los pueblos en el caos. Es el *desorden establecido* o la libertad del mal.

Entonces la sociedad para su conservación tiene que restablecer con mano dura el orden social y la disciplina menoscabada. Es el estado dictatorial o el régimen violento y revolucionario. Ya lo anunciaba Donoso Cortés con estas palabras: "No hay más que dos represiones posibles: la interior y la exterior, la religiosa y la política. Estas son de tal naturaleza, que cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está bajo, y cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía, está alta. Esta es una ley de la humanidad,

una ley de la historia". Ley de la historia que evidencia con exactitud la causa de todos los fracasos reformistas, y al mismo tiempo la necesidad de efectuar la reforma de todas las reformas, la que hace consciente, bueno, religioso al hombre libre, a fin de que indefectiblemente use de su libertad en la práctica del bien.

REFORMARSE ES PERFECCIONARSE

I

VENCIMIENTO DE SI MISMOS

Creo sinceramente, y lo he dicho ya con toda la ingenuidad de mi alma, que las reformas que en nuestros días se pretenden y buscan, terminarán fatalmente en el más rotundo fracaso, si se olvida o prescinde de la reforma espiritual del hombre, que es la principal, la única que prepara y lleva consigo todas las demás. Y bien sabemos que el fracaso en el orden social es germen de trastornos sin cuento y de inmensas desdichas.

El P. Félix en una de sus célebres conferencias estableció esta regla general: sin el perfeccionamiento de los hombres, o sea, sin el progreso moral no hay verdadero perfeccionamiento en las instituciones sociales; pues sin esa base, la reforma *de sí mismo*, las instituciones creadas por el talento de los hombres, cualquiera sea su grado de perfección, se convierten en instrumentos de decadencia o de ruina social.

Gran verdad, de evidencia común, en la que hoy no para mientes la mayoría de los mortales. La superficialidad de la vida moderna no deja tiempo ni espacio para las nobles ideas y salvadores pensamientos. *No*

hay quien reflexione sobre estas cosas en su corazón, en frase de la S. Escritura.

"Hombres singulares, que quieren reformarlo todo por afuera y nada por adentro; que hablan siempre de perfeccionar la sociedad, y jamás de perfeccionarse a sí mismos; que deliran todas las mañanas queriendo quitar del mundo todas las miserias del cuerpo, y nada hacen por quitar de sí mismos las miserias del alma; que extienden sus brazos amenazadores para sacudir lo que ellos llaman la lepra social, y no tienen valor de tocar su corazón para sacudir de él la lepra moral. Hombres atrevidos y cobardes aun mismo tiempo, que harían una revolución para hacer reinar su idea, trastornarían mil imperios para hacer triunfar uno solo de sus pensamientos, y no harían el más mínimo esfuerzo para triunfar de una sola de sus pasiones y destruir uno solo de sus vicios...

¡Ah! de buena gana les diría con un escritor de este tiempo: "O reformador, tú dices: Es necesario reformar leyes, reformar la sociedad; grande hombre, ¿cuando te reformarás a ti mismo?". Sí, refórmate a tí lo primero de todo y a los otros contigo, y entonces la reforma social vendrá por sí misma. La reforma social sin la reforma de los hombres no es más que el ensueño de tu locura.

¿Será menester puntualizar aun la exactitud de estos conceptos? Ellos responden a una de las mayores inquietudes de nuestros días y a una de las necesidades más apremiantes y urgentes de nuestra época.

II

RENOVACION ESPIRITUAL INTENSA

Es necesaria "una" reforma, pero la legítima, la más profunda, la del hombre, sin la cual todas las demás carecen de solidez y de consistencia, o se convierten en fútiles ensayos, o en farsas más o menos ingeniosas, o en utopías delirantes, o en extravíos deprimentes.
Reforma, sí, y por mejor decir, renovación espiritual intensa, transformación integral cristiana. Reformarse moralmente no es más que perfeccionarse. Y perfeccionarse no es más, al fin y al cabo, que superar de día en día al *hombre viejo del pecado con el hombre nuevo de la gracia.*

Lo que significa que el hombre en su perfección humana necesita reformarse substancialmente, es decir, volver a formarse según el ideal supremo de su vida, que es Jesucristo, necesita reconquistar la grandeza moral cristiana, la forma de su espíritu, que ha ido perdiendo o desfigurando entre las malezas de la indiferencia y del egoísmo, zarzas espinosas que han arrancado poco a poco jirones de su propia dignidad...

Y claro es que esta reforma íntima supone un cambio radical en todos los órdenes de la vida, una transformación total y completa en todas las actividades y manifestaciones de su espíritu, comenzando por la cabeza, por la inteligencia, por la mentalidad, hasta suplantar el materialismo grosero, que hoy nos invade, con el espiritualismo cristiano, que nos ha de salvar.

Esta es la reforma que urge para la acertada solución de todos los problemas sociales.

¿Que la tarea es larga y dificultosa? La perspec-

tiva del cristiano no está limitada por el tiempo, sino por la eternidad. *Siembra en la tierra para recoger en el cielo. El hombre planta y esparce la semilla, pero es Dios quien le da el incremento y cosecha sus frutos.*

¿Que la solución es heroica? ¿Pero qué es la vida católica sino un ejercicio pleno de abnegación y de heroísmo? El católico es el hombre con vocación a la santidad, y la santidad es la plenitud de la perfección, y la perfección es el esplendor del ser según su naturaleza, sin máculas ni defectos, en nuestro caso, sin deficiencias morales, sin pecados. De donde se sigue que su vida es un aprendizaje de virtudes, que es lo mismo que de heroicidades.

III

INTRANSIGENCIA DE LA DOCTRINA CATOLICA

No se me oculta que, naturalmente hablando, no hay mayor repugnancia para la triste condición del hombre que la religión cristiana. Si ésta se impone al espíritu humano, no es precisamente por la dulzura y suavidad de su doctrina, sino por la fuerza abrumadora e irresistible *de su verdad,* sin la cual no puede vivir el hombre. Sin los atractivos engañosos y fluctuantes de otras enseñanzas, le basta ser *la única religión que tiene pruebas* para conquistar el asentimiento de las almas.

San Pablo dijo que la Iglesia es columna y base de la verdad. Bello nombre que ha conservado siempre, a pesar de las tentativas hostiles de sus ciegos y encarnizados enemigos por despojarla de ese título que

recibió de las manos divinas para luz y perfeccionamiento de la humanidad.

Su fuerza de afirmación en contra de todas las negaciones arranca de la conciencia de su verdad en el orden de las ideas, como la armonía del orden social que garantiza proviene de la *intransigencia* de su doctrina, inconmovible en su esencia a través de las veleidades del tiempo y del pensamiento.

¡Cuántas veces, con espanto, hemos oído hablar de la necesidad de un cambio de posición de la Iglesia!... ¡Cuántas otras no hemos escuchado acervas críticas contra su intransigencia!... Y sin embargo, señora del tiempo y dominadora de los acontecimientos, sigue impertérrita su camino, sin hacer caso de esas solicitudes asaz humanas y terrenas.

No es ella quien tiene que mudarse según el espíritu de los hombres: son los hombres quienes tienen que reformarse según el espíritu de la Iglesia. Si ella es la verdad, no puede menos de ser *intransigente* en su enseñanza, porque tiene la firme persuasión de su necesidad en la vida. Y la necesidad de una doctrina no se afirma ni afianza con mudanzas ni claudicaciones. La necesidad de una doctrina y su intransigencia son términos correlativos.

Por eso, "o la verdad católica es necesaria, en toda la fuerza de la palabra, o es absurda". No hay otra alternativa. El dilema nos ofrece a sus hijos consecuencias tremendas, que es necesario aceptar en toda su integridad, si no queremos asistir a la disolución entera de la vida espiritual.

IV

EL HOMBRE DEBE CRUCIFICARSE CON CRISTO

Si la religión cristiana dijese, por ejemplo, al hombre: Lo que te propongo es la verdad, pero puedes rechazarla libremente; te propongo el bien, pero no es necesario seguirlo ni practicarlo; te propongo la caridad, pero no obliga su cumplimiento; te propongo la justicia, pero puedes cometer las injusticias que te plazca... "Lo mismo puede salvarse el hombre viviendo como un turco o un pagano, que viviendo y muriendo como Jesucristo; el camino ancho y florido de los placeres conduce a la salvación de la misma manera que el de la mortificación y de la penitencia; si la religión cristiana, repetimos, usase de semejante lenguaje, tuviese esta tolerancia, sería el colmo de lo absurdo y no merecería tener un solo discípulo, pues se convertiría en una monstruosa superfetación, que la naturaleza y el buen sentido rechazarían a porfía, para seguir o adoptar las fantasías del entendimiento y del corazón".

¿Hipótesis o conjeturas antojadizas? Quisiera Dios que la realidad viviente de estos conceptos no estuviera tan extendida. A juzgar por la conducta de muchos, de muchísimos, que se dicen cristianos —¡porque los bautizaron solamente!—, creyérase que es ése, y no otro, el "evangelio" de la Iglesia. Hay tal inversión en su mentalidad y en su vivir, que constituyen una vergüenza y un oprobio para los que por sobre todas las grandezas humanas ponen el honor y la gloria de ser integralmente cristianos.

Mas por fortuna no es éste el lenguaje ni la doctrina de la Iglesia. Pone a la naturaleza humana rigores

muy cruentos y cadenas muy pesadas, porque sabe que *es propiedad de la ley evangélica hacer más fáciles por la gracia los deberes que son más difíciles por la naturaleza.*

Y si tu ojo te escandaliza, arráncalo, dice; si tu mano o tu pie también *te escandalizan, córtalos.* Más todavía: presenta al débil mortal un suplicio, y "sobre este suplicio un hombre despedazado y ensangrentado, y le dice: Este es tu modelo, es necesario que lo imites, y que te sometas también a esta Cruz". Porque en esta Cruz está la salvación del alma, la perfección humana, la plenitud de la vida espiritual.

Y el espíritu, anhelante de verdad y de beatitud, tiene que someterse a sus misterios, y el corazón, ansioso de felicidad, debe seguir sus preceptos, y los sentidos, aunque rebeldes, tienen que aceptar sus enseñanzas y sus prácticas, es decir, que el hombre todo debe crucificarse con Cristo, negarse a sí mismo y renunciar al mundo y sus vanidades.

Este será el lenguaje de la intransigencia, pero es el lenguaje de la verdad, y basta. Como tal será duro, pero es salvador, que es lo que importa. Abrazarlo, pues, sin hesitaciones es ser cristiano de verdad, y no de solo hombre.

V

CONTRA LA TOLERANCIA UNIVERSAL

Conviene no perder de vista estos principios que condenan la mentalidad de nuestra época, formada con la *tolerancia universal* de todos los errores, de todos los

escándalos y de todos los abusos [1], que se propagan en nombre de una libertad falsa o mal entendida.

Mas como toda concepción falsa lleva generalmente a una desviación monstruosa de la vida, tratemos de enlazar el orden de las ideas con el orden de los hechos, ya que el hombre no es una especulación metafísica, una abstracción ideológica, sino una realidad viviente, una conducta operante.

El valor de una doctrina se manifiesta en sus aplicaciones reales y concretas. La práctica es el crisol de todas las teorías. Nuestra religión no es una simple

---

(1) Ya el Pontífice Gregorio XVI se lamentaba del delirio de la libertad de conciencia y de imprenta con estas palabras: "Ciertamente, que roto el freno que contiene a los hombres en los caminos de la verdad, e inclinándose precipitadamente al mal por su naturaleza corrompida, consideramos ya abierto aquel *abismo* del que, según vió San Juan, subía humo que obscurecía el sol y arrojaba langostas que devastaban la tierra. De ahí la efervescencia de ánimo, la corrupción de la juventud, el desprecio de las cosas sagradas y profanas en el pueblo, en una palabra, la mayor y más poderosa peste de la república, porque, según experiencia que se remonta a los tiempos primitivos, los ciudadanos que más florecieron por su riqueza, extensión y poderío, sucumbieron por el solo mal de la inmoderada libertad de opiniones, libertad de enseñanza y ansia de innovaciones...

Nos horrorizamos, venerables hermanos, al considerar qué monstruos de doctrina, o mejor dicho, qué sinnúmero de errores nos rodea, diseminándose por todas partes, en innumerables libros, folletos y artículos que, si son insignificantes por su extensión, no lo son ciertamente por la malicia que encierran, y de todos ellos sale la maldición que vemos con honda pena esparcirse sobre la tierra. Hay sin embargo, ¡oh dolor!, quienes a tal grado llevan su osadía que aseguran intrépidamente que este aluvión de errores que se esparce por todas partes está compensado por alguno que otro libro, que en medio de tantos errores se publica para defender la causa de la religión. Es de todo punto ilícito, condenado además por todo derecho, hacer un mal cierto y mayor a sabiendas, porque hay esperanzas de un pequeño bien que de aquél resulte. ¿Por ventura dirá alguno que se pueden y deben esparcir libremente activos venenos, venderlos públicamente y darlos a beber, porque alguna vez ocurra que el que los use no sea arrebatado de la muerte?" (Enc. MIRARI VOS).

ideología, sino, y ante todo, una *vida* intensa y total: su excelsitud se revela, más que en su contenido doctrinario, en las *exigencias* perennes que nos impone en el orden moral, o si queréis, toda su belleza divina se descubre en la armonía vital entre la concepción y la acción.

De ahí que si descendemos del campo especulativo de las ideas al terreno práctico del vivir, bien pudiéramos inducir y aquilatar la excelencia de sus principios con un ejemplo aleccionante propuesto por el ingenio preclaro de Augusto Nicolás.

Figuraos, dice el pensador cristiano, un médico que se presenta a un enfermo, engañado hasta entonces por los charlatanes, y le dice: Vengo a proponeros nuevo pero terrible remedio a vuestra enfermedad: es preciso que os decidais a sufrir la amputación. ¡La amputación! exclamará inevitablemente el enfermo, ¿no hay otro remedio de salvación que éste?

De la respuesta del médico va a depender la resignación o la obstinada resistencia del enfermo. Si el médico le contesta: sí, hay otros medios, todos igualmente buenos, cualesquiera que ellos sean, y vos podéis elegir el que más os agrade, o si queréis hasta podéis decidiros por no adoptar ninguno..., entonces, a semejante contestación, tan ridícula como absurda, dirá probablemente el enfermo: Os burlais de mí; queréis atormentarme por gusto y sin necesidad: ¡estais loco o sois extremadamente cruel! ¡Puesto que soy un hombre abandonado, ya que todos los remedios me son buenos, que es lo mismo que decir que no es bueno ninguno, dejadme en paz, no atormentéis mi desgracia con suplicios inútiles, pues quiero distraer mi triste suerte abandonándome a todos los caprichos que se me antojen!

La humanidad es ese enfermo, en símil ya usado

otra vez. La verdad, que es la religión católica, es el médico, quien no puede proponerle paliativos *inútiles* para su curación. Para curarte, le asegura sin ambages ni temores, no hay más que un remedio, de absoluta necesidad, el sacrificio: tu única salvación está en sufrir con Cristo, en el renunciamiento propio, en el dolor que eleva y engrandece cuando es abrazado con resignación cristiana.

Y la humanidad tiene que aceptar este único remedio, viviéndolo en toda su intensidad, si no hemos de caer en la paradoja de que nuestra vida sea la negación de nuestro pensamiento. Que hay que *amputar* placeres, bienestar, egoísmos, comodidades, riquezas, aplausos, honores y vanidades, no importa: es la ley del cristiano. Es el imperativo de su *ser* y de su destino. Es la necesidad intrínseca a su naturaleza de reformarse perfeccionándose en la virtud para recobrar la salud espiritual y vivir la vida verdadera, a semejanza del eterno Modelo de toda perfección.

EL SUPREMO MODELO

I

LA REALIDAD MAS SUBLIME DE LA HISTORIA

Tenemos la luz de la verdad que ilumina los horizontes de nuestra perfección. Busquemos también el modelo en cuyo seguimiento hemos de alcanzarla. Nada entonces faltará a nuestra vida en sus exigencias más íntimas, y podremos con paso firme y seguro conseguir la meta de nuestros destinos inmortales.

Camino del Calvario, hacia la cúspide del Gólgota, dirígese Jesucristo con una cruz a cuestas, seguido de una muchedumbre innúmera, ebria de furor y ansiosa de presenciar el drama más sangriento de la historia.

Llega la comitiva a su destino, que es el lugar del suplicio. El autor de la vida, al son horrísono de insultos soeces y de blasfemias sacrílegas, queda pendiente del infame madero, desnudo, llagado de pies a cabeza, sufriendo en su cuerpo y en su espíritu los dolores más horrendos que concebir puede la mente humana.

Y en medio de sus angustias sólo palabras de misericordia pronuncian los labios moribundos de Cristo... "Te enseñó a padecer y te enseñó padeciendo, comenta San Agustín. Poco hubiera sido la enseñanza verbal, si no hubiese añadido el ejemplo. Pendía de la Cruz;

los judíos le rodeaban llenos de furor; eran ásperos los clavos que le sujetaban al madero; pero no por eso disminuyó su dulzura. Se enfurecían contra El, ladraban en torno suyo, le insultaban, estaba en medio de ellos como un soberano médico, solo y rodeado de una turba de frenéticos. Pendía de la Cruz, y desde allí sanaba. *Padre,* decía, *perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Hacía esta petición y estaba pendiente de la Cruz; no bajaba de ella, porque era su propia sangre la medicina de los frenéticos".

He aquí la realidad más concisa, sublime y profunda de la historia. Veinte siglos nos separan de ese hecho admirable, y este hecho hiere con la misma intensidad las almas de todas las generaciones. Y es porque este acto robusto de Jesucristo, profundamente vivificador de expiación y de misericordia, centró de nuevo a la humanidad, y le permitió otra vez correr por los cauces que la llevan a Dios, de quien se había apartado por la culpa.

Esta es su OBRA, la obra propia y exclusiva de un Dios, aplacando a Dios en el altar del amor y de la justicia. Porque Cristo padece, y padece por nuestro bien. Cristo sufre, y sufre por nuestros pecados. Cristo muere, y muere para darnos a nosotros vida. "La vida eterna, en frase agustiniana, se sometió a la muerte; la vida eterna quiso morir. La deformación de Cristo sirvió para tu formación". Altísimos misterios para el hombre. Pero verdades inconcusas. "Presta atención, te dice el Aguila de Hipona; eres cristiano y eres miembro de Cristo. Piensa en lo que eres; pondera el precio con que fuiste rescatado".

II

MIREMOS A ESA REALIDAD DIVINA

En las horas inciertas que vivimos, todo nos estimula a fijar el pensamiento en la grandeza de esos misterios y poner el corazón al lado de esa Cruz donde un Dios padece y muere: que la Cruz es luz del entendimiento y fuerza de la voluntad.

Por eso cuando el odio y la venganza, como en nuestros días, se han apoderado del espíritu humano, hasta sumirlo en los piélagos de todos los crímenes y de todas las aberraciones, cuando el egoísmo es el único sentimiento, el único impulso que anima y mueve a los individuos y a los pueblos, la lección ejemplarizante y vívida del SUPREMO MODELO de todos los tiempos no puede menos de ser provechosa para el hombre, ya que, como escribe el apóstol S. Pedro, *por vosotros padeció, dejándoos ejemplo para que sigais sus huellas.*

Pero esta lección no hay que saberla solamente, es necesario practicarla en toda su amplitud. El sufrimiento sobrellevado con resignación cristiana, el perdón de las injurias, el amor a nuestros enemigos, la oración por los mismos que nos persiguen, he ahí entre otras mil las enseñanzas más imperiosas de la hora presente.

"Si amas a Cristo, ama a todos los hombres: ama a los amigos; ama a los enemigos. Si amas a tus enemigos, Dios morará en ti, y el amor de Dios será perfecto en ti. Empieza a amar y serás perfecto. Perdona para recibir lo que no tienes, y para que se te perdone aquello en que has pecado. Luego si quieres recibir, da; si quieres que se te perdone, perdona. He aquí el resumen de todo el razonamiento". (S. Agustín).

¿Quién podrá dudar de la necesidad de poner hoy en práctica estas divinas enseñanzas? Podremos desvirtuarlas a nuestro antojo y capricho, pero no por ello dejan de ser ciertas y aleccionadoras.

Miremos, pues, de frente, con fervor y con valor, esa divina realidad y meditemos... meditemos en la magnificencia de esa sublime tragedia que fué nuestra salvación. Un examen de conciencia en estos días de trágico rencor, unos instantes de recogimiento y de meditación al calor de estas verdades, puede ser, debe serlo, el comienzo de una vida mejor o de una rectificación de conducta. Porque no es posible que ante los sufrimientos de Cristo, si tenemos fe, sigamos nosotros viviendo una vida tan relajada, egoísta y muelle, ni que ante la pobreza y el abandono de Cristo busquemos nosotros con tanto afán el dinero y el placer, habiendo a nuestro lado tantos pobres por quienes Jesucristo murió en la Cruz en medio de los rigores de la indigencia y el desamparo.

No, no es posible que, si somos cristianos, podamos continuar una vida tan vacía de virtud y tan llena de egoísmos y de odios. Jesucristo es la personificación de la justicia, del amor y del perdón, y su ejemplo será siempre de actualidad palpitante, o mejor, será en el tiempo la actualidad eterna.

III

EL GERMEN DE TODA DEGRADACION

No se me oculta que huir de la cruz y del sacrificio es algo intrínseco a nuestra naturaleza, algo muy natural en nosotros, pero no por ello deja de ser muy

poco cristiano, cuya esencia consiste en superar todas las depravadas inclinaciones naturales.

Nuestra triste condición humana, nuestra naturaleza caída y enferma, se rebela siempre contra el sufrimiento, y su sola idea la rechaza por instinto, ya que no por reflexión. Aun en el estado de inocencia el hombre se rebeló contra el pequeño sufrir de una privación insignificante, y se abrazó al pensamiento, a la sugestión del placer. Y sobrevino la espantosa ruina de la caída, y con ella la disolución espiritual.

El placer, pues, deparó al espíritu su primera claudicación, al hombre su primera ignominia y a la humanidad su primera desventura. Y el placer sin tasa y sin medida arrastra desde entonces a los pueblos a todas las decadencias y afrentas, y no hubo sociedad desaparecida en el transcurso de la historia que no tuviera en el placer el germen de su desintegración y el principio de su ruina.

Era necesario por lo tanto poner un freno a este sentimiento depravado, que, cuando no es guiado por la razón, empuja al hombre y a los pueblos al abismo de las mayores catástrofes. Había que oponer a la naturaleza la sobrenaturaleza, a los instintos el ideal.

Si el placer introdujo en el ser humano el germen de toda degradación moral, su oponente, el dolor, el sufrimiento, debía introducir en el seno de la humanidad un principio contrario y destructor de ese germen nocivo, para aniquilar su influencia nefasta y llevar a cabo la regeneración del hombre.

Estas fueron las trazas de la Providencia, en armonía y consonancia perfectas con las necesidades y exigencias de nuestro corazón. Porque toda la vida humana se desarrolla a impulso de estas dos pasiones: la pasión del placer y la pasión del dolor. El predominio

de una de ellas en nosotros es lo que da fisonomía propia a nuestro ser y prestancia a la personalidad espiritual.

La pasión de Cristo es la apología de la pasión del sufrimiento. La Cruz de Cristo es la muerte del placer con la sublimación del dolor. Así se efectuó nuestra redención. Así tendrán que efectuarse todas las redenciones sociales en el presente y en el futuro. El *supremo modelo* de nuestra vida lo es de ayer, de hoy, y de siempre.

IV

"TOMA TU CRUZ, Y SIGUEME"

En esto la fe no deja el más leve resquicio a la duda: la obra redentora de Jesucristo tenemos que consumarla nosotros mismos, destruyendo diariamente el germen del placer con el espíritu del sufrimiento. *Tenemos que completar en nuestra alma los méritos del Salvador.* O lo que dijo San Pablo: *Adimpleo ea, quae dessunt passionum Christi, in carne mea,* y suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo.

No menos categórica es la sentencia sublime de Jesucristo: "Si quieres ser perfecto, toma tu cruz, y sígueme", expresión de belleza insuperable y de contenido doctrinal exhaustivo. Toma la cruz del sufrir, abrázate a ella con amor, como a algo substancial e insustituíble de tu vida; y después sígueme por el camino del renunciamiento, de la abnegación, por la vía ensangrentada del Calvario, hasta inmolarte voluntariamente, por amor, en la cruz, el punto culminante de toda grandeza

verdadera. Entonces serás mi discípulo y habrás escalado la cumbre suprema de la perfección.

Desoír este llamamiento de Cristo es negar la vida que profesamos, porque el hombre de Cristo —eso quiere decir cristiano, según el catecismo— debe ser imitador de su Pasión y amante de su Cruz. Lo contrario sería un absurdo, o una desviación monstruosa y sacrílega de los planes que Dios ha trazado a la humanidad para su engrandecimiento moral y al hombre para la fecundidad expansiva de las nobles facultades de su espíritu.

En la actual economía cristiana sólo el camino del Calvario, la senda del sufrimiento es senda de virtud y camino de santidad. Quienes lo siguen, llegan a la meta de su ideal, y nimban su frente con la hermosa aureola de la perfección, y son los verdaderos cristianos, "la primera aristocracia de la humanidad".

Contra la ignominia del placer no hay más que la bandera de la Cruz, escuela sagrada donde Jesús, el maestro eterno, el modelo soberano, dicta sus clases de verdadera sabiduría y de vida verdadera.

V

LA LECCION DE LOS SANTOS

La prueba del aserto, a parte de las razones indicadas anteriormente, la tendríamos en la razón de la historia, o sea, en el ejemplo de los santos, quienes, a la enseña materialista de "vivir y gozar", han opuesto, todos sin excepción, el lema glorioso de "padecer o morir". Así es cómo esos próceres del espíritu, abrazados a la Cruz y abriendo sus corazones a las heridas

del dolor, para desbordar por ellas su ardiente amor cristiano en manifestaciones heroicas de virtud y santidad, han seguido paso a paso las huellas indelebles de Jesucristo, sin desmayos ni cobardías, pero también sin las veleidades de una *devoción cursi,* tan frívola como falsa.

"Dadme la gracia de imitaros a Vos y a vuestros santos, compañeros míos de destierro, exclamaba San Agustín. Los amadores de los placeres deseaban perniciosamente las riquezas; Vos quisisteis ser pobre. Anhelaban los honores y las dignidades; Vos no quisisteis que os proclamasen rey. Aborrecían los desprecios; Vos soportasteis todo género de afrentas. Juzgaban intolerables las injurias; pero ¡qué mayor injuria que ser condenado a muerte Vos, justo e inocente! Detestaban los dolores corporales, y Vos fuisteis azotado y atormentado. Temían la muerte, y Vos fuisteis condenado a muerte. Consideraban la cruz como la mayor ignominia, y Vos fuisteis crucificado. Toda vuestra vida en la tierra, para salvar al hombre, cuya naturaleza tomasteis, es una escuela de virtud. A Vos, pues, verdadera luz del mundo, seguiré para no caminar a oscuras".

Pienso si no radica aquí el sentido profundo de toda reforma verdadera, hoy que tanto se habla de reformas sociales. "La deformación de Cristo, diremos una vez más con S. Agustín, sirvió para tu formación. Si El no se hubiera dejado deformar, no hubieras recuperado tú la forma que habías perdido. Estaba deforme cuando pendía en la Cruz y su deformidad era tu hermosura".

Pero ya afirmaba S. Pablo que este lenguaje no iba a ser comprendido de los hombres. Y sin embargo "en la Cruz está la salvación, en la Cruz está la vida, en la Cruz está la defensa contra los enemigos".

Esta doctrina será demasiado dura, y más en una época como la nuestra tan acostumbrada a la comodidad, al regalo y al placer; mas es la única que con su luz divina puede guiarnos en medio de la obscuridad en que vivimos. Sólo con el eterno Modelo a la vista podremos cruzar las tinieblas de la noche para llegar a los resplandores del nuevo día, como lo atestigua el ejemplo luminoso de los santos y adalides de la fe.

Quisiera que tomaran nota los reformistas sociales, o sea, los soñadores de nuestro tiempo, pues las enseñanzas de la Cruz son las que han de traernos la salvación de los pueblos.

LA CUMBRE DE LA PERFECCION

I

LA PLENITUD DE LA SABIDURIA...

Ya hicimos anteriormente referencia al fundamento insustituíble de la verdadera piedad y al extravío lamentable de la devoción que de la Cruz se aparta. Cuando esto ocurre, no hay devoción ni piedad, sino una parodia ridícula e inconsistente, sin eficacia ni influencia en la vida práctica.

El tema es harto acuciador y transcendente para que no le consagremos algunas líneas más, sobre todo teniendo en cuenta la tristísima confusión de ideas y conceptos que en esta materia perturba hoy las mentes y desorienta las conciencias.

No hay virtud sin dolor. No hay santidad sin Cruz. No hay religión sin sacrificio. No hay perfección sin Cristo. No hay visión de la eternidad sin la eternidad sublime del Calvario. No hay conocimiento real de lo divino sin la divina realidad de la Redención. No hay ascención moral sin la penosa subida por la pendiente del Gólgota. Allí se manifiesta al hombre la Divinidad en su infinitud de verdad y de amor. Allí está la luz del entendimiento y la fortaleza y el sostén de la voluntad. Allí está *el dedo de Dios* indicando las rutas de

la vida. Por eso se ofrece como la cumbre más alta y gloriosa a las elevaciones del espíritu y a los esfuerzos del corazón.

El hombre, que siente en las intimidades de su ser la nostalgia de Dios, no podrá encontrarlo sino en la Cruz, por la razón concluyente, para toda alma cristiana, de que en la Cruz quiso Dios revelarse al hombre en todo el esplendor de su caridad y de su gloria.

No indaguéis más. A la criatura no le es lícito preguntar al Creador la razón de sus designios eternos. Debe acatarlos con tierna humildad y someterse a ellos con amoroso servicio reverencial. Las verdades de nuestra fe iluminan la inteligencia, después de haberlas vivido intensamente.

Vivid la realidad de la Cruz, y sus destellos sobrenaturales alumbrarán vuestros caminos. Ahí está "el tesoro escondido", *la plenitud de la sabiduría y de la gracia.* El venero inagotable de toda salud espiritual, o el secreto de toda perfección humana.

II

ACERCA DE LA FALSA PIEDAD

Esta consigna salvadora se ha olvidado en nuestros días, si es que no ha sufrido un menosprecio irreverente de la piedad moderna. Hay cristianos que quieren ir delante de Cristo, y no caminar en pos de El, invirtiendo el orden, según San Agustín, y pretendiendo que Jesucristo vaya donde van ellos. *¡Y a esta pretensión llaman celo por la gloria de Dios!*

Los hay también que desean el fin, pero huyen de

los medios que a él conducen. "Jesucristo tiene ahora muchos que aman su reino celestial, mas muy pocos hay que lleven su cruz. Tiene muchos que desean los consuelos, y pocos que quieran las tribulaciones. Muchos siguen a Jesús hasta la fracción del pan, mas pocos hasta beber el cáliz de su pasión" etc.

¿Verdad que estas felicísimas palabras de la IMITACIÓN DE CRISTO expresan con exactitud amarga un estado de conciencia bastante general? ¿No vemos por doquier el cumplimiento de esa realidad denunciada con santa tristeza e íntimo dolor?

La sinceridad de la confesión es el principio de la regeneración sincera. Hay que comenzar por reconocer y confesar nuestras culpas para librarnos de ellas y emprender el camino que nos lleve a la meta de nuestro viaje por el mundo.

Y confesemos que muchos, muchísimos católicos *han hecho una piedad* a su gusto y paladar, apartándose de las normas eternas trazadas por Jesucristo con su ejemplo y su doctrina. He subrayado el "han hecho"... para fijar la atención en el contrasentido que encierra. Y este prurito de novedades y caprichos religiosos es un artículo de moda en las mentalidades modernas, contrariando la lógica más elemental y las reglas de toda sindéresis y cordura... ¿Será menester decir que no hay piedad que valga, ajena a los postulados de la verdad y dictados del deber, por mucha inventiva que haya o por grande que sea el fervor, o la efervescencia, de mentes calenturientas?

Y la verdad y el deber no los hacemos nosotros a nuestro antojo: son independientes de nuestro agrado, superiores a nuestra voluntad y con frecuencia contrarios a nuestros gustos. ¡Donosa piedad la nuestra si Dios hubiese dejado su ordenamiento en las manos del

hombre! La piedad que es *acomodaticia,* es por principio falsa...

Pero no nos perdamos en hipótesis, teniendo a la vista la realidad que nos habla con elocuencia abrumadora. Nuestra vida cristiana ha salido fuera de su centro, y se desarrolla de espaldas a su ideal, y se alimenta de una quimera, cuando no de una superstición. Así es cómo ha llegado a ser una vida infecunda.

Sus frutos, —si frutos de vida cristiana pueden llamarse sin irreverencia a muchas de nuestras obras—, han nacido muertos o con el germen de la esterilidad, porque carecían de la savia de Cristo, de la savia única y verdadera que podría hacerlos crecer en vigor expansivo y lozanía espiritual. Les falta la substancia nutritiva de la verdad y la honda raigambre del deber, que dan calor y fuerza a las acciones humanas, cuanto más a las prácticas religiosas.

III

EL OBJETO DE LA DEVOCION

La causa profunda de esta anomalía ya la he dicho: arranca del falseamiento voluntario de nuestra piedad y de la inconsistencia de nuestras devociones. Multiplicamos éstas a placer, pero no nos preocupamos de vivir intensamente aquélla. El resultado es un cargamento de devociones sin verdadera piedad...

¿Es que las devociones son malas? ¿Es que no responden a su finalidad? Ni una cosa ni la otra, pues si así fuera, la Iglesia no las propondría a sus fieles. Lejos está entonces de mi pensamiento tamaña simpleza y semejante desatino.

Lo que significa es que toda devoción tiene una y única finalidad: la de copiar lo más al vivo posible la *imagen dolorosa* del Crucificado en nuestra alma, la de aumentar en nuestro corazón la caridad a Jesucristo y a nuestros prójimos, la de fortalecer, en una palabra, la vida de Cristo en nosotros, vida de abnegación, de sufrimiento, de sacrificio... Y *éstas son palabras mayores para la fácil y dulce piedad moderna...*, que no entiende aquello de buscar *primero el reino de Dios y su justicia.*

Lo dicho en términos tan claros y sencillos parecerá a muchos una perogrullada, mas ¡cómo se olvida en la práctica! ¡Y cuán necesario es repetirlo sin cesar ante el extravío de nuestra ruta y la falsedad de nuestra vida!

Todos sabemos que en el orden espiritual y cristiano la devoción no es el fin sino el medio de la santificación. El camino para llegar a la cumbre. San Francisco de Sales la compara al aceite que conserva y alimenta la llama de la lámpara. No tiene otro objeto la devoción.

Si es un medio para semejarnos a Cristo y acercarnos a Dios, no debe seguir una senda distinta, no puede apartarse del Ejemplar divino, que también usó un medio para el mismo fin y para nuestro ejemplo. La Pasión de Cristo, su Cruz, es el medio de nuestra salvación. Es la ejecutoria de nuestro perfeccionamiento, de nuestra grandeza espiritual y plenitud religiosa (1).

---

(1) Muy bien comenta San Agustín a este respecto: "Todo lo que para nosotros es solamente un medio para conseguir otra cosa es, sin duda, inferior a aquello que por ese medio queremos alcanzar. Por eso, a nuestros ojos, lo primero es aquello que nos proponemos como fin, y no lo que sólo es un medio para llegar a ese fin. Así, si nosotros buscamos el Evangelio y el reino de Dios para lograr nuestro sustento, consideramos como principal el alimento, y como

No hay otro. De ahí parte toda la economía de la vida cristiana. Todas las gracias, todos los méritos, todas las esperanzas y virtudes tienen su origen y su causa en la Pasión del Salvador. La Cruz de Cristo es la savia fecundante de la Iglesia, es la vida del Catolicismo, es la fuerza espiritual de la humanidad redimida.

IV

HAY QUE ANDAR POR EL CAMINO

Jesucristo es el camino que conduce a la gloria, a la cumbre de la perfección. "Este es el camino, dice San Agustín: marcha por la vía de la humildad si deseas llegar a la eternidad...; pero camina con tus costumbres, y no con tus pies. Muchos andan bien con los pies, y andan mal con las costumbres. A veces andan muy bien, pero corren fuera del camino. Seguramente que encontrarás hombres que viven honestamente y que no son cristianos. Esos corren bien, pero no van

---

secundario el reino de Dios; es decir, que en caso de tener seguro nuestro sustento, no nos preocuparíamos para nada del reino de Dios. En esto consiste el buscar primero nuestro alimento y después el reino de Dios, es decir, en colocar a aquél en primer lugar y a éste en el último. Mas si, al contrario, buscamos la comida para poder llegar al reino de Dios, cumpliremos lo que se nos ha dicho: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*...

No debemos, por consiguiente, predicar el Evangelio para comer, sino que debemos comer para poder predicar el Evangelio. Pues si predicamos el Evangelio para comer, tendremos al Evangelio en menos que a la comida; y nuestro bien estará entonces en comer, y el evangelizar será sólo una necesidad". (EL SERMÓN DE LA MONTAÑA.)

por el camino. Y como van extraviados, cuanto más corren, más yerran, porque a cada paso se separan más de la ruta. Si esos hombres llegaren al camino y permanecieran en él, ¡qué seguridad para ellos, puesto que andan bien y no yerran! Pero si no marchan por el verdadero camino, aunque anden bien, ¡qué dignos son de lástima! Más vale caminar cojeando por el camino, que marchar con paso firme fuera de él".

Siendo esto así, y conociendo el medio de alcanzar la cúspide de nuestra perfección en esta vida, fácil es comprender cuál debe ser el objeto primordial, el fundamento de nuestra piedad. La sed hay que apagarla en las aguas cristalinas de las fuentes, pero el agua será más pura cuanto más cercana al manantial.

Y esto que nos lo dice con claridad meridiana la razón y el buen sentido, lo olvidamos en la práctica con demasiada frecuencia. Por eso nuestra piedad es superficial y carente de solidez, porque le falta la base de la Cruz. Por eso nuestra vida cristiana no responde a las exigencias y necesidades del momento.

Un alma cristianamente devota que no ame la Cruz, es un contrasentido y un absurdo. ¡Y cuántas de estas almas se encuentran en el correr de la vida! La Cruz nos asusta y espanta, el sufrimiento nos llena de pavor, el solo pensamiento de tener que subir la pendiente del Calvario y llegar a la cima del Gólgota, sumerge a nuestro espíritu en las simas de la angustia.

Y buscamos un atajo menos afligente y torturante que nos libre de subir la cuesta escabrosa del dolor y del sufrimiento: el atajo de una *devoción fácil,* que renuncia a los sacrificios, o una *piedad dulzona,* para la que no reza el *si quieres ser perfecto, reniega de ti mismo, toma tu cruz y sígueme...*

Pero es claro que eso no es piedad ni devoción:

eso no es más que un triste engaño de nosotros mismos.

De donde se deduce que hay mucho que reformar en la vida, y no poco que rectificar en las conciencias. Mas esto con cristiana entereza, y sin desmayos ni desfallecimientos. Jesús a todos nos dice: "No te desalientes: yo me he hecho tu camino, y este camino no puede sufrir interrupción, ni ser estropeado por las lluvias o aluviones, ni ser asaltado por los ladrones. Marcha tranquilo y seguro por este camino; descansa en mí; marcha adelante sin tropezar, sin mirar atrás, sin detenerte, sin salirte del camino. Atiende únicamente a evitar todos estos peligros y llegarás al fin". (San Agustín).

De la humildad a la Cruz, de la Cruz a la Luz, de la Luz a la perfección. O sufrimiento, amor, y vida. Son los escalones que ha de ascender el hombre para llegar a la cumbre de su felicidad. ¡Arriba hermanos! que poco es lo que se deja, y mucho lo que se alcanza; si grande es la fatiga, mayor es la recompensa; si penoso es el esfuerzo de la subida, eterno será el premio de la llegada.

EL LENGUAJE DE LA CRUZ [1]

I

MEDITEMOS EN EL TRIANGULO DIVINO

Vino Jesucristo al mundo para devolver la salud y dar ejemplo de vida. Venía a padecer, y aunque tenía la gloria de la divinidad, ésta apareció oculta por la carne, expresa S. Agustín, porque *jamás hubieran crucificado al Señor de la Gloria,* según S. Pablo.

No hay salud sin dolor, ni vida sin Cruz. Es la primera lección que nos da el Maestro soberano, quien *siendo fuerte en sí mismo, apareció débil en carne humana,* sufriendo grandes trabajos para estímulo de los que iba a redimir, y que tanto rehuyen el sufrimiento.

La anual conmemoración de los acontecimientos del Calvario representa lo que entonces ocurrió, pero también proclama y soluciona uno de los problemas más profundos de la vida del hombre.

Semana de Pasión, Semana Santa, Semana de Resurrección. O el dolor, la Cruz, la Vida. O el Hombre,

---

[1] Este capítulo y el siguiente fueron escritos y publicados en *El Pueblo,* con motivo de Semana Santa. Conviene tenerlo en cuenta por las referencias que en ellos se hacen, aunque juzgamos que en cualquier tiempo resultan de interés primordial para los católicos, por cuyo motivo el autor no ha creído necesario introducir ningún cambio o reforma.

la Muerte, la Eternidad. Es el triángulo divino de la Filosofía y de la Historia, de la Razón y de la Fe. La liturgia católica nos invita a meditar en él toda la verdad de Dios y toda la verdad del hombre, los misterios más profundos y las promesas más consoladoras de nuestra Religión sacrosanta.

Sumidos, pues, en el silencio augusto del recogimiento cristiano, debemos asistir a esas ceremonias de solemnidad majestuosa e impresionante, con las que la Iglesia evoca las verdades que mayor interés tienen para el hombre. Es necesario y urgente que nuestra alma se reconcentre un instante al menos en la meditación de su hondo significado, pues no es posible traer a la mente el recuerdo de los acontecimientos inauditos del Calvario sin que ese recuerdo deje en el alma la huella profunda del amor divino que los anima y el germen fecundo de vida espiritual y cristiana que tiene en la Cruz su principio generador y su savia exuberante.

II

VER LA VIDA EN LA MUERTE

Cuando el hombre se arrodilla con fe viva delante del madero santo de la Cruz y reflexiona un momento en la grandeza sublime que encierra, se levanta con el alma transformada, con el corazón encendido por el ansia prócer e incontenible del amor en sus más puras manifestaciones, en la expansión desbordante de vida religiosa.

Ya no quiere gustar más en copas materiales los

deleites de la tierra. Comprende que su placer egoísta —el placer es hijo natural del egoísmo— es una traición al Amor substancial, a la Caridad divina: es una bofetada sacrílega en el rostro de la Víctima redentora que muere en ese madero infame por él, por el hombre, apurando, en el exceso de su infinito amor, el cáliz de todas las amarguras y de todos los padecimientos.

Ve entonces en la Cruz la sublimación del martirio y del dolor en la realidad del amor. Ve su vida en la muerte. Y abre su corazón al deseo de sufrir, al anhelo de padecer, a la pasión del dolor, al placer de morir; porque, ilustrado con los fulgores divinos que de ese grandioso hecho fluyen, llega al convencimiento de que sin dolor la virtud es un imposible y la perfección un absurdo; adquiere la visión real de la muerte y de la vida, de la Cruz y de la eternidad.

Pero esta fe viva falta hoy en las almas. Por eso hoy el hombre vive sin contenido espiritual. Y se escandaliza de la Cruz. Y se horroriza cuando oye hablar de la muerte. E invoca la naturaleza para justificar sus temores y la pequeñez de su espíritu. *La ceguera del alma busca apoyo en la ceguedad de la naturaleza... Humanizan* el lenguaje divino de la Cruz. Se ha perdido el sentido de la fe, que es instinto de "vida", de eternidad.

Y así, en estos días santos por excelencia, es muy posible que una gran mayoría de fieles vaya al templo con el único fin y la pueril curiosidad de escuchar y recrearse en la elocuencia de algún famoso orador. Quizás *ese orador de moda* nos ha conmovido un poco con su palabra. Quizás la narración y la fuerza del Sacrificio de Cristo ha llegado a mover alguna fibra de nuestro corazón, y nos han hecho derramar lágrimas...

III

ESCUELA DE ENGRANDECIMIENTO MORAL

Esto es ya algo, *pero no es todo.* Y hay quienes reducen a esto las enseñanzas del Calvario. Porque sus hábitos de indiferencia culpable y disipación cotidiana, sus costumbres de frivolidad y de abandono han cerrado su espíritu a todo sentimiento elevado y serio, a todo otro pensamiento digno del hombre que se precia de "vivir" y de querer "vivir" bajo la inspiración sublime del glorioso emblema de la Cruz, que es el triunfo de la muerte y la aurora de la *vida.*

Por eso los actos religiosos, esas asistencias rutinarias al culto, se resuelven, aun en este tiempo de profundas y saludables meditaciones, en una sensiblería irreverente y pagana, no exenta de supersticiones, que a veces es un sarcasmo, en lugar de ser un tributo generoso y consciente de reconocimiento y de adoración.

De donde se deduce que nuestra vida ha sufrido una desviación pasmosa, y está muy distante de la Cruz. La religión del sufrimiento ha sido sustituída por el culto del placer. Y las embriagueces mundanales impiden al alma ese elixir de vida que dimana de las fuentes divinas del Calvario. Y el eco vibrante de la voz de Dios desde la Cruz se pierde entre el ruido de tantas ambiciones y de egoísmos tantos...

Ante esta inversión de valores y de conceptos hay que renovar el lenguaje de la Cruz. El hombre, que aspira a su destino verdadero, no puede ir contra las leyes y el orden que Dios estableció. Y esas leyes eternas enseñan a la humanidad, con experiencia ya de veinte siglos, que solamente el camino del Gólgota con-

duce a la perfección cristiana. Porque allí se eleva la Cruz redentora, que es símbolo de todas las grandezas humanas y realidad suprema de todas las conquistas espirituales por la verdad y el amor, ya que al extender sus brazos acogedores a todas las almas, que siguen las huellas del sufrimiento y del dolor, para estrecharlas en un abrazo de caridad y de perdón, se constituye en la única escuela de engrandecimiento moral para los individuos y para los pueblos.

IV

POR EL DECLIVE DE LA PROPIA DECADENCIA

Mientras el hombre por lo tanto vive distanciado de la Cruz, jamás podrá oír el gotear palpitante de la Sangre Divina, que es el gran despertador de la conciencia. Lejos de la Cruz tampoco podrá comprenderse el profundo significado de las palabras que en ella están escritas con fuego de caridad, y que son palabras de perdón, de amor y de justicia, tres capítulos del código divino dado por Jesús a la humanidad en síntesis magnífica para la salvación y el mejoramiento progresivo y cristiano de los pueblos.

En la actual economía providencialista, que rige los destinos de la historia, la Cruz es la vida del cristianismo, vale decir, de todas las naciones civilizadas. Sin ella no hay más que el vacío y la muerte; el hombre carece de espiritualidad y los pueblos renuncian a su contenido *histórico*, pues apartados de la Cruz, viven fuera de "su vida" y de su centro, en el desorden y en un desequilibrio permanente. De esa forma

cierran los ojos del espíritu a los resplandores de la luz y no se abre el corazón a la savia vivificante que da vigor y fortaleza al alma.

Las consecuencias no pueden escapar al alcance de ningún entendimiento. Ya las estamos viendo. Ya estamos viendo que la regresión a la barbarie es un hecho. Las sociedades se precipitan por el declive de su propia decadencia en los valles obscuros de la incredulidad y de la duda, donde las inteligencias se agitan en el paroxismo del orgullo y en la infecundidad del egoísmo. Su caída sigue el ritmo vertiginoso del alud que se derrumba. Sus movimientos llevan el sello de la destrucción y de la impotencia.

Es el germen de la nada que se manifiesta en lo humano, cuando no lo fecunda el aliento de Dios. Porque así como toda fuerza que obra fuera de su centro de acción y todo elemento que gira fuera de su órbita, no producen más que sacudidas violentas y verdaderas catástrofes, del mismo modo el hombre y la sociedad que viven *descentrados*, lejos de la Cruz, no pueden menos de experimentar y producir esas convulsiones de agonía, precursoras de la muerte.

Esa es la ley eterna de la historia que gobierna los destinos humanos, que jamás podrá cambiar el hombre, y que nos enseña a buscar en la Cruz la *Vida* contra todas las decadencias y el refugio contra todas las tempestades.

LA ATRACCION DE LA ALTURA

I

MIEMBROS DE LA SOCIEDAD CRUCIFERA

De la Cruz brotaron los raudales de vida eterna para salud del mundo y que formaron esa *realidad divina,* llamada Iglesia, templo de Dios, en frase de S. Agustín, prolongación de Cristo en el tiempo, y continuidad de la Obra redentora entre los hombres de todas las generaciones.

Por eso la misión de la Iglesia, como la de Jesucristo, es la Cruz. Todo su pensamiento se resume en la Cruz. Todas sus empresas son cruzadas. Todos sus miembros están marcados con el signo de la Redención. Es una sociedad crucífera por excelencia. En la Cruz tiene su origen, su perfección y su destino.

Habla el lenguaje de la Cruz a todas las gentes, en todos los lugares y en todos los tiempos, porque quiere que sus hijos se compenetren de su mismo espíritu, que es espíritu de verdad y de vida.

Y así todos los días hasta la consumación de los siglos, y en todas sus reuniones y en todos sus actos litúrgicos, es la Cruz su primera invocación y su primera insignia.

Pero tiene épocas del año consagradas especialmente a la exaltación del Arbol Santo, que dió los frutos sazonados de nuestra salud espiritual presente y de nuestra futura dicha.

Con el domingo de Ramos comienza la Semana Santa o Semana Mayor, nombres que denotan su grandeza divina e importancia religiosa. En ella efectivamente se conmemoran los acontecimientos más trascendentales de la historia y se inicia el recuerdo de las verdades perennes y vitales de nuestra fe.

Los actos religiosos de Semana Santa llenan el corazón de emociones indescriptibles. A través de todos ellos se siente la majestad infinita de Dios junto, inseparablemente unida, a la majestad inmensa del dolor, del dolor que enseña y consuela, eleva y dignifica. Si Cristo Nuestro Señor sufre por mí, justo es que yo sufra resignadamente por El. Si Cristo es víctima del pecado, deber ineludible es que yo renuncie al pecado. Si Cristo muere para darme la vida, necesario es que yo esté pronto a dar la vida por Cristo... Así es cómo el dolor humano, mirado en la Cruz, se ofrece a toda mente sensata con el esplendor de su dignidad y belleza, la dignidad de su valor expiatorio y la belleza de su fuerza regeneradora.

II

"PADECER O MORIR"

Por eso la Iglesia, maestra sapientísima en el conocimiento del corazón humano, se vale de todos los recursos que Dios ha puesto en sus manos para conmover y atraer al hombre. La austera severidad de nuestros templos durante estos días, la majestuosa solemnidad de su culto, los acentos de tristeza de su liturgia, la vívida impresión de sus santas ceremonias y de sus ardientes plegarias, los ayes desgarradores del arrepentimiento que suscita y las manifestaciones de perdón y de esperanza que infunden sus antífonas, sus lecciones y sus salmos, hasta el silencio augusto de sus órganos y campanas... todo, todo parece invitar al hombre a reconcentrarse, a entrar dentro de sí mismo, y meditar en lo único que tiene valor en la vida: *el sufrimiento cristiano y la muerte por un ideal superior a la vida misma.* El "padecer o morir" de Santa Teresa de Jesús.

No se ha escrito aún una reseña de las almas ganadas para la vida católica por las bellezas sublimes de la liturgia cristiana. El día que esta historia se escribiese, tendríamos no solamente una apología del culto sino además un testimonio perenne de su valor educacional y su incontrastable influencia en la vida del corazón.

Toda la liturgia se inspira en la Cruz. Y la Cruz es el centro de toda piedad verdadera, de toda elevación moral. Desde que la Cruz se alzó en el Calvario, las almas más hermosas sienten la atracción de las alturas.

La cruz fué el primer altar y desde entonces cada altar es una cruz.

Pero la Cruz no es únicamente un altar de oblaciones inmaculadas y de realidades divinas: es también una *cátedra* de principios insustituíbles y de enseñanzas eternas. Escuchar estas enseñanzas es el primer deber de los católicos para poder ajustar a ellas su vida.

III

EL CALVARIO NO ES LUGAR DE VERANEO

Sin embargo, contrasta grandemente con esta obligación el proceder de muchos católicos modernos. Para los tales la Semana Santa se reduce a unos días de regocijo mundano, de frívolo descanso, de continuación pecaminosa... en sitios y lugares de diversiones inmorales. Todos me entienden.

Se llena de tristeza el alma y de congoja el corazón al ver el desbande de cristianos que huyen como espantados de la Cruz. El Calvario no es lugar *de veraneo*. Y hoy sólo se piensa en liviandades y placeres. ¡Oh, las delicias del campo y de Mar del Plata! ¿Y el alimento espiritual del alma? ¿Pero *tienen alma* estos seudocristianos? No: la perdieron hace tiempo, y no quieren recobrarla. Porque el alma se recobra solamente en la Cruz donde está "su" verdad y "su" vida.

Me diréis que *esto* no está prohibido, que no es obligatorio asistir a los actos religiosos de Semana Santa, que *no se sabe qué hacer con los chicos en casa estos cuatro días de vacaciones*... Todo lo que querráis: lo que os digo es que no son estos días de esparcimiento

y distracciones, sino días de meditación, de oración y *de arrepentimiento...*

No nos forjemos ilusiones: el olvido de la tremenda realidad divina, que despierta siempre en el espíritu creyente elevados y nobles sentimientos, ha ocasionado la tremenda realidad humana de nuestros días, que está ahogando al mundo en ríos de lágrimas y de sangre...

La irreligión de todos los tiempos ha tenido particular cuidado en apartar a los pueblos de junto al insigne Crucificado. Sabe que de la Cruz brota la divina savia que vigoriza las almas y fortalece las sociedades, y ofrece en cambio el elixir de la sensualidad y del placer que sumerge y embrutece al hombre en el descreimiento de la impiedad.

De las muchedumbres ignaras, sin fe y sin religión, sale en todas las épocas el "crucifige eum", que es el grito salvaje que bajo diversas formas repiten los pueblos *cansados* de seguir la huella ensangrentada del Gólgota, camino real de las grandes conquistas morales y de la regeneración de la humanidad, ya que conduce directamente a los pies de la Sagrada Víctima, que condenó con su ejemplo y su doctrina todos los egoísmos y las injusticias de los hombres, causas profundas que preparan la ruina de las naciones.

No pedirán la muerte de Jesús, a quien, por desgracia, desconocen, sino la condenación de quienes lo representan en la autoridad y el orden, hasta llegar a establecer en la sociedad el imperio de la violencia, el reinado de la anarquía y la ley del patíbulo, que es el crimen y el odio ocupando el sitial de la razón y de la justicia.

V

EL DIOS DESCONOCIDO DE LOS CRISTIANOS

Esa es la génesis y la trayectoria de todas las revoluciones y de todas las desdichas sociales, la última consecuencia del apartamiento de la Cruz. Porque el Madero Santo es realidad y símbolo de sumisión y obediencia, aprendizaje de virtud y de renunciamiento: las desviaciones de la sociedad de esta insignia redentora son el comienzo de la rebelión y del desorden.

Se dice que en Buenos Aires hay gente para todo. Ya lo creo... Pero observo con dolor que en un pueblo que se dice católico, es una minoría demasiado reducida la que se entrega a la consideración de lo más trascendental de la vida. Veo que en estos días, santos por excelencia y que nos recuerdan con fuerza tan sugestionadora las miserias humanas en contraposición con las grandezas divinas, el hombre se entrega de lleno y con avidez al placer, al deporte, a los halagos de la carne, a todo lo que Cristo condenó en su Cruz, y aprovecha el *feriado* de Semana Santa para "feriar" su alma, y gozar, y divertirse... único problema *serio* que preocupa su mente cerril y cerrada y que al parecer constituye toda la finalidad de su existencia y el más alto ideal de esta sociedad descreída y desventurada...

Y una sociedad así, con tales costumbres y hábitos no puede menos que llenarnos de asombro y de tristeza. Carece del sentimiento religioso. No la anima el espíritu cristiano. Ha caído en la ceguedad mental, precursora de su perdición...

Confesemos con amargura que Jesucristo *es el Dios desconocido de los cristianos*. Hoy, como ha dicho Tiha-

mer Toth, se llaman cristianos aun algunos que no servirían ni para paganos.

Por eso me viene a la memoria aquella frase del Redentor a las piadosas mujeres de Jerusalén: "No lloréis por Mí, sino por vosotras y por vuestros hijos". Al poco tiempo de este aviso elocuente y profético, los ejércitos de Roma caían sobre Jerusalén y no dejaban piedra sobre piedra. Enseñanza aleccionadora, digna de toda recordación.

La palabra de Dios se cumple siempre, y el castigo llega tarde o temprano para aquellos que desoyen su voz divina. Dios ciega a los pueblos que quiere perder, según indica la Escritura. Y ciega está nuestra sociedad materialista, esas multitudes que, aun en los días de mayor recogimiento y de hondas meditaciones, huyen del Calvario para dar rienda suelta a su frivolidad malsana. Abramos los ojos del espíritu a los resplandores de la fe.

Acallemos por un momento la algazara pasional y sigamos a Jesucristo en su vía dolorosa que es la senda por donde se llega al sosiego espiritual de la vida. La Cruz siempre nos ofrece un abrazo de perdón y de amor. Amor y perdón, lo que necesita con más urgencia el hombre moderno. Pureza de alma por la caridad, para que las almas limpias de rencores sientan la atracción de la altura, el impulso espiritual de alcanzar la cumbre de la perfección cristiana.

¿POR QUE TEMBLAIS HOMBRES DE POCA FE?

I

REALISMO DE UNA ESCENA EVANGELICA

Si desde la cumbre de la perfección, la Cruz, miramos las cosas de la vida, ¡cuán efímeras aparecen a nuestro espíritu; cuán infundados los temores a los trastornos sociales!

Recordemos un hecho del Evangelio, sugestivo y aleccionante. Refiere San Mateo que Jesús, después de alimentar a la muchedumbre que le seguía y de despedirse de ella, mandó a los discípulos que se embarcasen y le esperaran al otro lado del lago. El subió al monte y permaneció orando solo entrada la noche.

"Entretanto la barca estaba en medio del mar, batida reciamente por las olas, por tener el viento contrario". Jesucristo, terminada la oración, vino hacia ellos caminando sobre las aguas. Y viéndole los discípulos se turbaron y dijeron: es un fantasma; y llenos de miedo comenzaron a gritar.

"Al instante Jesús les habló diciéndoles: Cobrad ánimo: soy yo: no tengais miedo. Y Pedro respondió: Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.

Y él le dijo: Ven. Y Pedro, bajando de la barca, iba caminando sobre el agua, para llegar a Jesús.

Pero viendo la fuerza del viento, se atemorizó; y empezando luego a hundirse, dió voces diciendo: Señor, sálvame. Al punto Jesús, extendiendo la mano, le cogió del brazo, y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has titubeado?

Y luego que subieron a la barca, calmó el viento. Mas los que dentro estaban, se acercaron a él y le adoraron, diciendo: "Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios".

¡Qué escena tan llena de realismo consolador y de belleza reconfortable! Sólo nos separa de ella el tiempo y la distancia. Si las circunstancias varían, no cambian las enseñanzas. Los peligros son los mismos, y hasta los temores iguales. La barquilla del Catolicismo navega en medio del mar de una humanidad enloquecida, frenética de furor y de odios. Por todas partes los vientos contrarios del error y de la impiedad la combaten y persiguen. Los católicos se atemorizan, y empiezan a hundirse en el abismo, porque desfallece su fe y pierden la confianza en el Hijo de Dios, cuya palabra calma las tempestades... "Sálvanos, Señor, que perecemos".

No me digais que la significación de los hechos es idéntica, pero que no entran en acción los mismos personajes, porque no es cierto: los personajes y los hechos se repiten. Cristo vive, su poder es el mismo, y nosotros somos sus discípulos, confiados en su fuerza incontrastable. Hombres de poca fe, ¿por qué tembláis?

II

NECESIDAD DE LA ORACION EN ESTA HORA

Si somos cristianos de verdad, sabemos a dónde acudir en el fragor de la tormenta. La fe se alimenta de la oración. *El que sabe orar bien,* dijo San Agustín, *ése también sabrá vivir bien.* "Señores, recemos, exclamó Franklin en una ocasión solemne e histórica. He llegado a una edad avanzada, y cuanto más tiempo vivo, más veo que los negocios de los hombres son gobernados por Dios. Si no cae un gorrión del tejado sin su voluntad soberana, ¿cómo podría progresar un país sin su ayuda?"

Recemos, sí, porque la oración es la omnipotencia de la humildad suplicante a la omnipotencia de la Bondad oyente. Dios siempre está alerta al clamor de las plegarias. La mano de Jesús siempre está pronta para asir la mano que a El se extiende con ruego fervoroso y filial confianza. Y si Jesús rasga nuestro brazo, ¿qué importa que las olas de un mar enfurecido bramen y se agiten a nuestro alrededor?

Ya cesarán los vientos, y renacerá la calma, y llegará el barco al puerto de la bonanza. Porque Jesús espera, aunque arrecie la tormenta y se nuble el cielo; espera a que sintamos la necesidad de su presencia y a que le llamemos del fondo de nuestra alma.

Sólo El puede salvarnos, pero quiere que pidamos, busquemos, insistamos. *Es menester orar siempre y no desfallecer.* "Este pedir y buscar es como un estirarse para alcanzar", dijo bellamente San Agustín.

Diríase que se complace en ver llegarnos el agua al cuello, porque "donde no hay tribulación, no hay necesidad de oración" (S. Agustín).

Así valoramos mejor su ayuda y nuestra pequeñez, o lo que decía Santa Teresa: "Conozco bien lo poco que es un alma cuando se esconde la gracia".

Y este espíritu de humildad nos mantiene unidos a Dios en ejercicios de oración fervorosa, *aprendiendo a desear grandemente las cosas grandes y los grandes tesoros,* que tiene guardados para quien le pide con co*razón humilde y caritativo.* Entonces "sé humilde, y salga de tus labios el grito del dolor, y no voces de impaciencia", porque "Dios quiere dar; pero no da sino a quien le pide, por no dar al que no quiere recibir". (S. Agustín).

Puesto que los males aumentan y las asechanzas se multiplican y los peligros no cesan, llamemos a Jesucristo con la oración continua, a fin de que calme la tempestad. Oigamos otra vez a San Agustín: "No te instaría tanto a que pidieras, si no estuviera dispuesto a dar. ¡Avergüénzate, indolente! Tiene El mayor deseo de dar, que tú de recibir; más desea El usar contigo de misericordia, que tú verte libre de miseria; y en verdad que, si El mismo no te librara de ella, nunca dejarías de ser miserable. Y si El te exhorta así, lo hace únicamente por tu bien. Despierta, por tanto, y da oídos al que te exhorta, obedece al que te promete y recibirás contento cuando te diere".

Si la palabra de Dios se cumple siempre, el remedio está en nuestra mano, cumpliendo también lo que ella nos ha mandado. Si la salvación infalible está a vuestro alcance, ¿por qué titubeáis, hombres de poca fe?

III

"EL JUSTO VIVE POR LA FE"

No es lícito al cristiano dudar de la eficacia de la oración. Debe saber que ahí está el secreto de todo apostolado fecundo, el recurso indefectible que todo lo vence y allana. "Cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel; mas si las bajaba un poco, Amalec tenía ventaja".

La oración es la igualdad de las diferencias, el punto de enlace entre los polos más distantes, el puente de unión entre la voluntad divina y la voluntad humana, el contacto directo de las fuerzas débiles de nuestra vida con la fuente de la energía sobrenatural y gracia vivificante.

Resuelve también las diferencias sociales y los distanciamientos entre hermanos. "La oración, en frase de San Agustín, es un medio de hacer limosna, cuando se eleva al cielo con intención de conquistar gracias, no sólo para los amigos, sino también para los enemigos, de modo que sin que jamás se nutra de la ira y del odio, se alimente del amor".

Tiene, pues, la oración una sublime y decisiva influencia social, cuando no se reduce a *vana palabrería* o a *prolongados y bien dispuestos discursos,* sino a *frecuentes y piadosos movimientos del corazón con que llamamos a la puerta de Aquel a quien oramos,* como enseña el gran Agustino. Entonces, cuando se "ora con brevedad, pero con toda la intensidad posible de tu fervor", un hálito de caridad alienta toda la vida, y nos mueve a hacer el bien y a ganar al prójimo para Dios, ya que la caridad es *la argamasa de las piedras*

vivas del templo del Rey eterno, cuyo fundamento es la unidad (S. Agustín).

Ama orando, y ora amando, y serás perfecto. La oración fortalece nuestra fe, y "el justo vive por la fe" y se perfecciona por la caridad. "Sin vida de oración no hay fervor, ni hay perfección", afirma la mística Doctora, puesto que "la oración es la puerta por la cual se entra en el castillo del alma".

Nuestro catolicismo no debe reducirse a un exterior formulismo, a un mecánico movimiento de labios y trabajos, sino a una súplica que brote del corazón y a una actividad vivida de adentro para fuera, no sea que el Señor nos lance aquella amarga queja: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí".

Oigo a católicos decir que hay que hacer estas obras, realizar estas transformaciones, adoptar estos métodos, cambiar estos sistemas [1]. No: lo que hay que saber es orar. La oración es la fuerza germinativa de nuestras actividades. La vida interior es la base de todo apostolado fecundo.

La Iglesia, por otra parte, *posee la virtud omnímoda de las renovaciones vitales y no ha menester que nosotros se las suministremos desde afuera. Omnis glo-*

---

[1] Como de perlas vienen aquí las palabras de León XIII contra la temeridad de no pocos católicos: "Movidos de engañoso celo, o lo que sería peor, fingiendo unas cosas y haciendo otras, se apropian un papel que no les compete. Quisieran que todo en la Iglesia se hiciese según su juicio y capricho, hasta el punto de que todo lo que se hace de otro modo lo llevan a mal o lo reciben con disgusto.

Estos trabajan con vano empeño; pero no por eso son menos dignos de reprensión. Porque eso no es seguir la legítima autoridad, sino ir delante de ella y alzarse los particulares con los cargos propios de los magistrados, con grave trastorno del orden que Dios mandó que se guardase perpetuamente en su Iglesia, y que no permite sea violado impunemente por nadie". Enc. *Sapientiae Christianae.*

ria ejus filiae Regis ab intus. Los católicos deben ser hombres de oración, de vida interior, con la que abrirán los surcos donde ha de germinar la simiente de la unión espiritual y de la perfección evangélica.

Dios se encarga de salir a nuestro encuentro y salvar todas las dificultades. Cuanto mayores sean éstas, y más peligrosas las horas amargas que vivimos, tanto más perseverantes y asiduas deben ser nuestras oraciones, para que sea más íntima nuestra unión con Dios por el amor y nuestro parentesco espiritual con los demás hombres por la caridad fraterna.

Y así, citando otra vez a San Agustín, "mientras vivas en este mundo, ruega al Señor que no te abandone el espíritu de oración, ni te niegue el Señor su misericordia, de suerte que, mientras tú perseveres en la oración, El continúe usando contigo de misericordia".

Aunque todo el mundo se levante contra nosotros, tendremos en nuestra mano el arma del triunfo. "No hay por qué temer la ruina del edificio cuando éste se apoya sobre la firme roca de la verdad". Nadie podrá arrebatarnos el escudo de la victoria. Confiemos con fe ciega en la infalibilidad de las promesas divinas. ¿Por qué temblar ante los actuales acontecimientos, si es firme nuestra fe? Y si no lo es, ya sabemos el medio de que lo sea...

IV

EL CATOLICISMO NO HA FRACASADO

Quizás no sea simple hipótesis la de que "Dios parece estar queriendo humillar a su Iglesia, la está haciendo fracasar exteriormente", lo que serviría en los

planes divinos para afianzar en nosotros la fe y la esperanza, descubriéndonos los horizontes de una realidad eterna y verdadera.

Es preciso explicarnos para no inducir a error y evitar las muchas fantasías que pululan en el ambiente. Se habla con suma ligereza del fracaso histórico del catolicismo en los ideales sociales. *Así lo afirman con cruel regocijo los enemigos del cristianismo, viendo en este fracaso histórico el mejor argumento contra esta doctrina,* anunció ya Berdiaeff.

Los ojos humanos difícilmente vislumbran las trazas divinas. *Humanamente* Jesucristo fué un *fracasado,* y la Cruz un *desastre rotundo.* Pero nadie, en su sano juicio, echará mano de una argumentación tan pobre como ridícula para sus conclusiones históricas o morales, ya que el argumento sólo probaría una cosa: la carencia absoluta de perspectiva espiritual.

Se olvida en esta materia que el ideal cristiano, si no se ha realizado, es porque es irrealizable, plenamente, en este mundo. Por algo creemos en la inmortalidad de las almas, dogma fundamental del Catolicismo, y por algo afirmamos que la eternidad es la plenitud de la vida. Lo que quiere decir que la esencia del cristianismo es de un orden espiritual muy distinto a las realidades de orden terrenal o a las realizaciones limitadas por el tiempo.

Si la Iglesia no tuviera otro destino más elevado y absoluto que el actual y terreno, podrían admitirse los continuos fracasos suyos en el transcurso del proceso histórico humano; pero desde el instante que se acepte que su "resolución definitiva" se verifica más allá de la historia, en la Eternidad, resulta ingenuo e infundado hablar de desastres, pues ellos "tan sólo nos indican que el hombre y la humanidad tienen otro des-

tino superior y que toda nuestra historia sólo debe considerarse como un camino que nos ha de llevar a una meta suprema". Que es justamente lo que sostiene y predica la Iglesia. De donde el argumento de los pretendidos fracasos para combatirla, se torna favorable a su doctrina, nada más que con un poco de lógica elemental.

Luego *no se trata de una "derrota" de Dios, como pretenden algunos, sino de una gran derrota de toda la humanidad.* No ha fracasado el cristianismo: ha fracasado la humanidad rebelada contra el cristianismo. El cristianismo sigue siendo verdadero; pero "la cristiandad, en el transcurso de la historia, ha traicionado la fe cristiana y no ha seguido sus preceptos, y sólo después de esa traición ha comenzado a renegar del cristianismo y atacarlo, queriendo demostrar un pretendido fracaso suyo. Pero el cristianismo ha fracasado precisamente, porque los que se alzaron contra él, lo abandonaron. Toda esa argumentación anticristiana resulta, pues, una doble falsedad, una doble villanía". (Nicolás Berdiaeff).

V

VIAJEROS DE UNA PATRIA MEJOR

Pero no es esto todo; dos factores primordiales determinan los hechos humanos o el proceso de la historia: la intervención de Dios y la actividad libre del hombre. De ninguno de ambos se puede prescindir en la explicación de los acontecimientos históricos.

Es el Providencialismo, sin cuya aceptación jamás

tendrá sentido nuestra vida en la tierra ni nuestro destino futuro. San Agustín nos habla de esta concepción luminosa en páginas inmortales. Es la filosofía de la historia demostrando la mutua compenetración de *Dios con respecto al hombre y la de éste con respecto a la Divinidad.*

Ni el poder de Dios anula la libertad del hombre, ni la actividad humana logra sobreponerse a la intervención divina. Dios espera del hombre las libres determinaciones de su espíritu, y el hombre espera de Dios las dádivas de su misericordia y la luz de su infinita sabiduría.

Y el lazo de esta unión es la oración, que, cual escala de Jacob, une la tierra con el cielo. El lugar de esta cita amorosa y perenne es la Iglesia Santa, "templo sin ruina, sin desgarradura, sin división alguna", en frase agustiniana.

La *Ciudad de Dios* sigue su ruta, sin interrupción, hacia la eternidad. Sufrirá heridas en sus miembros, pero ella, la Iglesia, es *columna de la verdad* y centro de la vida espiritual. Los que la siguen llegarán a una realidad superior, progresando *de virtud en virtud con la esperanza puesta en Cristo, más que en los hombres engañosos, pues aunque procures con todas tus fuerzas llevar una vida laudable, por sólo este crimen de estar separado de la unidad de Cristo, no conseguirás jamás la vida, sino que la ira de Dios pesará sobre tu cabeza* (SAN AGUSTÍN).

No hay, pues, lugar al desaliento. Lo que ocurre es que hemos caído en una actitud de comodidad pensante. Los incrédulos no quieren admitir la intervención de Dios en el gobierno del mundo; los creyentes prefieren que Dios lo haga todo. Aquéllos, profesando el fatalismo naturalista, éstos, resignándose al fatalismo

religioso. Contra ambos absurdos se alza la fe católica y la filosofía cristiana. La vida no se acaba en este mundo: se purifica en el mundo para el logro de la eternidad. Somos viajeros de una patria mejor. Nuestro destino está en el cielo, nuestra fuerza en Dios. ¿Por qué tembláis hombres de poca fe?

Quien tiene a Dios todo lo alcanza. No déis cabida en vuestro pensamiento a ese extendido pesimismo agotador y estrecho que enerva las energías del alma. No es la religión católica la que ha fracasado históricamente: son los hombres los fracasados, por no haber tenido en cuenta sus divinas enseñanzas, por no haberlas vivido intensamente o no querer aplicarlas a la solución de los problemas que nos plantea la historia.

CONTRA EL FATALISMO REINANTE

I

SIGNO DE DECADENCIA

Los últimos acontecimientos mundiales y nacionales están creando un ambiente psicológico especial, que delata a las claras un estado de conciencia fluctuante y una merma aguda de nuestra fe.

El cristiano vive y actúa en un plano providencial, conscientemente, en oposición a aquéllos que declaman contra "el destino injusto" y se pierden en el laberinto del "acaso" o de la fatalidad de los hechos, por insuficiencia mental o por falta de sentido trascendente de la vida. Ser católico de verdad significa hacerse santo, y el santo tiene centrada su vida en Dios, conformando plenamente su voluntad a la Voluntad divina, y dedicándose con animosa confianza a *cooperar* en el *presente instante eterno,* sin los cuidados punzantes que inspira la inseguridad del futuro.

El fatalismo es un error característico de las épocas en decadencia, y las épocas de decadencia se manifiestan en la historia por la incredulidad o por el extravío de las creencias religiosas. Escepticismo y fatalismo, si gramaticalmente no son sinónimos, andan siempre juntos espiritualmente. Por ser el período que

vivimos de inevitable decadencia, con las señales anotadas, es dado observar en él tal cantidad de fatalistas seudorreligiosos que no hacen más que aumentar el fondo obscuro de la ya bastante obscuridad de su inteligencia y de nuestro tiempo.

No interesan aquí las vinculaciones filosóficas del fatalismo con otros errores modernos, por otra parte suficientemente conocidas; importa sí el análisis de esa postura condenada y condenable a la luz del pensamiento católico.

"Así como nadie ha hablado de la simplicidad, espiritualidad e inmortalidad del alma humana tan altamente como la Iglesia católica, ni la ha asentado con mayor constancia, así también ha sucedido con la libertad; siempre ha enseñado la Iglesia una y otra cosa, y las defiende como dogma de fe; y no contenta con esto, tomó el patrocinio de la libertad enfrente de los herejes y fautores de novedades que la contradecían, y libró de la ruina a este bien tan grande del hombre. Bien atestiguan los monumentos escritos con cuánta energía rechazó los conatos frenéticos de los maniqueos y de otros; y en tiempos más cercanos nadie ignora el grande empeño y fuerza con que ya en el Concilio Tridentino, ya después contra los sectarios de Jansenio, luchó en defensa del libre albedrío del hombre sin permitir que el *fatalismo* se arraigara en tiempo ni en lugar alguno". ENC. LIBERTAS.

II

LOS AGENTES DE LA CONFUSION

No es menester recalcar las concomitancias, en sus últimas consecuencias, del protestantismo y del liberalismo con el ciego fatalismo. En otras oportunidades lo hemos hecho. Tampoco, por la misma causa, es preciso señalar la influencia nefasta que dichos errores están ejerciendo en determinados sectores del campo católico. Os habrá enseñado la experiencia que hay personas católicas que no tienen un *criterio racional* acerca de los fundamentos de nuestra fe o que les falta el principio básico de su asentimiento a las verdades reveladas de nuestra religión. La razón de su creencia en una verdad no está en la *suprema razón* de que Jesucristo la haya predicado y la Iglesia la enseñe y defienda, sino en la *medida* en que dicha verdad guste o agrade a las opiniones y sentimientos personales. *Si me conviene, la acepto, y si no, la niego; si me favorece, la cumplo, y si no, la rechazo...* El capricho individual como norma y principio de fe. El individualismo religioso o libre examen, en último término. La libertad de pensamiento. Las críticas o desobediencias a la Jerarquía eclesiástica. El desconocimiento de su misión docente. Los actos de rebeldía y las escenas de escándalo. La anarquía espiritual y el quebranto de la religión. Todos los males que nos aquejan.

Así se explican —no se justifican— "ciertos hechos recientes", y otros, que no es difícil sobrevengan, semejantes o peores. La opinión sana y sensata de los católicos debe estar alerta contra los agentes de la confusión. La lealtad y adhesión a la Iglesia es garantía de

acierto y de seguridad en la conducta y en el pensamiento. *Divina est enim auctóritas, cui crédimus: divina est doctrina, quam séquimur,* podemos decir con San León Papa. La sumisión a nuestros Superiores jerárquicos y legítimos es postulado ineludible de nuestra condición de cristianos. Desconocer o negar su autoridad implica una predisposición de ánimo contraria a nuestra fe sacrosanta, y un peligro constante de extravío y perdición. *La obediencia nunca se equivoca, y siempre salva.* El acatamiento a las enseñanzas de la Iglesia, impartidas a los fieles por sus representantes, el Episcopado y el Clero, es hoy más que nunca de necesidad imperiosa.

Digo esto con dolor y en previsión de *posibles desmanes* u *ofuscaciones doctrinarias.* Porque hemos llegado a una situación *de semiapostasía colectiva.* La razón y la fe han sido suplantadas por las pasiones y los caprichos. No en vano, día tras día, el protestantismo y el liberalismo vienen con su ponzoña minando nuestras creencias religiosas... y preparando la división y discordia, en lo que son maestros consumados tales errores.

No nos dejemos sorprender: las explicaciones y los argumentos, señalándole a "determinados actos" un motivo de carácter social político, ni explican ni convencen. La causa es más profunda, aunque no todos estén en condiciones de apreciarla: *tienen un hondo significado teológico y filosófico,* en contra o a pesar de las apariencias con que sus autores o inspiradores los quieren disimular para introducir en las almas el contrabando sectario. De ahí su gravedad y trascendencia, pues diz que la fe está muy poco arraigada en los espíritus...

Urge, pues, poner coto a este mal: *El principio de nuestra fe está en la* AUTORIDAD, *y no en las tendencias o juicios personales.*

III

¿VAMOS HACIA LA IZQUIERDA?

Hemos oído hablar muchas veces de las corrientes sociales o tendencias populares hacia el izquierdismo. Y confieso que dicho lenguaje me causa no poca extrañeza ni escaso fastidio. Saben mis lectores lo que pienso acerca de estas tonterías modernas de izquierdas y derechas, *una de tantas maneras que tiene el hombre de revelar su imbecilidad.* La vida en nada se parece al péndulo de un reloj. Las ideas tampoco se encasillan en la mente como las baldosas de una calle, ni se ubican como las alforjas sobre el espinazo de un borrico...

Pero en fin aceptemos la rara terminología, aunque sólo sea para entendernos más fácilmente. ¿Es cierto que el mundo se inclina hacia la izquierda? En el orden filosófico no lo es, antes al contrario, quienquiera que esté al tanto de la marcha del pensamiento podrá observar que hoy la verdad anunciada por San León se abre camino en las inteligencias más preclaras y logra mayor número de prosélitos. *Nemo enim ad cognitionem veritatis magis propinquat, quam qui intelligit in rebus divinis, etiam si multum proficiat, semper sibi superesse quod quaerat.* El materialismo está siendo superado, si no por convencimiento, al menos por desilusión mental e insuficiencia para calmar el espíritu. El ansia de la verdad nos acerca a las cosas divinas. La necesidad de Dios, el anhelo del Infinito atrae y subyuga con fuerza irresistible. "Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti", gritan afanosamente con San Agustín. Hastío de lo material y terreno.

El interés y el influjo que están suscitando el agustinianismo y el tomismo en las escuelas o centros de estudio o de pensamiento, hacen prever para un futuro no lejano una decisiva influencia orientadora de la filosofía cristiana en la dirección del espíritu hacia el conocimiento de la verdad.

No digo que el espíritu moderno en su movimiento hacia la verdad descanse ya en su centro, en Dios, ni siquiera que este movimiento sea universal; pero se nota un forcejeo vital por desprenderse del lastre de algunos siglos de errores, y lucha por romper las fuertes ligaduras que le ataban a la materia e impedían sus elevacioies hacia la Luz. *No va de la izquierda a la derecha:* se esfuerza por ir y encontrar a Dios, que es lo que importa. Deseo, aunque impreciso, de lo sobrenatural, que es lo único que puede llenar el vacío pavoroso de las almas.

IV

LEY DE EVOLUCION INSTINTIVA

En el orden social, el movimiento hacia la izquierda ha sido también superado. No en vano pasa el tiempo y ha corrido tanta sangre por el mundo... Pero dado que esa tendencia izquierdista perdure en determinados sectores, ello proviene de las reminiscencias inherentes a toda época de transición, y más que todo al espíritu de comodidad que se opone a todo intento de renovación social. El acontecer histórico hay que encauzarlo, no detenerlo, so pena de ser arrollados por el empuje de la reacción y el desborde de la violencia. En todos

los órdenes de la vida existe la ley, podría llamarse, de *evolución instintiva.*

Los bien hallados en un cierto sistema, aunque sea injusto, ven peligros y amenazas por todas partes y para todo el mundo, cuando lo único que peligra es su posición mal habida. Ya se ha hecho un tópico corriente el llamar demagogia a todo afán de justicia. El egoísmo es ciego por definición, y no ve que sus excesos están cavando su tumba. La vida es dura como la senda del Calvario y penosa como la Cruz, y es necesario que se repartan con equidad cristiana sus alegrías y sus cargas para que los pobres mortales no desfallezcan en la *vía dolorosa.* Esto no lo comprenden los que se regodean en el vicio y gastan su existencia en artificiosas vanidades y enervantes diversiones con miras puramente terrenas.

Mas supongamos que esta tendencia en este orden fuera cierta y universal. Sería un hecho que obedecería a una causa. ¿Dónde radica esta causa? ¿No es evidente que los católicos tenemos que darnos grandes golpes de pecho, pronunciando un dolorido *mea culpa?* ¿Qué hacemos por encauzarla, evitando sus demasías?

Quien abra las encíclicas pontificias no podrá menos de experimentar una oleada de sonrojo al comprobar nuestra *insuficiencia* para hacer que sus enseñanzas luminosas informaran a la sociedad toda desde mucho tiempo ha. ¿Cómo hemos aplicado sus normas directivas a un ordenamiento social mejor?

Luego el fatalismo derrotista no tiene justificativo: ahí está el antídoto del mal, ahí está, al alcance de nuestra mano, el arma victoriosa, que es prenda y garantía infalible del triunfo. Si no existiera, tendría atenuantes nuestra cómoda fatalidad; existiendo, la entrega cobarde al fatalismo no está exenta de delito.

¿O es que creemos que Dios va a bajar del cielo a imponernos la justicia? Ya bajó una vez y nos enseñó los medios de conseguirla... *Dios ya hizo lo suyo:* ahora nos toca a nosotros disipar los resabios morales de las almas y destruir la mezquindad de los espíritus.

V

ORIGEN DE LA PESADILLA COMUNISTA

En el orden religioso hay mucha tela que cortar y no pocas cosas que decir. La Iglesia como tal ha pasado por pruebas tan cruentas como las actuales, y las ha superado con divina facilidad. Es porque la inmortalidad es su herencia y la eternidad su corona. El fatalismo aquí sólo cabe en mentes necias, y por lo mismo está fuera de lugar, ya que sería una blasfemia sacrílega contra la promesa de Jesucristo, que se obligó con su asistencia hasta la consumación de los siglos.

En cuanto a los católicos no hallo tampoco motivos serios para justificar su conducta pesimista. "El Cristianismo es fundamentalmente optimista por ser victoria de la gracia sobre la culpa, de la esperanza sobre el dolor y de la vida sobre la muerte".

Somos ciudadanos, más que de una patria terrena, de una patria celestial. Sembramos la semilla de buenas obras en este mundo para recoger los frutos de bendición en el cielo. ¿Quién nos ha prometido para aquí abajo la recompensa a la virtud? "No andéis acongojados por el día de mañana". Vivamos en la Iglesia, amemos la Iglesia, sigamos la Iglesia. Es decir, seamos católicos integrales, y no como esos seres híbridos que des-

ayunan en "liberal", van a misa porque no saben en qué emplear la mañana, almuerzan en "judío", toman un té "protestante", preparan una cena "masónica", y se echan a dormir "embrutecidos". Es lógico que se despierten con pesadillas "comunistas". Todo lo ve negro quien vive en tinieblas.

Lo peor en la vida es no ser nada. Lo trágico en los católicos es serlo a medias. Sé lo que debes ser en el presente, y no te asaltarán ni asustarán los fantasmas del futuro. Trabaja confiado en el cumplimiento de tu deber y no pierdas el tiempo en divagaciones inútiles. Los límites de nuestro poder, ha dicho un escritor, están señalados por los límites de nuestra confianza. Leyendo el Evangelio, "casi recibe uno la impresión de que la humanidad ha sido socorrida más que por el poder de hacer milagros de Jesús, por la confianza y la fe que se tenía en El".

Esto condena nuestra apatía y desaliento, el fatalismo reinante en nuestros días. Porque escrito está: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia", por su establecimiento en vuestra alma y en la sociedad, y todo lo demás vendrá por añadidura, conforme a los planes de la Providencia divina, que sabe sacar bienes de los males y ordenar todo a su mayor gloria y nuestro espiritual provecho. Dios nos ama infinitamente más que nos amamos nosotros mismos. No permitirá por lo tanto —es palabra eterna— que uno de los *suyos* perezca, así como confundirá a los que tontamente intentan escudriñar sus altísimos designios.

El cuadro del futuro debe quedar velado para nuestro propio bien, y sólo debe preocuparnos la santificación del momento presente. Para cada instante perfeccionarnos se nos promete y da la gracia, no para penetrar los sucesos y arcanos del porvenir. Seamos *apóstoles* y no pretendamos ser *profetas.*

VI

FUERZA POLITICA CATOLICA

Si en lo filosófico, en lo social y religioso llenamos nuestro cometido, lo político se soluciona por sí solo, y no hay tampoco motivos suficientes para entregarse a ese fatalismo enfermizo. No es ésta una afirmación simplista: es el resultado de la evidencia que fluye de las enseñanzas de la historia. A los que dicen que en la política todo está perdido, yo les pregunto: ¿Qué habéis hecho vosotros, señores derrotistas, por impedirlo? ¿Qué hacen los eternos descontentos por mejorarlo? Mientras no agotéis todos los recursos, no tenéis derecho a lamentaros. Los lamentos son innocuos, con frecuencia nocivos, cuando la actividad inteligente no ha prestado todos sus servicios.

Dios gobierna a los pueblos, pero lo hace por medio de los hombres. A todos nos incumbe la obligación de *actuar en política,* que no es lo mismo que hacer política. Todos tenemos que *vivir la política,* el buen gobierno de las naciones, que no quiere decir vivir de la política, que es politiquería. Todos debemos servir a la patria con desinterés y sacrificio, que no significa hacer el juego mezquino de los malos partidos políticos (1).

Se arguye que la política está reñida con la acción

(1) "La Acción Católica puede y debe hacer sentir su influjo en los negocios políticos que tocan a la doctrina y las costumbres católicas. Mas no se han de dirigir y conducir las fuerzas católicas en bien de intereses privados de particulares, sino para la mayor utilidad de la Iglesia y de las almas, a cuya prosperidad está íntimamente ligado el acrecentamiento de los intereses públicos". Pío XI. *Carta al Episcopado Argentino.*

católica. No es cierto. El que la política se haya adulterado, no justifica nuestro retraimiento y abandono. También se ha adulterado la libertad, y no renunciamos a ella. También se ha profanado la religión, y no es lógico que la abandonemos. Se han falsificado o invertido todos los valores del hombre, y no es justo ni racional que el hombre *se resigne a vivir* sin su noble dignidad y auténtica jerarquía. Con tal criterio la vida social se haría imposible o se convertiría en un remedo de la selva...

No hay un catolicismo político, pero *hay una fuerza política católica.* Por eso debemos guiarnos y trabajar por una *concepción católica de la política,* y no por *una concepción política del catolicismo.* Lo que significa que hay que informar a la política del espíritu católico, teocéntrico, en oposición al antropocentrismo antirreligioso moderno, cuyos fracasos palpamos, y que por ello mismo debe alentar nuestra acción o nuestra reacción, para ponernos al servicio del ideal cristiano, que es garantía de paz, de justicia y de orden, o sea, de sana y buena política, en cuanto es arte o ciencia de gobernar a los pueblos.

VII

HACIA UN ORDEN CRISTIANO UNIVERSAL

Lo dicho nos lleva a la consideración de otro orden de capital importancia en estos momentos de confusiones y decaimientos alarmistas. La crisis del mundo actual es una vigorosa apología de la Hispanidad, cuyos principios básicos se inspiran en la doctrina ecuménica del Catolicismo. ¡Fuera el fatalismo decadente que ator-

menta e inquieta a algunos pusilánimes en este punto!

La humanidad regida por potencias laicas y arreligiosas está demostrando su incapacidad para evitar un derrumbe sin precedentes en la historia. Su fracaso y su tragedia están proclamando muy alto la razón histórica de nuestro credo y de nuestro destino ecuménico. Unidad en la universalidad, y universalidad en la Redención, y redención de todos los hombres ratificando su igualdad esencial, es la herencia de nuestra cultura, y la cultura-clave de nuestra grandeza en su función rectora de naciones católicas con la esperanza de plasmar la paz y la justicia en un orden cristiano universal. Reconocimiento de nuestra misión transcendente y de nuestra personalidad histórica, y afirmación de la solidaridad social, de la libertad legítima y verdadera grandeza.

Porque, ha dicho muy bien una revista chilena, "sólo en los pueblos hispánicos se da esa vocación misionera de la Cultura Cristiana, esa necesidad vital de engendrar nuevos pueblos y de prodigarse en ellos, ese anhelo prodigioso de ecumanicidad, esa creencia generosa en la igualdad esencial de todos los hombres y en su capacidad de salvación; por eso debe decirse que sólo en los pueblos hispánicos puede encontrar el mundo una FUERZA POLÍTICA lo suficientemente espiritualista y heroica para realizar en la Historia un Orden Cristiano Universal".

Esto debe llenarnos de aliento y de legítimo orgullo, venciendo toda idea fatalista y haciendo caso omiso de esas voces discordes y discordantes que como cuerdas viejas y *flojas* suenan de tanto en tanto en lánguidos ataques contra la Hispanidad gloriosa. No hay que hacerse mala sangre por los dislates de cerebros incomunicados...

Se ha escrito en un diario de Buenos Aires que en España se estableció "una teología de miedo que contuvo el desarrollo de la fe en su legítimo esplendor". Perdonadla, Señor, que es ignorante. Pues únicamente siéndolo en grado sumo pudo afirmar que "la actual situación de la nación ibérica (está) completamente al margen de las orientaciones pontificias", cuando nunca tuvo España desde su Siglo de Oro un gobierno y una *política* tan imbuídos del pensamiento católico como los actuales.

VIII

CONTRASTE MUY SIGNIFICATIVO

Contrasta sobremanera este lenguaje de una escritora que se dice católica con los conceptos de S. S. Pío XII dirigidos recientemente al pueblo español [1]: "Dejadnos hablar así con entraña generosa del rico terruño español, *dispuesto siempre para todo lo bueno y todo lo grande.* Y porque había sido ya celo de defensa de la integridad de vuestra fe en los siglos primeros y celo después la cruzada multisecular durante la dominación árabe, y celo finalmente la epopeya gigante con que España rompió los viejos límites del mundo conocido, descubrió un continente nuevo y lo evangelizó para Cristo...

Los nombres providencialmente reunidos en haz fraternal, de Bernardo Francisco de Hoyos, Agustín Carcaveraz, Juan de Loyola y Pedro de Calatayud, dicen

(1) Alocución pronunciada desde el Vaticano el 18 de noviembre de 1945 con motivo de conmemorarse en la Madre Patria el Centenario del Apostolado de la Oración.

más que un volumen de historia, porque muestran la generosidad con que el alma española correspondió a aquel nuevo esfuerzo de misericordia divina, a aquella redención amorosa, que la caridad inagotable de Dios ofrecía a la triste humanidad del siglo XVIII. Con ellos estalló el incendio hasta entonces latente, y al soplo de la gracia divina se alzó luego la llama de cuyo último resplandor está siendo teatro esa magnífica plaza de Armería, donde nos parece que os oímos gritar hasta enronquecer: "Reinará, sí, reinará en España y con más veneración que en otras partes; reinará en esta España de sus predilecciones, aquí reunida para darle gracias, para repetir sus propósitos y para renovar su consagración... A las puertas del solar ibérico donde aun humeaban los restos de una hoguera terrible, la algarada no pasó adelante y fué una grande señal de las misericordia divina [1]. Por eso vuestra asamblea de hoy ha de ser ante todo la asamblea de la gratitud: "Gracias, Señor, como en ocasión solemne se dijo un día, gracias por habernos librado misericordiosamente de la común desgracia de la guerra, que tantos pueblos ha ensangrentado"...

Además España se presenta hoy ante el Corazón divino evocando aquella luminosa mañana del 30 de mayo de 1919, cuando toda la nación, por boca de su Soberano, quedó consagrada al Corazón de aquel Señor que estaba expuesto sobre el altar de un magnífico monumento en el centro de la península. Hoy, en el lugar santo, queda solamente un montón de ruinas.

Pero queda siempre también allí algo que no puede ser destruído con ningún explosivo, y es la fuerza del

---

[1] Se refiere a la no entrada, verdaderamente providencial, de España en la última guerra y que asomó a sus fronteras.

espíritu, *la fuerza que salvó vuestra fe al sonar para vosotros la hora dolorosa; la fuerza que hoy (y con gran placer reconocemos) se muestra en la potente vitalidad católica de vuestra patria;* obra de amor que el Sagrado Corazón de Jesús reserva para ella y del concurso de tantos buenos españoles; la misma fuerza que ahora os ha reunido en esta asamblea y os hace exclamar otra vez con toda la sinceridad de vuestra alma hidalga y generosa: ¡Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de las ciencias y de las letras, y en nuestras leyes e instituciones patrias!".

El pensamiento, pues, del Papa y de la Iglesia no puede ignorarlo ningún católico medianamente instruído. ¡Cómo se explica entonces esa campaña tan desaforada e insidiosa?...

IX

NO DA PERAS EL OLMO

La ignorancia yo la disculpo, y hasta es disculpable que una escritora de pocos estudios y escaso talento y menos cordura descubra lo que no vieron los grandes sabios que en el mundo han sido, o sea, que hay una teología católica *española,* otra teología católica *argentina,* otra teología católica *yanqui,* otra teología católica *francesa...,* y así hasta el infinito, aunque ello fuere absurdo. No vamos a pedir peras al olmo. Pero lo que no tiene disculpas son las tonterías de este calibre: "Los teólogos españoles suscitados por la época inquisitorial española, dejaron una escuela que ha producido

una inmensa variedad de escritores católicos, los cuales se dedicaron a desarrollar doctrinariamente la negación de las libertades y derechos del hombre, base de la antidemocracia, y cuya prédica recrudeció para contrarrestar las consecuencias de las libertades políticas y civiles conquistadas en todo el mundo por la Revolución Francesa"!!!

¡Válgame Dios, y esto no lo comprendieron los estudiosos de tantos siglos! La historia nos habla de aquellos grandes teólogos españoles que fueron luz de Trento y asombro del mundo por su ciencia y su cultura y *por su defensa del libre albedrío,* y ahora resulta... lo que habéis leído... Resultó "la temible teología española, rebelde a la libertad y a la democracia"... [1].

Las que resultan *bien manifiestas son las patas de la sota,* es decir, las intenciones de la susodicha escritora. "De hoy en adelante, para colaborar con la Iglesia será menester ser demócrata". ¿Para llegar a esta enormidad era preciso contradecir la historia, so pretexto de un estudio del último mensaje papal? ¿Es esto además lo que aflora evidentemente del pensamiento de S. S. Pío XII? ¡Cuántos andan sueltos por el mundo...! ¡En verdad que en las casas de locos no están todos los que son!...

Decididamente, la mujer ha nacido para el cuidado del hogar, y no para el manejo de la pluma. Es una convicción que se va arraigando cada vez más fuertemente en mi espíritu. Las excepciones confirman la regla. Que no está en mi ánimo ofender a nadie ni

---

[1] Los nombres de Láinez, Soto, Salmerón, Castro y demás Padres españoles de Trento brillan como figuras estelares en la historia del pensamiento católico. Por eso ha podido decirse que "el Concilio de Trento, el más importante de la Iglesia, fué tan español como ecuménico".

restar méritos a quien los tiene... Pero son tan asombrosas las cosas que en el referido artículo se dicen, que es difícil en tan pocas líneas resumir adrede mayor número de disparates y sandeces. Privilegio del histerismo desbordante de quien, prima facie, parece que ha perdido enteramente el raciocinio.

"España, bajo el amparo poderoso de la Virgen del Pilar y del glorioso apóstol Santiago; España, fiada en el amor de aquel Corazón adorable que sobre su suelo triunfa en cien monumentos y en mil altares; España, sólidamente apoyada en su firme tradición católica, en la intercesión de sus grandes santos y en la enseñanza de sus insignes teólogos y doctores; España, asistida por la clara inteligencia, indomable voluntad y corazón firme de sus mejores hijos, encontrará también hoy su camino y por él seguirá derecho hasta la meta que la divina providencia le ha establecido, acordándose siempre del aviso del Señor: "Quicumque glorificaverit me glorificabo eum; qui autem contemnunt me erunt ignobiles".

Este es nuestro paternal deseo y esto es lo que para vosotros pedimos, amados hijos, mientras como señal de afecto y prenda de las mejores gracias, bendecimos al Jefe del Estado, a las Autoridades y fieles, al Episcopado, al Clero y a toda la católica España, objeto siempre de especial amor para el corazón del Vicario de Cristo".

Estas palabras con las cuales termina su mensaje Pío XII equivalen a la mejor apología.

X

SEAMOS LO QUE DEBEMOS SER

La extensión de estas sugerencias me obliga a un breve resumen a fin de concretar mi pensamiento. El fatalismo no cabe en inteligencias bien formadas. La lucha es ley de la vida, y no es cuestión de ponernos a llorar como mujeres en los momentos en que hay que luchar como varones.

A los que dicen que todo está perdido, yo les contesto que Dios hizo curables a los pueblos. Deber de los católicos es proporcionarles la medicina y el remedio con la ejemplaridad de su conducta y la actividad de su pensamiento. Lo único que me asusta un poco es el silencio sepulcral que observo a mi alrededor, índice revelador del raquitismo de la vida religiosa. Intensificar esta vida religiosa es imperativo primordial de nuestros días. Pero intensificarla, no conforme a nuestro parecer, sino *conforme al magisterio infalible de la Iglesia.*

A quienes dicen que *parece que Dios quiere castigarnos con el comunismo,* les replico que esto es absurdo. Ignoro lo que Dios tiene predispuesto para el futuro. Sólo sé que El desea mi propia santificación en el presente y la salvación de todos los hombres. Sé que estoy en sus manos y que su Voluntad divina me gobierna; ¿qué mella pueden hacer en mi confianza los acontecimientos humanos si todos han de desenvolverse en la órbita de su Providencia? Me place lo que un escritor ha dicho, que Dios emplea su misericordia en esta vida, reservando para la otra su justicia. Si nuestros pecados merecen castigo, purguémoslos nosotros mis-

mos con la penitencia. ¿Por qué han de ser otros los instrumentos necesarios de mi propia expiación? Puesto que tengo que subir el Calvario, es más noble y meritorio subirlo voluntariamente que no hacerlo arrastrando. Puesto que tengo que crucificarme con Cristo, yo extiendo mis brazos en la Cruz para que la Sangre divina suavice mis heridas y quite al dolor sus amarguras. ¿No es esto lo que dictan la razón y la fe?

Es curioso que quienes menos honran a Dios con sus actos, sean los más propensos a meter a Dios en todos los desperfectos de los hombres... Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti, dijo San Agustín. Pero ya decíamos que el fatalismo tiene sus raíces en la incredulidad o en la disminución de la fe. Pongamos lo que está de nuestra parte, y no tentemos a Dios pidiéndole arreglos que están en nuestras manos. Dios no atiende ruegos necios ni puede cohonestar holganzas...

Por otra parte yo me resisto a creer que los pueblos hayan perdido el instinto de conservación y se *resignen a ser pasto de las fieras* o de las feroces hordas *comunistas*. Si el milagro es necesario, se producirá el milagro, por donde menos el hombre piense. La naturaleza tiene reservas incalculables. Y no está muerto quien pelea. Hay una providencia, y hay almas que diariamente se inmolan por los pecados del mundo, *golpeando reciamente* a las puertas de la misericordia infinita. ¿Todo esto no vale nada? "El Hijo del hombre no vino a perder las almas, sino a salvarlas". Y *"el comunismo es intrínsecamente perverso"*.

Sólo tiemblan los hombres de poca fe, mereciendo justamente el reproche enérgico de los labios divinos. Ni la fatalidad ni el temor al comunismo deben inquietarnos en demasía, entorpeciendo nuestro tesón cristia-

no. Los incrédulos sólo conquistan el terreno que abandonamos los católicos. La planta comunista sólo germina en campos preparados por la injusticia, la traición y la cobardía. Los sin Dios y los sin Patria nada pueden contra quienes hacen de su vida un holocausto a Dios y un servicio a su Patria. Las ideologías foráneas se vencen vigorizando el espíritu de nacionalidad. De la barbarie se triunfa con la fidelidad y el incremento de la propia cultura, que en nuestro caso es la hispanocriolla.

Vivamos la hispanidad en su magnífica amplitud y en sus grandiosas posibilidades. Hispanoamérica, nacida a la cultura bajo el signo de la Cruz por obra de España, tiene aun muchas *palabras de salvación* que enseñar a la humanidad, contra tantas ambiciones imperialistas y tantas apetencias económicas. Asumamos la responsabilidad del momento histórico preciso, siendo católicos conscientes, hispánicos indomables y argentinos invencibles, o si queréis, seamos fieles a nuestro origen, a nuestra tradición y a nuestro destino. Lo demás sobrevendrá como la añadidura evangélica, prometida a los corazones valientes y esforzados en la conquista de su reino.

VALOR ESPIRITUAL DE NUESTRA HERENCIA

I

FIDELIDAD A LO NUESTRO

Porque hay entre nosotros quien prefiere lo extraño a lo propio, lo exótico a lo legítimo, lo protestante a lo católico, conviene ahondar en la esencia y el valor de nuestra heredad hispánica y cristiana, y defenderla con tesón y valentía contra los mercaderes del espíritu y los traficantes de la nacionalidad, en la creencia de que sólo siendo fieles a nuestro estilo propio y a nuestro ser religioso tradicional podremos afirmar la grandeza característica y vigorosa de nuestro destino.

La hispanofobia es una enfermedad ya crónica en muchos espíritus, extraviados más que perversos. La propaganda tendenciosa o sectaria, y otros medios deleznables, los ha sumido en un complejo de inferioridad. "Hijos todos de una misma conquista, descendientes todos de un mismo tronco, herederos todos de una misma fe, nos hemos separado de nuestras tradiciones, y hemos ido a buscar en los figurines del extranjero

exóticas vestimentas, para cubrir una pretendida desnudez". [1].

Contra este estado fluctuante de la conciencia, contra este espíritu de la división y la inquina, por cuyos resquicios penetra la negación de nuestro ser, tenemos que reaccionar valientemente y luchar cuerpo a cuerpo, si no queremos perder por completo la propia personalidad histórica.

No hay motivos, ni razonables ni históricos, para

---

(1) Claro es que hay espíritus, muchos y muy buenos a Dios gracias, libres de esta desdichada enfermedad. Léanse estas frases de la brillante escritora MATILDE V. BARCENA, aparecidas poco ha en "El Pueblo": "Por sobre todo, la amamos y la veneramos porque España es España, porque es siempre Ella misma: con un alma latina que vive y sufre, llora y ríe, ama y odia espontáneamente, como un niño. La amamos porque es Conquistadora y Maestra de nuestras almas argentinas. Porque es la *Santa Madre Patria* que nos legó la fe católica y la Cruz de Jesucristo, enseñándonos a luchar y a morir si preciso fuera por esa fe y por esa Cruz, como Ella lo ha hecho.

Queremos a la España desde lo recóndito de nuestro corazón argentino, porque ni podemos ni queremos renegar de tan honrosa ascendencia; porque nos ha enseñado a amar lo que Ella ama, y a arrojar de nuestro lado lo que, escurridizo y despreciable, está fuera de lugar en estas tierras. La veneramos porque es campeona de la fe, y heroica defensora de la Iglesia; porque hace apenas unos años se desangraba en su propio suelo, y era mártir sin morir, sino renaciendo a la Vida sustancial y perfecta con que Dios coronó su victorioso esfuerzo. Y la amamos, por fin, porque cuanto es argentino Ella nos lo ha legado: porque nuestra fe es la suya y nuestro idioma su regalo; y también porque —como buenos hijos suyos— se nos ha pegado un poco mucho su sangre latina y morena... Que aunque haya argentinos rubios, no los puede haber espiritualmente sajones.

Amarla así es, en cierto modo, garantía de la posesión de las mismas cualidades con que España se engalana. Pues no se puede ser a un tiempo mediocre y español; ni ser de esos que entienden tolerancia por debilidad y complacencia por cobardía, y se confiesan al mismo tiempo como latinos y católicos. Como tampoco cabe encontrar un español cien por cien que no tenga sus defectos. Tal vez no pocos, pero que emanan todos ellos de un temperamento tormentoso inclinado a los extremos y despreciador de la medianías"...

creernos inferiores a los pueblos de otras razas. Nadie nos ha superado en el culto de los valores del espíritu. Nadie nos ha igualado en la jerarquía moral de nuestras conquistas y de nuestras conductas. Ninguna nación nos aventaja en dignidad y nobleza.

Como católicos tampoco tenemos por qué avergonzarnos de nuestra herencia nobiliaria. "Siempre nos fué sumamente amada, dijo Pío XI, la noble nación española por sus insignes méritos para con la fe católica y la civilización cristiana, por la tradicional y ardentísima devoción a esta Santa Sede Apostólica y por sus grandes instituciones y obras de apostolado, pues ha sido madre fecunda de santos, de misioneros y de fundadores de ínclitas Ordenes religiosas, gloria y sostén de la Iglesia de Dios".

Y últimamente, en su mensaje reciente a la Argentina con motivo de la Consagración nacional al Corazón de Jesús, la autoridad más alta de la tierra, el siempre amado Pontífice Pío XII, acaba de darnos el ejemplo de evocar el recuerdo evangelizador de la gran hispanidad, para estímulo y aglutinante de todos los católicos de nuestro país.

No hay, pues, desmedro ni deshonra en declararnos hispánicos hasta la médula, ya que el 12 de Octubre, día de la Hispanidad y de universales resonancias históricas y fervores cristianos, es nuestro mejor título de nobleza, por ser la fecha central de una civilización inspirada por Dios, afianzada en Dios y en nombre y gloria de Dios cumplida; por ser el punto culminante de un proceso histórico y de un acontecimiento ecuménico, el mayor y más transcendental de la humanidad, después de la Redención del mundo por Jesucristo, en frase de León XIII.

Es por lo mismo la fecha más pura y genuina-

mente española y americana, porque en este día América y España se unieron para siempre con los lazos indisolubles de la sangre, del espíritu, de la fe y de la historia, en unidad de pensamiento, de creencias, de ideales y de destinos. Y esta unidad maravillosa se consagró junto al altar y bajo la mirada sonriente de la Virgen como para darle un carácter sacral y eterno. Más aún: convirtióse en realidad histórica merced a las bendiciones y al amparo de María, como para demostrar a las generaciones futuras que era más inspiración divina que realización humana.

He aquí lo que ha de constituír la idea fundamental de las palabras y conceptos que vais a leer a continuación, los cuales quisiera que cayesen en vuestro corazón, si no con la elocuencia requerida por los grandes acontecimientos, al menos con los raudales de fervor patriótico y religioso que estimula a bendecir a Dios por sus bondades con sentimientos de gratitud creyente y con anhelos de conducta ejemplarizante.

II

NUESTRA MISION MARIANA

Dios Nuestro Señor distribuye los dones de la naturaleza y de la gracia conforme a los altísimos designios de su providencia en el admirable gobierno del mundo y en relación consiguiente a los nobles fines señalados desde la eternidad al hombre y a los pueblos. Es la repartición gratuita de talentos, de que nos hable el Apóstol, según la vocación que cada ser, individual y social, debe desarrollar en la vida en corres-

pondencia amorosa al fin supremo de ultratumba. Y al Señor le plugo enriquecer a España con el don que pudiéramos llamar mariano, en el sentido de que María fuese el eje diamantino de su historia, la inspiración sublime de sus gestas gloriosas, el ideal de sus conquistas y la fuerza de sus grandezas nacionales, y el impulso vital de su exuberancia religiosa.

Con el nacimiento de España a la fe, recibió del cielo su misión mariana y se transformó en el pueblo cantor de la Virgen por excelencia, inoculando en el espíritu humano, entre otras mil bellezas y realidades fecundas, la idea universal del influjo decisivo que tiene la madre en el desarrollo de la vida espiritual y en la consecución de los destinos eternos. Teniendo a María por madre, la pobre humanidad ya no es el triste huérfano de todos los paganismos, que desenvuelve sus actividades en la amarga soledad del desamparo y del infortunio. Tiene un corazón siempre abierto a sus miradas, a sus gemidos, a sus inquietudes y a sus lágrimas. No, no está solo el hombre en su dolor que tiene conciencia de un corazón materno que le sonríe desde el cielo y le acompaña en sus amarguras. Un sol de consuelo ilumina toda la vida y fortalece el pecho con la esperanza y la alegría.

A despertar este sentimiento en la conciencia universal ha contribuído España con esa modalidad de su espíritu mariano que dió carácter indeleble a sus empresas y tonalidad de epopeya a sus conquistas y trasunto de heroísmo a sus hijos. Jamás nos explicaremos la historia de España si prescindimos de esta índole peculiar y providencialista de su alma. España sin la Pilarica, sin el altar sagrado de Zaragoza, cuna de su nacionalidad y foco inextinguible de su gloria, sería un contrasentido, un fenómeno inexplicable que sale de los

marcos de la lógica y de las leyes históricas de la naturaleza humana.

Pero centrad en su pensamiento y en su vivir ese hecho-verdad de nuestras tradiciones, haced que de él fluya la savia fecundante, la sangre espiritual que anima todo el organismo hispánico y lleva por sus venas el fervor encendido de un entusiasmo religioso que no se apaga, de un amor cristiano que no se marchita, de una fidelidad trascendente que no fenece ni sabe de renunciamientos, y veréis surgir con su sello propio la personalidad hispánica, señera y magnífica, en el concierto de los pueblos y en la trayectoria de los siglos, como una plenitud de grandeza en el drama humano de la historia, como una acción guiada por la diestra del Omnipotente, que aunque poblada de peripecias y de catástrofes dió como conjunto y resultado final en el tiempo el destino solemne y providencial de la más grande y más alta civilización que hasta ahora se conoce.

Es, decía, el sello mariano, el signo de su conciencia histórica, que España a su vez ha grabado en el mundo espiritual que la Providencia le confiara como radio de su acción evangelizadora y cristiana. No me preguntéis por las características de esta constante hispánica, porque ellas escapan a la expresión de la palabra y a la fuerza del raciocinio.

Son múltiples y variadísimas como las energías del sentimiento y las palpitaciones del corazón. Hasta casi os diría que son contradictorias, porque nunca el corazón y el sentimiento, de donde toma eficiencia la vida moral, se ajustan a la regularidad de la matemática ni a la monotonía del cálculo.

III

CORRESPONDENCIA HISPANICA A LOS FAVORES MARIANOS

Pero precisamente en esto radican su belleza y grandiosidad insuperables. España ha obrado siempre por corazonadas. Nunca se ha movido por intereses mezquinos, ni por ambiciones económicas. Nunca ha buscado la riqueza con menoscabo de su honor. Nunca ha sido calculista en sus métodos ni en sus relaciones, porque el cálculo mercantil procede siempre del egoísmo, y el egoísmo nacional, si acrece las riquezas materiales y aumenta las finanzas, destruye la armonía y la concordia entre los pueblos. Por eso España no habrá dado al mundo grandes mercados ni colosales industrias, ni fabulosas empresas comerciales, pero ha enriquecido a la humanidad con un imperio, el imperio de la fe, y se ha hecho acreedora a ser considerada como la escuela del idealismo, en frase de un argentino ilustre.

Y por eso también sus hazañas son inimitables y llevan ese rasgo inconfundible de generosidad que sólo puede provenir del corazón. Es lo que ocurre al hombre y a los pueblos que viven influenciados por la acción reguladora de la madre. Heredan de ésta el impulso magnánimo del corazón más que el frío calcular de la inteligencia, y hasta son más asequibles al influjo de la verdad, de la verdad total, que es la divina, y que como ha dicho Pascal nos viene por el corazón, así como la verdad humana nos llega por el entendimiento.

Y María, en su advocación del Pilar, se adueñó del corazón de España, y España puso toda su actividad en servicio del corazón inmaculado de María. Repasad las

páginas de nuestra historia, que la historia de España es también historia de América, y comenzando por el primer templo en que se le rindió culto, el Pilar de Cesaraugusta, encontraréis en todas ellas esa mutua correspondencia de favores marianos y de servicios hispánicos, que es jalón hermosísimo de sus anales y heráldica de sus grandezas. Aquel santuario erigido a María fué copiosa fuente de gracias divinas para los que se convertían a las doctrinas redentoras y baluarte inexpugnable donde se refugiaban y hacían invictos los hijos de la Cruz. Quizás ningún pueblo como el español haya sido tan fieramente azotado por las olas de la tempestad desencadenada por el error y el paganismo de todos los tiempos. Pero eso mismo ha contribuído a templar su carácter tan generoso como recio, tan indómito como efusivo, y a que haciendo derroches de heroica virtud esplenda en la historia del catolicismo con relieves singulares el genio indomable de nuestra raza.

Del corazón procede la vida, nos dice la Escritura, y toda la vida de España está regulada por los impulsos de su corazón, convertido por María en fortaleza indestructible contra la que se estrellarían siempre, impotentes, todas las iras gentílicas y sectarias y todos los odios encrespados, antiguos y modernos, del error y de la incredulidad. No importa que por su suelo bendito corra a torrentes la sangre cristiana de sus hijos, porque tiene conciencia exacta de su misión evangélica y sabe que en la divina realidad del Evangelio, de la que ella es portaestandarte, no hay Tabores sin Calvarios, y presiente que a la grandiosa apoteosis de sus mártires ha de suceder la página épica de Granada y la gloria inmortal del descubrimiento de América, y la cruzada insuperable del Alcázar de Toledo.

¡Y qué bien sabía la Virgen del Pilar que al elegir la tierra hispana por su morada y el corazón ibero por su trono, el genio español había de corresponder espléndido a sus regalos y a sus amores! Veía en perspectiva histórica que nuestras patria había de ser donde más se cantasen sus alabanzas y más se ensalzasen sus glorias, y que los españoles, para mejor glorificarlas, habían de descubrir un mundo bellísimo y llevar su imagen de triunfo en triunfo por esas tierras americanas, para que también en ellas reinase, para que también en ellos sonriese, constituyéndose en Madre amantísima de sus dichosos moradores.

IV

CULMINACION DE UN PROCESO HISTORICO

Sí, los españoles no se contentaron con que María fuese amada y glorificada en España: quisieron que doquiera se le amase y glorificase, y por eso descubrieron este magnífico mundo americano y se lo ofrecieron como un trono de gloria apropiado a su realeza y hermosura, e hicieron que desde la Sierra Madre hasta Cabo de Hornos, donde se levantan los santuarios de Guadalupe, del Cobre, de Luján y otros mil, fuesen otras tantas tierras marianas, que la honrasen y venerasen con el mismo entusiasmo y la misma fervorosa devoción con que se la venera y honra en el terruño de la vieja Península, como no podía menos de suceder entre gentes que tienen todas las españolas virtudes, como vástagos que son de la misma sangre y

retoños genuinos de la misma raza. De ahí que si España se lo debe todo a la Virgen, quien infundió aliento y valor a aquellos adalides de la fe y héroes de la religión, estimulándolos a redoblar sus bríos y heroicidades en la conquista espiritual de nuestro suelo, si España, digo, es España por la Virgen, América es de María por España, y América y España son una unidad de varios pueblos nacidos de la Cruz en el regazo maternal de la Reina gloriosa de la Hispanidad.

No es por mera coincidencia ni por obra del acaso que en una misma fecha celebremos la Virgen del Pilar, el Descubrimiento de América y el Día de la Raza. Son tres expresiones que revelan unidad de valores espirituales en que culmina el proceso histórico de un pueblo familiarizado con la gloria que llegó a estrechar el globo entre sus potentes brazos, no para explotarlo, ni para esclavizarlo, ni para estrangularlo o reducirlo a servidumbre, sino para arrodillarlo ante Dios, que es la única forma de hacer a los hombres libres, y elevarlo en adoración sublime hasta la Cruz, que es síntesis de todas las grandezas divinas y humanas. Sí, la hispanidad es la antítesis de la esclavitud, porque la hispanidad es catolicismo en acción y en pensamiento, y el catolicismo es la religión de la verdadera libertad, de la libertad de hijos de Dios, proclamada y sostenida por el Evangelio.

Voy a terminar: me impuse la dura obligación de obedecer lo imposible y de enumerar lo innumerable, ya que las glorias de España forman una sola y no interrumpida constelación en el cielo de la humanidad, donde todo átomo luminoso es estrella y donde todas las estrellas forman un sol: el sol ardiente, puro y esplendoroso de la hispanidad. Por eso no me he detenido en contar las hazañas épicas de nuestros mayores, por-

que amén de resultar una empresa incalificable por lo atrevida, nunca me ha estusiasmado la descarnada crónica, que si tiene el valor y la exactitud científica de las matemáticas, carece de fuerza vital para hacer batir las alas del espíritu y del corazón por los cielos y horizontes elevados de la patria. Y he querido remontar las cumbres, como los videntes insignes del pasado, ya que sólo así esas glorias, desde las alturas de las grandes síntesis de la filosofía de la historia, las podemos ver en toda la totalidad de sus efectos y consecuencias; las abarcamos en toda su transcendencia e importancia, en toda su magnitud y grandeza; las contemplamos como a vista de águila, cerniéndonos majestuosos sobre los abismos del pasado, erguidos sobre las cimas del presente, adivinando los horizontes del porvenir.

V

FE EN EL PORVENIR HISPANOAMERICANO

Yo tengo fe inquebrantable en los destinos superiores del mundo hispánico, sencillamente porque creo en los valores imperecederos y eternos del espíritu, que son los que dan gloria y esplendor a la humanidad. Es cierto, dolorosamente cierto, que hasta ahora los historiadores no nos han hecho sino escasa justicia, a pesar de tener una historia que fascina, como afirmara el brillante escritor norteamericano, Lummis: "No se nos ha enseñado a apreciar lo asombroso que ha sido el que una nación mereciese una parte tan grande del honor de descubrir a América, y sin embargo, cuando lo estu-

diamos a fondo, es en extremo sorprendente". Y "el honor de dar América al mundo le pertenece a España; no solamente el honor del descubrimiento, sino el de la exploración que duró varios siglos y que ninguna otra nación ha igualado en región alguna". De ahí, que ningún americano amante de la valentía, del heroísmo y de la justicia, podrá desentenderse jamás de la magnífica exploración de las Américas por los españoles, que "fué la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la historia".

Pero la injusticia no puede durar siempre: sólo pueden odiar a España los corazones mezquinos; sólo pueden difamar a la hispanidad las almas envilecidas por la pasión [1]. Tengo fe en la hispanidad, porque ella,

---

[1] Quienes todavía recelan de España y de la Hispanidad, debieran meditar con calma estas bellas frases de Enrique Larreta: "Hace treinta años, veinte años, ayer, en éste como en otros países de América española, se renegaba de España..., sin un ápice de agradecimiento y con la mente ofuscada por la fogarada juvenil.

Pero crecimos, nos hicimos grandes; empezamos a reflexionar, a recordar, a enterarnos; y sucedió lo que tenía que suceder. La tirana aquella, la de medicina amarga, la que pretendía tenernos pegados al regazo, la regañona, la majadera, vímosla un día, y de repente, como a la madre venerada. Poesía, gloria, amor.

Estudiamos; y aquella conquista de América que con tanta saña difamaron algunos historiadores, se nos presentó como obra fabulosa, de sobrehumana grandeza; y las leyes de Indias, la "cruel" política indiana, como uno de los más grandes monumentos del genio del hombre, por su profunda sabiduría, su disciplina, siempre derecha, su elevación moral, tan cristiana, tan noble.

Viajamos, y el pasar por España, de vuelta de París, y al descubrir a Avila, Segovia, Salamanca, Toledo... y al pensar que todo aquello podíamos llamarlo nuestro, y que podíamos, asimismo, decir, por ejemplo: "nuestro Cervantes", sentimos...; pero esto saben expresarlo mucho mejor los ojos, cuando los enciende el orgullo, después de larga y oscura ingratitud.

Quedaba, es cierto, esa voz interior, que nos habla de decadencia, con palabras que nos sabíamos todos de coro,

identificada con el catolicismo, ha hecho ver al mundo "que lo que envilece y degrada a las naciones no es la falta de cultura material, sino de valor moral, de virtudes, de espíritu de sacrificio y de abnegación, y que los héroes verdaderos, si los produce en el suelo y en el clima la raza, nunca florecen con más lozanía y vigor que a la sombra augusta de la Cruz".

Tengo fe en la hispanidad porque es suma y compendio de valores cristianos, y es el paladín de la idea religiosa, base y sostén del engrandecimiento espiritual del hombre y de los pueblos, y porque ha hecho del honor un culto, de la caballerosidad un sentimiento nacional, de la honradez un procedimiento secular, de la hidalguía una herencia nobiliaria de la estirpe, del heroísmo un ideal de la raza, de la religión un elemento sustantivo de su ser y del credo católico una parte esencial de su grandeza y de su gloria.

Tengo fe en la hispanidad por su devoción a la Virgen Santísima, porque los pueblos que aman a María, aman la enseña sublime de la Cruz, que es el símbolo de toda cultura, de todo progreso, de toda civilización, de todas las reservas morales de la humanidad.

Tengamos, pues, todos patriotismo y fe en lo hispánico, que es lo mismo que en lo católico, ya que

---

desde la escuela, pero comprendimos; y de tan alta manera, que, la soñada decadencia se nos antoja la más grande gloria de España.

En efecto; para hacer antaño lo que España hizo, era menester arrancar al hombre de su cuotidiana y vulgar condición, aplacar en él sus instintos terrenos, bajunos; formar varones heroicos, líricos, idealistas, quijotescos, exaltando, sobre todo, el desinterés, la abnegación, el ensueño, la honra.

¡España! Nación alada y armada; nación arcángel —la que tenía que descubrir y conquistar el Nuevo Mundo—, y, acaso, la más grande de todas, en la Era Cristiana, porque así como otras, muy admirables, continuaron a Grecia, España, su reverso, la complementa; y forma, con ella, la esfera cumplida, en el mundo de los valores estéticos y morales".

cuando no hay fe, la luz y la verdad dejan de derramar sus rayos de oro sobre los campos de la patria, y cuando no hay patriotismo, es que ya no queda ninguna otra virtud, porque el patriotismo es la flor que últimamente se marchita y agosta en las regiones del espíritu. ¡Y desdichados los pueblos cuando esta virtud deja de florecer y alentar el pecho de sus hijos!

Más que a la ofuscación y al pasionismo de esta hora, más que a las vicisitudes, a las arbitrariedades y confusiones del presente, atendamos a las voces de nuestro destino, marcado por la gloriosa epopeya de la reconquista española, de la insuperable odisea de la civilización americana y de la estupenda cruzada de Lepanto, en que España, siempre fiel a su vocación de evangelizadora de pueblos, en defensa de la cristiandad y de la fe y bajo la protección de la Pilarica, asombró al mundo con su poder y lo maravilló con su gloria. Salga un clamor brillante de gratitud imperecedera de esta tierra bendita, donde tanta sangre y tantas lágrimas y tanto sudor de cuerpo y alma derramó aquella España inmortal, que la sacó de entre las tinieblas del no ser, de entre los abismos del mar, de las garras de la barbarie y de la superstición, que la dotó con su fe, con su lengua, con lo más precioso de su sangre y con todos los frutos de su civilización, para que fuese continuidad de sí misma, tierra de la esperanza cristiana y aurora de un porvenir de paz con que soñaron nuestros mayores.

LA HISPANIDAD Y LA DEMOCRACIA

I

EL DERECHO ESPAÑOL NO SE FUNDA EN EL ROMANO

A título de curiosidad para los estudiosos y de información para las personas sensatas, voy a resumir en síntesis apretada de hechos y conceptos un ensayo interesantísimo del licenciano mejicano Toribio Esquivel Obregón, en el que demuestra "la raíz democrática de nuestra raza, cuyo derecho no se fundó en los duros principios del romanismo, sino en las altas disposiciones de la justicia natural". Todo el mérito de las ideas que siguen, pertenecen, exclusivamente, a dicho autor.

Aunque el estudio fuera escrito para el público de su patria, entiendo que no carece de importancia entre nosotros donde abundan tanto los eternos detractores de lo hispánico o los que por ignorancia o error histórico juzgan que la hispanidad y la democracia son conceptos antitéticos, cuando la realidad de los hechos manifiesta todo lo contrario.

Comienza el autor señalando que la circunstancia de que España fuera una provincia del imperio de Roma, bastó para aceptar como verdad indiscutible que el derecho español tiene su origen en el romano. A

sostener esta creencia ha contribuído el influjo de las enseñanzas jurídicas en las escuelas poniendo el derecho romano como antecedente de nuestro derecho, sin pensar siquiera en enseñar y aprender directamente el derecho español que nos rigió durante tres siglos y que tenía ya una historia varias veces secular.

Es evidente, afirma el doctor Obregón, que el cristianismo en el orden moral no fué un perfeccionamiento de lo romano, sino una oposición total, dando al hombre fines superiores a los del Estado y vinculando la religión con la moral.

Cuando la invasión de los bárbaros, España en sus dos terceras partes cayó bajo el poder de los visigodos. La cultura jurídica de éstos la encontramos reflejada en estas frases de Tácito: "Para elegir a sus reyes consultan su nacimiento; para sus caudillos el valor. El poder de sus reyes no es ni ilimitado ni independiente, y los caudillos mandan más con el ejemplo que con la autoridad: si son valientes, los distinguen; si combaten en primera fila, conquistan su admiración. Sólo a los sacerdotes les es permitido castigar y flagelar, no como pena ni por orden del caudillo, sino como mandato de los dioses".

Totalmente distinto del derecho romano, diferencia profunda que conviene no olvidar por las enseñanzas y consecuencias que contiene.

De los visigodos salieron los reyes y la nobleza de España. El hispano-romano cedió su lugar en todo, menos en la religión: *los reyes tuvieron que abjurar el arrianismo para hacerse católicos como el pueblo.*

En los primeros tiempos hubo dos leyes, la romana y la visigótica, según las cuales eran juzgados los elementos que constituían el reino. Pero a partir del siglo VII en que apareció el Fuero Juzgo, esta ley fué apli-

cada a visigodos e hispano-romanos. "El derecho romano desapareció por completo, salvo algunos detalles que no afectaron la unidad fundamental de la cultura jurídico-visigótica".

II

FUENTES DEL DERECHO HISPANICO

Es interesante ver cómo en el mismo preámbulo de dicho código hallamos la célebre frase: *Rex ejus eris si recta facis, si autem non facis non eris,* que expresa, por su hondo contenido, todo un tratado de filosofía cristiana.

"La diferencia fundamental entre el derecho romano y el derecho español está en las fuentes de donde dimana". En Roma la ley procedía de una autoridad previamente constituída, y por eso la formación del derecho tiene su origen en los decretos del Senado, o en los de la plebe reunida en comicios, o en los edictos del pretor, o en las sentencias de los jurisconsultos y en las constituciones de los emperadores. En cambio, en España aparecen dos fuentes del derecho desconocidas de los romanos: *"el derecho natural y las costumbres, y de tal manera son importantes que superan a las leyes dadas por el rey".*

Así, los reyes españoles, cuando ocupaban el trono, tenían que jurar que habían de guardar y respetar las costumbres de su pueblo, tanto las eclesiásticas como las laicas. *Y "si vos mentira jurades, plega a Dios que vos mate un traidor que sea vuestro vasallo"*, dijo el Cid a Sancho II después de haber cumplido el requisito.

Ahora bien, las costumbres son la forma más espontánea, segura y noble de expresión de la voluntad popular. En cuanto a la ley natural, como fuente de derecho, no hay para qué encarecerla. Sólo sobre esa base quedan a salvo el libre albedrío y demás atributos del hombre, ya que no es otra cosa que lo que dicta la razón en cada caso conforme a los fines humanos, según enseña la sana filosofía.

El cristianismo introdujo la superioridad de fines en derecho. Y la legislación española tomó de la filosofía cristiana dicha superioridad de fines humanos, reconociéndolos por ley positiva, para que el individuo, con plena responsabilidad de sus actos, obtuviera el premio o el castigo en una vida ultraterrestre, en un todo conforme con la doctrina católica.

Durante la invasión sarracena en la península, los españoles, a falta de una autoridad central, rigiéronse por los *fueros* o costumbres locales, que los conductores de la reconquista hubieron de respetar para atraerse la ayuda de las poblaciones. Más tarde los reyes, lograda la unidad nacional, hubieron de reconocer igualmente: "a todas las ciudades, villas y lugares del reino les fueron guardadas sus libertades, franquezas y bienes, usos y costumbres, según les fueron juradas por los reyes", *porque tienen derecho natural en sí.* (Ley 2, tít. 2, Partida I).

Señalemos el principio, siempre admitido, de que cuando el rey mandara algo contra fuero o derecho, no debía ser cumplido su precepto, pues se entendía que había obrado por *obrepción* o *subrepción,* es decir, por ignorancia o por engaño.

III

EL DERECHO ESPAÑOL EN AMERICA

De este modo, con preponderancia del derecho natural y de las costumbres, pasó el derecho español a América, combinando el concepto visigodo de la autoridad con los principios de la filosofía cristiana. "El rey, por medio del Consejo de Indias, no intervenía sino para aprobar, previa la debida coordinación, todo ese movimiento legislativo, inspirado sólo en la razón y en las costumbres".

Léase la legislación de Indias y se verá que toda ella se caracteriza por dos tendencias: "la de hacer del precepto legal un tanteo susceptible de enmendarse según lo pidiera la complejidad de los hechos en cada lugar, y el respeto a las costumbre de los pueblos". Baste este solo testimonio: "Las leyes y buenas costumbres que antiguamente tenían los indios para su buen gobierno y policía, y sus usos y costumbres observadas y guardadas después que son cristianos, y que no se encuentran con nuestra sagrada religión ni con las leyes de este libro, y *las que han hecho y ordenado de nuevo,* se guarden y ejecuten y, siendo necesario, por la presente las aprobamos y confirmamos". (Recopilación de Leyes de Indias, ley 4).

De todo lo dicho acerca del predominio de las ideas cristianovisigodas en la legislación española, se deducen algunas consecuencias importantes. La ley exigía amplísima información y exacto conocimiento de la realidad de las cosas y de los intereses y finalidades de los grupos sociales que la componían. *Nada de abstracciones ni irrealidades.* Porque "si la ley suprema era el

derecho natural, y éste debe seguir fielmente a la realidad de las cosas para determinar lo que es bueno y lo que es malo, entonces aquéllos solamente que conocen las cosas son los que pueden legislar sobre ellas".

Lo que implica a su vez que "aquellas leyes eran la voluntad del pueblo propiamente dicha, la voluntad que dinama únicamente del conocimiento, porque voluntad sin conocimiento es un contrasentido". Y si como ha dicho un autor: "la clave de toda la estructura del gobierno democrático es el principio de que el poder y la responsabilidad deben estar íntimamente unidos y no separados... y desde el punto de vista constitucional ésta señala una diferencia crucial, acaso la distinción más vital entre dictadura y democracia", síguese entonces que la hispanidad ha sido la más auténtica democracia que se conoce en la historia.

El pueblo dictaba sus leyes en lo que sabía, y los funcionarios quedaban sujetos a una responsabilidad como jamás se ha conocido después. Los virreyes, al darles su título de mando, conocían los capítulos a cuyo tenor habían de ser interrogados en su juicio de *residencia*. "Ninguna democracia moderna ha ideado hasta ahora ni podría tolerar un procedimiento de responsabilidad más eficaz y severo que el español de la *residencia*, y más aún, *de la visita;* virreyes vimos destituídos por un visitador y castigados por la *residencia;* oidores y magistrados, altos y bajos, sabían que al dejar el mando, cuando ya no tuvieran influencia ninguna, habrían de contestar a los cargos que les hiciera el más humilde de los súbditos".

IV

CATACLISMO EN EL ORDEN LEGAL

Resultaba una forma sincera y sana de democracia, cuyo sistema legislativo y normas jurídicas eran un homenaje al derecho natural y a las costumbres, es decir, al *conocimiento previo de los hechos y al ajuste exacto de la razón y de la ley a esos hechos.* Más aún: el texto de la legislación española, donde no se encuentran las palabras "soberano" y "soberanía", indicadoras de la potestad absoluta, es una negación del principio básico del derecho romano: *Quod principi placuit legis habet vigorem,* pues es conocido el hecho de que siempre los juristas y teólogos hispanos sostuvieron que era lícito y heroico matar al *tirano,* sin que los reyes intentaran nunca condenar tales doctrinas.

Pero llega la época de la independencia, y predominan las ideas francesas, a su vez influenciadas por el Código Napoleón, eminentemente romano por su formación y por sus tendencias. Entonces se produjo aquí, dice nuestro autor, *lo que no vacilo en llamar un cataclismo en el orden legal.* Aparece el antiguo principio de absolutismo, con la sola diferencia de que el príncipe es ahora un congreso de hombres irresponsables y que no necesitan saber. El derecho natural no cuenta o es considerado como una patraña. Los pueblos tienen que abandonar sus leyes y costumbres en nombre del *progreso.* Surgen por primera vez las palabras *soberanía* y *soberano,* atribuídas al congreso de hombres que no necesitan más que saber leer y escribir para dar leyes uniformes y obligatorias, sin tener para nada en

cuenta las necesidades populares ni la realidad de las cosas...

Y sucede lo asombroso o la magia de la oratoria y de la técnica: "el nuevo régimen se llamó de democracia y libertad. A sus partidarios, a los que creyéndose superiores al pueblo se arrogaban el derecho de reformarlo, se les llamó demócratas y liberales. Y a los amantes de las tradiciones y costumbres populares, *de las leyes dadas por el pueblo que conocía las cosas y apreciaba los hechos más que la oratoria;* a los que añoraban *por la residencia y la visita,* a éstos se les llamó retardatarios, absolutistas y serviles"... ¡Y la gente, siempre crédula, comulga con esas ruedas de molino de la mentira histórica y la falsedad sistemática!

Cosas veredes, Sancho...: en un régimen que se dice democrático, la equidad y las *cortes de cancillería* no tienen lugar, y ni los jueces ni los tribunales pueden ya oponer la razón y los hechos a la ley. Hasta se cambió la forma de la misma ley: antes cada precepto iba acompañado de su razón; ahora el *legislador no se preocupa de convencer, simplemente manda.*

"Los técnicos encuentran esto admirable; pero no cabe duda que ello fué una novedad introducida de improviso, un cataclismo legislativo que trascendió a todo el orden social, y los pueblos, que estaban bien hallados y tranquilos con el antiguo régimen, como cosa propia, se levantaron en revoluciones, sienten que hay algo extraño que altera todas las funciones del organismo social, y se agitan en movimientos convulsivos e inconscientes, tratando de eliminar el morbo: sin atinar con la causa ni con el remedio".

V

FUIMOS SACADOS DE QUICIO

Al fenómeno de nuestras frecuentes revoluciones se le ha señalado la causa de una neurosis incurable inherente a nuestra raza, incapaz de orden social. Es un error. Si cierta la gravísima enfermedad que padecemos, ella no obedece precisamente a un espíritu anárquico y revolucionario, sino a que los pueblos fueron sacados de sus quicios y sienten el anhelo de que en la sociedad haya funcionarios públicos con conciencia de su responsabilidad y experimentan los impulsos espasmódicos por un orden moral y *buscan en la ley algo que no fuera nada más que la voluntad del príncipe* o *del que manda,* sino una garantía de sus costumbres, tradiciones y derechos, *cosas hispánicas* a las que no quieren renunciar.

Por eso desarrollan esos esfuerzos vitales, de energía y lealtad, hacia lo nuestro.

"En un enfermo la fiebre es la lucha por volver a la salud. El espíritu anárquico y revolucionario nos ha venido de fuera. Nuestras revoluciones son la fiebre de todo organismo para desechar el cuerpo extraño que lo molesta y destruye. Nuestras revoluciones son el síntoma por el cual la naturaleza nos amonesta", aunque de una manera informe y monstruosa si se quiere. Pero erraríamos el diagnóstico y la cura si creyéramos que ellas son la causa de nuestro mal.

"La causa del mal está en que hemos abandonado la verdadera democracia de tipo cristiano visigodo, es decir, hispánico, para adoptar la falsa democracia de tipo imperial romano revestida con apariencias anglo-

sajonas. La causa es que los pueblos ven despreciadas sus costumbres y se ven constreñidos a obedecer leyes que no tienen en cuenta lo humano y racional".

¿Qué hacer entonces? "Hoy las revoluciones son ya imposibles, los Estados Unidos no nos las consienten y extienden su manto protector a nuestros gobiernos... El mal aumenta, porque la autoridad ya no tiene ni aun esa forma de responsabilidad a que acudían los pueblos vejados. Y el efecto natural, inevitable de toda irresponsabilidad, es la corrupción, la corrupción que cada día crece."

"Méjico comenzó a disolverse con la idea anglosajona de democracia (¿no podría decirse lo mismo de otras naciones?) y sigue hoy disolviéndose bajo el manto encubridor de nuestros buenos vecinos.

Es muy difícil saber si en el estado a que han llegado las cosas hay remedio. Habemos algunos que creemos que lo hay: que tenemos fe en la tenacidad hispánica y nos dedicamos a atacar la causa: el error histórico. No venimos del imperialismo romano, sino de la sana y verdadera democracia hispánica.

Si tuviéramos que definir *lo hispánico* tendríamos que buscar aquellos factores constantes en el curso de la historia de España, y entre esos factores constantes encontraríamos la democracia, el gobierno de la voluntad del pueblo; pero entendámonos, si hablamos de voluntad, hablamos necesariamente de conocimiento; la democracia hispánica es así verdadera, sincera, y se opone a esa otra democracia que supone el absurdo de la voluntad sin conocimiento; o, lo peor aún, con un conocimiento superficial enciclopédico, y más malo todavía, una voluntad desviada de propósito por el error que difunden líderes sin conciencia y prensa mercenaria.

El Derecho Español, producto espontáneo de la raza, no admitió como fuente la voluntad del príncipe, sino el dictado de la razón para legisladores y jueces y el respeto a las costumbres, suprema voluntad del pueblo.

VI

FIRMES EN NUESTRO IDEAL

¿Qué podríamos añadir a tan contundentes razonamientos? Después de reseña tan concisa y de palabras tan claras, parece superfluo todo comentario. No nos forjamos, sin embargo, la ilusión de que se convenzan las gentes que piensan y obran con harta mala fe. Seguirán hablando contra la hispanidad en nombre de "su" democracia y llamando a los hispanistas antidemocráticos impenitentes...

Ante los hechos sobran las discusiones. Nosotros seguimos firmes en nuestro ideal, porque somos hispánicos invencibles y demócratas sinceros o porque queremos continuar la realización de la hispanidad en la democracia, o la realidad de la democracia en la plenitud de la hispanidad. No nos seducen las palabras ni nos fascinan los espejismos: vivimos de realidades, pues la historia se escribe con hechos.

Y nuestra historia, o el destino histórico de la argentinidad, y de hispanoamérica, está indisolublemente ligado, por su origen y su esencia, a la Hispanidad, que es, repetimos, la más sana y ejemplar democracia, la única democracia que en lo temporal —no hablo de lo religioso— no ha sido un mito. Por eso

queremos un mundo menos inmundo y más limpio de mentiras; y una democracia orgánica no basada en la propaganda, sino en las necesidades del pueblo.

De ahí que cuando los últimos Romanos Pontífices hablaron al mundo de democracia cristiana, su lenguaje era ya para nosotros conocido. Cuando propugnaron un ordenamiento más justo de la sociedad, nosotros presentamos nuestro conjunto de leyes hasta ahora el modelo más perfecto y acabado de sabiduría y de justicia. Cuando defendieron los derechos del pueblo a intervenir en sus negocios y múltiples necesidades, nosotros ofrecíamos nuestras *cortes* y corporaciones surgidas directamente del pueblo y con facultades y poderes en la vida jurídica de la nación. Cuando se propuso el mejoramiento necesario de la clase obrera, nosotros habíamos puesto en práctica el sistema comandaticio, por el cual todo obrero o empleado estaba en condiciones de mejorar su posición social y alcanzar un beneficio económico durable.

Cuando, en fin, se han visto los peligros del afán de lucro o acaparamiento de las riquezas, fomentado por el capitalismo moderno, nosotros pensamos en nuestros gremios o cofradías de oficios, como un gran remedio contra los desmanes de la usura. Esto no significa que la hispanidad se haya adelantado al pensamiento de la Iglesia, sino que la Iglesia ha visto en ejecución sus enseñanzas en la hispanidad, ya que el alma de la auténtica hispanidad es el espíritu eterno de la Iglesia.

VII

LA VIEJA DEMOCRACIA HISPANICA

Es cierto que a este nuestro modo de ser se le llamó quijotismo; mas es el quijotismo que ve a Dios en todas las cosas, hasta entre platos y pucheros como Santa Teresa.

Fuimos teólogos hasta en el comercio, puesto que "el comercio español se basaba en principios de solidaridad y de justicia y en la virtud de la esperanza, en la firme creencia en la posibilidad de salvación de todos los hombres de la tierra", una de las verdades más sólidas del Catolicismo.

Los pueblos de la hispanidad no habrán hecho los pingües negocios de otras naciones, ni siquiera, por ser más pobres, podrán contar en su haber centros tan espléndidos de beneficencia social; pero, en cambio, tienen algo mejor, la dignidad del trabajo y el hacer sentir al más pobre y humilde que entre hombre y hombre no hay diferencia esencial.

He aquí la más noble y augusta democracia, "la vieja democracia hispánica" que tiene por fundamento uno de los postulados más altos de nuestra fe, la conciencia de la paternidad de Dios, y su consecuencia inmediata, la fraternidad de todos los hombres, capaces todos, por su libertad, de salvarse o de perderse. Todos somos hermanos, hasta en la incertidumbre de nuestro destino eterno, y por lo mismo, todos debemos tratarnos como hermanos.

De donde deducimos que la incredulidad es la antidemocracia. El democratismo, la falsificación de la democracia, ha combatido siempre a la hispanidad porque

ésta ha puesto en su esencia la idea religiosa. Y como la idea religiosa es el alma de nuestra vida, nosotros combatimos con ardor y entusiasmo al democratismo. Porque sabemos que *o la democracia será cristiana o no habrá democracia.* Este es nuestro credo, la certidumbre inquebrantable que alienta a los hijos y defensores de la hispanidad.

LA RELIGION CATOLICA Y LOS CATOLICOS

I

RENACIMIENTO DEL ESPIRITU RELIGIOSO

La manera de ser de los espíritus de hoy denota que estamos implicados en un mundo de conturbadora pesadilla. Un completo e inextrincable embrollo parece presidir las manifestaciones todas del pensamiento. Ningún principio se admite por inconcuso, ninguna regla de operación se tiene por universal e inatacable, ninguna costumbre tradicional o centenaria se respeta, escribió el eminente agustino P. Bruno Ibeas. "Un vendaval furioso parece haberse desencadenado sobre las planicies de ayer, hasta cierto punto, tranquilas del entendimiento, el corazón y las conciencias, barriendo cuanto en ellas había construído el tiempo en reposo fecundo de siglos. No hay más que conflictos de ideas, doctrinas y tendencias. Se diría que está en vías de realizarse una inversión completa de valores o un desmoronamiento definitivo de la razón".

La causa profunda de este caos y anarquía espiritual la encuentro en esta frase de Eucken: "Aun cuando la negación de la religión se extienda por la superficie de la vida, en realidad aquélla renace, los hombres suspiran por una vida interior y eterna". *(Los Grandes Pensadores)*.

El hombre, por grande que sea la remoción de directivas mentales y prácticas, no puede prescindir de la idea religiosa, que lo acucia con influjo avasallador y multiforme. Niega lo que es innegable y vital en su ser. Y cuando ya se ha creído libre de ese *atormentador* íntimo, surge su voz con inclemente y desafiante pujanza. Y entonces, quizás sin quererlo, ensaya o deja en sedimento, junto a tendencias negativas o destructoras, aspiraciones o exigencias positivas y reconstruyentes.

Y así, según hemos visto y señalado, en filosofía empieza a destacarse la dirección realista del pensamiento, de la que es síntoma y reflejo la influencia creciente en la actualidad pensante de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino con su respectiva escuela. En política cuajan o se anhelan formas o sistemas mantenedores de la autoridad y del principio orgánico del orden, alma y fundamento de toda democracia verdadera. "En ciencias se impone el ascenso de lo fenomenal a lo trascendente y de lo fragmentario a lo sintético". En derecho vuelve a prevalecer lo natural sobre lo positivo o accesorio, con respeto de las costumbres, el lenguaje más sabio con que el pueblo hace oír sus necesidades y sus cosas, cuyo influjo prevaleciente en lo jurídico corresponde en gran parte, si no en su totalidad, al Catolicismo y a la Hispanidad. En la vida aparece un fondo de seriedad consciente, y, bajo apariencias frívolas o ingenuas, existe implícito un anhelo de integración radical del proceder, es decir, de unión compenetrada y vibrante del pensamiento y la conducta.

Son, pues, evidentes los centros de convergencia y atracción en la actual efervescencia tumultuaria de ideas. Con el Génesis podemos decir que "la tierra era un desierto y un vacío y las tinieblas estaban sobre el

haz del abismo, y *el Espíritu de Dios ventiscaba sobre las aguas*". Es el espíritu de Dios que aun se siente *entre los escombros acumulados por el espíritu del hombre.* Es la fuerza de la religión, o por lo menos el eco religioso, que renace y vibra entre las ruinas de la impiedad, la negación o la indiferencia.

II

CONQUISTAR ES NUESTRA DIVISA

¿Qué nos incumbe en esta hora a los católicos? Aprovechar la coyuntura con una vida religiosa intensa, encauzar esa efervescencia ideológica, en torno a la cual se está forjando una sedimentación profundamente religiosa, porque lo objetivo, orgánico y sintético no son más que formas larvadas de lo religioso. Y sólo la religión católica puede ofrecer el ideal y ser el término de esas exigencias de unidad religiosa, clave y síntesis de todas las unidades.

Para ello hay que reconquistar el terreno perdido y levantar el lema evangélico de acción del P. Hecker: "Yo tomo la cruz por bandera con una sola palabra por divisa: conquistar". Actitud conquistante primeramente en el campo de las ideas donde siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas, en frase de Menéndez y Pelayo. Mantenimiento y expansión de nuestros prestigios históricos y tradicionales, hispánicos y católicos, con el esfuerzo inteligente y vigoroso de sabios paladines de las creencias cristianas.

Un escritor nuestro ha dicho que la "recuperación

económica supone una restauración total. Una restauración total supone el restablecimiento de la Justicia. Y el restablecimiento de la Justicia supone la adoración de la Verdad y la primacía de la Inteligencia".

Es lógico que el vacío de pensamiento engendre una crisis profunda en la vida religiosa. La escasa vibración que alcanza el sentimiento de la fe en las conciencias, y la consiguiente laxitud de que en la conducta adolecen, son síntomas visibles e innegables de la carencia del saber filosófico-teológico especializado y universalista. "Obsérvese que, lo mismo en el orden de la naturaleza que en el del espíritu, cuando el sol no ilumina a plomo las altas cumbres es porque se halla en pleno ocaso".

Necesitamos, por consiguiente, una consagración máxima a los estudios analíticos y apologéticos de la fe, para salir de la intensa depresión de vida religiosa en que nos vemos. Como muy bien vino a decir Chautebriand, la irrupción de las ideas precede a la irrupción de los bárbaros. Los católicos no pueden, y si pueden, no deben, conformarse con una cultura cinematográfica o novelera.

La escasez extrema de nuestra instrucción dogmática y moral razonada hace que nuestro catolicismo haya perdido la vitalidad creadora de otros tiempos. Un sentimiento de tristeza indisimulable se apodera de nuestra alma cuando vemos que hoy la fe no hace surgir, como lo hizo por doquiera antiguamente, las obras maravillosas del entendimiento y del arte, ni existen los macizos y elevados caracteres que llegó a forjar en luminoso e indomable acero, así como tampoco la pasión fogosa de afirmación y conquista con que conmovía

y galvanizaba a las muchedumbres. Y tenemos que convencernos de que *la cristalización en obras de ciencia, estética y moral es tan indispensable a los credos religiosos como la procreación a la vida"*.

III

EL MUNDO DE LOS CREYENTES Y EL MUNDO DE LOS INCREDULOS

Hay por lo tanto que elevar el nivel de cultura religiosa. No es posible —y si lo es, es condenable— que un católico ignore las verdades más esenciales y comunes de un credo, al que está adscrito, modelador de su conciencia y resolutor de los trascendentales y pavorosos problemas que a la mente plantea el más allá de la vida. No es posible que haya católicos ayunos por completo de lo que un simple catecismo contiene, o que desconozcan el significado, el alcance y la fundamentación de los preceptos cristianos más elementales.

Tenemos que reconocer, doloridos y confusos, que la ignorancia religiosa más crasa, aun en los que por su formación intelectiva, sus roces constantes, sus lecturas extensas y su inquietud espiritual obligada, comprende a la inmensa mayoría de los bautizados. Y esta verdad fatal encierra consecuencias deplorables y alarmantes: las prácticas piadosas son deficientísimas; la participación en los actos del culto y de la vida religiosa es escasa o rutinaria; la única manifestación de vida sacramental existente se concreta a la recepción del bautismo y del matrimonio y de la primera comu-

nión, de una frivolidad irritante; y aterran los informes y estadísticas de los que cumplen con Pascua y reciben los sacramentos a última hora...

Sí, es cierto de toda certeza *que nuestro catolicismo pasa en estos momentos por una grave crisis, y es porque muchos católicos conocen mal su religión,* o *quizá la conocen bien, pero la practican mal.*

Con acierto escribió Tihamér Tóth: "Todos somos cristianos; decimos diariamente el Credo, pero ¿con qué disposición de ánimo? ¿Conocemos bien nuestra fe y le tenemos el amor debido? Dos grupos de hombres, dos mundos completamente extraños, viven hoy, el uno junto al otro, en nuestro derredor; dos mundos, entre los cuales es tan grande la tensión, es tan agudo el antagonismo, que ya se sienten sus consecuencias hasta en el hogar, y se levantan murallas infranqueables separando hombres que se ven obligados a vivir juntos, y nacen la discordia y la amargura entre los mismos hermanos.

Es algo que espanta ver esta yuxtaposición de estos dos mundos que pugnan entre sí: el mundo de los creyentes y el de los incrédulos. Lo que es santo para la esposa, es motivo de sonrisa para el esposo. Lo que quisieran practicar los niños, se lo prohiben sus padres. Lo que para la generación antigua era una verdad santa, es llamado "rancio y anticuado" por la generación nueva. Lo que un grupo de hombres considera como base de la cultura humana, el bando contrario lo mira como un lastre superfluo... ¿No necesitamos, pues, conocimiento adecuado para poder responder de nuestra fe ante todos los hombres?"

IV

LABOR INTENSA DE CATOLICISMO

En tiempos no lejanos la religión hallaba refugio eficiente y seguro en el corazón de la mujer, o más exactamente, en el corazón de la madre. De ahí partían las grandes iniciativas morales y los recuerdos religiosos que conservaban el culto católico en los hogares y en el templo con fervor y prestancia, porque ella, la madre, advertía a los hombres el tiempo para confesarse y oír misa y las obligaciones referentes para contraer matrimonio y bien morir.

Pero hemos progresado mucho, nos hemos extranjerizado demasiado, y adquirido costumbres exóticas de otros pueblos, contrarias a nuestras modalidades y extrañas a nuestra raza. Desde que la mujer ha abandonado el hogar, para dedicarse al deporte, a la natación, al golf, al tennis, o a pasar horas y horas sentada en las confiterías tomando copetines y fumando cigarrillos rubios, desde entonces, digo, el cumplimiento de los deberes religiosos en los varones se halla en notable descenso, donde no se ha extinguido por completo.

Considérase la práctica de la religión como un asunto privativo de mujeres. Los hombres ya no se creen en la necesidad de ser religiosos, porque en la clase culta o distinguida prima la fórmula de *ser cristiano de corazón y liberal racionalista de cabeza,* y en la clase media o menos ilustrada la otra ya vieja *de vivir como pagano y morir como cristiano.* No hay otra norma más alta que regule nuestra existencia.

De donde se induce el apremio urgente de desarrollar una labor intensa de catolicismo tanto apologé-

tica como ejemplarizante, a fin de que el pensamiento y las conductas experimenten un cambio o transformación substancial y vuelva a "vivirse" la religión católica en todo su esplendor ideológico y expresivo y en toda su rotundidad masculina .y conquistadora. Porque hoy "los hijos pródigos son muchos más que los hijos prodigios".

A ello han ido encaminadas las páginas que anteceden, con el propósito de contribuir a formar en los católicos una convicción esclarecida y profunda que impregne todo el ser en que radica y despierte en su voluntad una pasión desaforada y modeladora de cuantas manifestaciones integran la vida, única forma de salir de ese estado deprimente del espíritu esclavo de la carne y del placer y de elevar las facultades todas todas del alma a la altura tonificante de la "fe que nos hace vivir", como diría Joergensen.

La religión católica, si ha de realizar esa obra de liberación espiritual, sacando al hombre de esa esclavitud a que le tienen reducido la incredulidad y los instintos pasionales, no puede concretarse en los católicos a una especie de rico frasco de esencias, en el que sólo existe algo de perfume residual. Con dialéctica inspirada en la Revelación debe descubrir a los escépticos de nuestro tiempo, como San Pablo a los de Areópago, las magnificencias de Dios envuelto en las claridades convincentes de una lucubración racional elevada y aguda, y con un vida ejemplar basada en las enseñanzas de la fe debe revelar a Cristo entre rompientes de gloria a todos los perezosos morales, *que dormitan tranquilos sobre el Tabor de la inconsciencia o la dejadez religiosas.*

V

NI OPTIMISMO INCONSCIENTE NI PESIMISMO ENERVANTE

No son óbice insalvable los obstáculos de la hora. Antes que nosotros iniciaron y desenvolvieron una misión análoga los apóstoles que nos precedieron en otros campos, sembrando, quizás en condiciones y circunstancias más adversas que las nuestras, la mies evangélica, cuya dorazón misma atrajo más tarde segadores numerosos que recolectaron ubérrimos frutos.

Las dificultades de la empresa no deben apocar ni entumecer a quienes tienen conciencia de *que todo lo podemos en Aquel que nos conforta*. "Nada es imposible para un espíritu acuciado por el anhelo creador o conquistante. Lo que entorpece o traba las obras de la inteligencia y del esfuerzo es el optimismo inconsciente y sandio, que todo lo ve de color de rosa, o el pesimismo cobarde y muelle, que todo lo enneblina o enluta. El labrador no piensa al verter la semilla sobre el surco en el nubarrón estival, que acaso machaque y destruya la planta en sazón".

Tomemos de este ejemplo insinuante el aliento necesario para reintroducir a Cristo en el alma de los que no creen o creen mal con *las armas de la luz*, que son los argumentos de la verdad predicada y vivida. Yo estoy plenamente convencido de que gran parte de nuestra perversidad es ceguera, porque los hombres son más ignorantes que malvados.

Estas son mis palabras finales al cerrar este modesto ensayo sobre la religión católica y los católicos. La historia nos sorprende en una encrucijada tremen-

da. No quiero perderme en conjeturas. Sólo afirmo que el porvenir de la civilización está implicado en el porvenir del Catolicismo. Recristianizar el hombre es salvarlo. Evangelizar la sociedad es civilizarla. Y civilizar católicamente es *mostrarse hombre entre hombres y para los hombres, es rehumanizarse.*

¿Quién no ve en este fluir de ideas y conclusiones el ideal pletórico y sublime de nuestra hispanidad gloriosa? América nació a civilización por la fe y la hispanidad, y sólo en la hispanidad y en la fe encontrará vida dinámica y civilizadora, porque los pueblos que quieren subsistir no pueden contrariar las exigencias de su ser o naturaleza, que son leyes imperativas e invadientes de su historia y corrientes vitales del pasado que empujan al presente hacia el destino nacional.

¿Que esto parece hoy un desatino? Pienso que la fe intrépida es vida, y la vida animada por la fe es pasión árdida y arrolladora que sólo se sacia con las locuras sublimes y ennoblecientes del sacrificio. "El donadio mayor de que nos hizo merced Cristo es el de revelarnos la humanidad de Dios y la divinidad del hombre". Esta revelación se manifiesta en la Cruz. Con Ella y en Ella se solidarizaron Dios y el hombre para siempre. Desde entonces la palabra *imposible* carece de significación católica.

Evoquemos la Cruz que es traer a la mente el módulo de toda perfección. Es el ideal más puro del amor. Es la realidad más bella de perdón. Es el tribunal más alto de la justicia. Es reconocer y aceptar el dolor como ley fundamental de nuestra vida. Es, en fin, bendecir una religión que nos sobrepone a los decaimientos de nuestra débil naturaleza.

Porque nunca apreciamos tan justamente el valor del Catolicismo como cuando llegan las horas amargas

del sufrimiento o los trastornos del mundo caen como plomo sobre nuestra alma. Entonces una maravillosa paz inunda nuestro corazón, al pensar que la vida no es más que un estado preparatorio, cuyo blanco no se cifra en el desenfreno de las pasiones o en los halagos del goce, sino que se encamina a la forja del espíritu, madurándolo para su destino eterno.

Hagamos pues que todos los hombres se compenetren de la verdad y de la virtud de nuestra Religión, comenzando por hacerla realidad consoladora y conquistante de los mismos católicos en unidad de pensamiento y de acción, en espíritu de concordia y de justicia, en desbordamiento generoso de amor y de caridad, hasta que el "*mirad cómo se aman los cristianos*" vuelva a ser un argumento convincente de nuestro apostolado como en los primeros tiempos del cristianismo.

Para el logro de esta finalidad suprema necesitamos hoy como medio, dadas las modalidades peculiares o características de nuestra época, de un arma poderosísima, la prensa católica, sin la cual nuestro esfuerzo religioso-apologético carecerá de eficiencia atrayente o de fuerza expansiva.

Juzgo de tal importancia y trascendencia este punto que dedicaré a su estudio todo el capítulo que sigue, último de este libro, o epílogo de estas páginas, ya extensas en demasía.

INDUAMUR ARMA LUCIS

I

VISION PANORAMICA DE LA REALIDAD AMBIENTE

Una visión panorámica del estado de conciencia en que nos hallamos servirá de premisa esclarecedora en el desarrollo del tema. Todo apostolado que aspira a ser fecundo, debe conocer ante todo el campo en que actúa. Y nuestro catolicismo es más hábito de herencia que "fe que nos hace vivir", según antes dijimos. Falta en él la convicción clara y profunda, que impregna todo el ser en que radica y despierta en su voluntad una pasión desaforada y modeladora de cuantas manifestaciones integran la vida.

Descartados los que sólo se llaman católicos a regañadientes en casos de grave apuro, abunda entre nosotros el tipo del que se declara tal, y quizá por tal se tiene, pero creándose un catolicismo a su gusto, que por el hecho de ser puramente personal, no es el Catolicismo verdadero, universal, objetivo, independiente de personales interpretaciones, sino un catolicismo nominal, substancial y aun etimológicamente absurdo. Abunda también el del indiferente que se llama católico por el solo hecho de estar bautizado y la circunstancia me-

ramente negativa de no haber apostatado públicamente de la fe, quizá porque ni aun para eso se acuerda de ella, y piensa y habla y obra como un impío o un sectario positivo.

Más difundido aún está el tipo del liberal, en su estricto sentido eclesiástico, para quien la religión es cosa puramente espiritual, tan espiritual que nada tiene que ver con el orden externo de las acciones humanas, por lo cual es muy católico en el *santuario de la conciencia,* donde nadie puede averiguarlo, pero es un acatólico en todas sus acciones y palabras privadas y públicas. ¿Y quién no conoce el del católico liberal, que admite las manifestaciones privadas del sentimiento religioso, pero niega a la Iglesia toda intervención en la vida pública, hombre que oye misa las fiestas de guardar y *asiste a funerales* o reza el rosario, y no tiene luego reparo en legislar como lo haría un incrédulo o prestar su apoyo a todas las soluciones contrarias a los intereses católicos?

Con todos ellos se dan la mano el católico más o menos resabiado de espíritu liberal, siempre opuesto a lo que él llama intrusiones de la Jerarquía eclesiástica; el católico prevaricador, que creyendo en globo en el dogma, no sabe resistir los halagos de la gloria, del bienestar, de la ambición y el ansia de medro personal, y vende su conciencia por el plato de lentejas que se llama un puesto o una distinción; el del católico débil, que se ve atado por compromisos políticos, por afecciones o simpatías, quizás por las imperiosas exigencias de la lucha por la vida, al carro de la incredulidad, que le lleva a remolque, pero al fin le lleva: hombre excelente mientras no se encuentra de frente con un conflicto de

conciencia que exija resoluciones heroicas, de las cuales es incapaz; y por fin el católico cobarde, que no ayuda a los malvados, pero tampoco se resuelve a luchar para resistir su empuje, y se mete tranquilamente en su casa dejando que se hunda el mundo.

II

EL ARMA DE APOSTOLADO MODERNO

De esta realidad somera no podemos prescindir, y con ella a la vista asiento el principio de que el nivel de la instrucción religiosa llega a escasa altura entre nosotros. Vinculado a él está otro principio igualmente indiscutible hoy, y es que ese nivel sólo podrá elevarse por medio de la prensa diaria, pues claramente se ve e induce que toda otra labor apologética en esta cuestión o será irrealizable o no alcanzará a ser lo eficaz que exigen las circunstancias.

¿Qué otro sustituto podríamos idear? Para el caso no podemos pensar en que lo pueda constituir la familia, porque dada su general ignorancia en materia religiosa, mucho sería que infundiese o enseñase en nuestros hogares los rudimentos de la fe, pero nunca una cultura superior o un conocimiento adecuado de la religión, cual corresponde al estado actual del espíritu moderno. Tampoco la escuela puede sustituir la labor del diario, porque la enseñanza religiosa, que en ella cabe dar, ha de ser por precisión fragmentaria y minimista, aun no siendo laica, pero *a fortiori* si lo fuera, y no olvidando el enciclopedismo de que adolece la nuestra. Menos todavía podemos pensar en la influencia de las

catequesis, de las conferencias o los cursillos, porque no tienen, ni pueden tener, sino carácter elemental o complementario.

Conozco en nuestra ciudad los *seminarios catequísticos,* y trabajo en ellos con dedicación y voluntad, y puedo asegurar por experiencia propia que la obra de iluminación cristiana que hoy se requiere, no puede llevarse a término en reuniones, centros de enseñanza o conferencias, ni por propagandistas activos, ilustrados y generosos, sino en la prensa y por la prensa, que es el altavoz más poderoso de las ideas y el campo en el que la vitalidad ideológica posee formas más rotundas, turgentes y gráciles.

Por eso afirmo que la dicha labor de instrucción religiosa requerida ha de ser planeada, analizante y viva, en el diario, de suerte que esclarezca e ilumine las conciencias de los jóvenes y adultos con palabras de verdad y luz o con razonamientos de plano y claro vigor lógico y científico, porque sólo en él puede ser insistente y seguida, como realizada por un amigo que nos visita hoy y mañana y casi nos sigue a todas partes a semejanza de la propia sombra. "La prensa católica diaria es el arma más eficaz del apostolado moderno", dijo S. S. Pío XI.

Esta reconocida necesidad del diario católico salta aun más a la vista teniendo en cuenta las modalidades específicas de la sociedad moderna. Sea o no de nuestro agrado, la realidad social tenemos que aceptarla como es, y enfrentarla con métodos proporcionados a las características que el progreso ha puesto en nuestras manos para poder influir en la marcha de los pueblos. Cualquiera sea nuestra opinión personal acerca del diarismo, es innegable que hoy la prensa constituye el gran poder por antonomasia, el resorte más firme de

las ideas y del pensamiento, el forjador más recio del espíritu y el propulsor más eficaz de las conciencias.

De donde se deduce que es manifiesta la *influencia decisiva del diarismo moderno en la vida del individuo, de la familia y de la sociedad.* Se obra como se piensa, y se piensa como el diario que habitualmente se lee. Lo mismo en lo filosófico que en lo político, tanto en lo social como en lo religioso, el hombre vive comúnmente de prestado, de lo que *su diario,* le suministra y comenta, porque son escasos los cerebros que piensan por cuenta propia.

III

FORMACION INTEGRAL DOCTRINARIA

Si a esta razón muy valiosa por cierto, añadimos otra, no menos convincente, de que la generalidad de los mortales no encuentra en nuestros días ni tiempo ni medios para un estudio especializado de los múltiples problemas inherentes a la vida y de los cuales no puede prescindir el hombre en su anhelo constante e íntimo de saber, inquirir y raciocinar, concluiremos inevitablemente en que el diario moderno cumple una misión psicológica y social, a la vez que supletiva, de la cultura humanística y religiosa que ha menester nuestro espíritu para su perfeccionamiento intrínseco y moral. Lo cual significa que el *asiduo lector del diario católico moderno adquiere una formación integral doctrinaria, moral, cultural y humanística,* que no le sería fácil, o tal vez posible, adquirir de otra forma o por otros

medios, dadas las condiciones peculiares de nuestro tiempo.

Se vive además a prisa, con la celeridad de la época y de los acontecimientos históricos, y únicamente la agilidad de un diario puede seguir el ritmo acelerado que ha emprendido nuestra vida. No podemos detenernos, porque la detención en la marcha espiritual de la humanidad representa la muerte, o es estancamiento estéril o extravío infecundo en el obscurecimiento del pasado, sin la luz del presente ni la aurora del porvenir. Quien se resigna a ir a remolque en las avanzadas del espíritu, se expone a los descalabros imprevistos del azar. Quien no anda con ojo avizor en las vanguardias del pensamiento, sino que es llevado de tumbo en tumbo, es como el cuerpo herido o inerte abandonado a las amenazas y los peligros de la retaguardia.

Por otra parte, se tiende siempre a lo universal en el orden del conocimiento, hoy más que nunca cuando están feneciendo los particularismos como signo de la época en que vivimos, y únicamente el diario reúne las condiciones indispensables para satisfacernos en el reflejo de los acontecimientos mundiales esta exigencia de la vida. Y si de la universalidad queremos llegar a la unidad, como es propio de la naturaleza de nuestro espíritu, aun ahí tenemos que buscar en el diario el mejor auxiliar de esta fuerza unitaria para las inducciones y raciocinios sobre las cuestiones que se plantean o están en discusión en el seno de la sociedad.

De esa información universalista y unitaria surgen necesariamente sentimientos de solidaridad humana. Las páginas del diario son como vehículos que nos acercan a los quereres y sentires de otros hermanos nuestros. Y nos sentimos tanto más hermanos cuanto más propias hacemos las inquietudes ajenas. Hermandad es-

piritual y vocacional de destinos, acrisolada en los afanes comunes de alegrías y dolores.

Acercamiento moral de pueblos y de razas en un humanismo cristiano, basado en la Paternidad de Dios y en la Redención de todos los hombres. Faro luminoso que guía los pasos inseguros en la noche de la vida, teniendo por norma la moral católica, las enseñanzas evangélicas y las directivas pontificias, y hace que el mundo creyente dirija sus miradas al Vaticano, el centro espiritual de la humanidad y la cumbre religiosa más alta de la tierra, desde donde expanden sus rayos divinos la antorcha de la fe y la luz de la verdad, para seguridad del hombre asaltado por mil dudas o espejismos y aviso de los pueblos requeridos por otras mil falacias o promesas engañosas. *Orientación precisa y segura frente a todos los problemas del momento, que le asesora ante la inestable y confusa situación mundial, oscurecida por la militancia de múltiples ideologías.*

IV

MANDATO INELUDIBLE DE ORDEN MORAL

El diario católico, por su razón específica, da a sus lectores la verdad objetiva sin apasionamientos fugaces ni banderías deleznables y les ofrece la realidad serena y comprensiva de los hechos sin tergiversaciones interesadas ni prejuicios sectarios. El motivo mismo de su ser le convierte en cátedra de imparcialidad y de honradez, conforme lo exigen la moral que profesa y el ideal que persigue. Por lo tanto *posee el lector asiduo*

del diario católico una información amplia, seria e imparcial sobre los acontecimientos del día sin unilaterales desfiguraciones.

Mas estas sugerencias, que son de índole general o comunes a todos los pueblos, se ven reforzadas por otras atingentes a nuestro propio país, a las cuales aludimos ya al comienzo, cuando establecíamos toda una galería de tipos gradualmente señalados por tan delicados matices, que es prácticamente imposible trazar la línea divisoria entre los amigos y los enemigos.

Nuestro pueblo es católico en su casi totalidad, por lo menos con un catolicismo vago, residuo de la religión de nuestros padres, que es síntoma del influjo de la conciencia católica, cuya fuerza no se ha aniquilado por completo en un mundo que le es rabiosamente hostil o frío. Habrá aquí muchos falsos católicos, pero muy pocos malvados en la verdadera significación de la palabra. Y si esto es una ventaja inmensa, ya que en los pueblos resulta preferible la hipocresía a la maldad, es asimismo un gran inconveniente, pues ofrece la dificultad de un deslinde necesario de campos y de una distinción cabal entre los corderos y los lobos con piel de oveja.

Pues bien; dado que nuestro pueblo en su mayoría fluctúa entre esos dos extremos, que van desde el impío que alardea cínicamente de su irreligiosidad hasta el católico ferviente, incondicional y resuelto, que vive en su integridad la religión profesada, yo afirmo que sólo por medio de la prensa católica podremos ilustrar las conciencias de tal forma que no tengamos únicamente católicos teóricos, sino también prácticos, a fin de que teniendo por base la unión de pensamiento lleguemos a la unidad de acción en todas las actividades cristianas.

En consecuencia, y por mandato ineludible de or-

den moral y según las claras directivas pontificias, los católicos deben leer preferentemente su prensa diaria. "Formulamos el voto de que la Acción Católica consiga obtener que la buena prensa en ese país se refuerce y multiplique, como la necesidad lo exige, y, sobre todo, que entre en las familias cristianas el diario que se hace eco de las enseñanzas de la Iglesia, convirtiéndose en un precioso auxiliar de ésta" (Pío XI, *Ex Officiosis Litteris).* "Es sumamente necesario que en todas las clases de la sociedad se promueva una más intensa formación social, correspondiente al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con toda solicitud la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia aun entre la clase obrera. Ilumínense las mentes con la segura luz de la doctrina católica, muévanse las voluntades a seguirla y aplicarla como norma de una vida recta, por el cumplimiento concienzudo de los múltiples deberes sociales... Grandemente puede contribuir a esta renovación la prensa católica" (Pío XII, *Divini Redemptoris).* Luego es evidente el pensamiento de los Romanos Pontífices en esta materia, como lo es del mismo modo la obligación de los católicos de leer y divulgar la prensa de su credo.

V

ESTUDIO SERIO DE TEMAS DOGMATICOS

En este cometido de apologética por la prensa no es de necesidad absoluta que los periódicos católicos se conviertan en ediciones numerosas y más amplias a estilo de las "Semanas Católicas" o de las "Hojas Parro-

quiales" de otros países, aunque nada perderían en ello, siempre y cuando adquirieran a la par mayor tonalidad y fondo doctrinal, ya que no es poco convincente la bella teoría del *número determinante*, por lo que creo que es la calidad y no la cantidad la que fija orientaciones en todos los órdenes de la vida. Ni siquiera sería menester que dedicasen gran parte de sus columnas a la defensa y exposición racional de las verdades cristianas, como lo hacen los dos semanarios londinenses "The Tablet" y "The Univers" (1).

Pero sí es preciso que consagren *ex profeso* al movimiento ideológico, social y misionero del Catolicismo y al estudio serio de los temas dogmáticos, que más relación guardan con la vida corriente, varias columnas por semanas, como lo hacía el *Augsburger Postzeitung*, muerto por el nazismo después de doscientos años de vida gloriosa, o un espacio prudencial *ad casum*, como lo hace con frecuencia *La Croix*. La utilidad que ello reportaría es indiscutible, y en cambio nada menguaría el prestigio y la aceptación de nuestros rotativos. En el historial del diario católico argentino *El Pueblo* tenemos la prueba más decisiva en favor de nuestro aserto.

No me digáis que estas lecturas no interesan hoy a las gentes, porque me resisto a creerlo, aun teniendo a la vista el índice bajísimo a que se mantiene el termómetro de las convicciones y del buen gusto. Pienso que las cenizas de los siglos no han alcanzado a soterrar la llama viva del espíritu cristiano, pues a pesar de las contradicciones, las insidias, los odios, los sar-

---

(1) No se interprete mal mi pensamiento. Soy contrario, en nuestros días, a la división de fuerzas con la multiplicación de revistitas y periodiquitos, que, si buenos en su intención, son nulos en resultados prácticos. Pero, puesto que han de existir —es difícil abandonar aquello con que uno se encariña—, que sea con la mayor utilidad religiosa posible.

casmos, los olvidos y las frialdades que sobre Cristo ha ido amontonando el correr del tiempo, todavía continúa inflamando de amor y de entusiasmo las almas como al día siguiente de su resurrección en el castillo de Emmaus; y por consiguiente me parece imposible que lo logren la frivolidad y el materialismo reinantes, hasta el extremo de que las peripecias de un partido de *fútbol* o los triunfos mímicos y suntuarios de una artista de cine o de un ídolo de la pantalla, o de una bailarina, despierten más interés en los católicos, y aun en los simplemente dotados de buen sentido, que el desenvolvimiento accidentado, pero glorioso, de la creación histórica de Cristo sobre los amplios y móviles términos de la vida y el análisis de las relaciones profundas que la doctrina cristiana tiene con los anhelos más sentidos y esenciales del espíritu humano de todos los tiempos y razas y del influjo bienhechor que ha ejercido y ejerce en la curación o el remedio de las heridas y lacras morales, así privadas como colectivas, de la humanidad. Apelo otra vez a la trayectoria de *El Pueblo* de Buenos Aires, de interés creciente, en confirmación de lo expuesto.

No vale por lo tanto el argumento que se esgrime, a guisa de excusa, diciendo que las cosas serias no atraen en los periódicos, que viven del público y para el público, porque, sobre que se dan casos, como lo acredita la historia de diarios antiguos y modernos, en los que las suscripciones y el influjo periodístico suben en razón directa de la *seriedad* de la colaboración y la redacción, alguna vez ha de poderse probar que si los que tienen dinero suelen ser incapaces de mostrar corazón y pugnar por ideales, los que tienen ideales y muestran poseer corazón pueden, también, crear dinero y sostener una empresa periodística de vastas proyecciones y salvadoras influencias.

VI

ASUNTO RESERVADO A LOS ESPECIALISTAS

No abogo, al hablar así, por que el dinero se convierta en razón legitimante de la empresa o constituya la finalidad última del diario católico, sino el *medio,* hoy imprescindible, de sus nobles y grandiosas realizaciones. El diario católico necesita de buenos especialistas en todas las manifestaciones del saber y de verdaderos artífices en la solución de los graves problemas del espíritu. Los redactores y los colaboradores debieran en lo posible ser muy bien remunerados, a fin de que a su vocación literaria o científica se uniera el imperativo de un deber de justicia estrictamente cumplido.

De esta forma habría un compromiso cierto que obligaría al máximo esfuerzo espiritual por la conciencia de la máxima responsabilidad. Ganaría el diario en jerarquía doctrinaria y en destreza estilística, porque tendría pleno derecho a exigir una mayor preparación, es decir, más justeza en sus principios o en el fondo, y más esmero en sus expresiones o en la forma.

Claro se ve que esto origina gastos y requiere recursos económicos. Demanda por lo mismo la cooperación decidida de todos los militantes o simpatizantes con la causa católica. Por eso, *para obtener un diario católico poderoso, de gran circulación, con profunda gravitación nacional, que sea eficaz arma del apostolado cristiano moderno, es indispensable la ayuda eficiente y la contribución cordial de los católicos practicantes.*

Hay quien comete el gravísimo error de creer que

la defensa de la verdad religiosa o la inclusión de ésta en los espíritus que la son rebeldes, es labor que está al alcance de todo iniciado o medianamente impuesto en materias filosófico-teológicas. Sin embargo el asunto es de tal importancia que lo juzgamos reservado a los especialistas, que con precisión escrupulosa, al extender el radio de ideas, saben despertar un eco de simpatía natural en las almas que las han de acoger como norma y orientación de su vivir, superando todas las dificultades inherentes al empeño de llevar a fin en la prensa la cuestión de que hemos hablado.

Apelamos a la experiencia cotidiana en confirmación de nuestro aserto y en contra de la ligera suposición mencionada. En muchas ocasiones habrá podido observarse el escaso éxito con que personas de competencia acaso no vulgar, pero no de preparación cuidada, sustentan o explanan los dictados y concepciones de nuestra fe en paliques o disputas de tenor corriente o en polémicas de tono algo serio. En otras seguramente que vuestro desencanto fué mayor: os habréis topado con estudios apologéticos de apariencia maciza y aun de nombre conspicuo y famoso, que abristeis anhelantes, con la esperanza de que os habían de esclarecer y fortificar en vuestras creencias religiosas, y que luego tuvisteis que cerrar desalentados o fríos, al advertir que ni rastros contenían de esa energía espiritual de *ahijamiento* que ilumina y sojuzga las conciencias, que conmueve y reduce las almas con el imperio sutil de la tensión convictiva.

La razón de esa discordancia proporcional notable entre los resultados y las intenciones o los esfuerzos de proselitismo cristiano, radica en que la práctica o el ejercicio de éste no es tan asequible como se supone a la voluntad de cualquier ejercitante de la inteligen-

cia y de la fe. Significa además que no es oficio de aprendices la defensa de la religión, sino escuela de madurez intelectiva, con la que ha de contar el periodismo moderno, si quiere ser eficiente y capaz de gravitar en la conciencia nacional.

VII

RESPETO A LAS DOCTRINAS OPUESTAS

A mayor abundamiento, y dado el embrollo ideológico de la época, necesita nuestra prensa de producciones con la exactitud escrupulosa de principios y de nociones que debiera constituir su distintivo primero y estructural, y, más todavía, estar dotadas dichas producciones de métodos demostrativos rigurosos y capaces de resistir incólumes los embates de una crítica acerada y aguda. No basta hablar y escribir sobre cuestiones religiosas "exponiendo en pintoresca mescolanza junto a las verdades definidas o profesables como ciertas, desde el punto de vista de la fe, las opiniones libres o particulares admitidas comúnmente, como si entre la Revelación y la Teología no existiese un tabique lógico diferenciador harto notable, y usando, en unión de los raciocinios valederos, los logomáquicos y artificiosos, o aduciendo como argumentaciones serias hechos de existencia y significación controvertibles y textos mal interpretados o que no prueban nada, porque se les aplica a probar cuanto hay de concebible y demostrable en las manifestaciones divinas y en los sucesos humanos".

No se suple esta deficiencia ideológica con una crí-

tica no menos deplorable, consistente en una disposición muy cómoda del espíritu, en virtud de la cual, en confuso, se toman las doctrinas opuestas a las que uno sostiene por burdos juegos de imaginación enfermiza, o se las rebate, zahiere y menosprecia con frases despectivas y en tono chocarrero, olvidando frecuentemente las sabias palabras de San Agustín: *"Non enim putetis, fratres, quia potuerunt fieri haereses per aliquas parvas animas. Non fecerunt haereses nisi magni homines"*. Lo que glosado en romance significa una seria advertencia a fin de ser extremadamente cuidadosos en nuestros juicios sobre las doctrinas y opiniones ajenas, las cuales, aunque no sean de nuestras simpatías, merecen la consideración y el respeto debidos a toda verdad, siquiera sea parcial, pues por el solo hecho de contener una parte de verdad se hacen acreedoras al estudio ponderado, no sólo como expresión o resultante de la nobleza de procedimientos que en todo lo humano debe primar, sino como medio eficaz y propósito obligado de atracción espiritual.

VIII

CUESTION DE ACTITUD

Esta actitud negativa es más trascendental de lo que a primera vista parece. La adhesión razonable y libre de la fe cristiana requiere en el sujeto que la ha de prestar una preparación intelectiva y afectuosa singulares. Primero el convencimiento de la razón, o sea el asentimiento de la ciencia a los motivos de credibilidad que la Revelación le ofrece, y luego la determi-

nación última de la voluntad al asenso de la fe, como consecuencia del influjo que el juicio de credibilidad ejerce. Quiero decir que cuando se trata de las transformaciones de la conciencia, importa mucho, no sólo la conquista de la razón, sino la atracción espiritual de la voluntad, pues el papel que ésta desempeña es harto preponderante para que no se le tenga en consideración o se le contraríe. Toda verdad principia a ser creíble cuando comienza a presentarse como *simpática* al entendimiento. De ahí que despertar simpatías entre los que se intenta atraer a la fe, es ya medio conquistarlos, y, por el contrario, contradecir su amor propio o favorecer sus prejuicios con impetuosidades conscientes o no y cerrazones de criterio injustificadas, equivale en gran parte a anular el efecto de las consideraciones que, para convencerlos, se les aduzca o se les pueda aducir.

Por eso el lema del diario católico está diseñado en la tan mentada frase de S. Agustín: *In dubiis libertas, in necessariis únitas, in omnibus cáritas.* Y lo normático para sus colaboradores está comprendido en estas palabras del P. Hecker: "poner de acuerdo la fe más ardorosa con cuanto hay de bueno y verdadero en las personas y los elementos que nos son hostiles".

Necesitan, pues, quienes están llamados a desenvolver o ejercitar una labor apologética excelentes condiciones. Nuestra apologética, si aspira a forjar neófitos, ha de ser estricta y plenamente científica, así por su contenido, que no debe ceder en perfección de urdimbre esquemática al de la disciplina más completa en ese aspecto, como por su fundamentación y método, que se ajustarán en un todo a los de los saberes morales que les son análogos. Ha de ser también trascendente e impersonal, en el sentido de que se muestre

dominada por entero de la noble pasión de la verdad que propugna y difunde y desposeída de todo interés secundario y transitorio. Así como las deducciones de la pseudociencia sólo pueden contrarrestarse con las inferencias contrarias y rigurosamente lógicas de la ciencia verdadera, del mismo modo los asertos del error aducidos contra nosotros sólo podrán destruirse victoriosamente con las afirmaciones de la verdad y de la fe, haciendo ostensible su realidad objetiva por el análisis concienzudo de sus caracteres intrínsecos y de su historia. No nos engañen ni fascinen los atractivos de conseguir éxitos brillantes y ruidosos provocando una vibración intensa de la sensibilidad, interpretando arbitrariamente hechos de índole histórica y religiosa, porque esos triunfos pasajeros y actuales suelen ser preludios de futuras y duraderas derrotas...

IX

PROBLEMA DE FORMA O ESTILO

Pero las indicaciones hechas no bastan para la realización del intento que se propone a ejercicio o desarrollo. A la cuestión de fondo y actitud está íntimamente ligado el problema sustantivo de la forma. Cuanto más espléndida y acabada es la forma, más intenso y perdurable es el dominio de la verdad o el error sobre las almas que la aprehenden y gozan, ya que la forma no es sino la idea mostrándose sensible y captante al espíritu por el color, la eufonía y la plástica.

Así como los faralaes y alhajas son arreos resaltadores de la hermosura en las personas, del mismo modo la

forma es adorno preciadísimo de las ideas en los escarceos literarios o en la propaganda religiosa. Y si las ideas no surgen y se forjan sólo para servir de pábulo a la mente, sino que han de convertirse, además, en señuelo del sentimiento o corazón, entonces la gala se transforma en eficiencia. Vale decir que si la expresión pulcra es de gran importancia en el cultivo del saber abstracto, lo es más aún en las disciplinas morales, porque en la contextura y dinamicidad de éstas tiene trascendencia suma el sentimiento, del que la plástica es estímulo y exponente. Con razón dijo Amiel que "una verdad filosófica no llegará nunca a ser popular, sino sensibilizándose en un alma de creador". Y la verdad religiosa es filosofía sublimada en el crisol augusto de la Revelación encendido en la conciencia humana por un destello de la mente divina.

Por eso los mejores apologistas católicos fueron, a la par de pensadores profundos, escritores atildados, nérveos y brillantes, como San Agustín, Fr. Luis de León, Pascal, que hicieron resplandecer las luminosidades de la doctrina del Evangelio al través de la cristalina y vistosa envoltura de su elocuencia rítmica, deslumbradora y convincente. Hasta el mérito mayor y casi único de los portavoces y reguladores de la ideología del error, como Voltaire, Renán y otros, consiste en su estilo notable, armonioso y florido. Lo que significa que los que saben investir su mente con el manto real de una forma bella, son los que manejan el cetro por más tiempo y con más gloria en el imperio de las ideas.

Siendo esto así, ¿qué más querrían los directores de un diario católico que darse con cultivadores de las cuestiones religiosas o filosóficas del brío y gusto indicados? Sin duda que prefieren que sus escritores,

izando en el espíritu antenas sensibles para recoger las ideas en floración o curso, alcancen a moldearlas y movilizarlas en un estilo pletórico de jugos que no huela a Cronicón o Suma sino al espliego y el tomillo de las sendas vitales recorridas por las muchedumbres.

Sólo si logramos dar a nuestro diario esta nota expansiva y sonora, será capaz de abrirse paso entre los que se disputan la hegemonía del mundo de los aficionados a la lectura. De lo contrario será impotente para comprender y expresar el sentimentalismo polifónico de la vida moderna. Tendrá artículos de gravedad dudosa o de seriedad aparente, pero no poseerá otra calidad ponderosa y tangible que la de las construcciones de cemento o la de producir encefalitis letárgica fulminante en las devotas artríticas, únicas que pueden llegar a tener el heroísmo de leerlos.

X

MANOS A LA OBRA

El diario es índice y reflejo de la vida que pasa, y requiere hacer sentir en sus columnas las vibraciones recónditas de un cerebro en pleno efervescer de ideas y de un corazón que galopa a impulsos de una pasión enardecida. Debe, como el cinematógrafo, dibujar las cosas y la vida en cuadros disolventes y llenos de visualidad pujante y estética. Debe distinguirse por el expresionismo rápido, vistoso y tundente y la ideología ceñida y túrgida, o si queréis, por el nervio, la rotundidad masculina, el empuje ideológico y expresivo y la vida pletórica e invadiente, único pasto intelectivo

de la inmensa mayoría de los que no viven con el cerebro en alquiler.

¿Que un diario católico de esta naturaleza supone hombres hábiles y escritores aptos para mantener en él una campaña fructuosa de apologética cristiana y de apostolado glorioso? ¿Que el sostenimiento de un cuerpo de redactores y colaboradores, así especialistas y especializados, requiere un esfuerzo económico? Nadie lo niega ni discute, y con ello se cuenta de antemano. Precisamente por eso es más grave y urgente el deber de procurarlo. Ningún católico, que de tal nombre se precie, puede escatimar recursos y sacrificios para esta empresa tan bienhechora y ennobleciente. "Sería inconcebible, ha dicho S. S. Pío XII, que aquellos que tan laudablemente dedican energías, tiempo y sacrificios pecuniarios a las obras de apostolado, no sintiesen el deber de poner al diario católico en primera línea entre los instrumentos más necesarios y eficaces del mismo apostolado". Las dificultades que en su logro se presenten, no deben apocar ni entumecer a quienes sientan la vehemencia árdida de ser apóstoles en la prensa o abriguen la persuasión de la necesidad imperiosa de extender el reinado de Cristo en los pueblos.

De ahí que puse por título de este capítulo las palabras de San Pablo: *induamur arma lucis,* vistámonos con las armas de la luz, que son los embates de la inteligencia, los argumentos de la verdad y la belleza expresiva y dinámica del lenguaje, y lo concluyo con estas otras del mismo Apóstol: *sicut in die honeste ambulemus,* caminemos como de día, honestamente, con las claridades divinas de la fe y las obras cautivantes de la caridad insuperada e insuperable del Evangelio, a fin de que el católico generoso y el pensador pro-

fundo y el escritor comprensivo y el férreo estilista, en un todo vibrante y armónico, afiancen el monumento indestructible del diario católico moderno, que anhelamos todos los buenos argentinos.

Ya tenemos la base, firme y probada, el mejor medio de evitar los titubeos y las hesitaciones de los comienzos: *El Pueblo,* con sus 45 años de existencia y de experiencia fecundas, puede servir de aglutinante espiritual de esfuerzos y de anhelos y de garantía promisoria de triunfos doctrinales definitivos, en la lucha de la verdad contra los errores de nuestro tiempo.

Manos a la obra, como esforzados adalides de la religión cristiana, como apóstoles de Jesucristo y voceros vivientes del mensaje divino que ha de salvar al hombre y a las naciones.

Los católicos debemos tener siempre ante los ojos esta verdad inconcusa: *en la actual economía cristiana no hay, ni se concibe, verdadera grandeza en los pueblos sin la fuerza dinámica y el esplendor radiante de la religión católica.*

Estas son mis últimas palabras. Expresión de un convencimiento. Trasunto de una esperanza. Esperanza y convencimiento que hemos de *hacer carne de nuestro espíritu,* si anhelamos un porvenir de paz y de gloria.

INDICE

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DIA 19 DE
FEBRERO DE 1946, EN
LA IMPRENTA ROETZLER,
LAVALLE 1521, BS. AIRES

"La Libertad y la Religión"

(Ensayo filosófico moral)
por Gabriel Riesco. Editorial Poblet

Estampa el conocido religioso en el frontispicio de su libro una frase del Apóstol de las Gentes —aquel mismo que en un imperativo que repercute a través de los siglos instaba a los discípulos de Cristo a caminar cual **hijos de la Luz**— que condensa en apretada síntesis el fondo de su pensamiento, el cual no es otro que el de los grandes maestros del catolicismo, a lo largo de las edades: **donde está el espíritu de Dios, ahí está la libertad.** Porque como advierte San Agustín, el doctor de Hipona, "si eres justo, aunque siervo, eres verdaderamente libre; mas si eres pecador, aunque te sientes en un trono, eres esclavo, y no de un solo hombre"..., afirmación que justicieramente corrobora el autor cuando expresa: "sabemos que servir a Dios es reinar, y servir a Dios es amar; y amándolo a El en sí mismo y al prójimo por Dios, se posee la libertad, bendecida y santificada por la religión".

Es que en verdad no existe auténtica libertad sin fundamento religioso. El hombre que vive a espaldas de la ley de Dios, es un esclavo de sus caprichos cuando no de sus pasiones, y de esta suerte se frustra el plan del Creador que hizo al hombre libre para que, conscientemente, buscara su propio destino y voluntariamente emprendiera la senda que conduce a la felicidad temporal y eterna. El grito de su Padre en religión, de alma ardiente y apasionada, parece resonar a través de las páginas del libro con insistencia singular: "Nos has hecho para Ti, oh Señor, y nuestro corazón se afana y anda inquieto mientras no descanse en Ti"...

(Julián Marciano de la Vega, "EL PUEBLO", 25 de agosto de 1945.)


EDITORIAL POBLET
BUENOS AIRES